This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

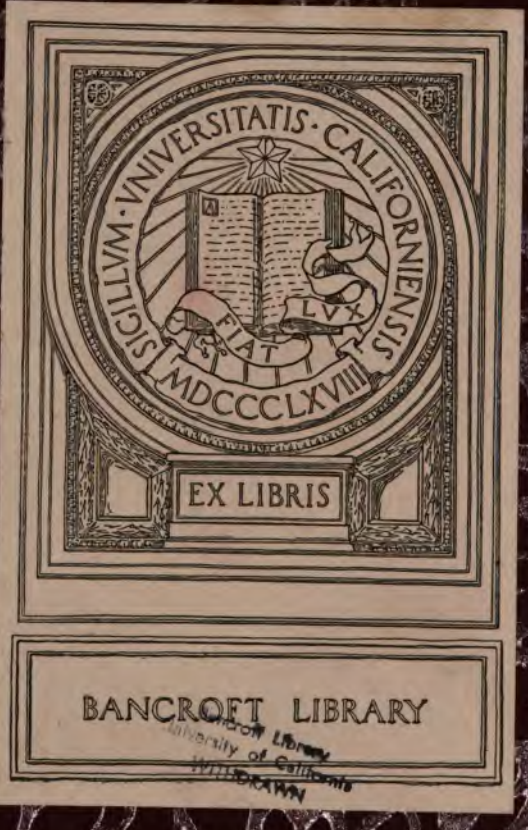
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

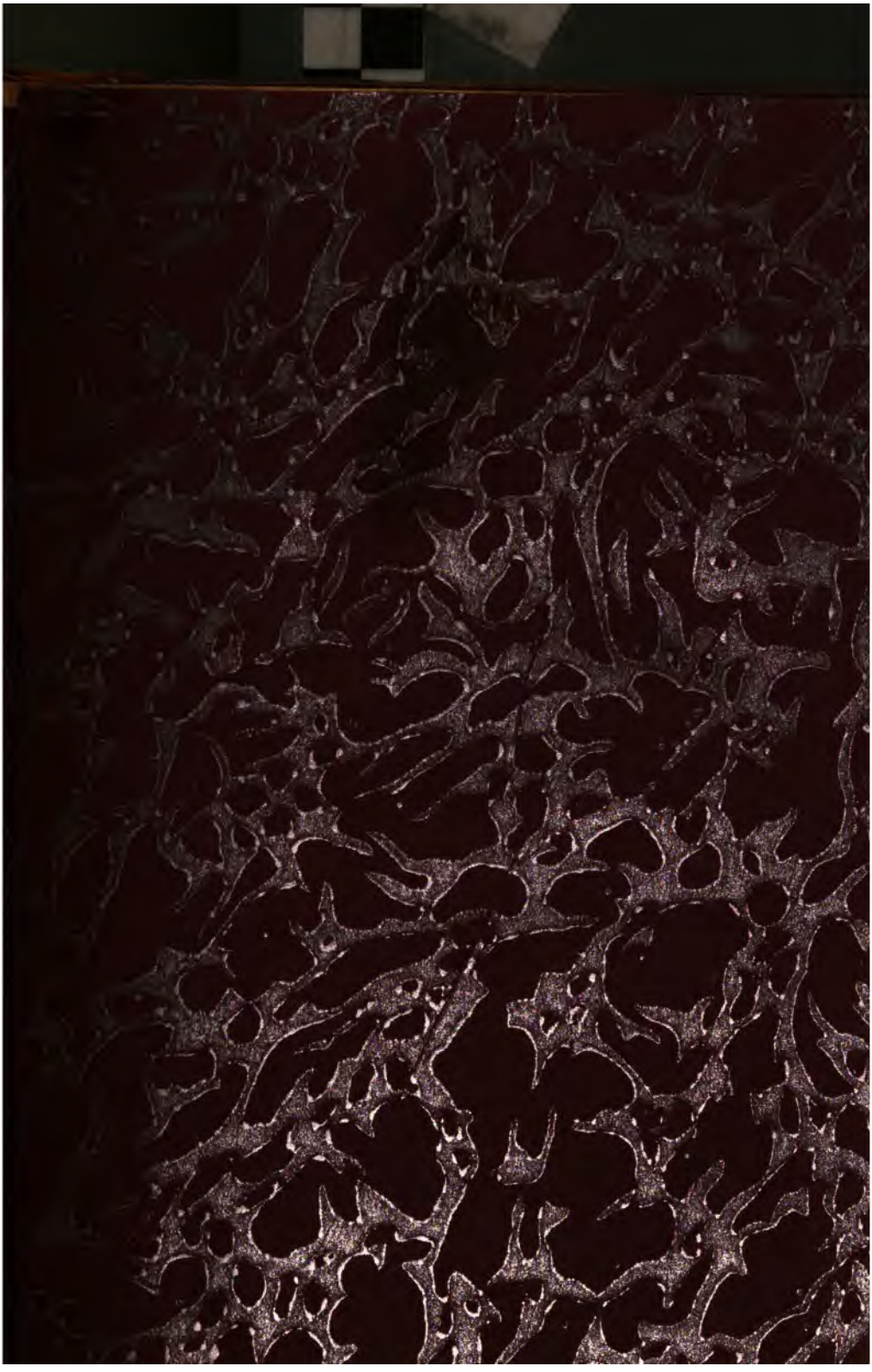
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



Bancroft Library
University of California
WITHDRAWN



MEMORIAS

DEL CORONEL

JUAN CRISOSTOMO CENTURION

Ó SEAN

REMINISCENCIAS HISTÓRICAS

SOBRE LA

GUERRA DEL PARAGUAY

This above all.—To thine own self be true;
And it must follow, as the night the day.
Thou canst not then be false to any man.

SHAKSPEARE.

—

Je sentais qu'il ne faut parler de soi au public q'une fois en sa vie, très sérieusement, et n'y plus revenir.

GEORGE SAND.

TOMO SEGUNDO

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS, DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455.

1894

F2686
.C4
v.2

PRESERVATION
COPY ADDED
ORIGINAL TO BE
RETAINED

FEB 319993

37698

Bancroft Library
Bancroft Library
University of California
WITHDRAWN

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

De Corrientes á Humaitá—Dispersión del personal de la Legación—Conjeturas sobre la causa probable de la mala voluntad de López hacia mí—Berges pasa á la Capital con licencia—Antonio Zajas de soldado á un batallón, y yo á la mayoría—Guarnición de Humaitá, y pérdidas de nuestro ejército al principio de la guerra—Bailes—Acusacioues de López á Mitre y contestación de éste—El *Pirabebé* y la escuadra brasilera—López se traslada al P. de la Patria—Mi enfermedad—Robles y sus cómplices—Entrevista con Mrs. Lynch—Miguel Rojas, calumniador—Carta á López—Expedición á Corrales y á Itatí—Apreciaciones.

Nuestra partida de Corrientes produjo un extraño movimiento en el pueblo. Los unos parecían alarmados por nuestra retirada, porque calculaban sin duda, que una vez privados de la eficaz protección que le prestaba la guarnición paraguaya, podría presenciarse el advenimiento de una situación peor, por la dura experiencia de la conducta de los aliados el 25 de mayo, y los otros, siendo éstos por supuesto los más, se sentían aligerados, porque

se encontraban libres del yugo extranjero que siempre es pesado y ominoso.

A la verdad, nunca un pueblo puede ser feliz bajo la dominación extranjera. No hay país bello, sin la independencia; el cielo más sereno y límpido, la luz más brillante y hermosa y las flores más preciosas que adornan su suelo, no tienen encanto y hasta parecen odiosos á sus hijos, cuando éstos están encadenados y sujetos á soportar la voluntad ajena.

Joven imberbe, lleno de ilusiones, al abandonar aquella ciudad, sentí pesar y tristeza, sin poder determinar á punto fijo la causa que me produjo ese estado de ánimo; pero ciertamente, allá en el fondo del corazón dudaba de que nuestras armas saliesen victoriosas de tan gigantesca lucha, después de los terribles desastres que habían sufrido en la campaña de Corrientes y del Uruguay, no habiéndose logrado los primeros momentos para alcanzar positivas ventajas sobre el enemigo.

Séame permitido consignar aquí una expresión de gratitud á la sociedad correntina, una de las más cultas de la República Argentina, compuesta de bellas damas y distinguidísimas familias, por la demostración de aprecio y distinción que habíamos merecido de ella, sintiendo que nuestra permanencia allí no haya sido bajo los auspicios de mejores circunstancias.

Regresamos á Humaitá en el vapor nacional *Igurey*, á fines de Septiembre de 1865.

En seguida que desembarcamos, nos presentamos en el Cuartel General á saludar al Mariscal, en la persuación de que seríamos todos recibidos por él; pero cuál no fué nuestra sorpresa cuando solo el Sr. Berges fué admitido á su presencia, recibiendo Don Antº. Zayas y yo la orden para que nos retiráramos á la Mayoría.

Este hecho ó desaire, en mi carácter de Secretario de Legación, era para mí muy significativo y me produjo una profunda impresión. Hacía mil conjeturas respecto á la causa que lo hubiera motivado. ¿Qué será? ... era la pregunta que á cada minuto me hacía. ¿Habría cometido alguna falta grave que me hiciese acreedor á un tratamiento semejante? Nada; lo único que pudiera merecer una censura á mi conducta, era que, como joven al fin, me preocupaban muy poco los asuntos serios, y no pensaba sinó en libar á guisa de mariposa el cáliz de las flores en los arrabales de Corrientes, acompañados de otros amigos de buen humor, entre quienes nunca faltaba el célebre De las Llagadas.

Sin embargo, recorriendo la memoria, recordaba que más de una vez había tenido fuertes agarradas ó discusiones con Don Miguel Rojas, que era más malo que el *guao*, y se ponía rabioso cuando no conseguía hacer prevalecer su opinión. Pero me pa-

recía impropio suponer que una trivialidad semejante pudiese impeler á él ni á nadie, hasta el grado de buscar la perdición de un joven que no le había hecho ningun daño, y que tal vez no tenía otro pecado que tener su opinión propia sobre ciertas materias. No! decía entre mí, eso sería el colmo de la perversidad, eso no es posible! Y dejaba pasar, con la misma rapidez con que se asomaba en la imaginación, aquella nube de sospecha, como cosa inverosímil é injusta.

El Sr. Berges cuando vino á Corrientes padecía de una irritación ó especie de angina en la garganta, y después de su conferencia con López, éste le dió permiso para trasladarse á la Asunción á atender su salud, en cuya virtud partió al día siguiente en uno de los vapores nacionales.

Algunos días después de su llegada mandó un telegrama á Zayas, ordenándole que se trasladara á la Capital con los papeles de la Legación. Zayas, antes de poner en ejecución aquella orden, creyó que debía de participársela al General Barrios. Este le dijo: que iba á hacerlo presente al Mariscal Presidente, sin cuyo expreso permiso no podría verificar su viaje. Así lo hizo, y López, haciendo caso omiso del telegrama de Berges, dispuso que Zayas fuera á servir de escribiente en una de las oficinas telegráficas. Allí permaneció algún tiempo, y luego fué enviado de soldado al Batallón 40,

compuesto en su mayor parte de gentes de la Capital. De esta manera empezó Zayas su carrera militar, y cuando cayó prisionero en la Villeta, después de las peripecias de tan larga y penosa campaña, llevaba los galones de Teniente de Infantería.

No puedo decir con certeza el número de la fuerza que guarnecía Humaitá cuando vino López de la Asunción en el mes de Junio; pero creo que no habrá habido menos de 8 á 10 mil hombres. El ejército que volvió de Corrientes no bajaba de 13 á 14 mil hombres prontos á formar y unos 4 ó 5 mil enfermos que en distintas ocasiones fueron remitidos durante aquella campaña. Calculo la pérdida del ejército paraguayo en Corrientes, inclusive la columna de Estigarribia, en unos 16.000 hombres. Los que más morían eran los reclutas, pues los veteranos resistían mejor. Al principio de la guerra, es decir, después del reclutamiento general, en los diferentes campamentos, habrán muerto de 15 á 20 mil hombres; haciendo un total más ó menos de 36.000 hombres entrè muertos y rendidos, cuando la guerra aún estaba por empezarse.

Las enfermedades reinantes en el ejército desde el principio hasta el fin, con más ó menos intensidad, eran la diarrea y la disentería. Ellas eran debidas al cambio de alimentación y de las aguas.

Pero la que causó mayor extrago en Humaitá, meses antes de nuestro regreso, fué el sarampión

acompañado de diarrea. El ejército, cuando el mal llegó á su mayor desarrollo, no se ocupaba de otra cosa que de enterrar los muertos. Sin embargo, cuando nosotros vinimos de Corrientes, ya la epidemia había declinado.

López trataba de mantener el buen espíritu y la animación con bailes que se daban para los gefes y oficiales los días de fiesta bajo un gran *kiosko*, cuya columna central era la verga mayor de la *Jequitinhonha*, que, entre muchos otros objetos sacados de aquel buque, trajeron del Riachuelo. Esa rotunda estaba colocada frente á la casa que ocupaba el Gefe del Estado Mayor. Los bailes que más se bailaban eran la *Palomita*, *London-Carapé*, *cuadrilla boliviana* ó *miriquinao*, *caledonia*, y como final, *mamá cumandá!* Con frecuencia se mezclaba entre los bailarines *Mrs. Lynch*, que era amiga de bailar, y entonces la animación y el entusiasmo subían al máximo de su intensidad.

Por aquel entonces fué capturado un soldado desertor llamado Juan González, armado de un magnífico rifle. Fué procesado, siendo Juez instructor el entonces Sargento Mayor Hilario Marcó. Decíase que había sido enviado por los aliados con instrucciones para asesinar á López, según confesión del mismo; pero como quiera que esta confesión no ha sido espontánea, sino arrancada á la fuerza, no merecía ninguna fé. Sin

embargo, López creyó á puño cerrado y se lo zampó á Mitre, entre otros cargos, en la famosa nota que le dirigió aquel de Humaitá con fecha 20 de Noviembre.

Hé aquí la nota y su contestación:

«Cuartel General en Humaitá, Noviembre 20 de 1865.

«*Á S. E. el Presidente de la República Argentina, Brigadier General D. Bartolomé Mitre, General en Gefe del Ejército Aliado de la misma República, de la del Uruguay y del Imperio del Brasil.*

« Como General en Gefe de los Ejércitos aliados « en guerra con esta República, tengo el honor de « dirijir á V. E. la presente.

« En la imperiosa necesidad en que algunas ve- « ces se hallan los pueblos y sus gobiernos de diri- « mir entre sí por las armas las cuestiones que « afectan sus intereses vitales, la guerra ha estalla- « do entre esta República y los Estados cuyos « Ejércitos V. E. manda en gefe.

« En tales casos, es de uso general y práctico « entre las naciones civilizadas atenuar los males de « la guerra por leyes propias, despojándola de los « actos de crueldad y barbarie que deshonrando « la humanidad estigmatizan con una mancha inde- « leble á los gefes que las ordenan, autorizan, pro-

« tejen ó toleran, y yo lo había esperado de V. E.
« y sus aliados.

« Así penetrado y en la conciencia de estos debe-
« res, uno de mis primeros cuidados, fué ordenar
« la observancia de toda la consideración con que
« los prisioneros de cualquier clase que sean fuesen
« tratados y mantenidos con respecto á sus gradua-
« ciones, y en efecto han disfrutado de las comodi-
« dades posibles y hasta la libertad compatible con
« su posición y conducta.

« El Gobierno de la República ha dispensado la
« mas sana y amplia protección, no solamente á los
« ciudadanos argentinos, brasileros y orientales que
« se hallaban en su territorio ó que los sucesos de
« la guerra habían colocado bajo el poder de sus
« armas, sinó que ha extendido esta protección á los
« mismos prisioneros de guerra.

« La estricta disciplina de los Ejércitos paragua-
« yos en el territorio argentino y en las poblaciones
« brasileras así lo comprueban, y aún las familias y
« los intereses de los individuos que se hallaban en
« armas contra la República, han sido respetados y
« protegidos en sus personas y propiedades.

« V. E. entre tanto iniciaba la guerra con excesos
« y atrocidades, como la prisión del Agente de la
« República en Buenos Aires, ciudadano Félix
« Egusquiza; la orden de prisión y consiguiente
« persecusión del ciudadano José Rufo Caminos,

« Cónsul General de la República cerca del Gobier-
« no de V. E. y su hijo D. José Félix, que tuvieron
« que asilarse á la bandera amiga de S. M. Británi-
« ca; la secuestración y confiscación de los fondos
« públicos y particulares de aquellos ciudadanos,
« ya sea en poder de ellos mismos ó en depósitos
« en los Bancos; la prisión del ciudadano Cipriano
« Ayala, simple portador de pliegos; el violento
« arranque de las armas nacionales del Consulado
« de la República, para ser arrastradas por las calles;
« el público fusilamiento de la efigie del Presiden
« te de la República y el consiguiente arrojo que de
« esa efigie y del Escudo Nacional se hizo al Río
« Paraná en pública expectación en el puerto de la
« ciudad del Rosario; el asesinato atroz cometido
« por el General Cáceres en el pueblo de Saladas,
« con el subteniente Marcelino Ayala, que, habiendo
« caído herido en su poder, no se prestó á llevar su
« espada contra sus compañeros, y el bárbaro tra-
« tamiento con que ese mismo General acabó los
« días del también herido alférez ciudadano Fausti-
« no Ferreira en Bella Vista; la bárbara crueldad
« con que han sido pasados á cuchillo los heridos
« del combate de Yatai, y el envío del desertor pa-
« raguayo, Juan González, con especial y positiva
« comisión de asesinarme, no han sido bastante á
« hacerme cambiar la firme resolución de no acom-
« pañar á V. E. en actos tan bárbaros y atroces, ni

« pensé jamás que pudiera encontrarse nuevos me
« dios de crímenes para enriquecer las atrocidades
« é infamias que por tanto tiempo han flajelado y
« deshonrado ante el mundo las perpetuas guerras
« intestinas del Río de la Plata.

« Quise todavía esperar que en la primera guerra
« internacional como ésta, V. E. sabría hacer com-
« prender á sus subordinados que un prisionero de
« guerra no deja de ser un ciudadano de su patria,
« cristiano, y que como rendido deja de ser enemigo
« ya que no supo hacer respetar de otro modo los
« derechos de la guerra, y que los prisioneros serían
« por lo menos respetados en su triste condición y
« sus derechos de tal, como lo son ámpliamente en
« esta República los prisioneros del Ejército aliado.

« Pero es con la más profunda pena que tengo
« que renunciar á estas esperanzas ante la denuncia
« de acciones todavía más ilegales como atroces é
« infames que se cometen con los paraguayos que
« han tenido la fatal suerte de caer prisioneros en
« poder del Ejército Aliado.

« Tanto los prisioneros hechos en varios encuen-
« tros de ambas fuerzas como notablemente los de
« Yatai y los rendidos de la Uruguayana, V. E. ha
« obligado á empuñar las armas contra su patria,
« aumentando por millares con sus personas el efec-
« tivo de su Ejército, haciéndolos traidores para
« privarles de sus derechos de ciudadanía y quitar-

« les la más remota esperanza de volver al seno de « su patria y su familia, sea por un canje de prisio- « neros ó por cualquier otra transacción, y aquellos « que han querido resistirse á destruir su patria con « sus brazos, han sido inmediata y cruelmente in- « molados.

« Los que no han participado de tan inicua suerte « han servido para fines no menos inhumanos y « repugnantes, pues que en su mayor parte han sido « llevados y reducidos á la esclavitud en el Brasil, y « los que se prestaban menos por el color de su « cutis para ser vendidos, han sido enviados al Esta- « do Oriental y las Provincias Argentinas de regalo « como entes curiosos y sujetos á la servidumbre.

« Este desprecio no ya de las leyes de la guerra, « sino de la humanidad, esta coacción tan bárbara « como infame que coloca á los prisioneros para- « guayos entre la muerte y la esclavitud, es el pri- « mer ejemplo que conozco en la historia de las « guerras, y es á V. E., al Emperador del Brasil y « al actual mandatario de la República Oriental, sus « aliados, á quienes cabe el baldón de producir y eje- « cutar tanto horror.

« El Gobierno paraguayo por ninguno de sus ac- « tos, ya sea antes ó después de la guerra, ha provo- « cado tanta atrocidad. Los ciudadanos Argentinos « Brasileros y Orientales han tenido toda la liber- « tad de retirarse con sus haberes y fortunas de la

« República y del territorio argentino, ocupado por « sus ejércitos, ó de permanecer en ellos conforme « les conviniere.

«Mi gobierno así respetaba las estipulaciones « convenidas en los pactos internacionales para el « caso de una guerra, sin tener en cuenta que esos « pactos hubiesen espirado, considerando solo esos « principios como de interés permanente, de huma- « nidad y de honor nacional. Jamás olvidó tampo- « co el decoro de su propia dignidad, la considera- « ción que debe á todo Gobierno y al Gefe del Es- « tado aunque en actual guerra, para tolerar in- « sultos al emblema de la patria de los aliados, ó el « fusilamiento del de V. E. ó el de sus aliados, en efi- « jie y mucho menos podría acompañarles como « medio de guerra en el empleo de algún tránsfuga « argentino, oriental ó brasilero para asesinarlos en « sus campamentos. La opinión pública y la histo- « ria juzgarán severamente esos actos.

«Las potencias aliadas, pues, no traen una gue- « rra como lo determinan los usos y las leyes de las « naciones civilizadas, sinó una guerra de exterми- « nio y horrores, autorizando y valiéndose de los « medios atroces que van denunciados y que la « conciencia pública marcará en todos los tiempos « como infames.

«Traída la guerra por V. E. y sus aliados en el

« terreno en que aparece, *concio* (1) de mis deberes
« y de la obligación que tengo en el mando supre
« mo de los Ejércitos de la República, haré de mi
« parte que V. E. cese en esos actos que mi pro-
« pia dignidad no me permite dejar continuar, y al
« efecto, invito á V. E. en nombre de la humani-
« dad y del decoro de los mismos aliados, á aban-
« donar ese carácter de barbarie de la guerra,
« á poner á los prisioneros de guerra paragua-
« yos en el goce de sus derechos de prisioneros,
« ya estén en armas, esclavizados en el Brasil, ó
« reducidos á servidumbre en las Repúblicas Ar-
« gentina y Oriental, á no proseguir á ningún acto
« de atrocidad, previniendo á V. E. que su falta
« de contestación, la continuación de los prisio-
« neros en el servicio de las armas contra su patria
« diseminados en el Ejército Aliado ó en cuerpos
« especiales, la aparición de la bandera paraguaya
« en las filas de su mando ó una nueva atrocidad
« con los prisioneros, me han de dispensar de toda
« la consideración y miramientos que hasta aquí he
« sabido tener, y aunque con repugnancia, los ciu
« dadanos argentinos, brasileros y orientales, ya
« sean prisioneros de guerra ó nó, en el territo-
« rio de la República, ó en los que sus armas lle-
« gasen á ocupar, responderán con sus personas,

(1) Esta palabra no trae el diccionario, y es una invención de López, y significa: *consciente.*

« vidas y propiedades á la más rigurosa repre-
« salia.

«Esperando la contestación de V. E. en el pe-
« rentorio término de treinta días, en que será en-
« tregada en el Paso de la Patria.

«Dios guarde á V. E. muchos años.

(firma) FRANCISCO S. LÓPEZ.

El general Mitre no se dejó esperar para contestar á López con la siguiente nota:

«El Presidente de la República
Argentina y General en gefe
de los Ejércitos Aliados

«Cuartel General, frente á Bella Vista,
«Noviembre 25 de 1865.

"*Al Exmo. Sr. Presidente de la República del Paraguay, Mariscal D. Francisco S. López.*

«He recibido la nota que como á General en Gefe
« de los Ejércitos Aliados me dirige V. E. desde
« su cuartel general en Humaitá con fecha 20 del
« corriente, en que después de referirse á hechos
« que supone en desacuerdo con las leyes de la
« guerra perpetrados por los Ejércitos aliados so-
« bre los prisioneros paraguayos en el combate de
« «Yatay» y rendición de la «Uruguayana», así
« como otros que V. E. señala, me invita á la ob-
« servación de aquellas leyes, significándome su

« disposición á usar de represalia en caso con-
« trario.

«Impuesto de la citada nota de V. E. es de mi de-
« ber manifestarle en respuesta que todos los he-
« chos que V. E. señala en ella como graves car-
« gos contra los sentimientos de humanidad y de
« dignidad propia, de parte de los Ejércitos alia-
« dos contra los paraguayos en armas que han cai-
« do rendidos al esfuerzo de sus armas, son total-
« mente falsos unos, y desfigurados otros, quizá
« debido todo á apasionados y supuestos informes
« trasmitidos á V. E., y es sensible que un momen-
« to de reflección no haya patentizado á su ani-
« mo la falsedad de esos informes.

«Colocado el gobierno de mi patria, asi como
« los del Imperio del Brasil y República Oriental,
« en el imperioso deber de salir á la defensa de
« su honor, de su dignidad y de la integridad
« de su territorio, alevosamente atacados por V.
« E. de una manera inusitada entre países civili-
« zados, asaltadas en plena paz sus fortificacio-
« nes de tierra y buques de su armada, sin pre-
« via declaración de guerra, lo que da el carácter
« de piráticas á tales agresiones, y teniendo que
« ocurrir á salvar de la muerte y de la depreda-
« ción más bárbara de las vidas y propiedades
« de sus nacionales respectivos, tanto en las pro-
« vincias imperiales de Matto Grosso y de Río

« Grande, como en esta Argentina de Corrientes,
« han procurado hacer esta defensa con estricta su-
« jeción á las prescripciones del derecho en los ca-
« sos de guerra internacional. Y así lo han hecho
« no solo por deber y por honor, sino también por-
« que habiendo mirado con indignación y repug-
« nancia las violencias y crímenes de todo género
« cometidos por las fuerzas de V. E. en los pueblos
« y demás territorios brasilero y argentino, que
« han tenido la desgracia de ocupar aunque haya
« sido momentáneamente, no podían incurrir en el
« delito que reprochaban, ni podían ni debían pre-
« sentar ante el mundo civilizado y cristiano otro
« ejemplo que el que están acostumbrados á dar
« con sus ejércitos que tenían y tienen la noble mi-
« sión de vindicar el honor nacional y no la de sa-
« quear los pueblos indefensos y las propiedades
« particulares como lo han hecho las fuerzas de
« V. E., desde que por ambas riberas del Uruguay
« pisaron tierra argentina y brasilera, hasta los
« pueblos de Uruguayana y Paso de los Libres á
« que alcanzaron, dejando todos esos pueblos y sus
« campiñas completamente arrasados, habiéndose
« trasportado gran parte del robo á disposición de
« V. E., en el Paraguay, y por su orden, según
« consta en el libro copiador de las comunicaciones
« que dirigía á V. E. el comandante Estigarribia,
« gefe de esas fuerzas paraguayas, cuyo libro ori-

« ginal existe en poder del Excmo. Gobierno del Bra-
« sil, mientras que V. E. lanzó sobre esta Provincia
« de Corrientes y que alcanzó hasta el Paso de San-
« ta Lucía, ha cometido todavía hechos más atro-
« ces aun arrebatando violentamente todos los ga-
« nados de millares de establecimientos de cam-
« po, incendiando las habitaciones y dejando sin
« techo ni abrigo á miles de familias de la extensa
« campaña que han asolado, llevando su inhuma-
« nidad, ó más bien dicho, la de V. E., cuya or-
« den se invocó para el efecto, hasta la barbarie de
« arrancar de sus casas y conducir prisioneros al
« Paraguay las inocentes esposas y tiernos niños
« de gefes patriotas y valientes pertenecientes al
« ejército argentino, que habían permanecido en
« puntos ocupados por fuerzas de V. E., cre-
« yéndole capaz de observar esas mismas pres-
« cripciones que hoy invoca á favor de paragua-
« yos prisioneros, habiendo derecho á dudar de
« la sinceridad de ellos en quien las ha desconocido
« como V. E. lo ha hecho hasta en las mujeres y
« en los niños. Todos estos actos que son de
« pública y evidente notoriedad, serán una igno-
« minia perdurable para quienes los han ordenado
« ó autorizado ó consentido y en consecuencia V. E.
« tendrá que responder siempre, no solo ante los
« pueblos aliados que le hacen hoy la guerra, si-

« no ante el mundo todo que ha sido unánime en « alzar un grito de excecración contra ellos.

« Terminados los combates por el triunfo de « los aliados, los heridos y prisioneros que salva- « ron del conflicto, han sido los primeros recibidos « y tratados en los Hospitales del Ejército á la par « de los mismos heridos pertenecientes al Ejército « Aliado; y podría aún decir, que han sido más « favorecidos en su asistencia por la compasión y « simpatía que naturalmente inspiran tanto por el « estado de desnudez y desamparo en que se ha- « llaban, cuanto porque no podían mirar en ellos « sino unos desgraciados, víctimas de un mal acon- « sejado gobernante que los lanzaba á la muerte « en una guerra tan inmotivada como injusta pro- « vocada por una voluntad caprichosa y arbitraria. « Así es que, lejos de obligar á los prisioneros á « engrosar violentamente las filas de los Ejércitos « Aliados ó de tratárseles con rigor, han sido tra- « tados todos ellos, no solo con humanidad, sino « con benevolencia, habiendo muchos de ellos sido « puestos en completa libertad, trasladado á otros « á las poblaciones en considerable número y des- « tinado una parte á servicios pasivos en los Ejér- « citos Aliados; especialmente en los hospitales de « sangre en que se han curado sus mismos com- « pañeros. Es cierto que muchos de ellos han « ingresado á las filas de los Ejércitos Aliados;

« pero ha sido por voluntad propia y por haberlo
« así solicitado, gracia que no se les debía negar
« cuando sus paisanos los Paraguayos emigrados
« en el territorio de las Naciones Aliadas habían
« pedido espontáneamente armarse en su calidad
« de tales, y se les había reconocido este derecho.
« Estos son los principales cargos que se con-
« tienen en la nota de V. E. Basta lo expuesto,
« no solo para desvanecerlos, sinó para hacer re-
« caer sobre quien corresponde la inmensa respon-
« sabilidad de los hechos de barbarie que por
« desgracia han ocurrido en la presente guerra.
« Podría hacerlos del mismo modo con los otros
« hechos aislados de que V. E. se ocupa; pero es tan
« notoria la falsedad de unos y la inexactitud de
« otros que sería excusado entrar á refutarlos, y
« sobre todo hallándonos en guerra abierta, y
« debiendo las armas decidir en la cuestión, V. E.
« comprende bien que no es esta la oportunidad
« de las recriminaciones, y que no podría dejar de
« entrar en ese terreno si debiese contestar á estos
« otros cargos de V. E. Agregaré para terminar,
« que no acierto á comprender cómo puede haber
« dado cabida á la especie del desertor paraguayo
« Juan González, si es que tal desertor ha existido;
« siendo sensible que por honor mismo del puesto
« en que V. E. se ha colocado en esa República,
« haya dejado consignado en una nota seria y bajo

« su firma el temor del puñal dirijido alevosamente
« por la mano de un general argentino. Declaro
« á V. E. que nó le creo capaz de atentar de se-
« mejante manera contra mi vida ni contra la de
« ninguno de los otros generales de los Ejércitos
« Aliados, porque acostumbrado siempre á hacer
« este honor á los gefes enemigos contra quienes
« he tenido que combatir, me es forzoso hacérselo
« también á V. E.

« En consecuencia de lo expuesto y en preven
« ción de los desafueros á que pueda lanzarse
« V. E. y que me hace presentir el espíritu de la
« nota á que contesto, declaro á V. E. formalmente
« en cuanto me corresponde como General en Gefe
« de los Ejércitos Aliados, que la salvaguardia de
« la vida de los argentinos, brasileros y orientales
« de que V. E. haya podido apoderarse por la
« casualidad ó la traición—y no en lucha abierta
« y leal, en la que todavía no ha tenido V. E. la
« fortuna de apoderarse ni de un solo soldado —y
« las propiedades de aquellos mismos que están á
« su alcance, que cualquier acto que V. E. ó
« autoridades por sus órdenes puedan cometer
« con violación de los principios reconocidos que
« son leyes para los pueblos cultos, además de
« las satisfacciones á que hubiese lugar en opor-
« tunidad, V. E. será responsable, personalmente
« con sujeción á las mismas reglas que invoca y

« establece. Si apesar de esto V. E. emplease « medios en desacuerdo con los regulares reco- « nocidos en la guerra, V. E. se habrá colocado « deliberadamente fuera de la práctica y del am- « paro de la ley de las naciones y dará autoriza- « ción á los poderes aliados á obrar según V. E. « le insinúa, pues quedará manifiesto el propósito « deliberado de hacer más crueles los males de la « guerra que las Naciones Aliadas han procurado « aminorar en cuanto les ha sido posible; en cuya « resolución persevero y perseveran siendo su « ánimo firme y tranquilo no dejar las armas de la « mano hasta tener plena y completa reparación « de sus agravios, fiando su vindicación después de « la bondad de Dios al poder de sus armas y no á « venganzas innobles y cobardes ejercidas contra « hombres inermes é indefensos y contra mujeres « y niños inocentes.

« Tal es la única contestación que me es dado « ofrecer á V. E. todo sin perjuicio de las resolu- « ciones que en vista de la nota de V. E. tomen « los Gobiernos de la triple alianza á quienes doy « con esta fecha conocimiento, así de ella, como « de esta contestación.

« Dios guarde á V. E. »

BARTOLOMÉ MITRE.

La nota de López fué conducida por el vapor

nacional *Pirababé* (*Flying-fish*), armado de un cañon de á 32 colocado en la popa, llevando á más de los colores nacionales, bandera de parlamento. Cuando fué avistado, la escuadra brasilera que se encontraba fondeada en el puerto de Corrientes, se puso en movimiento, aprontándose para un combate; cargaron los cañones y las tropas y oficiales de abordo ocuparon sus respectivos puestos.

El *Pirababé*, mientras todo esto pasaba, se varó en un banco de arena á alguna distancia del puerto. Entonces se adelantaron tres vapores á reconocerlo, llevando la delantera el *Ibahy*, que era el más grande. Este desprendió un bote con un oficial, yendo abordo del *Pirababé* á invitar á su comandante á acompañarle, lo que aceptado por éste, fué conducido abordo del *Ibahy*, cuyo comandante lo abrazó, sin duda en la persuación de que iba á entregar su buque; pero advertido de que era portador de una comunicación que debía entregar en persona al Almirante, fué llevado en un bote, encontrando á Barroso en el camino que venía en su buque aguas arriba.

Después, toda la tripulación del *Pirababé* fué llevada á bordo de los buques brasileros en calidad de prisioneros. Un oficial brasilero arrió la bandera paraguaya, la pisoteó y la escupió, mandando sacar en seguida cuanto había en el buque, hasta las ropas pertenecientes á su tripulación. Una vez

sacado de su varadura, el *Pirababé* fué conducido al puerto de Corrientes, donde fué otra vez entregado á sus tripulantes, que, no obstante, continuaban prisioneros, hasta el día siguiente en que recién los dejaron en libertad, volviendo en seguida á Humaitá á dar cuenta del cumplimiento de su cometido.

López no dejó de extrañar el poco respeto que había merecido á la escuadra brasilera la bandera parlamentaria, que llevaba enarbolada el *Pirababé*.

Pocos días después López recibió la respuesta de Mitre, la cual fué conducida al Paso de la Patria en un bote á remo.

El cambio de alimentación y del agua, pronto produjo en mí sus efectos: En consecuencia caí enfermo de la peste reinante á mediados de Noviembre de 1865.

El 25 del mismo mes, después de terminada por completo la operación del pasage de nuestro ejército, López asumió el mando de él en persona; y al efecto partió de Humaitá al Paso de la Patria.

Todo el personal del Cuartel General, inclusive los que componían el cuadro pasivo de la mayoría, lo acompañaron, y aunque yo era uno de éstos no pude ir por mi enfermedad que de día en día iba agravándose, á tal extremo que los médicos habían declarado como caso perdido.

El Gefe de Estado Mayor, coronel Aquino, des-

pués General, llevado del informe médico, participó á López por telégrafo, que no amanecería vivo.

El médico, al salir de la pieza donde estaba, ordenó al asistente que me diera de comer cualquier cosa que pidiese. Enterado de esta autorización del *Galeno*, pedí que me dieran una tajada de sandía. Me sentó bien. Continué tomándola, aumentando todos los días la ración. ¡Y cosa increible, apesar de ser una fruta tan indigesta, con ella me puse bueno! (1)

Cuatro ó cinco días después, aburrido de la cama, apoyado en un bastón, salí á caminar en los corredores de la casa; el coronel Aquino, cuando me vió, se quedó haciendo cruces, azorado al verme otra vez en pié, tanto más cuanto que el discípulo de Hipócrates le había asegurado días antes que era un caso perdido.

En los primeros días de Diciembre, presencié desde mi cuarto un hecho que me causó una profunda impresión. Vi entrar al patio del Estado Mayor un piquete de caballería al mando de un oficial de alta graduación, con algunos caballos ensillados. En seguida salieron de las piezas contiguas al Estado Mayor, primero el General Robles, después otros oficiales que estuvieron presos allí incomunicados como cómplices de aquel personaje.

(1) Con posterioridad á este caso, el uso de la sandía se generalizó con éxito para combatir la diarrea.

Observé que Robles, por el tiempo de prisión que llevaba, y por las tristes reflexiones que más de una vez le habría sugerido tan repentino cambio de posición, se había adelgazado bastante; la levita, que llevaba abrochada, le bailaba en el cuerpo; se le puso sobre la silla del caballo que se le destinaba, una manta doblada, sin duda para que no le molestase el asiento duro de aquella.

El piquete formó un cuadro, dentro del cual se colocaron los presos, y en este orden partieron.

¡A cuántas reflexiones filosóficas, no se prestaba aquella marcha! Me parecía ver, con los ojos de la imaginación al carro fúnebre que conduce á un muerto al cementerio, con la única diferencia, que allí no habia acompañamientos de amigos, de parientes,—ni tan siquiera de plañideras!

Reinaba un profundo silencio, de en medio del cual se destacaba la voz de *marche!....* como el eco que se desprende de una profunda caverna, anunciando el próximo fin de aquellos seres humanos! *Sunt lacryme rerum!* La vista de una inmensa desgracia, exita la compasión y la piedad.

Es cierto. Pero un general á la cabeza de uno de los ejércitos más poderosos de Sud-América, que ha ido hasta el borde de la defección, y que, sin embargo, se ha dejado agarrar como un cordero, teniendo en sus manos los elementos necesarios para hacer cambiar de rumbo á los acon-

tecimientos, no era digno de la simpatía de los hombres que perdonan las faltas cuando ven brillar en el actor una cualidad eminente por su nobleza, por su energía, por su valor ó por su intrepidez.

Marchó lentamente para el Paso de la Patria aquella procesión de *vivos-muertos!*

Algunos días después, estando ya bastante mejorado de salud, vino Mrs. Lynch del Paso de la Patria á Humaitá, no sé con qué objeto. A su llegada como un acto de deferencia á su sexo y también á la posición que ocupaba, los gefes y oficiales de la guarnición que estaban francos, pasaron á saludarla, entre quienes, siguiendo la corriente, iba yo también, y acertadamente.

Al retirarnos, me llamó por mi nombre, y me dijo: « quédese un momento; tengo algo que comunicarle».

—«Sí, Señora, con mucho gusto, estoy á sus órdenes», le contesté.

Así que acabó de salir todo el mundo, me dijo:

—«Tengo el sentimiento de comunicarle que S. « E. el Sr. Mariscal, está muy enojado, pero muy « enojado con Vd. Ignoro lo que habrá habido».

—«Señora», la dije, «Sorpresa muy grande me « causa lo que acaba de comunicarme; pues no « tengo en este momento presente que haya volun- « tariamente incurrido en ninguna falta, que justi-

« fique el estado de ánimo de S. E. conmigo, y « confieso que lo deploro profundamente»,

— «Bueno», replicó ella, «yo no pongo en duda « su honorabilidad de Vd.; pero creo que haría Vd. « bien para desvanecer lo que hubiese, que sin pér- « dida de tiempo, le escriba al Sr. Mariscal».

Como quiera que esta insinuación importaba para mí una orden directa de éste, me puse á pensar muy seriamente sobre la manera y forma en que debía expedirme, máxime cuando en ello iban mi honor y mi porvenir.

Desde luego presumí que la causa del enojo del Mariscal se encontraría en Corrientes. Esto resultaba indudable del hecho de no haberme acordado audiencia á nuestra llegada á Humaitá.

Pero ¿qué habré hecho ó habré dejado de hacer, durante nuestra permanencia en aquella Ciudad?

That is the question.

Exprimía la imaginación para recordar algo sustancial que pudiese ser admitido en conciencia como una falta real en el cumplimiento de mis deberes. Nada hallé; hasta que al fin caí en cuenta y exclamé *Eureka!* Y, abandonando todo escrúpulo, dije: no puede ser otra la causa que alguna calumnia, y no puede ser otro el calumniador que Don Miguel Rojas!....

Este presentimiento adquirió en mí fuerza de

convicción. Y á la verdad, que el corazón rara vez engaña.

Me puse á escribir una larga epístola, especie de exposición minuciosa que resumía mi vida en Corrientes, en relación al cumplimiento de mis deberes como Secretario del Ministro Berges. Siento no poder consignar aquí los mismos términos en que iba redactada mi exposición, por haberlos olvidado en el trascurso de 28 años; pero recuerdo que le dije: que como no encontraba en toda ella nada que racionalmente pudiese achacarme como una falta, me veía obligado á suponer que hubiese sido calumniado, y que desde luego no tenía inconveniente de manifestar mis recelos respecto á Don Miguel Rojas, por la mala voluntad que me tenía, proveniente de observaciones francas que le había hecho sobre su modo de ser en Corrientes; lo cual daba lugar á disputas acaloradas que degeneraban en personalidades, de la que resultaba la tendencia de querer sobreponérseme como superior.

Que hubiera deseado que hubiese en la República un alto Tribunal, desde donde pudiese hacer mi defensa, y á la vez pintar con colores propios el carácter y las condiciones morales peculiares de aquel sujeto, á fin de que todo el mundo supiera quién era Don Miguel Rojas, y cuáles fueron sus hazañas en Corrientes, donde no había hecho sinó intrigar á las familias poniendo en pugna unas con otras, indispo-

niendo de esta manera los ánimos contra el Gobierno de la República, á quien servía en calidad de agente mercantil, y captándose, no la simpatía, sino la odiosidad del pueblo, que lo conceptuaba como uno de los hombres más perversos.

En este sentido hablé largamente hasta llenar un pliego de papel de oficio. Escribí con rabia, dispuesto ya á todo, y el estilo nervioso en que iba redactada mi carta, fácilmente podría revelar ese estado de ánimo.

Dicha carta, según supe después, fué recibida por López, hallándose presentes algunos amigos mios, entre ellos Don Natalicio Talavera,—corresponsal del diario oficial «*El Semanario*».

Uno de estos amigos me refirió, ya después de la guerra, que López se puso furioso con la lectura de mi carta, amenazando mandarme de soldado á un batallón. A cuyo efecto mandó orden por telégrafo, para que inmediatamente me pusiese en camino para el Paso de la Patria.

Talavera, condiscípulo y amigo mío, y que gozaba del aprecio y estimación del Mariscal, tuvo el corage de mediar por mí, pidiéndole á éste en términos humildes y adecuados, que tuviera la clemencia de revocar su resolución, atento á que yo era un joven de esperanzas, que más tarde había de mejorar de conducta. Que cualquier falta que hubiera cometido, más sería efecto de inexperiencia, que

de sentimientos contrarios á la lealtad y adhesión al Supremo Gobierno.

De modo que cuando al día siguiente llegué al Cuartel General en Paso de la Patria, en virtud de un telegrama de llamamiento, gracias á los buenos oficios de aquel amigo y compañero, recibí orden para que me presentara al Gefe de la Mayoría. Este me dijo que quedaba nuevamente agregado con mis antiguos compañeros, cuyo número se había aumentado con la persona del *insigne* Miguel Rojas!

Como este padecía de la tisis, vivía siempre mal humorado, con una suceptibilidad tan grande que nadie podía reirse delante de él, sin figurarse que era una burla que se le hacía. Era incapaz de soportar ningún género de bromas ó chanzas, y de ridículo en ridículo, llegó á convertirse en *hazme reir* de todo el mundo.

Según me explicó uno de los Secretarios del mariscal después, mi presentimiento no me había engañado.

Rojas escribió á López desde Corrientes, no una, sino varias cartas, contra mí, falseando la verdad de los hechos; y la furia del Mariscal, fué debida á esa circunstancia, por cuanto tenía la costumbre de prestar oído á una denuncia, sin admitir jamás defensa al denunciado. El había esperado que yo me hubiese presentado implorando humildemente perdón por faltas imaginarias, asumiéndolas él como

verdaderas; sin parar mientes en que el denunciante pudiese haber calumniado á impulso de una venganza ó por cualquier otro motivo.

De esta manera, la calumnia en lugar de recibir su merecido castigo como delito, gozaba del privilegio de la virtud, que vivía, crecía y prosperaba bajo la protección del Mariscal. El honor y la dignidad de un ciudadano estaban constantemente expuestos á ser ajados y pisoteados impunemente por cualquiera de esos miserables que, careciendo de méritos reales para hacer carrera en la vida, adoptaban el triste papel de calumniador de oficio, quienes eran conocidos en el ejército con el nombre de *pyragüé* (pata-velluda). (1).

La ejecución del General Robles y sus complices así como la del Mayor Martínez que mandada la guarnición de Corrientes el 25 de Mayo, condenado éste por distinta causa, tuvo lugar en los primeros días de Enero de 1866, encontrándome todavía en Humaitá. Por referencia he sabido que Robles fué conducido de la prisión á caballo al sitio de la ejecución y los demás en carros, previos los auxilios espirituales que les proporcionaron los capellanes del Ejército. Que éste formó tres costados de un cuadro quedando un lado

(1) Pyragüé *Py* pié, *ragüé* pelo: *pyragüé, pié peludo,* ó pié que tiene pelos en las plantas, que hacen que sus pisadas no sean sentidas al aproximarse á una persona para ejercer el espionage.

abierto, y que después de la lectura de la sentencia, fueron fusilados.

El ejército reunido en Paso de la Patria ascendería más ó menos á un total de 30,000 hombres. La guarnición de Humaitá quedó reducida á lo muy indispensable. Como la caballería era más numerosa, se dispuso convertir varios regimientos en infantería, y á fin de proveer de monturas á los que quedaban, se mandó reunir cuántos caballos había en el país, inclusive los que pertenecían á los particulares.

Estando en el Paso de la Patria empezaron á llegar muchos paraguayos de los que habían caído prisioneros en la Uruguayana. Al principio estaban acampados aparte, pero más tarde, fueron distribuídos en distintos cuerpos.

López, acostumbraba oir misa todos los domingos en la Capilla del Paso de la Patria, acompañado de todos los oficiales francos y de un gran número de soldados. Después de misa, solía colocarse en frente del Cuartel General, y conversar con las tropas que se agrupaban á su alrededor con ese objeto. El tema de esta conversación era por supuesto los *negros*, como llamaba indistintamente á los aliados, intercalando algunos chistes propios á hacer reir y á inspirar desprecio hacia aquellos. Los soldados entusiasmados pedían á gritos ir á escarmentar al enemigo; diciendo que nada más

que estaban esperando orden del mariscal para probar á la patria y á su gobierno su valor y patriotismo. López, los enardecía de esta manera, para luego entretenerse lanzándolos en pequeñas expediciones al otro lado del Paraná á combatir con los correntinos y otras fuerzas aliadas que venían y llegaban hasta la orilla de este río.

La primera de estas expediciones se componía de 4 canoas con 12 hombres cada uno. Al llegar al otro lado cambiaron algunos tiros, y luego se desembarcaron y asaltaron á los correntinos haciéndoles algunas bajas. En seguida regresaron, no habiendo tenido más pérdida que un soldado.

López, al día siguiente envió otra expedición y como tampoco fué destruída, empezó á tomarle gusto, enviando casi todos los días expediciones compuestas de 100 á 200 hombres, que partían saltando de contento y alegría. Estos se desembarcaban y echaban lejos al enemigo tierra adentro; debiendo advertir que el campamento del ejército aliado no se encontraba distante de allí, donde había más ó menos 50.000 hombres.

Pero las más importantes de estas expediciones fueron por su desenlace las del 30 y 31 de Enero de 1866.

La del 30, compuesta de 250 hombres á las órdenes del teniente Prieto, efectuó su desembarco en Corrales, donde se encontraba una partida avan-

zada de caballería correntina, que fué atacada y perseguida hasta el arroyo Pehuajó, como unos 500 metros de la orilla izquierda del Paraná. Dicha fuerza era la avanzada de la caballería del General Hornos, comandante de la vanguardia del ejército argentino, que á la sazón se hallaba acampada un poco más al interior, ó sea más allá del arroyo San Juan, distante una milla ó algo más de la margen del Paraná.

Los paraguayos después de perseguir á los correntinos hasta el punto expresado, volvieron y pernoctaron en el monte que se extiende á lo largo del río Paraná. Los correntinos tuvieron una baja de 5 hombres, y los nuestros, ninguna.

Informado el General Mitre del suceso, resolvió escarmentar á los osados paraguayos que con increible audacia, se habían trasportado en canoas al otro lado del Paraná, á arrojarle el guante en las mismas barbas de su ejército. Dispuso hacerlos caer en una celada que mandó preparar lo más habilmente posible. Al efecto, ordenó al Coronel Emilio Conesa, uno de sus oficiales más intrépidos, que marchara á reunirse á la caballería de Hornos fuerte de unos 2,500 ginetes, con una división de infantería compuesta de los batallones 2°, 3°, 4° y 5° de la guardia nacional de Buenos Aires, y 2 piezas de artillería (1800 hombres); haciendo todas un total de 4.300 hombres.

El 31 llegó esta fuerza al arroyo San Juan que lo vadearon emboscándose en un monte. Momentos después, los paraguayos comandados todavía por el Teniente Prieto, avanzaron de nuevo, y atravesando el *Pehuajó*, llegaron esta vez hasta las inmediaciones del San Juan, tiroteándose con una guerrilla correntina que tenía instrucciones de procurar atraer á aquellos hasta hacerlos caer en la celada de la infantería porteña que los esperaba dispuesta á no dejar escapar ninguno. Pero cuando los paraguayos se aproximaron hasta unos 300 metros, divisaron en la orilla del bosque al batallón 14° y sintieron los *vivas!* que lanzaban los que estaban ocultos más adentro. Entonces se apercibieron del peligro que correrían avanzando más adelante, y resolvieron en el acto hacer una retirada, que la verificaron con rapidez á través de un terreno cubierto de pantanos y bosques, perseguidos por la infantería argentina que, menos ájil que la nuestra, no logró darles alcance.

La retirada fué ejecutada en buen orden; pero al efectuar el vado del *Pehuajó*, sufrieron algunas bajas que no pasaron de unos 30 hombres. Una vez Prieto en el monte que orilla el Paraná, hizo hincapié, haciendo una resistencia heróica. En ese momento, á eso de la 2 1/2 de la tarde, llegó el Teniente Saturnino Viveros (después Teniente Coronel) con un refuerzo de 200 hombres del batallón 12

formando con los de Prieto un total de 420 hombres (1)

En el monte denominado *Picada* de Corrales se trabó una pelea sangrienta á tiros y con asaltos de una y otra parte á la bayoneta que duró 5 horas. El combate no ha podido ser mas desigual: 420 paraguayos contra 4300 argentinos, ó sean 2500 según pretenden éstos. Pero sea de ello como fuese, y dando de barato de que la fuerza argentina no fuese más que este último número, la desproporción era inmensa. Aducen en su apoyo, los argentinos, para cohonestar el terrible descalabro que sufrieron en esa ocasión, de que los paraguayos pelearon resguardados por los árboles y defendidos por esteros. Esto no es argumento; era natural que se hubiesen aprovechado de las ventajas que ofrecía el terreno. Ahí está la habilidad de su jefe; pero la lucha era en la proporción de 10 contra 1, ó si se quiere de 7 contra 1!.... Y aún con todo, los argentinos desistieron del ataque, y se retiraron viendo que sus esfuerzos eran inútiles, á las 7, después de haber sufrido una inmensa pérdida.

Las pérdidas de Prieto y Viveros, entre muertos y heridos, no pasaron de 200 hombres, y las del enemigo, 50 oficiales entre los cuales 4 coroneles y

(1) La distancia recorrida por Prieto, ida y vuelta, son 2 leguas y 1|2: legua y cuarto de ida y legua y cuarto de regreso. De modo que nuestras tropas no estarían tan descansadas. Pero eran paraguayas!

900 muertos ó heridos, ó sea un 30 por 0|0 de los primeros, según el parte oficial del Coronel Conesa (1).

Terminado el combate, los paraguayos se retiraron á donde tenían sus canoas y allí pernoctaron, recibiendo ya de noche por vía de protección 700 hombres al mando del Teniente Coronel Díaz. Al día siguiente, después de algunas escaramuzas, regresaron tranquilamente, batiendo palmas por el brillante triunfo que habían alcanzado contra una fuerza inmensamente superior por su número y armamento.

Y, sin embargo, según confesión de su Gefe el

(1) El parte de este Gefe contiene algunas contradicciones notables. Dice que no esperando ya recibir el auxilio pedido por lo avanzado de la hora (las 6 1|2 p. m.) dispuso replegarse á organizar sus fuerzas y que media hora después recibió orden para retirarse á acampar. Habla de refuerzos paraguayos que en número de 500 se habían desembarcado á su derecha. No es cierto, á menos que hayan sido los 700 de Díaz que llegaron ya de noche, y de consiguiente después que había cesado el combate. En el penúltimo párrafo de su parte afirma el Coronel Conesa, ponderando la bravura de sus soldados, que llegaron hasta bayonetear á los que guardaban las canoas, apoderándose de ellas, y *que en los momentos* del último *y más sangriento ataque sobre las posiciones del enemigo, solo contaba con un número tan reducido de fuerzas, que le aseguro, dice, no llegaban á setecientos.* Y en tal caso ¿qué se hicieron los demás, es decir, 1800 hombres, calculando que la fuerza asaltante no haya sido más que 2500 hombres? Por otra parte, afirma que la pérdida de los oficiales ha sido en la proporción de 30 por 0|0; siendo esto así no es nada suponer que la de las tropas haya sido por lo bajo un 50 por c|o. El Coronel Conesa en su aludido parte calculó la pérdida nuestra en 700 hombres! es decir, 300 más que el número de que constaba la fuerza paraguaya! Los anotadores de Thompson no han sido más felices en su comentario sobre la acción de Corrales. Afirma que los paraguayos eran 800, que nuestra pérdida eran 300 hombres y la argentina solo 400! Confiesa que el combate fué desgraciado por las pérdidas que tuvieron los argentinos, y porque de una victoria fácil se convirtió en un encuentro sangriento, ó (más propiamente en un destrozo terrible), y, sin embargo, niega que la acción haya tenido importancia! Es mucho más honorable confesar la verdad con franqueza y no tratar de ocultarla. Derrota, descalabro, y defección son cosas de la guerra.

Coronel Conesa, se vió obligado á pedir refuerzo en los últimos momentos, que, según el anotador de Schneider, le fueron enviados, pero que llegaron tarde para entrar en fuego.

Está fuera de duda que la acción de Corrales ofrece un testimonio irrefragable de la bravura, firmeza y serenidad de los paraguayos y de la habilidad de los oficiales que los dirijían. La noticia de las pérdidas que habían tenido los batallones de la guardia nacional de Buenos Aires, produjo en esta ciudad una dolorosa impresión.

El Mariscal López, en vista del comportamiento heróico de los oficiales y tropas que tomaron parte en la acción de Corrales, decretó una medalla en forma de cruz, de plata para los primeros y de cobre para las segundas. Dicha medalla se llevaba sobre el pecho pendiente de una cinta blanca en el centro y azul en las extremidades. Al mismo tiempo, mandó que se erigiese un monumento destinado á perpetuar la memoria de los que murieron en aquella nueva *Termópilas*, llamada Combate de Corrales.

Cuando dichas expediciones tuvieron lugar unas tras otras durante próximamente dos meses, la escuadra brasilera se encontraba fondeada en el puerto de Corrientes, sin atreverse á dar un paso para impedirlas ó cortarles la retirada, pretextando el gefe que aquella no estaba completa, y que ignoraba

el número de cañones y baterías que tenían los paraguayos en esa parte del río, y que, por otra, no quería moverse sin orden de Tamandaré, que, á la sazón se encontraba en Buenos Aires, y «que no «comprometería sus buques inútilmente, pues los «vapores enemigos entrarían en riachos donde no «podrían ser perseguidos».

En efecto, hasta que la escuadra no estuvo completamente reunida á fines de Febrero, puede decirse que las canoas y vaporcitos de los paraguayos eran dueños absolutos de esa parte del río. A su llegada á Corrientes, Tamandaré comprometió publicamente su palabra de que festejaría en la Asunción la fiesta cívica brasilera, el 25 de Mayo, costara lo que costara.

¡Esta bravura del almirante brasilero contrastaba de una manera notable con la inactividad de la escuadra brasilera durante todo el tiempo que permaneció bajo el mando de aquel gefe!

El reconocimiento que practicaba mientras permanecía en Corrientes, no se extendía á más de dos millas; en seguida volvía con el parte de que todo estaba tranquilo.

No se me tache de injusto en mi apreciación con respecto á la escuadra brasilera. Mi opinión concuerda con la de cuantas personas con quienes he tenido ocasión de hablar sobre los sucesos de la guerra,

inclusive los que hicieron la campaña en el ejército aliado.

La timidez excesiva con que procedía, rayaba en lo ridículo. Si sus gefes hubiesen sido hombres más intrépidos, hubieran podido abreviar mucho la duración de la guerra. No había obstáculo que la impidiese dominar el río Paraguay desde las tres bocas hasta la Asunción, desde los primeros días de la invasión de nuestro territorio.

Teniendo noticia de que la aldea de Itatí, á la orilla izquierda del Paraná, estaba ocupada por fuerzas aliadas, el mariscal, previo reconocimiento minucioso en los días 28 de Enero y 6 de Febrero, con el que se constataba que allí se encontraba la vanguardia del ejército aliado, compuesta de unos 5317 hombres de las tres armas, al mando interino del general Gregorio Suárez, en ausencia del general Flores, dispuso que bajaran de Humaitá los vapores *Igurey*, *Gualeguay* y *25 de Mayo*, al Paso de la Patria, donde embarcaron 1000 hombres con 2 piezas de campaña á las órdenes del teniente coronel Díaz (después general) y subieron aguas arriba hasta Itatí el 18 de Febrero. El general Suárez que tenía orden para no hacer resistencia á la fuerza paraguaya, se retiró á la madrugada del 19 á Enramada Paso. A las 12 de este mismo día, Díaz se desembarcó con parte de su gente y tomó posesión de la aldea. Después de haber recojido de los

alrededores algunas cabezas de ganado vacuno y caballar, é incendiado hasta los cimientos la aldea y el campamento enemigo, volvieron á embarcarse regresando al Paso de la Patria. Los paraguayos no se alejaron más al interior, por temor de que fueran cortados por un movimiento de flanco ó que cayeran en alguna celada. Algunos días después regresaron á Humaitá el «25 de Mayo» y el «Igurey» quedando el «Gualeguay» en el Paraná. Este vapor hacía muchos viajes aguas abajo para reconocer la escuadra brasilera, y en una ocasión que el general Hornos se encontraba en Corrales con su escolta, pasó ese vapor á distancia de trescientos metros, obsequiándolos con tres tiros de metralla.

Después del combate de Corrales, no hubo más expediciones importantes al otro lado del Paraná, excepto algunas pequeñas partidas de *bomberos*, que mataban á los soldados aliados que se encontraban aislados ó dispersos. Una vez, un sargento volvió trayendo en un saco nueve cabezas de soldados aliados que fueron puestas en exhibición para servir de escarnio. El referido sargento que era un negro fué promovido por sus hazañas á alférez, uno de los pocos ejemplos de que hombres de esta raza hayan llegado, hasta entonces, á ese grado, en el ejército nuestro.

El Gobierno argentino, á causa de la impopularidad de la guerra, ha tenido que luchar desde el

principio con graves dificultades para el reclutamiento de las fuerzas en las provincias. Algunos contingentes se amotinaron y se desbandaron en el camino. Y como esto se había repetido más de una vez, se había adoptado la medida de enviar los reclutas hasta el Rosario maniatados, y de allí embarcados hasta el Ejército.

Esto, según me han asegurado, estaba confirmado por documentos oficiales. Hecho que comprueba que la guerra se hacía violentando el sentimiento de la mayoría de los argentinos.

No poseo ningún dato que me explique la idea ó plan militar á que hubiese obedecido el envío de las pequeñas partidas al otro lado del río de que he hecho mención. Así, tengo la libertad para juzgar y apreciar esas operaciones según el criterio propio sugerido por la razón.

En efecto, no puedo menos que calificarlos como de quijotezcos, dignos solo de un mandatario irresponsable que jugaba á capricho con la suerte de los ejércitos de su mando. Parecía que se complacía en sacrificar inútilmente los mejores soldados de la República, sin probabilidad de conseguir ninguna ventaja positiva sobre el enemigo. Gracias á la indecisión de los aliados, por no decir otra cosa, los expedicionarios volvían á esta parte, pues aquellos rodeados de tantos elementos pudieran haberlos cortado y anonadado.

¿Por qué el Mariscal no los habrá reservado para hacerlos pelear con ventaja en las posiciones que había elegido?

Los paraguayos, en cada combate parcial á que los lanzaba inconsideradamente el mariscal, acreditaban un valor á toda prueba; pero á la vez de cubrirse de gloria, salían en la mayor parte de las veces, destrozados, y con raras excepciones, nuestros triunfos eran casi siempre á lo Pirro!

La idea de cambio no era ventajosa y de consiguiente insostenible; porque las pérdidas de los paraguayos eran reales, mientras que las del enemigo volvían á reponerse al día siguiente con refuerzos frescos que llegaban constantemente, aparte de que el ejército aliado era doblemente más numeroso, mejor atendido y mejor disciplinado. Con el sistema de cambio hubiera llegado un día, como llegó, en que desapareció el ejército paraguayo, quedando los aliados en pié para continuar la guerra contra otro que se hubiese improvisado.

Obligado el General paraguayo por las circunstancias de la guerra á tomar la defensiva, no debió nunca haber cambiado ese rol. En ese carácter tenía la no despreciable ventaja de la elección del terreno y una vez hecha ésta, debió haberse concretado á perfeccionar las obras de defensa; á alimentar bien sus tropas para conservarles su vigor; á ejercitarlas en movimientos doctrinales para consolidar la

disciplina que es el alma de lás victorias, economizando la vida y sangre de ellas sin comprometerlas en acciones de aventura que no podían dar ninguna ventaja positiva. Con esa táctica y ese sistema, hubiera alcanzado tal vez triunfos tan ruidosos como lo fué el de Curupayty.

CAPÍTULO II

La escuadra brasilera—Sus combates con las *chatas* y el fuerte *Itapirú* —Operaciones preparatorias para realizar el pasaje del ejército aliado—Asalto de la Isla de *Itapirú* por los paraguayos—El General Osorio y el General Paunero se desembarcan con sus fuerzas una milla de las tres bocas á la costa del Paraguay—Bombardeo del campamento del Paso de la Patria—Retirada general del ejército—Cuartel General en Rojas—Porto Alegre —El combate de Fluvial—Discusiones y eclipse de luna.

La escuadra brasilera, que no estaba á las inmediatas órdenes del General en Gefe de los Ejércitos Aliados, lo cual era un gran inconveniente para las operaciones estratégicas que requerían unidad de acción, se mantuvo inactiva en el puerto de Corrientes, como queda referido, esperando la llegada de Tamandaré que se encontraba en Buenos Aires, para ponerse en movimiento. Mientras se conservaba en aquel puerto, los vaporcitos paraguayos eran dueños del río, como he dicho antes.

Por fin llegó el almirante Tamandaré, y partió la escuadra compuesta de 18 cañoneras á vapor y

cuatro encorazados, y vino á echar ancla el 20 de Marzo de 1866, colocándose en línea de batalla desde Corrales hasta la embocadura del río Paraguay.

Nunca se había visto en el río Paraná ó Paraguay, una flota tan poderosa; su vista era imponente y su llegada á esa altura anunciaba el propósito de que en pocos días más los aliados procederían á la operación del pasaje de sus ejércitos al territorio paraguayo.

El mismo día el vaporcito *Cisne* se desprendió de la escuadra subiendo el río Paraná convoyado por los acorazados «Tamandaré» y «Bahía». En él, según supimos después, iban el general Mitre, el almirante Tamandaré, el general Osorio y el ministro Octaviano. Aquella excursión tenía por objeto reconocer el río á la altura de Itatí, por haber recibido informes el General en Gefe de que era más ventajoso efectuar el pasaje en aquel punto. Pero resultó del reconocimiento la determinación definitiva de efectuarlo en el ángulo que forma el río Paraguay en su confluencia con el Paraná.

Tanto á la ida como á su vuelta, los cañones de *Itapirú* hicieron fuego sobre ellos; pero no dieron en el blanco. Los artilleros paraguayos estaban muy lejos de imaginarse la importancia que hubiera tenido echar á pique al *Cisne*.

Itapirú era una batería sin importancia, mandada

construir por el presidente Don Carlos A. López, sobre una punta ó lengua de tierra que se prolonga en el Paraná, teniendo por base un montón de piedras volcánicas. Estaba dotada con dos piezas de á 12; una de ellas rayada.

El mariscal López careciendo de buques que pudieran resistir armamento de artillería de grueso calibre, había ideado la construcción de unas chatas, armadas cada una de una pieza de á 68. Estas chatas, según he observado ya, al hablar del combate del Riachuelo, tenían doble proa, saliendo apenas fuera del agua las bordas, y no podían navegar solas sinó á remolque de un vapor. Las primeras fueron empleadas en el bombardeo de la fortaleza de Coimbra.

Cerca de *Itapirú* hay una isla algo larga denominada *Carayá* que divide el canal del Paraná en dos: uno al Sud y el otro al Norte. Este es menos profundo que el primero. Allí se encontraba anclado el *Gualeguay* con dos chatas.

El 22 de Marzo, aquel vapor sacó á remolque una de éstas y la llevó á colocar un poco más abajo de *Itapirú* cerca de la costa. En seguida rompió fuego contra la escuadra enemiga, consiguiendo meter algunas balas en el buque almirante. En vista de eso, se le vinieron encima dos acorazados, aproximándosele hasta la distancia de unas cien varas más ó menos. Entonces los tripulantes de la chata que

no habían cesado de hacer fuego sobre aquellos, se echaron al agua después de haberla varado, y, saliendo á tierra, ganaron el monte que poblaba la orilla del río.

Los brasileros, viéndola abandonada, desprendieron tres botes con gente para apoderarse de ella; pero una compañía de infantes oculta en el monte les hizo un fuego vivísimo, matando á muchos, y escapándose el resto lo más pronto que les fué posible.

Sin embargo, los acorazados ansiosos de vengar la muerte de tan intrépidos marineros, continuaron tirando á la chata, hasta que al fin consiguieron hacer volar el depósito de pólvora de ella, retirándose en seguida. La chata quedó por supuesto inutilizada; pero no así el cañon, que fué sacado después.

El 27 fué remolcada y colocada en el mismo lugar la otra chata, rompiendo en seguida fuego sobre la escuadra. Esta vez, y con la experiencia de la que fué volada, se dispuso que se tuviera el depósito de los cartuchos en tierra, á fin de evitar todo peligro de explosión, ocupándose uno de los tripulantes en alcanzarlos constantemente mientras duraba el fuego.

Las balas de á 68 se hacían pedazos al estrellarse contra las chapas de los buques. Algunas, sin embargo, dirigidas por buenos artilleros, lograron penetrar dentro de las torres. Una de ellas disparada en momentos en que la portezuela de la tronera

del *Tamandaré* estaba abierta, entró en la torre y allí hizo explosión (pues era hueca) causando grandes extragos en la dotación de las piezas contenidas en tan reducido recinto, matando al comandante Barros, al segundo y 6 oficiales, é hiriendo á 5 oficiales y 21 de tropa. El *Tamandaré* después de este golpe se retiró del combate. Los otros vapores continuaron su fuego tanto contra la chata como contra el fuerte *Itapirú*, hasta las 9 de la noche, hora en que se retiraron. Felizmente sus tiros no causaron más daño que herir á dos de los infantes que desde el monte les hacían un nutrido fuego de fusilería, á la que contestaban los de abordo con metrallas y mosquetería.

El 28, á las 12, la chata renovó el combate. Después de los primeros disparos, avanzaron los cuatro acorazados, y otros tantos buques de madera, para emprender la tarea de luchar y aplastar, si fuese posible, á aquella miscroscópica embarcación que tenía la audacia de hacerles frente. Casi todos recibieron serias averías, y particularmente el *Barroso*, cuyo cañón de á 120 fué partido en dos. Este golpe fué vengado con un tiro feliz: una bala, no sé de cuál de los buques, dió contra la pieza de á 68 de la chata y la hizo pedazos, con la rara felicidad de no herir á ninguno de los tripulantes, á pesar de haber chocado la bala contra el cañon en el momento mismo en que el artillero lo iba á disparar.

López, así que fué sacado fuera del agua el cañón de la chata que fué echada á pique, dió orden á Humaitá para que fuese llevada al Paso de la Patria, una chata vacía y montar en ella aquel cañón. El 29 por la noche partió de aquella fortaleza una canoa, llevándola á remolque aguas abajo. Al salir á las tres bocas fué descubierta por los buques brasileros que estaban fondeados en línea de batalla en aquel paraje, los cuales inmediatamente levaron anclas y comenzaron un nutrido tiroteo. Los tripulantes se salvaron, refugiándose en las selvas vecinas; pero la chata y la canoa quedaron en poder del enemigo.

Después de esos primeros combates de las chatas, el vapor *Gualeguay* sacaba á remolque todas las tardes á la única que quedaba, hasta la punta de la isla *Carayá* á arrojar el guante á toda la escuadra brasilera. Dicho vapor no tenía más artillería que una pieza de á 12 con la que hacía fuego sobre los buques enemigos. Estos contestaban con una lluvia de proyectiles de diferentes calibres que caían como granizos al rededor del *Gualeguay*, levantando columnas de agua, sin que lograran dar en el blanco, excepto una bala que atravesó la chimenea. El combate del *Gualeguay* con su chata á remolque llegó á constituir una especie de espectáculo teatral que servía de entretenimiento á todo el ejército, y particularmente al mariscal López que lo observaba con

sus telescopios desde el corredor del cuartel general.

Los combates de estas chatas y el fuerte *Itapirú* con la escuadra enemiga duraron tres semanas.

Los aliados empeñados en hostilizar á *Itapirú*, sin duda con el propósito de afirmar al mariscal López en el error de que el desembarco de sus ejércitos se haría en ese punto, establecieron en Corrales una batería de cañones rayados de á 12 y otra de morteros de 13 pulgadas, con las que empezaron á bombardearlo, consiguiendo más de una vez voltear el asta-bandera, que era inmediatamente reemplazada con la que se tenía de repuesto. En los terrenos adyacentes al fuerte, había surcos profundos causados por las balas rayadas de á 150 dirigidas de la escuadra.

En cuanto veían grupos de 5 ó 6 personas, yendo ó viniendo por el camino que conduce del Paso de la Patria á *Itapirú*, ya les largaban 3 ó 4 *caramelos* rayados! Como casi nunca causaban daño á nadie, los soldados llegaron á familiarizarse con ellos, y no producían entre ellos otro efecto que la burla, ó alguna observación chistosa ó picante.

En el río Paraná, á tiro de fusil de *Itapirú*, había una pequeña isla ó banco, (1) que al principio

(1) Thompson dice que era de reciente formación, lo cual no es exacto. Esa isla ha existido siempre allí, y si bien no era grande, tampoco era muy pequeña, como 1|2 legua de largo. Dicha isla se llamaba, banco ó isla de *Itapirú*.

carecía de toda vegetación, pero en el transcurso de algunos meses se cubrió de un alto pajonal. En la noche del 5 de Abril de 1869 los brasileros la ocuparon, y abriendo trincheras y colocando en batería 8 piezas de artillería, empezaron á bombardear á *Itapirú*. La isla tenía además una guarnición de 2000 infantes más ó menos, que de día permanecían ocultos en los fosos trás de las trincheras, haciendo también fuego de fusilería sobre aquel fuerte.

El 6 del mismo mes, subieron el Paraná seis vapores hasta Itatí, de donde desalojaron una guardia paraguaya de observación compuesta de 12 hombres. Dicha expedición tenía por objeto reconocer un paso frente de aquella aldea. López aprovechó el tiempo que emplearon en aquella operación para enviar á su ayudante, el mayor Julian Godoy, con 200 hombres de infantería y seis piezas de campaña á la isla *Carayá* con instrucciones de permanecer en la selva y de romper fuego á su vuelta sobre los buques expedicionarios del enemigo. Así lo hizo, y grande fué la sorpresa de éstos cuando de repente, al pasar por frente de aquella isla, sufrieron el fuego de artillería é infantería de Godoy.

El mayor Godoy, antiguo ayudante de López, era uno de los gefes más entusiastas del Ejército; pero su excesiva adhesión á la persona de López

perjudicaba su buen nombre en el concepto de sus compañeros. Sin embargo, puede con justicia afirmarse que ha sido uno de los gefes bravos de la pasada guerra.

Después de la ocupación de la Isla por los brasileros, para contestar debidamente á sus tiros, se montaron en *Itapirú* dos piezas de á 68 de las que fueron sacadas de la *Yaquitinhonha*, las cuales causaron considerables daños á la escuadra enemiga, como se referirá más adelante.

El mariscal López, llevado de su afición á los golpes de audacia, para los que se prestaban la intrepidez y el arrojo de sus soldados, sin obedecer á ningún plan militar, resolvió mandar atacar la isla con el pretexto de escarmentar á los que se habían posesionado de un pedazo del territorio nacional, que como tal era considerado el lugar que ocupaba el enemigo.

La distancia que separaba de nuestra costa dicha isla, era unos 1500 metros. Tomando en consideración esta circunstancia, el número de enemigos que la guarnecían (2000 hombres más ó menos), perfectamente atrincherados, las piezas colocadas en batería, y la presencia de una poderosa escuadra compuesta de 30 y tantos buques, anclada á corto trecho de allí, excusa todo el elogio y la ponderación que pueda hacerse del arrojo, valor y resolución de nuestros soldados.

A fin de llevar á la práctica el asalto, el General Díaz (entonces Teniente Coronel) recibió instrucciones para sacar de los diferentes cuerpos 1200 hombres escogidos, á saber: del batallón número 9, 4 compañías reforzadas con gente sacada de otros cuerpos, haciendo un total de 480 hombres; 4 compañías del batallón número 3 reforzadas también de tropas de otros cuerpos, las cuales ascendieron á 600 plazas, y un escuadrón de caballería á pié compuesto más ó menos de 180 hombres. Total de la fuerza expedicionaria: 1260 hombres.

Díaz formó de ellos tres divisiones de á 420, y el 10 de Abril, á la madrugada, mandó dos de ellas embarcadas en canoas, quedándose él en *Itapirú* con la 3ª como reserva.—La infantería iba al mando de los tenientes Leonardo Riveros y Pablo Cabrera, y la caballería desmontada y armada solo de sables, al mando de los subtenientes, José de Jesús Martínez y Matías Bargas.

Favorecidos por la oscuridad, salvaron la distancia, sin ser hostilizados por la escuadra que estaba á la vista; pero á su llegada fueron sentidos y tocaron playa en medio de una lluvia de balas que tiraba la infantería enemiga.—Veintinueve canoas condujeron á nuestros soldados; pero no todas llegaron á la vez, y algunas de ellas se vararon antes de tocar playa en los bancos de arena que había en las proximidades de la isla. Pero todos estos inconvenientes

no desconcertaron á nuestros denodados soldados, y llevando la vanguardia la caballería que tronchaba con sus afilados sables las filas enemigas, avanzaron con bríos, obligando á la infantería enemiga á refugiarse tras de sus trincheras. Una parte de ésta, fué tomada por los nuestros, después de haber sufrido dos rechazos. Los brasileros defendieron su posición con bravura. La artillería hacía un fuego horroroso con todas clases de proyectiles: metrallas, bombas y balas encadenadas. —Pero á pesar de tan horrorosa hostilización la trinchera fué toma da y recuperada varias veces.

En tanto que tenía lugar el reñido combate, la escuadra se puso en movimiento. Tres encorazados y cinco cañoneras rodearon la isla y comenzaron á tirar bombas y metrallas donde quiera que veían hacerse fuego, y lo mismo que aconteció el 25 de Mayo en Corrientes, se cebaron sus tiros en paraguayos y brasileros, y como estos últimos eran más numerosos, no sería extraño que hayan recibido mayor daño que los primeros.

Como el comandante Díaz observara que mientras algunos cañoneros (el *Henrique Martins*, el *Chuy* y el *Greenhalg)* se dirigían á cortar la retirada de nuestras canoas, y que otras embarcaciones transportaban refuerzos á la isla, (1) y considerando que

(1) El ilustrado anotador de Schneider niega que la guarnición haya recibido refuerzos, pero está en un error, y la guarnición era mucho mas de 900l...

la fuerza asaltante estaría debilitada por heridos y muertos, lanzó las otras 4 compañías del batallón número 3 que tenía consigo, al mando de los tenientes Mateo Morel y Ciriaco Vera, y aunque la comunicación estaba impedida por la escuadra, el número 3 consiguió llegar á dar la mano á sus compañeros, y tomar parte en la sangrienta refriega que dieron á los refuerzos que llegaban de la otra banda del río.

En previsión de una repentina y completa interrupción de la comunicación, y para dar protección á la retirada de nuestras canoas contra los buques de la escuadra que las persiguiesen, se habían establecido en la playa dos baterías de artillería lijera al mando del mayor Alvarenga, y á las inmediatas órdenes del Capitán Hermosa (hoy Coronel.)

Estas baterías rechazaron por dos veces á los vapores ya mencionados y á otros tres los inutilizaron, viéndose entonces obligados á recurrir á sus encorazados para poder resistir su fuego.

Una lancha á vapor y una chata fueron echadas á pique por el cañón de *Itapirú*, debida una de ellas á la buena puntería del coronel Bruguez que se encontraba allí de paseo.

Como era natural en un combate tan desigual en número y elementos, la mayor parte de nuestros soldados quedaron fuera de combate, y aquellos á quienes sus heridas les permitían moverse,

ganaron sus canoas, sin que hubiese uno sano entre ellos. Las sutiles embarcaciones en que se retiraron ya de día, bajo el fuego á quema-ropa de los buques que arrojaban sobre ellas todas clases de proyectiles, regresaban impulsadas por verdaderos inválidos: los que tenían las piernas heridas, remaban sentados; los que tenían uno de sus brazos imposibilitado, hacían uso del otro para manejar la pala; y, finalmente, los que no cabían en la embarcación ó que no habían podido embarcarse por lo críticos de los momentos, venían nadando asidos fuertemente de los bordes. Uno de éstos era mi hermano, Fernando A. Centurión, cabo de infantería del batallón núm. 9, que vino trayendo al través de la garganta y la cara una baqueta de fusil!

Parece que uno de los soldados enemigos, en la precipitación de cargar su arma y tirar sobre los asaltantes, se había olvidado de sacar la baqueta del cañón del fusil, y al disparar, aquélla fué como una flecha á penetrar en el pescuezo por la derecha, y atravesando la garganta, salió por la faz izquierda de la cara, quedando sujeta del botón ó casquillo que tiene en su extremidad. El procuraba equivocadamente arrancarla por la izquierda, lo que naturalmente no pudo conseguir por el botón que la sujetaba del otro lado, y, como no había tiempo que perder, se vió obligado á echarse al agua al

lado de la canoa, y agarrándose con una mano del borde, y sujetando el peso de la baqueta con la otra, vino nadando hasta llegar á *Itapirú*, donde un cirujano se la sacó. López, en recompensa de su heróico comportamiento, lo hizo ascender aquel mismo día á alférez, único ejemplo durante la guerra de una promoción á saltos.

De esta manera, y navegando contra una fuerte correntada, lograron arribar á *Itapirú* 22 canoas con 300 hombres, habiendo quedado en la isla muertos, heridos ó prisioneros, 960!....

Las pérdidas de los brasileros, según informes que pudimos obtener más tarde, eran más ó menos iguales á las de los paraguayos, por la circunstancia arriba indicada de que sus mismos vapores coo peraron á causar una gran parte del extrago.

Los daños que los cañones recién colocados en *Itapirú* causaron al enemigo, fueron los siguientes: Una bala de á 68 penetró en la cámara del vaporcito *Fidelis* en momento en que estaba allí el coronel Cabrita, escribiendo el parte del combate del 10, rodeado de otros gefes y oficiales, matando á aquél y á estos y echando á pique el vapor; (1) otra atravesó el casco bajo su línea de flotación al *Enrique Martins*, viéndose obligado á embicar para

(1) Thompson refiere como muertos en la isla al día siguiente del combate; pero estaba mal informado. Cabrita subió abordo para escribir el parte, y allí la bala le arrebató la vida.

salvarse; y otra finalmente, partió en dos á uno de los cañones de la batería de la isla.

El coronel Cabrita, siendo capitán, allá por el año 1854, en tiempo del viejo López, estuvo en la Asunción, contratado por éste para instruir á un determinado número de tropas y oficiales en el manejo de la artillería. Bruguez, Domingo A. Ortiz, Roa, Alvarenga y otros que tanto se han distinguido en la pasada guerra, han sido de su escuela. El tiro que le tronchó la vida, fué dirigido por el Coronel Bruguez, aunque la bateria de *Itapirú* estaba á cargo del capitán Ortiz. De modo que esa rara, y á la vez, cruel coincidencia, vino á probar que el discípulo había aprendido bien la lección! y que la guerra, con sus bárbaros elementos, no respetaba los vínculos de gratitud, de amistad ni de parentezco que unen moralmente á los hombres.

Recuerdo que entre los prisioneros que cayeron en la isla en poder del enemigo se encontraba el teniente Romero, gefe de una de las divisiones. Algunos de sus compañeros que volvieron, le acusaron de haberse pasado al enemigo, fundándose en que si hubiese querido volver, pudiera haberlo hecho, porque se encontraba sano. Con este motivo, López hizo correr la voz en el ejército de que era un traidor. Nosotros de la mayoría, que juzgábamos las cosas desde alguna distancia y que no ignorábamos la *farsa* de que se valía con fre-

cuencia el Mariscal para impedir la deserción al enemigo, suspendimos nuestro juicio al respecto y preferimos en conciencia dudar de la veracidad del hecho.

La pobre esposa de Romero se vió obligada, conforme López habia establecido para esos casos, á publicar una carta ó remitido en el *Semanario*, desconociendo á su esposo por traidor. Dudo que esa circunstancia antinatural y absurda, haya impedido á los conyuges volverse á juntar y vivir bajo un mismo techo después de la guerra!....

No sé que se habrá propuesto López con mandar atacar la isla de Itapirú; porque aún en el supuesto de que se hubiese apoderado de ella, no hubiera podido sostener su posesión, en presencia de una escuadra poderosa que inmediatamente la hubiera bloqueado con doble cordón de buques, haciendo imposible toda comunicación con ella, sin decir nada del ejército aliado al otro lado del río, que la hubiera atacado con fuerzas y elementos superiores, y la hubiera recuperado como tres y dos son cinco. Si su posesión por otra parte no ofrecía ninguna ventaja ni utilidad á los aliados, mucho menos la ofrecía á los paraguayos; y así, aquella operación, bajo cualquier punto de vista que se la quiera considerar, no obedecía á ninguna causa racional, sino á un espíritu loco, ó manía, de sacrificar estérilmente á las mejores tropas del Ejército;

cuando lo que convenía era economizar hombres para aprovecharlos en una batalla que tuviese la probabilidad de adquirir una ventaja positiva.

López, en la firme creencia de que los aliados efectuarían el pasaje de sus ejércitos en *Itapirú*, ó sea en el Paso de la Patria, mandó hacer unas grandes trincheras que, partiendo de la barranca del río Paraná frente al campamento, iban hasta cerca del Cuartel General, y de allí, descendían al Carrizal, con reductos en los ángulos entrantes y salientes para poder barrer todo el frente á cualquier dirección. Estaban defendidas por 30 cañones; muchos de ellos rayados y tres ó cuatro mil hombres. Posición verdaderamente fuerte; pero no pienso como el comandante Thompson de que no pudiese ser flanqueada. Su derecha iba á terminar á la laguna Sirena y su izquierda en la laguna Panambí. Según Thompson que las trazó, dichas trincheras tenían cinco pies de anchura y seis de profundidad. (1) López abandonó aquella posición porque comprendió que no era sostenible, y en eso ha obrado á mi juicio cuerdamente.

A más de estas fortificaciones para esperar al enemigo, mandó colocar una fuerza considerable de infantería á lo largo del camino que va de Paso de la Patria á *Itapirú*, la cual permanecía oculta en el

(1) La Guerra del Paraguay. Cap. X.

bosque, para hostilizar á los aliados en su desembarco.

Cuando estos terminaron sus preparativos, dieron comienzo á la operación del pasaje. Tenían unos 30 transportes á vapor, 150 canoas y 30 planchas flotantes. Se calculaba que con estos elementos, podían de golpe desembarcar al territorio paraguayo 10.000 hombres. El general Mitre estuvo feliz en la elección del terreno, que por su naturaleza, era ventajosísimo, porque las tropas que hubieran logrado desembarcar, cualquiera que fuese su número, podían sostenerse en él aún contra una fuerza superior que las atacase, en razón de que ésta no podía presentar ó disponer de un frente de mayor extensión que el que presentase el invasor, y también porque no podía ser envuelto éste por sus flancos á causa de los obstáculos insuperables que presentaban los esteros y carrizales por un lado, y el Paraná por otro. Además, toda fuerza nuestra que hubiese intentado seriamente impedir el desembarco, hubiera tenido infaliblemente que presentar sus flancos á los terribles fuegos de la escuadra, tanto por la parte del río Paraná como por la del río Paraguay.

El terreno elegido á que hago referencia, es una zona ó faja angosta que corre desde la desembocadura del río Paraguay en el Paraná hasta la fortaleza de *Itapirú*, la cual está circunscripta de Este á

Oeste por la laguna Piris, que se extiende hasta más arriba de *Itapirú*, cerrando por completo todo acceso á la costa, y dejando como única salida el camino que sigue del Paso á aquel fuerte, y de Paraná Miní, á lo largo del río. Todo ese paraje está poblado de bosques espesos dentro de los cuales se encuentran lagunas y riachos, limitados por unas pequeñas elevaciones de terreno, llamadas *albardones*.

El 16 de Abril de 1866, á las 9 de la mañana, el general Osorio, uno de los más intrépidos de los gefes brasileros, se desembarcó á la cabeza de una fuerte división brasilera á una milla y media más arriba de la boca del Paraguay, á la izquierda del mismo. Ya muy tarde, á eso de las 5 de ese mismo día fué desembarcada una pequeña parte del ejército oriental. Al día siguiente (17) continuó el desembarco, efectuándolo también á la derecha de los orientales los argentinos á las órdenes del General Paunero. (1) La división de Osorio se componía de 10.000 hombres; la argentina y la oriental, de unos 5.000 hombres las dos unidas. Los primeros que pusieron los piés en tierra, fueron unos 100 paraguayos de los que cayeron prisioneros en la Uruguayana, y que fueron obligados por los aliados

(1) Parte del general Flores al general Mitre fechado en *Itapirú* 18 de Abril de 1886. *Diario* del coronel Palleja, que formaba parte de la 2ª expedición después de la 1ª conducida por Osorio. Notas de Paranhos á la obra de Schneider.

á sentar plaza en sus filas para llevar la guerra á su país.

¡Et tu quoque fili!....

¡Shocking!....

Los capitanes Herrera y Venegas fueron enviados con 2 piezas de artillería y alguna fuerza de infantería del bat. 18 y de caballería del regimiento 20, con orden de vigilar y observar la 2ª división naval fondeada cerca de las *Tres Bocas*. Dicha fuerza se encontraba á corta distancia del punto de desembarque, y sostuvo un tiroteo bastante nutrido con la avanzada de los primeros cuerpos brasileros que se habían desembarcado; pero obedeciendo á sus instrucciones se retiraron poco á poco haciendo fuego, á medida que avanzaban los brasileros reforzados con otros que habían bajado á tierra, acudiendo al lugar de la refriega. El tiroteo no cesó durante todo el día 16.

Al día siguiente, 17, cuando el general Osorio se puso en marcha hacia *Itapirú*, fué atacado á las 8 1/2 de la mañana por una columna nuestra al mando en gefe del teniente coronel y ayudante del mariscal D. Basilio Benítez. Dicha columna estaba compuesta de los batallones 7, comandante mayor Luis González; 12, comandante capitán Viveros; y 18, comandante capitán Antº. Venegas, y los regimientos 20 y 29 con sus respectivos comandantes, tenientes Cardoso y Fortunato Montiel. Estos últi-

mos combatieron á pié, excepto dos escuadrones que estaban montados. Y 4 piezas ligeras de campaña bajo la dirección del capitán Alvarenga. De manera que y por lo visto, esta columna era la misma fuerza de Hermosa y Venegas, aumentada con otros cuerpos de refuerzo.

El ataque tuvo lugar, según queda explicado en la descripción del terreno más arriba, en un lugar sumamente angosto que no permitía á nuestra fuerza evolucionar fácilmente. La lucha fué una de las más reñidas y crueles de la guerra; pero como sucedía generalmente en estos combates parciales, nuestra fuerza, apesar de su firmeza y arrojo, casi siempre salía vencida por la superioridad numérica de los elementos de que disponía el enemigo.

Al principio se sostuvieron bien, y fueron rechazadas varias cargas traídas por los batallones brasileros 12 y 11 á las órdenes del entonces mayor Deodoro da Fonseca; (2) pero inesperadamente su ala izquierda (de nuestra columna) fué envuelta por dos batallones enemigos de la brigada Machado, que avanzaron á favor del monte que orilla el Paraná. Benítez, para hacerles frente, mandó hacer conversión, dando su flanco derecho á la fuerza principal de Osorio que sostenía el combate de frente. Este en seguida cargó por ese lado, consi-

(2) El mismo que después, y siendo general, derrocó á D. Pedro 2º del Brasil.

guiendo el resultado, que era infalible, de obligar á nuestra gente á una retirada desordenada.

La pérdida del enemigo se ha calculado entre muertos y heridos en 370 hombres más ó menos. La nuestra fué dos cañones, una bandera que el general Osorio regaló al almirante Tamandaré, y unos 400 entre muertos y heridos. En el asalto á la bayoneta salieron heridos el capitán Hermosa y el teniente Montiel. Este mató á un capitán brasilero.

El tiempo en los días 16 y 17 era lluvioso y fresco, lo que influyó no poco en contra de nuestras desnudas, mal armadas y mal alimentadas tropas. Esa misma mañana del 17, el mariscal López se adelantó á caballo, acompañado de su escolta, hasta una elevación cerca de *Itapirú*, donde le fueron presentados 4 prisioneros con los brazos atados, ordenando que fuesen desatados. Estos prisioneros fueron tomados en la noche del 16 al 17, en uno de los asaltos nocturnos que diera nuestra caballería sobre las avanzadas brasileras. Fueron interrogados sobre las fuerzas aliadas que se habían desembarcado, y manifestaron completa ignorancia respecto á su número; sin embargo calcularon en 10.000 hombres; pero que ya habían sufrido mucha pérdida.

Mientras tenía lugar el combate de que vengo hablando, y al que se ha dado el nombre de *Fluvial*, se verificó la evacuación de *Itapirú*, llevándose

toda la artillería, excepto dos piezas de á 68, que por ser demasiado pesadas fueron enterradas. Más tarde el enemigo las descubrió y las sacó.

El bombardeo de nuestras posiciones por la escuadra durante estos sucesos, no fué interrumpido, é hizo algún daño á las fuerzas de Hermosa y Venegas y á las que iban en protección de éstas, después de las primeras refriegas en el punto de desembarque del enemigo, ó sea en la *Confluencia*.

Más tarde, es decir, cuando llegaron los primeros dispersos del combate de *Fluvial*, el mariscal ordenó la concentración de todas las fuerzas y cañones colocados en el camino de *Itapirú* dentro de las trincheras del Paso de la Patria. El comandante Díaz permaneció cerca de *Itapirú* con los batallones 20, 37, 39 y 40 y el regimiento 21 con más los que quedaron de los batallones 7 y 20, para protejer la retirada de nuestro ejército.

El 18 tomaron posesión de *Ytapirú* los aliados, colocando sus avanzadas á la proximidad de uno de los puentes que había en el camino al Paso de la Patria. Ese mismo día cruzó el río con Tamandaré el General Mitre y se estableció allí á las 11 a. m.; practicando en seguida acompañado de los generales Osorio y Flores un reconocimiento, en cuya operación fueron hostilizados por una guardia paraguaya que les hizo fuego. En vista de ello, su escolta se adelantó á darles protección.

En la tarde del 17 dos cañoneras brasileras practicaron el sondaje del canal interior entre la isla *Carayá* y la costa del Paraná donde se encontraba nuestro campamento bajo el vivo fuego de fusilería de los batallones al mando del comandante Díaz, causándoles algunas bajas en muertos y heridos. El 18 entraron tres encorazados más, con cuya maniobra se hacía evidente la intención de bombardear el campamento donde se encontraba el cuartel General de López. Al día siguiente temprano (ó sea el 19), éste acompañado de sus ayudantes y unos cuantos del cuartel general, partió, dejando ordenada la retirada del ejército á discreción, á fin de que los efectos de los tiros de los encorazados causasen menos extragos posibles. En efecto, así se hizo, cuando tuvo lugar el bombardeo, dejándose únicamente la fuerza suficiente de infantería y artillería al mando del Coronel Bruguez y Comandante Marcó para cubrir y defender la trinchera.

Por la mañana temprano, á eso de las 7 1|2, subieron lentamente dos encorazados por el canal interior y tomaron posesión frente á la mayoría, y empezaron á arrojar sobre ella las primeras balas rayadas de á 150. Era cosa de ver el movimiento en que nos pusieron estos primeros tiros. Una de aquellas, hizo volar el techo de la pieza que ocupábamos, los agregados. Acababan de traernos unos cuantos

mancarrones. Con la precipitación que imponía la urgencia del caso, ensillé uno de ellos, y salí galopando junto con otros, siguiendo la dirección que llevaban las gentes que se retiraban en desorden, esparcidas, de manera que no presentasen masas reunidas que sirviesen de blanco á la escuadra. Las mugeres que acompañaban al ejército, salieron formando largas filas, saludando á las bombas que reventaban en el aire con risas y carcajadas.

El bombardeo duró todo el día, y fuera de una media docena de hombres muertos ó heridos, no causó mayor daño. Recuerdo que en la estación telegráfica cayó una bomba de á 68, en momento, en que un jóven telegrafista de apellido García, estaba ocupado en la trasmisión de un despacho, y estalló á dos pasos de él, cubriéndole de tinta, y al aparato, de tierra, sin causar ningún otro daño. Con este motivo la estación telegráfica fué trasladada al Norte del Estero Bellaco, instalándose provisoriamente debajo de un árbol.

Ese día pernoctamos en el Abasto, y las tropas que se retiraron del Paso de la Patria, acamparon al Norte del Paso Cidra.

El 20, estableció el Mariscal su cuartel general en Nduré, y el 22 empleó en reconocer todos los terrenos que quedan al Norte del Bellaco, y una vez formada la convicción de que eran mejores y más ventajosos para la defensa que los del Sud,

ordenó al Ingeniero capitán Thompson que levantara un mapa ó plano exacto de todos ellos. A la verdad, los esteros que forma el Bellaco del Norte, son más formidables, con la circunstancia de estar más cerca de Humaitá, lo que facilitaba las comunicaciones del ejército con esta fortaleza, llamada naturalmente á servir de base á sus operaciones.

En consecuencia quedó resuelto ocupar la línea que pasa por sobre el Paso Gómez y que se extiende hasta dar con el monte á la derecha, destacándose algunas tropas de infantería y caballería para ocupar y defender los otros pasos más insignificantes que quedan á la izquierda.

Después de esta determinación, López trasladó su cuartel general á Rojas, y dispuso que el Paso de la Patria fuese abandonado y que todo el ejército fuese á acampar al Norte del Paso Gómez.

Así se hizo, llevándose á cabo la retirada de la guarnición del Paso de la Patria del 22 al 23 de Abril, prendiendo fuego á los ranchos y casuchas del campamento. Los aliados en seguida tomaron posesión de él, con evidente alegría y satisfacción, repicando todo aquel día con las campanas de la capilla! Tenían razón, porque de esa manera se ahorraban el sacrificio de vidas que les hubiera costado, si lo hubiesen tomado á viva fuerza, llevando un asalto á las trincheras, como intentaron.

Habiendo llegado á ser imposible la salvación del vapor *Gualeguay*, fué echado á pique en *Totatí*, sacándole para ello las válbulas de las bombas. Mas tarde fué otra vez puesto á flote por los buques de la escuadra brasilera; y devuelto á su antiguo dueño el Gobierno Argentino.

Poco después de la llegada de los ejércitos aliados á Corrales, se supo que el Barón de Porto Alegre había marchado desde Río Grande á la cabeza de un ejército de 12.000 hombres y 19 piezas de artillería, obedeciendo al plan de cruzar el Paraná en la Villa Encarnación, ó algún otro punto, para atacar al ejército paraguayo por el flanco, mientras que Mitre lo hiciese por el frente. Tuvieron que abandonar este plan, sin duda, porque echaron de ver que Porto Alegre, correría el riesgo de que, en el curso de los sucesos, fuese cortado de su base de operaciones que hubiera sido el Río Paraná, y le cupiese la misma suerte que á Estigarribia en la Uruguayana.

Para hacer frente á aquel ejército, López mandó al mayor Núñez (después Coronel) con 3.000 hombres y 12 cañones á la Villa Encarnación.

Porto Alegre, en efecto, llegó al Paraná; pero en cumplimiento de nuevas instrucciones que modificaban por completo el plan primitivo, marchó costa abajo á lo largo de aquel río, y cruzándolo, fué á desembarcar su gente en el Paso de la Patria,

pasando en seguida á incorporarse con las demás fuerzas aliadas que á la sazón se encontraban ya acampadas en *Tuyutí*.

Volviendo al Paso de la Patria, debo decir, que pasamos los meses de nuestra permanencia allí, muy agradablemente.

Los hechos parciales de armas y sobre todo los singulares combates de las *chatas* con los encorazados que llegaron á llamar la atención pública hasta en Europa, mantenían entretenido agradablemente á todo el mundo, y hasta cierto punto no dejaron de inspirar cierto grado de confianza á las tropas, y la esperanza de obtener positivas ventajas sobre los aliados en una gran batalla.

La costumbre de bailar todos los domingos por la noche bajo un *Kiosko* frente á la mayoría, continuaba acá lo mismo que en Humaitá. El practicante Don Juan Bautista Gill, que después de la guerra, por gracia de las bayonetas brasileras, llegó á ser presidente del Paraguay, era el bailarín de preferencia entre las mugeres. Nosotros, los del cuadro pasivo de la mayoría, estábamos por supuesto *abonados* á esos bailes, porque hasta parecía ser una especie de obligación tácita no faltar á ellos, á fin de que uno no fuese mirado como indiferente á las manifestaciones de entusiasmo y alegría del ejército!....

De día, durante la semana, nos desparramába-

mos tomando diferentes rumbos, y de noche, nos reuníamos todos matando la prima noche en contar cuentos ó en discutir sobre alguna materia de historia ó de filosofía.

Una noche de Enero ó Febrero, bastante calurosa, aprovechando de una expléndida luna, salimos á dormir sobre la magnífica gramilla que se extendía en frente de nuestra habitación. Una vez instalados allí sobre aquella alfombra de la naturaleza, empezaron las discusiones. Don Nicolás Troja, de nacionalidad italiano que de simple hojalatero en la Asunción, llegó á ser un fuerte comerciante en Itaguá, sostuvo un animado debate con Don Pepe Ramírez y Don Juan de Rosa Franco, afirmando con aplomo la superioridad de la civilización rusa á la de las otras naciones europeas; que la última guerra de Crimea comprobaba superabundantemente su aserción, y que finalmente, ninguna nación europea poseía en tan alto grado, el genio inventivo como los rusos!

No dejó de llamar la atención, la novedad de semejante opinión, y la tenacidad y calor con que la apoyaba el Sr. Troja, obligó á sus contrincantes á dejarle con la suya, sin que éstos se hayan dado por convencidos.

Después rodó la conversación sobre astronomía y cosmografía. Don Andrés Maciel, mi antiguo compañero y condiscípulo, asumiendo el rol de ca-

tedrático de esta última materia, se puso á explicar cómo y cuándo se verificaban los eclipses. En su explicación hizo una confusión, aplicando, por ejemplo, la que corresponde al de sol, al de luna y *vice versa*.

En vista de tan lastimoso error, tomé cartas en el asunto, sosteniendo lo contrario. Le dije: que el eclipse del sol tenía lugar cuando la luna, en su revolución, interpone su masa opaca entre el sol y la tierra, lo cual solo puede suceder en la luna nueva; interceptando en parte ó en su totalidad, los rayos de este astro, trazándonos su sombra; que el de luna se verifica mediante la interposición de la tierra entre el sol y la luna, impidiendo aquélla á ésta recibir la luz del sol, y de consiguiente oscureciéndola en parte ó en su totalidad, cuyo fenómeno solo podía tener lugar en luna llena.

Mi amigo Maciel entendía al revés, é inútiles fueron mis esfuerzos para llevar á su ánimo el convencimiento. Pero una coincidencia extraordinaria verificada esa misma noche, vino prácticamente á darme la razón.

A eso de las 11, se había llenado la luna, y sobrevino un eclipse total de luna. En seguida, con la sorpresa que me produjo este fenómeno, salté llamando con entusiasmo á los compañeros, pues algunos de éllos ya estaban durmiendo, para que presenciaran el hecho. Luego les dije: «He ahí, Sres.,

«la comprobación de la verdad que sostuve; ¿está «Vd. convencido, amigo Maciel?»

Este se vió obligado á respetar la evidencia de una demostración que no tenía vuelta de ojo, y que por lo mismo, debía ser mirada como providencial.

CAPÍTULO III

Batalla del 2 de Mayo de 1866.—Reflexiones.

Puede calificarse esta acción como la primera de importancia que tuvo lugar en el territorio paraguayo, después del pasaje del ejército aliado.

El 24 de Abril, éste ocupó el campamento del Paso de la Patria, que fué incendiado por nuestra tropa al abandonarlo. En seguida estableció sus reales á una milla de distancia, al Norte del mismo campamento, sobre unas alturas que se extienden del Este á Oeste. Allí se atrincheraron, apoyando su flanco izquierdo en el Carrizal.

Nuestro ejército, según dejo consignado en el capítulo anterior, ocupaba la línea que se prolonga sobre el Paso *Gómez* de Este á Oeste, apoyando su derecha en los montes que se extienden hasta *Sauce* con cerca de cien piezas de artillería. Su vanguar-

dia guardaba con seis cañones de campaña los pasos del estero Bellaco, situándose al Norte de éste.

Del 25 al 28 tuvieron lugar algunas escaramuzas sin importancia entre las avanzadas de uno y otro ejército, con pérdidas insignificantes por ambas partes.

La vanguardia enemiga al mando del general Flores, constaba por lo bajo de 7.000 hombres de las tres armas: se componía de la división oriental Palleja, ó sea, de los batallones Florida, 24 de Abril, Independencia y Libertad; de la brigada brasilera Percegueiro, ó sea, de los batallones 5° y 7° de línea, y 3 y 16 de voluntarios da Patria, de algunos escuadrones de caballería riograndense al mando del general Neto y la escolta del general Flores compuesta de unos 200 hombres. A más de los cuerpos de infantería mencionados, se hallaban acampados el batallón 21 voluntarios á retaguardia del 7° y el 38 á retaguardia de la derecha de la artillería.

Todas estas fuerzas servían de protección á ésta que se hallaba al frente y que constaba de unas 8 piezas, colocadas de manera á enfilar el camino real que conduce á Humaitá.

El Mariscal López dispuso que el entonces teniente coronel (después general) don José Díaz con una fuerza de 4.000 (1) hombres, sin incluir la reserva

(1) Pongo este número redondo, pues en realidad no eran sino 3800 los asaltantes.

que constaba de tres batallones, ó sea 1.500 plazas y seis piezas de artillería, cayese de sorpresa sobre la vanguardia del ejército aliado, á verificar un reconocimiento sobre las posiciones que ocupaba.

Dicha fuerza estaba organizada del modo si guiente:

Batallón	13	Comandante,	mayor	Manuel A. Gimenez, *alias* Cala-á	
»	24	»	capitán	Moreno	
»	36	»	»	Zavala	
»	40	»	»	Avalos	
Regimiento	13	»	»	José M. Delgado	Gefe ten. crnel.
»	7	»	»	Obando	Basilio Benítez
»	4	»	teniente	De Jesús Martínez	Gefe tnite. crnel.
»	21	»	capitán	De Jesús Páez	Fidel Valiente

RESERVA

Batallón	1	Comandante	capitán	Orihuela	
»	42	»	teniente	Fernández	Gefe, mayor
»	19	»	capitán	Zarza	Avelino Cabral
Regimiento	10	»	mayor	Avelino Cabral	

La artillería, atendida por el coronel Bruguez, gefe de la misma arma, fué convenientemente colocada sobre el Paso Cidra, y rompió su fuego á las 12 1|2 del día, simultáneamente con el movimiento de avance de toda la columna expedicionaria.

El teniente coronel Díaz era el gefe de esa operación, y su segundo, el sargento mayor Giménez.

Las mencionadas fuerzas se lanzaron sobre el campo enemigo por los pasos Carreta, Cidra y Piris. Por este último penetró el teniente Martínez á la cabeza de los escuadrones 3° y 4° del Regimiento 4, y haciendo un movimiento rápido sin obstáculo

por la izquierda enemiga pudo reunirse luego con el Regimiento 21 que había pasado en Cidra.

Estos dos regimientos que formaban la vanguardia de nuestro movimiento de la derecha al mando del comandante Valiente, fueron los primeros que chocaron con la vanguardia enemiga, introduciendo en ella el espanto y la confusión, obligando á los que guarnecían la batería de cañones Lahitte á abandonarlos en nuestro poder, los cuales fueron acto continuo conducidos al cuartel general que hasta entonces permanecía en Rojas, por el teniente B. Caballero y el alférez Amarilla.

Esta batería que estaba á cargo del capitán brasilero Cardoso de Melo, á penas pudo hacer un disparo, cuando los artilleros fueron dispersados y el batallón 7° brasilero que la protejía, volvió cara y huyó á la desbandada. (2) En este momento la columna paraguaya de infantería, apoyada por la artillería de Bruguez llevó el ataque resueltamente al campo enemigo.

A los batallones brasileros 38 y 21 les tocó la misma suerte que al 7°. los cuales abandonaron el terreno en el mayor desorden, sufriendo grandes pérdidas. En efecto, del 1° solo quedaron 41 hombres según el parte oficial del General Osorio.

Los batallones orientales, 24 de Abril, Florida é

(2) Garmendia; 2 de Mayo.

Independencia, al mando de sus respectivos gefes Palleja y Castro, avanzaron á dar protección á los batallones brasileros antes mencionados; pero fueron envueltos, y á pesar de la resistencia heróica que hicieron á impulso de sus bravos gefes, perdieron terreno con inmensas pérdidas; produciéndose en tal situación la derrota general de todas las fuerzas que componían la vanguardia, al empuje vigoroso de la caballería é infantería paraguayas, que arrollaban y arreaban por delante á cuanto encontraban hasta mas allá de nuestro antiguo campamento de caballería, dejando á sus espaldas cinco líneas de carpas.

Los batallones brasileros que vinieron en protección del 24 de Abril cuando se vió obligado á formar una especie de cuadro para salvarse de las terribles cargas de nuestra caballería, fueron dispersados. (3)

El general Flores por poco no cayó prisionero, y cuando él se acordó de impartir sus órdenes al gefe de la 12ª brigada brasilera para que con las fuerzas disponibles que tenía acudiese en protección de la batería de avanzada, ya las piezas de ellas se encontraban en exhibición en el cuartel general de López!

La caballería, á las órdenes del comandante Be-

(3) El batallón 14° Voluntarios da Patria fuè disuelto el 31 de Mayo por su mal comportamiento el 2, y su personal agregado al 30 y 31.

nítez que había pasado por el paso Carreta, cayó sobre la extrema derecha del ejército argentino, y atacó al regimiento argentino 1° de línea, que precipitadamente montó á caballo y se puso en formación. Parecía al principio que quería esquivar la lucha, maniobrando de manera á llevar en pós á nuestra caballería hacia donde se encontraban los gruesos batallones de infantería; pero la rapidez de la carga de ésta en medio de gritos de entusiasmo, cayendo como un rayo sobre los primeros escuadrones de aquél, lo comprometió á un terrible combate. La lucha allí fué cuerpo á cuerpo, haciendo proezas de valor los nuestros y sus adversarios.

No estaría fuera de lugar citar aquí un trozo de la descripción que con mano maestra ha trazado de aquel memorable combate á sable y lanza, el distinguido escritor argentino, general D. José I. Garmendia, aunque con perdón sea dicho, siempre con tendencia á deprimir algún tanto á los nuestros por favorecer más á los suyos. Exceso de patriotismo muy excusable.....

Hélo aquí:

....

« Entonces tiene lugar una de esas pintorescas « escenas militares que muy rara vez surgen en los « combates, de un colorido tan heróico, que más « parece una hermosa tela de batalla que un hecho « real: se vé un reñido entrevero enardecido con el

« frenesí de la lucha, el que solo había sido prece-
« dido por los primeros disparos, envuelto en el
« silencio de los paraguayos y la algazara de nues-
« tros soldados que acompañan el golpe con la
« amenaza, salpicando de términos de toda especie
« ese momento solemne, como para indicar que ja-
« más les abandona al borde del abismo de la muer-
« te su sangre fría legendaria, ni su brutal ironía,
« que es el sarcasmo sangriento de la altivez y la
« más característica manifestación del desprecio del
« gaucho argentino.

« La lanza y el sable empezaron su obra, escinti-
« lando reflejos luminosos que hieren de lejos la
« vista. Nuestros soldados mezclados con los pa-
« raguayos perseguían tenaces con arma certera y
« eran al mismo tiempo perseguidos sin éxito. (1) En
« esta circunstancia la pelea se presenta más indi-
« vidual que colectiva; en vez de la lucha táctica de
« dos grandes unidades de combate, más parecía
« una liza de caballeros en campo cerrado que bru-
« talmente se hieren sin idea fija: se peleaba *de lo*
« *lindo*, desesperadamente; se jugaba la partida
« de la vida. . . . » (2)

La lucha continuó de esa suerte; ofreciendo variados matices de episodios curiosos é interesantes

(1) No tan así. Los cadáveres que sembraron sus potentes brazos, prueban lo contrario.

(2) La batalla del Estero Bellaco, 2 de Mayo. *Album de la Guerra del Paraguay*. Entrega 15.

del valor personal de los contendientes, poniendo de manifiesto las sobresalientes cualidades que les distinguían como verdaderos héroes. Por ejemplo, el cabo Dolores Molas del regimiento 13 que llevando la bandera de su cuerpo, y perdiendo su caballo en el encuentro, fué atacado por tres argentinos para arrancarle la enseña de la patria, mató con la moharra de la misma bandera al primero que se le aproximó, é hizo huir á los otros dos.

Finalmente, el gefe del regimiento argentino, comandante Segovia, viendo que á pesar de sus heróicos esfuerzos, no conseguía una positiva ventaja sobre los nuestros, y que venía acercándose otro regimiento paraguayo, el 7, ordenó el retroceso. Los nuestros no le persiguieron sinó hasta córta distancia, porque comprendieron que en dicha persecución iban á luchar con los numerosos cuerpos de infantería que comenzaban á ponerse en movimiento, y cuya protección iba buscando el regimiento enemigo.

La infantería paraguaya, inclusive su reserva no pasaba de 4.000, y la caballeria de 1.500 ginetes; pero solo la fuerza más arriba expresada (3.800) fué la que llevó el ataque, como queda dicho, á la vanguardia enemiga.

Puede decirse que con la derrota general de la vanguardia enemiga, quedaba terminada la mision del comandante Díaz; pero desgraciadamente, hay

que reconocerlo, los gefes paraguayos, por lo general, no eran estratégicos, y á esta razón carecían de aquel golpe de vista que solo da una larga práctica de la guerra para mandar hacer los movimientos de maniobra en oportunidad; es decir, en los momentos en que sean necesarios para coronar una victoria ó evitar un desastre seguro.

En lugar, pues, de haber hecho, retirada en seguida después de producirse el desbande general de la vanguardia enemiga, llevó la operación más lejos, cometiendo la locura de querer contener á todo el ejército aliado que empezaba á ponerse en movimiento, á despertarse y volver en sí del estupor de una sorpresa á medio día, con el decidido propósito de lavar la afrenta y ejercer una venganza.

El general Mitre que en los primeros momentos del ataque de nuestra fuerza se encontraba de banquete abordo de uno de los buques de la escuadra en compañía de otros gefes aliados, se vino volando á ponerse en persona á la cabeza de su ejército, y ordenó que ambas alas de este trataran de envolver á Díaz y concluir con él y con su gente.

El movimiento se ejecutó con rapidez, y en su consecuencia Díaz se vió obligado á hacer una precipitada retirada, que aunque al principio fué ejecutada con bastante orden haciéndose respetar de sus perseguidores, más adelante y á medida que

se aproximaba al Bellaco, fué estrechada por fuerzas numerosas y frescas. Sobre todo el batallón 40 fué el que más sufrió, á tal extremo que después lo tuvieron que remontar casi en su totalidad.

Al aproximarse al Estero Bellaco, el batallón n° 1 al mando del capitán Orihuela que se encontraba oculto en un bajo, prestó á nuestra gente en retirada una eficaz y oportuna protección, conteniendo con una descarga cerrada á los bátallones enemigos que en medio de la cobarde osadía que da el número, pretendían cortar y dominar el paso Cidra por el de Piris.

Reñida fué aquí la lucha, porque ambos contendores se disputaban el dominio del paso: los nuestros para repasarlo y los otros para impedir que aquellos lo hicieran, á fin de tomarlos entre dos fuegos y exterminarlos por completo, ó compelerlos á una rendición ignominiosa. Pero tales fueron la intrepidez, el valor y firmeza que desplegaron nuestros soldados, tanto de infantería como de caballería, que se protegían mutuamente, bajo la cooperación oportuna de la artillería de Bruguez y Roa, con quienes también se encontraba en esos momentos el comandante Alén, (1) que al fin consiguieron repasar por Cidra el estero Bellaco.

Mientras este reñido combate tenía lugar por

(1) El comandante Alén, entonces gefe de la mayoría, acompañó al coronel Bruguez y le ayudó con disposiciones muy oportunas.

nuestra derecha, 4 batallones argentinos con 4 piezas de artillería, atacaban por la izquierda al teniente Genaro Escato para hacerle desalojar el paso Carreta que defendía á la cabeza de 200 infantes y flanquear á nuestra artillería; pero vanos fueron sus esfuerzos, viéndose obligados á renunciar á su propósito con serias pérdidas.

El enemigo, tenaz en su persecución y confiado en su número y armamento muy superior al nuestro, pasó el Bellaco por Cidra—*audaces fortuna juvat timidosque repellit!*—y trató de envolver nuestra infantería y apoderarse dc nuestros cañones. En vista de tan atrevida pretensión, el coronel Bruguez por una hábil y pronta maniobra, trasladó su artillería sobre una altura y empezó un vivo fuego contra el enemigo que avanzaba, mientras que el comandante Díaz tomando el batallón 42 del mando del teniente Fernández, y apoyado por el mayor Avelino Cabral á la cabeza de algunos escuadrones del Regimiento 10, llevó sobre los 4 batallones que pasaron por Cidra una vigorosa carga, consiguiendo cortar dos de aquellos, que, en tan apurada situación, recurrieron á la fuga, tirando sus armas y metiéndose en los montes inmediatos. Los otros dos en vista de tan terrible descalabro, dieron las espaldas y fueron perseguidos hasta el otro lado del estero.

Entonces el enemigo colocó convenientemente

una batería de campaña y empezó á bombardear á nuestra tropa, y bajo su protección, volvieron á pasar por Cidra algunos batallones. Pero Díaz, siempre intrépido é incansable, tomó de refresco el batallon 19 del mando del capitán Zarza, y sin tirar un tiro y en medio del mayor entusiasmo, mandó calar bayoneta y cargó resueltamente á pesar del vivísimo fuego de la artillería enemiga, dando por resultado este acto de heróico arrojo la completa derrota de los batallones enemigos, que se pronunciaron en precipitada y confusa fuga como los anteriores, abandonando muertos, heridos y armas.

Eran las 6 de la tarde. La batalla estaba terminada. El enemigo sufrió una segunda derrota, ó en otros términos, se han ganado dos victorias: sobre la vanguardia enemiga que fué atacada de improviso por 3.800 hombres, y sobre las numerosas fuerzas que siguieron á nuestra gente en retirada hasta pasar el estero Bellaco, obligándolos á repasarlo, siendo perseguidos hasta lejos con muchas bajas.

Nuestra baja total, entre muertos y heridos, era proximamente 2,300 hombres, y la del enemigo, según Thompson es más ó menos la misma, y según el General Garmendia algo más de 1.500 hombres.

Entre los muertos se cuenta el Comandante Benítez, Gefe del ala izquierda de la columna asaltante,

cuyo cadáver quedó en el campo de batalla. López sintió mucho esta pérdida, haciendo grandes elogios de sus servicios y méritos personales. Era uno de sus antiguos ayudantes. Además, sucumbieron 11 subtenientes y dos tenientes.

Entre los trofeos de aquella jornada, á más de las 4 piezas Lahitte, se registraban una bandera brasilera tomada por el soldado Eusebio Abalos y otra del batallón Florida, de seda, bordada en realce con la siguiente inscripción: «*Batallón Florida, Dios os guíe á la victoria*», tomada y presentada al Mariscal por el soldado Andrés Yegros.

Por vía de conclusión, voy á permitir algunas observaciones sobre la batalla que acabo de bosquejar muy sucintamente, ayudado de los recuerdos personales, que conservo de las relaciones que me dieron al día siguiente los que asistieron ó tomaron parte en aquella acción; muchos de ellos aun están vivos, y de los datos recogidos del Semanario, Thompson, Garmendia y otros,

No sé á qué plan estratégico ó militar habrá obedecido la batalla del 2 de Mayo. López dijo que el 2 de Mayo no era sinó un reconocimiento formal que había mandado hacer sobre las posiciones enemigas, y que nunca había esperado que una fuerza tan insignificante hubiese dado el resultado de la derrota de casi todo el Ejército Aliado.

Pero con esta explicación no justifica su conducta

como general y como militar. No debe nunca hacer sacrificar las vidas de los soldados en un combate que no está basado sobre un plan estratégico bien definido, para cuya ejecución debe estudiar bien el *pro* y el *contra;* deben tomarse las medidas necesarias para asegurar el éxito sin descuidar ni olvidar los que deben corresponder en caso de un revés ó fracaso. Sin un plan estratégico bien meditado, y de que estén bien penetrados los encargados de su ejecución, es muy difícil, si no imposible, asegurar y completar una victoria. Las circunstancias y las peripecias del combate, hacen con frecuencia indispensable modificar sobre el campo de acción el plan original, cuya modificación tiene que verificarse con prontitud. He aquí la razón por qué la presencia del que manda en gefe es tan necesaria y útil durante la batalla, aparte de la confianza y valor que inspira á los combatientes.

Ya que el Mariscal había pensado llevar á cabo un reconocimiento ofensivo, lo racional era que él en persona se hubiese colocado sobre el Estero Bellaco á la cabeza de un ejército de reserva, lo menos de 10 á 12,000 hombres, para lanzarlos trás de Díaz en el momento oportuno; es decir, cuando viese el resultado favorable que daba el empuje de las fuerzas asaltantes; pues entonces, tal vez no fuera imposible ver como consecuencia del desorden producido por la sorpresa, la derrota completa de

todo el Ejército Aliado; ó para el caso de un revés, dar protección á la retirada de la columna expedicionaria. Esto era lo racional y lo procedente, y no que él ha abandonado á Díaz solo, sin apoyo, teniendo que recorrer una distancia bastante grande antes de alcanzar su base de operación, que era el Bellaco, con tropa ya cansada después de tanto pelear.

Me dirán que el Ejército Aliado tenía sus costados bien garantidos y que á esta razón en la posición que ocupaba, no ofrecía sino un solo punto de ataque que era el centro, y que el ejército que López hubiese lanzado después del avance de Díaz, necesariamente hubiera tenido que estrellarse contra una masa de 35 á 40,000 hombres con sus numerosos cañones, que lo hubieran obligado á un retroceso.

Esto es muy posible; pero si se tiene en cuenta que la desmoralización que introdujeron en esa masa la confusión y el espanto que llevaban los cuerpos derrotados de la vanguardia, no hubiera permitido que se conservara esa masa tan compacta y serena, cual fuera menester para resistir al choque, y hubiera cedido; tanto más cuanto que el generalísimo no se encontraba presente en esos momentos.

Concuerda esta opinión con la de muchos observadores imparciales que se hallaron presentes en el Ejército Aliado aquel día, y que tuvieron por lo

tanto, ocasión de presenciar cuanto allí pasó, y han asegurado que la batahola fué mayúscula y el susto general!....

El Comandante Díaz, después del 2 de Mayo fué ascendido á Coronel, y su segundo el mayor Giménez á Teniente Coronel. Las balas respetaron á estos dos gefes; una bala le llevó á Díaz su quepí y otras dos cortaron el bozal de su caballo. El Mayor Giménez perdió dos caballos, á uno le llevó la cabeza una bala de cañón.

El Coronel Bruguez y el Mayor Roa, se condujeron esa vez no solo con inteligencia, sino con serenidad, valor y muy buenas disposiciones, contribuyendo de esta manera poderosamente al éxito de la jornada; sin decir nada del alférez Amarilla y el sargento Figueredo, que dirijieron con felicidad la cohetera que causó al enemigo grandes estragos.

El festivo y jovial Alférez H. Amarilla fué herido en el combate y se le dió por muerto; pero ya á prima noche de ese mismo día, vino á presentarse en nuestro campamento, con satisfacción de sus compañeros, que lo querían.

CAPÍTULO IV

Batalla del 24 de Mayo. — La defensiva, el rol obligado y exclusivo de. Mariscal López. — Opinión del Coronel Wisner sobre la batalla del 24. — Mi rehabilitación. — Reflexiones y críticas sobre la misma batalla. — Heridos. — Talavera.

Después del 2 de Mayo, nuestro ejército continuó ocupando la posición de Pasó *Gómez*, que se había determinado sostener, así como su vanguardia,—los pasos del Estero Bellaco del Sud.

El Comandante Avelino Cabral y Mayor Luis González eran los gefes de la vanguardia, y tenían instrucciones de no disputar seriamente dichos pasos, sino de retirarse haciendo fuego, en caso que el Ejército Aliado hiciese un movimiento de avance.

En efecto, el 20 verificó ese movimiento, pasando el Bellaco en tres columnas. Las guarniciones paraguayas después de una breve defensa por vía de protesta, hicieron retirada en perfecto orden, y fueron á acamparse en el centro del Estero Bellaco

del Norte, ó sea frente el Paso-*Gómez*. Nuestra pérdida esa vez fué comparativamente insignificante, atento á que la avalancha que se venía sobre nuestra gente era enorme, y que lo más difícil en las operaciones de una guerra regular, es una buena retirada en presencia del enemigo.

Ese mismo día 20, por la tarde, el Mariscal trasladó su Cuartel general de *Rojas* á *Paso-Pucú*.

Los aliados avanzaron hasta el parage denominado *Tuyutí*, que consiste en una loma ó cuchilla poblada de palmeras, en cuyos bajos ó faldas fueron instaladas sus avanzadas á las órdenes del General Venancio Flores.

Desde *Rojas* pudimos tener la satisfacción de contemplar al enemigo formado en batalla sobre la cuchilla de *Tuyutí* que constituía nuestro horizonte hacia el *Sud*. Nada puede ser más imponente que la vista de un ejército poderoso por su número y elementos, y en su presencia era difícil escaparse de la tentación de emitir alguna expresión ponderativa, hija de la primera impresión que le causa un cuadro nuevo. Tan es así, que en la vanguardia ó avanzada nuestra, se encontraba mi antiguo médico Sr. Torrens, *alias* Flecha, y cuando vió aparecer al enemigo no pudo contenerse de expresar su primera impresión de que era *numeroso* y bien *equipado!* La especie, que es una de las prohibidas por las ordenanzas, fué denunciada al

Mariscal, y éste sin más ni más, y sin formación de causa, lo mandó fusilar !...

¿Qué tal?... Aunque creo que el *hueso* no fué tan pelado como me informaron; creo que se extendió el *Galeno* á otras consideraciones tendentes á apocar el espíritu de las tropas.

Los aliados para garantirse de alguna nueva sorpresa, aprovecharon todas las ventajas que les ofrecía el terreno que ocupaban, y acamparon adoptando el sistema escalonado, de manera que llevada la primera línea, tendría el enemigo que vencer la segunda y tercera línea antes de producirse una completa derrota.

Su línea de batalla del frente se componía á la derecha de ellos del 1.er cuerpo argentino con toda su caballería montada, menos el San Martín y el regimiento de artillería ligera al mando del Coronel Vedia.—A la izquierda; el ejército brasilero á las órdenes del Mariscal Osorio se extendía desde el Potrero *Piris* hasta el ejército argentino. En el centro estaba el 1er Regimiento de artillería brasilera, compuesta de 25 piezas rayadas, protegida por los batallones orientales Florida y 27 de Abril á las órdenes del Coronel Leon de Palleja, teniendo un poco más á su izquierda al batallon 2° de infantería brasilera; y más á la izquierda una bateria

de 6 piezas orientales y tres batallones brasileros de la División Victorino. (1)

Los batallones orientales *Libertad* é *Independencia* estaban colocados á tres cuadras de la izquierda de esta línea, así como el Regimiento Escolta del General Flores que estaba á pié por falta de caballos, teniendo de avanzada á dos cuadras al frente un piquete de caballería.

A la derecha (de ellos) una vanguardia ó avanzada compuesta de caballería é infantería del 1er Cuerpo Argentino, cubría esa parte la línea exterior del frente.

Toda esta línea, por supuesto estaba ya defendida con trincheras. En el centro del campamento sobre la cumbre de la Cuchilla, construyeron un gran reducto cuadrado ó rectangular, y otro á su izquierda.

El número de las fuerzas aliadas se calculaba de 35 á 40 mil hombres de las tres armas.

Nuestro campamento se encontraba distante más ó menos unas 2 1/2 millas del enemigo, y se extendía de Paso *Gómez* á *Rojas*, y todos los accesos hasta el paso *Canoa* estaban ocupados por pequeños destacamentos de infantería y caballería.

La derecha de nuestra línea estaba apoyada como dije antes, en un bosque espeso que se extendía

(1) Palleja Cartas.

hasta dar con el carrizal del *Potrero Sauce*.—Este consistía en una abra natural, que solo era accesible por una estrecha abertura ó boquerón al Este, el cual quedaba frente al campamento enemigo.

El boqueron ó sea *Sauce*, estaba defendido por una pequeña trinchera colocada de manera que las piezas, enfilasen en toda su extensión las columnas que llevasen el ataque, es decir, desde su entrada hasta su llegada.

Las fuerzas del Paso-*Gómez* se comunicaban con el Potrero *Sauce* por medio de una picada bastante ancha como para andar una carreta, que practicaron al través del monte que separaba ambas posiciones.

El Bellaco del Norte que en su proximidad al mencionado monte tenía bastante profundidad, se convertía en una pequeña corriente dentro del bosque.

De modo que por la derecha, nuestra defensa arrancaba del referido monte de Paso-*Gómez* é iba hasta el Paso *Fernández* á la izquierda.—Los trabajos de trincheras empezaron creo que el 21 y continuaron hasta el 23; debiendo advertirse que también en los accesos ó pasos se establecieron trincheras. Puede decirse que nuestra posición, teniendo en cuenta las dificultades naturales que ofrecía el terreno que se extendía en su frente, era bastante respetable; tanto más cuanto que no era

accesible á ningún movimiento envolvente por ningún costado. Y digo por ningún costado, porque si bien por nuestra izquierda podía tentarse, corría el enemigo el riesgo de ser cortado.

El papel que racionalmente correspondía al Mariscal López, después del pasage del ejército aliado al territorio Nacional, era el de la defensiva, que le daba la ventaja no despreciable de la elección del terreno, aprovechando cuantos accidentes éste le ofrecía para su defensa.

En ningún caso era prudente apartarse de ese rol, por más que el enemigo haya abandonado el suyo, adoptando el de la defensiva á pesar de los poderosos elementos de que disponía y la decantada pericia é inteligencia de sus generales.

Parecía, sin embargo, que el Mariscal, después de los sucesivos combates parciales que había librado y que no conducían á nada sinó á sacrificar inutilmente sus heróicos soldados, se había convencido de esa verdad á juzgar por la idea que tuvo de esperar al enemigo en Paso *Gómez*, y que cuando aquel iniciase un ataque, lanzar á su retaguardia una fuerza considerable, á cuyo efecto había mandado practicar una vereda angosta al través del bosque del *Sauce* hasta salir del Potrero *Piris*, dejándose sin terminar unas cuantas varas para chapearlas á último momento. Esta picada no era conocida de los aliados, y de consiguiente nuestras

fuerzas podían transportarse por ella hasta salir al otro lado, sin ser sentidas.

Este plan era excelente, y tal vez hubiera dado el resultado de la derrota del ejército aliado; pero desgraciadamente el Mariscal lo abandonó, y llevado del deseo vehemente de hacer pelear sus tropas caprichosamente sin madurar un plan de guerra, con el solo prurito de hacer lucir su valor y decisión, se resolvió el 23 á llevar el ataque á los aliados en su campamento al día siguiente, es decir, el 24, diciendo que tenía noticia de que el General Mitre estaba resuelto á llevarle el ataque el 25 y que quería ganarle de mano!

Por manera que la determinación del Mariscal, no era el resultado de una combinación estratégica sometida al estudio y examen de un criterio sereno y maduro, en que se hayan pesado todas las probabilidades del éxito y del fracaso, sin perder de vista la necesidad de conseguir un resultado con la mayor economía de sangre posible, sinó el de un mero capricho ó el de una impaciencia no justificada.

Pero dejo estas reflexiones para más tarde, y prosigo.

El enemigo visiblemente se preocupaba del estudio y reconocimiento de nuestra posición desde el 23, haciendo avanzar hacia ella por la derecha é izquierda simultáneamente fuerzas de caballería é

infantería. El 23 un regimiento de caballería trató de descubrir y reconocer nuestra extrema derecha y como quiera que esa fuerza no podía penetrar en el monte, lo hizo un batallón brasilero que avanzó hasta cerca de nuestro atrincheramiento, donde recibió varios disparos de metrallas que le causarón algunas bajas. Con este saludo se retiró precipitadamente, así como otros batallones que habían salido en su protección y que avanzaron hasta el bañado del frente.

Concluído este reconocimiento, las tropas aliadas carnearon y recibieron raciones para dos días.

El mismo día 23, parte de tarde, el Mariscal López recorrió los batallones de reserva, y les habló diciéndoles que después del triunfo del 2 de Mayo alcanzado por una pequeña fuerza, era indudable, que atacando al enemigo con un gran número de fuerzas, se conseguiría la destrucción completa de los aliados. Las tropas entusiasmadas contestaron que solo aguardaban sus órdenes para concluir con el enemigo. Por la noche hubo reunión de los gefes principales que debían encabezar y llevar á ejecución el plan de batalla, á quienes explicó detalladamente todo lo concerniente á éste, y dió las más minuciosas instrucciones respecto á la parte que á cada uno debería corresponder en la acción.

Consistía dicho plan en atacar al ejército aliado en su misma posición atrincherada simultaneamente

por sus tres costados: frente, y flancos derecho é izquierdo; y ejecutando parte de las columnas asaltantes por estos costados un movimiento envolvente, atacar también por la retaguardia.

El general Resquín debía caer sobre la derecha del enemigo con su columna compuesta de 8 regimientos de caballería, á las inmediatas órdenes del coronel Pereira y del comandante Avelino Cabral, y de dos batallones de infantería con una cohetera; el comandante Hilario Marcó, con 4 batallones de infantería, y 4 regimientos de caballería, al mando del comandante José Mª Aguiar, llevando de 2° al valiente capitán De Jesús Martínez, y sobre la izquierda el intrépido coronel Díaz, con 5 batallones de infantería y 2 regimientos de caballería, aquéllos mandados por el comandante Giménez *(Cala-á)*, y éstos por el comandante Fidel Valiente. El bravo batallón 40 hacía parte de esta columna.

El general Barrios, efectuando una operación aparte, tenía que hacer desfilar sus tropas por la estrecha picada de que hice mención y salir al Potrero Piris, donde debía organizar rápidamente su gente y caer sobre el enemigo por su retaguardia. Su columna se componía, más ó menos, de 6 batallones y 2 regimientos de caballería, siendo su segundo el mayor Luis González, jefe de la infan-

tería, y de la caballería el mayor José Mª Delgado (hoy general) (1).

El general Resquín debía tener sus tropas formadas y prontas, antes de amanecer, detrás de los palmares de *Yataity-Corá*, donde no podían ser vistas por el enemigo, y cuando iniciase su avance, debía hacer su caballería un movimiento envolvente hasta encontrarse con la del general Barrios, que tenía que hacer igual movimiento.

El general Díaz debía reunir y organizar sus tropas en el monte del *Sauce*, en el punto más próximo posible al enemigo, procurando no ser visto ni sentido por éste, y una vez que tuviese aviso de que Barrios hubiera terminado su pasaje por el bosque de *Sauce* y él estuviese listo para avanzar, debía avisar con un cohete, como avisó, al Centro nuestro, ó sea al coronel Bruguez, para disparar un cañonazo con una pieza de á 68, que fué la señal convenida para empezar el ataque general.

El comandante Marcó tenía también su gente pronta á nuestra derecha y el comandante Aguiar estaba con sus regimientos detrás de una isleta situada al lado del camino real á Humaitá, dentro

(1) No es posible especificar los cuerpos de estas columnas, porque en las peripecias de la larga campaña han desaparecido todos los papeles del ejército; y los que sobreviven ya no conservan en la memoria esos detalles. Por otra parte, no entra en mi propósito describir las acciones de la guerra con todos sus detalles, sino á grandes rasgos, sin apartarme de la verdad histórica. Sin embargo, se sabe que fueron los batallones 4, 6, 7 y 9 y los regimientos 13 y 20, los que componian la columna de Barrios.

de nuestra trinchera del Centro, esperando la señal convenida.

El comandante Paulino Alén, jefe de la Mayoría, teniéndome á mí como ayudante de órdenes, se había constituído desde por la mañana temprano en Paso-*Gómez* para atender y dirigir la partida de las tropas á ocupar sus respectivos puestos, y participar al Mariscal cualquier novedad que ocurriese.

Se había calculado que el general Barrios pudiese terminar su pasaje por la selva del *Sauce* á las 9; pero debido á la falta de preparación para la marcha de una gruesa columna por el monte, en que iban los soldados como hormigas, uno trás de otro, viéndose obligados los de la caballería á llevar sus caballos de la brida, recién pudo terminarlo á las 11 1/2 a. m., y á las 11 3/4, al reventar en el aire el cohete que mandó tirar Díaz, sonó el cañonazo en el Centro,—hora en que se precipitaron sobre el campo enemigo, casi simultaneamente, por los tres costados, 18 mil combatientes.

Una obrita de impresiones personales, titulada: *Viaje Nocturno* de *Gualberto*, escrita y publicada por mí en 1877, contiene la descripción á grandes rasgos de la batalla del 24 de Mayo, y pareciéndome exacta la pintura del cuadro de aquel gran combate, voy á permitirme reproducirla aquí:

. . . . . .

« Tomé, pues, el camino que se dirige á la « orilla izquierda del río Paraguay, atravesando « Paso de la Patria, *Tuyutí, Paso-pucú* y *Tuyucué*.

« Cuando iba pasando solitario y jadeante por « estos memorables campos de batalla, por estos « inmensos sepulcros donde reposan tranquilos « los inanimados restos de esforzados capitanes, « que con tanta abnegación sellaron con su muerte « el cumplimiento del más sagrado deber, se me « representaron tan á lo vivo todas las peripecias « de aquella famosa campaña, y particularmente « las de la batalla del 24 de Mayo, que pare- « cíame oir materialmente el silbido de las balas « que llovían entonces como granizadas de una y « otra parte, el estruendoso estampido de los caño- « nes que vomitaban muerte y horror, y el choque « de las armas blancas de los que combatían frente « á frente, brazo á brazo y pecho á pecho, cuyo « eco se repetía en los bosques inmediatos y en la « laguna *Piris*; y, en medio de todo, los alaridos « y ayes lastimeros que exhalaban los heridos y « moribundos!... En efecto; recordaba cuán her- « mosa estaba la mañana de aquel día memora- « ble! ¡Cuán terso y claro estaba el cielo, ex- « cepto en el cenit, donde algunas nubecillas blan- « cas, á manera de espumas dispuestas simétrica- « mente en líneas paralelas, parecían presagiar lo « que iba á suceder dentro de pocas horas! Veía

« cómo los dos ejércitos se hallaban frente á frente
« á tiro de cañón: el enemigo que ocupaba la
« cima y falda de la loma de *Tuyutí*, y el nuestro
« la loma que se levanta sobre el paso *Gómez*.
« Ambas lomas surgen de los bosques que pueblan
« las orillas del estero y de la laguna *Piris*, como
« dos brazos tendidos paralelamente, quedando en
« medio una especie de hondonada ó valle cortado
« aquí y allá por arroyuelos y lagunatos pantano-
« sos de poca profundidad y cruzado, por la parte
« más sana, por el camino real que conduce de
« Paso de la Patria á Humaitá. Recordaba tam-
« bién cómo cuando ya se aproximaba la hora de
« ataque, reinaba en el centro de nuestra posición
« un profundo silencio que, junto con la desapa-
« rición repentina de algunos cuerpos de infantería
« que habían penetrado en los montes de la de-
« recha para ocupar sus respectivos puestos, pro-
« dujo en el enemigo, siempre fijo en nuestro cam-
« pamento, una alarmante sospecha sobre lo que
« muy cautelosamente se trataba de ejecutar,
« mandándonos observar con su telescopio desde
« el techado de una casa pajiza abandonada, sita
« á corta distancia. Luego veía llegar la terrible
« hora (11 3/4 a. m.), en que á una señal dada y
« convenida de antemano, se precipitaron bata-
« llones, regimientos y escuadrones sobre el campo
« enemigo, como avalanchas desprendidas de la

« cúspide de una alta montaña; y cómo, en breve,
« aquel campamento atrincherado, erizado de grue-
« sos cañones y de agudas y cortantes bayonetas,
« se convirtió en un volcán que vomitaba rayos de
« fuego y densas masas de blanquizco humo que
« cubrieron en un instante todo el recinto que ocu-
« paba, quedando los combatientes de ambas par-
« tes envueltos en una espesa nube, de tal suer-
« te que cada vez que ésta ondulaba y se elevaba á
« impulso del movimiento atmosférico, se veían
« muy someramente á los infantes que avanzaban
« por entre pantanos y malezas, así como á los gi-
« netes que, con los morriones echados hacia atrás
« con un golpe de mano, levantaban los cascos de
« sus corceles contra las trincheras enemigas para
« acuchillar á los artilleros que destrozaban impu-
« nemente sus valerosos pechos, haciendo cesar en
« el centro, por un largo intervalo, aquel mortífero
« fuego.

« Aquellos intrépidos paraguayos, cuales nuevos
« troyanos, animados hasta la exaltación por la idea
« de patria, de religión y el amor á la independen-
« cia, hondamente grabados en su corazón, encen-
« didos en un furor bélico indescriptible, y gritando:
« «*dulce y honroso es morir por la patria*», cobra-
« ban fuerza y vigor para cuantas veces se veían

« desorganizados, tantas veces rehacerse (1) bajo « los horrísonos tiros que sembraban confusión y « muerte en sus filas, y para continuar la lucha con « serenidad y entusiasmo hasta el fin ».

En el centro del enemigo, los batallones de Marcó á la bayoneta y los regimientos de Aguiar sable en mano, sin disparar un tiro, cayeron como rayo sobre el piquete de caballería avanzada y los batallones orientales *Independencia* y *Libertad*, los cuales fueron completamente desechos, á tal extremo, que después de la batalla, en virtud de una orden del día, fueron refundidos por falta de personal en uno sólo, bajo la denominación de *Voluntario Independiente*, encargándose del mando don Francisco Elías, que era del *Independencia*, porque el que lo era del *Libertad* fué muerto (2). La bandera de este cuerpo fué tomada y presentada al Mariscal por el sargento del regimiento 7, Teodoro Rivas, que al entrar en combate, dijo á su comandante, viéndola flamear, que iba á traérsela; y, en efecto, picó el caballo y acto continuo se abrió paso á sable hasta llegar á ella, y derribando al abanderado, se la arrebató, volviendo sano y salvo.

Palleja debió haber castigado por embustero á su abanderado Ferreira, que cuando fué recoji-

(1) El coronel Díaz, tres veces reorganizó sus tropas bajo el fuego de enemigo.
(2) Don M. Castro.

do herido, le contó el cuento de haber escondido la bandera en el bañado, contentándose con la censura de que, aunque herido, pudo haberla confiado á otro y no esconderla!

Los momentos eran críticos, y el sablazo que le descargó Rivas no le dejó tiempo para nada!...

Después de estas primeras cargas, la batería del centro enemigo comenzó á hacer un fuego horroroso, convirtiéndose en un verdadero volcán que vomitaba metrallas y balas rayadas; pero, á pesar de tán terrible fuego, los regimientos de Aguiar, á impulso de su bravo 2° gefe Martínez, cayeron sobre la trinchera enemiga con una impetuosidad nunca vista, penetraron dentro de la línea, dispersaron á los artilleros, quedando por un momento dueños de los cañones que estaban abandonados. En esta circunstancia, y cuando los artilleros sirvientes estaban contemplando sus piezas desde alguna distancia, aparecen las reservas argentinas que á paso de trote cargaron á nuestra desorganizada gente que, por falta de protección no llevaron los cañones, concluyendo totalmente con ella, sin que ninguna hubiera querido rendirse. Por un largo intervalo, mientras tuvo lugar este asalto, cesó el mortífero fuego que destrozaba los pechos de tan audaces é intrépidos ginetes. El hecho fué

saludado desde nuestra posición del centro con los transportes del más vivo entusiasmo. (1)

Los brasileros en vista de las tremendas cargas de la caballería paraguaya, y á precaución, formaron cuadros con dobles filas. Si los paraguayos hubiesen tenido cañones, los hubieran hecho pedazos impunemente.

El bizarro Capitán Martínez, vecino de Pedro González, hermoso joven imberbe, de figura gigantesca, sino era el Aquiles, era el Teseo de nuestro ejército. Acreditó su denuedo y bravura en los combates de *Ytapirú* y 2 de Mayo, y no estaba aún restablecido de la herida que recibió en esta última acción, cuando hizo vivos empeños para que se le dejara tomar parte en la del 24. El Mariscal entonces accedió á sus instancias, y lo nombró 2°, del Comandante Aguiar. Llevó Martínez tan recia y valerosamente la carga que, como queda dicho, hizo dispersar á los artilleros á sablazos, haciendo enmudecer sus cañones. Desgraciadamente fué víctima de su arrojo: una bala de cañón le llevó una parte de la carne del pecho, de cuya herida murió en el hospital dos ó tres días después, apesar de todos los cuidados que le prodigaron los facultativos por recomendación especial del Mariscal que lo

(1) La caballería de Aguiar tuvo que descabezar un estero que quedaba frente á *Naranjaty-raido*, para llevar el ataque al centro argentino.

apreciaba mucho. Antes de morir fué promovido á Sargento Mayor (1).

Lo ví venir del combate, á caballo, con un soldado llamado Justo Torres que lo sujetaba sentado en la grupa. Me causó una viva impresión aquella fisonomía pálida, pero noble y bizarra que anunciaba, no solo la fortaleza y altivez de su espíritu, sinó la intrepidez y generosidad que distinguían su carácter. No pude resistir de manifestarle mi simpatía y admiración con un apretón de manos acompañado de algunas palabras de aliento. Me dió las gracias con un pequeño movimiento de cabeza. Era digna del pincel de un Van-Dick, aquella figura simpática, con los ojos medio dormidos, y que apesar del dolor de una herida tan grave no experimentaba ninguna contracción muscular. ¡Oh guerra cruel! ¿Hasta cuándo continuarás haciendo extragos en el mundo?

Por la derecha, ó sea izquierda enemiga, el Coronel Díaz llevó, como de costumbre, una enérgica y entusiasta carga á la posición enemiga; pero la artillería oriental y la brasilera le causaron horribles extragos desde que salió del monte, tanto más cuanto que tenía que luchar en primer lugar con la naturaleza del terreno, viéndose obligado á cruzar por un estero para batirse de cerca con los

(1) Todo lo que refiere Dn. S. Godoy en sus *Monografías*, p. 34, de la herida, mutilizaciones y ascenso de este bravo militar, es inexacto.

aliados. Dicho estero ó pantano quedó cuajado de cadáveres. El Coronel Díaz, se había comprometido, además, á garantir la vuelta del General Barrios que corría el riesgo de ser cortado en su retirada por los brasileros. Con ese fin, cuando ya no le quedaba tropa para continuar la lucha, se retiró á la orilla del monte con un pequeño resto de su gente y del personal de la banda *paraí*. Hubo de ser atacado allí por un batallón brasilero que se había desprendido de su campo para perseguir á los nuestros; pero él tuvo la feliz ocurrencia de mandar tocar con la banda uno de los aires más entusiastas, dando *¡vivas!* á la patria! El batallón enemigo, figurándose que allí habría muchos paraguayos emboscados, suspendió su avance y luego contramarchó. Este incidente, debido á la presencia de espíritu de Díaz, dió tiempo á Barrios para ponerse completamente á salvo con el resto de su tropa.

Del Coronel Díaz, López llegó á decir que había cumplido con su compromiso de garantir la vuelta del General Barrios, que dependía de él para no ser cortado, y que había desplegado en esa ocasión actos de energía nunca vistos, reorganizando su gente bajo el fuego del enemigo tres veces!...

Cuentan que cuando se presentó ante el Mariscal después de la batalla á referirle á éste el fatal desen-

lace de ella, Díaz le dijo: *Aipebú los combapé, pero namboguyi* (1).

En el Potrero Piris, retaguardia del ejército brasilero, tenía lugar otra escena igualmente interesante. Los regimientos de caballería de la columna del General Barrios iban al mando del Sargento Mayor José María Delgado (hoy General), y el de igual clase D. Juan González llevaba bajo su dirección y mando una batería de cañones y de cohetes á la *Congréve*, con objeto de protejer la salida de las tropas al potrero. Gracias á esa protección pudieron salir de la picada, y organizándose rápidamente, cayeron sobre las primeras fuerzas aliadas que se encontraban á corta distancia de allí y comenzaban á molestar con su nutrido fuego de fusilería. Estas fuerzas consistían en un batallón brasilero y un regimiento de caballería también brasilero. El primero fué casi completamente exterminado por nuestra caballería, escapándose en los montes los restantes, y el segundo fué igualmente deshecho. Sin embargo, concurrieron nuevas fuerzas, que entraron con vigor en la lucha, y esas restablecieron el combate, consiguiendo rechazar á los paraguayos hasta la orilla del monte; estos se rehicieron á su vez y arrearon á los brasileros hasta el Estero Bellaco, repitiéndose lo mismo por tres

(1) Hice roncha á los negros, pero no les levanté el cuero.

veces durante el día. Pero al fin, después de tanto pelear y disminuído considerablemente su número por los extragos de los cañones y rifles brasileros, y en vista de que no aparecía por ahí la caballería de Resquín, Barrios emprendió retirada.

El Mayor Delgado se hizo notable en esa ocasión por su bravura, y López lo felicitó, calificándolo como uno de los primeros sableadores del ejército. Estaba herido desde el principio; pero no por eso dejó de continuar combatiendo y atendiendo á sus deberes como si estuviese sano hasta el último momento. A este ejemplo, había muchos oficiales con graves heridas que imitaban la conducta de sus gefes. El Comandante Giménez, también herido, tampoco se retiró del campo de batalla, sino después que no fué necesaria su presencia. Igual conducta observó el Coronel Aguiar.

En vista de estos hechos de abnegación y constancia, López ridiculizó al Comandante Hilario Marcó, por haberse retirado de la acción, á consecuencia de una herida en la mano, cuyos huesos fueron hechos pedazos por una bala.

Sobre la izquierda, ó sea derecha del enemigo, la caballería de Resquín hacía prodigios de arrojo y valentía. Arrolló cuanto encontró por delante. Los regimientos á las órdenes del Comandante Cabral, divididos en dos columnas, avanzaron por la izquierda y derecha de *Yataity-Corá*, atraversaron

el estero y arrollaron y acuchillaron al batallón 3° de línea de la división del Coronel Rivas; éste arrastró al 5° de línea, que sin tiempo para nada, encontró más expeditivo dar la espalda y declararse en fuga, su comandante por delante montado en un caballo tordillo blanco. Otros batallones (creo que el 4° y el 6°) destacados también al frente de la línea, formaron cuadro; pero la caballería nuestra, interponiéndose entre los cuadros y la trinchera, dió lugar á que los artilleros, aturdidos por la confusión, no cesaran de hacer fuego sobre ellos, matando á los nuestros lo mismo que á los suyos!

Los otros regimientos que marcharon por *Yataity-Corá*, á pesar de las enormes bajas que sufrieron al atravesar el estero, cayeron sobre la línea enemiga con un arrojo sin ejemplo, pero fueron completamente hechos pedazos. La infantería nuestra recién entonces entró en acción; pero ya era tarde para prestar una cooperación eficaz á la caballería; y fué destruída por la artillería y la infantería que de atrás de la trinchera hacían sobre ella un fuego horroroso.

La reserva de Resquín dió vuelta por la derecha del palmar, buscando la realización del plan; es decir, reunirse o encontrarse á retaguardia de los aliados con la caballería de Barrios; pero fué rechazada por fuerzas superiores que le salieron al encuentro.

El intrépido Mayor Olabarrieta, haciendo prodigios de valor, cruzó por entre las filas del enemigo con el resto de su regimiento, logrando llegar hasta el punto donde debiera haber tenido lugar la reunión con Barrios; pero como éste ya se había retirado, tuvo que regresar atravesando las líneas brasileras, y *peleando durante todo este tiempo* hasta llegar al Potrero *Sauce*, casi solo y mal herido (1).

Cuatro regimientos que avanzaron por la parte más oriental, se encontraron con la caballería correntina al mando del General Cáceres; la arrollaron llevándola en desorden hasta el otro lado del Bellaco. El General Cáceres estuvo á punto de caer prisionero; pero debido á la velocidad de su caballo, pudo escaparse, recojiendo las riendas lejos al otro lado del Estero.

A las 4 1/2 cesó el fuego en toda la línea, replegándose los restos de nuestras fuerzas sobre las posiciones de donde partieron.

24 de Mayo fué un terrible fracaso para nuestras armas, y puede decirse que fué la tumba del más hermoso y denodado ejército que tenía la Nación á su servicio.

Cinco horas y media de fuego, pero de un fuego incesante y estruendoso, en que las repetidas descargas de la artillería y fusilería, conmovían la at-

(1) Thompson y relaciones de otros gefes.

mósfera cubriéndola de una inmensa masa de espeso humo.

Las cargas de la caballería paraguaya esa vez, son reputadas como sin ejemplo, en los fastos guerreros de la América del Sud.

Cuando el Mariscal López se resolvió á dar esta batalla, recomendó que los preparativos se hicieran con el mayor sigilo y precaución posible, á fin de lograr la idea de una sorpresa, sin hacerse cargo de que no se sorprende dos veces seguidas á un enemigo.

A parte de esto, el General Mitre había ordenado un serio reconocimiento sobre la izquierda y centro de nuestras posiciones, á fin de dominar los esteros y lagunas que servían de principales obstáculos para realizar un avance, debiendo á la vez llevarse el ataque principal sobre nuestra izquierda que hasta entonces estaba sin defensa. Por esta razón, los aliados estaban sobre las armas el día 24, y también es de suponer que hayan tenido conocimiento del proyecto de ataque de López por unos *espías* ó *bomberos* que á la prima noche del 23 fueron despachados de la vanguardia por el Comandante Avelino Cabral, para ir á observar el campamento aliado, quienes, sin duda, sabiendo que al día siguiente iban á entrar en combate, se aprovecharon de la oportunidad de evitar el peligro, pasándose cobardemente al enemigo.

El Mariscal se trasladó de *Paso-pucú á Rojas* á la

1 de aquel día acompañado del Obispo Palacios, los Coroneles Toledo y Wisner, sus ayudantes y otros más, á contemplar desde allí el choque de tantos elementos bélicos, cuyo eco anunciaba la primera batalla campal en el territorio paraguayo. El estaba fuera del alcance de las bombas. En *Paso-Gómez* caían tantas balas huecas y sólidas, que no estaba uno seguro ni dentro de los fosos, y en una de mis idas y venidas adonde estaba el Mariscal llevándole el parte del Coronel Alén de las novedades que observaba, me tocó en la cabeza un pequeño pedazo del casco de una bomba, que me dejó una cicatriz como recuerdo de aquella memorable jornada.

Ya muy tarde al ponerse el sol, y después de haber impartido instrucciones respecto á los heridos que quedaron tendidos en su mayor parte en las selvas y en los esteros inmediatos, se volvió á *Pasopucú*. En el camino, cerca del paso del Estero que había antes de llegar al campamento, alcanzó á un batallón que regresaba de la batalla, silenciosamente. Sus armas venían muy estropeadas. Algunos tenían los fusiles todos torcidos y las bayonetas rotas y dobladas. López les habló y ellos, los pobres, contestaron con vivacidad. En seguida, dando vuelta hacia el lado donde venía el Coronel Wisner, le dijo: ¿Y?.... qué le parece de Morgentein? — «Nada Señor, es la *batalla más grande que se ha dado jamás en la América del Sud*», contestó

aquel haciendo alusión á la que se acababa de dar. El Mariscal, visiblemente satisfecho con esta contestación, le hizo una inclinación de cabeza y replicó: «*Pienso lo mismo que Vd.*»

Evidentemente el hombre quedó lisonjeado del honor de haber dado la batalla más grande de Sud-América, aún cuando esta haya sido la tumba donde quedó sepultado para siempre el más hermoso y valeroso ejército que tuvo bajo su mando.

Es indudable que jamás hasta entonces se había visto en nuestro Continente del Sud ninguna más grande, porque ni en la guerra con la Metrópoli, se ha librado una con mayores elementos y número de combatientes.

Pero así como fué la más grande batalla, también fué la más *grande* locura que cometió el Mariscal durante la campaña! Y á fin de justificar esta aserción, que pecará tal vez de atrevida en concepto de muchos de mis lectores, voy á permitirme entrar en algunas breves consideraciones.

En la elección que hizo con bastante tino y habilidad del terreno que ocupaban nuestras posiciones, dejó naturalmente todos los inconvenientes para el enemigo y todas las ventajas para sí. Pero al llevar el ataque á los aliados el 24, á su mismo campamento atrincherado y defendido por numerosas piezas de artillería, él renunció á esas ventajas *generosamente* á favor de aquéllos, aceptando para

sí en cambio todos los inconvenientes que ofrecía el terreno. Nuestra tropa antes de llegar ó acercarse á la posición enemiga, ténía que atravesar anchos y profundos esteros, bajo el fuego horroroso de la artillería que vomitaba libremente sus proyectiles sobre ella y de la fusilería de los infantes resguardados por parapetos,—ventajas todas de que él se hubiera beneficiado, si guardando la defensiva, hubiese permanecido firme en sus posiciones, esperando la agresión del enemigo. Además, él atacó con un ejército menor en número todos los flancos de un ejército que él sabía perfectamente que era superior en efectivo y en armamento, y sin llevar artillería ni reservas. Digo sin artillería, porque no deben tomarse en consideración ante la magnitud del combate, los cuatro ó seis obusos y unas cuantas coheteras que fueron llevados por Barrios y Díaz.

La ausencia, pues de estos dos elementos, importaba desconocer la importancia de la artillería en las batallas, y el poder eficaz y destructor de las reservas para coronar una victoria, ó contener la persecución de un enemigo audaz y activo. La consecuencia era que las primeras ventajas que conseguían el empuje y arrojo del soldado paraguayo, á renglón seguido se volvían á perder por la falta de sucesión de esfuerzos, ó de fuerzas de refrezco oportunamente traídas para proteger y sostener á las primeras.

Por otra parte, la ejecución del plan ha dejado mucho que desear. Confiada á gefes inexpertos que sabían dar una carga, pero que no entendían nada de estrategia, y de consiguiente, incapaces de maniobrar en el campo de batalla, para prevenir un golpe inesperado, ó para corregir ó suplir alguna falta que no hubiera sido prevista al trazar el original, era natural que no se hubiesen portado á la altura de la misión que estaban encargados á desempeñar.

Pero los que peor se han conducido, fueron los generales Resquín y Barrios.

Al primero le dijo López después de la batalla que merecía cuatro balazos. « Yo no le he mandado, « dijo, para que fuera Vd. á perder su tiempo con « pequeñas partidas correntinas, ni á batirse con « sus regimientos contra la artillería enemiga. » Á la verdad, la misión de Resquín era hacer un movimiento envolvente por la derecha del enemigo, evitando sus baterías, y presentarse por su retaguardia. Entonces la fas del combate hubiera sido otra, y el ejército argentino se hubiera visto en serios apuros.

El General Barrios, por su parte, tampoco ejecutó el movimiento envolvente que estaba encargado de verificar para encontrarse con las fuerzas de Resquín; retardó con su lentitud el ataque por tres ó cuatro horas; bien que esto último, imparcialmente hablando, no fué en absoluto falta de él, sino del

Mariscal, que como general en gefe, estaba obligado á conocer bien el terreno, camino ó picada, calculando de acuerdo con sus condiciones, el tiempo preciso para transportarse por ella una gruesa columna. En todo caso, hubiera sido más conveniente, que, tanto la columna de Resquín como la de Barrios, se hubiesen trasladado de noche al punto, de donde al día siguiente, á la hora convenida, iniciasen sus operaciones simultáneamente con las demás fuerzas.

Ahora bien, ¿qué motivo ó razón indujo al Mariscal para tomar la ofensiva tan repentinamente? No dió nunca más explicación como dije antes, sinó de que sabía que el General Mitre le iba á atacar el 25, y que quería ganarle de mano. Según Thompson, un año después, hablando del 24, dijo que había llegado á su conocimiento el plan de ataque del General Mitre, que debía efectuarse el 25, y « *que francamente no le gustaba y resolvió prevenirlo anticipando el ataque como lo hizo.* »

Es cierto que las obras de defensa hasta entonces estaban muy lejos de llegar á su perfeccionamiento, como llegaron algún tiempo después; Y, sin embargo el 18 de Julio, consiguiron los aliados aunque no fuera más que por un momento, penetrar dentro de nuestras trincheras! De modo que, se puede afirmar que en *aquella época*, por la derecha era vulnerable, y la izquierda estaba descu-

bierta, enteramente desprovista de obras de defensa. Pudiera decirse que la línea por su extensión era débil; pero había entònces tropa suficiente para guarnecerla, y el enemigo, si es que hubiese logrado tomarla, lo hubiera hecho con tan inmensos sacrificios que tal vez hubiera quedado debilitado para continuar su avance.

Y si es cierto lo que asegura el General Resquín en su declaración, de que en Humaitá había entonces 14.000 hombres de reserva, desalojado López de *Paso-Gómez*, pudiera haberse refugiado en aquella fortaleza, con la probabilidad de un gran triunfo sobre el ejército aliado, cuando fuese atacado. (1)

No veo, pues, razones que justifiquen la conducta del Mariscal para haber cambiado de rol, sin ninguna perspectiva de buen éxito, por la naturaleza del terreno que favorecía á los aliados y la desproporción inmensa de elementos, habiendo tenido que pelear los paraguayos en razón de 1 contra 3!

¡Pobre soldado paraguayo! Él, con su valor é intrepidez, ha tratado en todos los combates de minorar en lo posible los errores de su gefe que lo hacía pelear sin la observancia de ninguno de los

(1) Declaraciones de gefes paraguayos del tiempo de la guerra, que tenían motivos para estar bien informados, desautorizan la declaración de Resquín, manifestándonos que en aquella época no había en Humaitá arriba de 3500 hombres, en su mayor parte combatientes. En el *Apéndice* van esos documentos.

preceptos de la guerra, y si bien en su heróico empeño se cubría de gloria, salía casi siempre, como bien dice Thompson, acuchillado! por la falta de protección, ó sea, de sucesión de esfuerzos.

Los Coroneles Díaz y Bruguez fueron ascendidos á generales el 25 de Mayo, y no en Junio, como afirma erróneamente Thompson.

Había muchos otros agraciados con ascensos y condecoraciones. Entre estos últimos me encontraba yo también, recibiendo la estrella de Caballero de la Órden Nacional del Mérito, cuya gracia importaba para mí mi completa rehabilitación con el Mariscal.

Nuestras pérdidas fueron enormes, como era consiguiente: 5 mil cadáveres mas bien más que menos, quedaron al rededor del campamento enemigo, y los hospitales de Humaitá recibieron más ó menos 7.000 heridos, que fueron trasladados en su mayor parte á la Asunción, dos ó tres días después.

Casi todos los comerciantes de la Asunción que habían sido enrolados, perecieron aquel día.

Sin embargo, no se había tenido que deplorar la muerte de ningún gefe; las balas se limitaron á herirlos, pero respetaron su vida.

Al día siguiente, es decir, el 25 por la tarde salió el batallón riflero á recoger los heridos que se encontraban en el campo neutral entre los dos ejércitos. Desplegaron á la orilla del monte de *Sauce* una larga

guerrilla, y avanzaron poco á poco hasta ponerse al alcance de tiro de fusil. Recogieron los heridos que se encontraban en los pajonales inmediatos, esteros y montes.

Y á propósito de heridos, es digno consignar aquí el caso del bravo y denodado Mayor Coronel. Había recibido una herida en los pulmones, y en su consecuencia cayó desfallecido en un monte próximo al enemigo, acompañado de un soldado herido también. En vista de que se encontraba sin fuerzas para moverse, ordenó al soldado que lo matara, llevara á López su Kepí y espada y le dijera: «*que había cumplido con su deber hasta el último momento.* » El soldado se negó á obedecerle. A los cuatro días, fueron encontrados por los paraguayos que los condujeron al campamento. El Mayor Coronel sanó de su herida; pero fué muerto en la acción de *Punta-Carapá* en Julio. Hasta el 30 de Mayo se encontraban todavía *vivos* algunos heridos paraguayos en los esteros inmediatos al enemigo, que fueron recogidos y atendidos perfectamente por éste.

Causaron admiración y hasta espanto el sufrimiento y la resistencia de los heridos paraguayos. En prueba de ello voy á reproducir aquí un párrafo de la correspondencia de Palleja sobre este hecho:

« Hoy (30 de mayo) se ha sacado todavía un he-
« rido enemigo del bañado; el infeliz tiene la canilla

« quebrada, él mismo se la había entablillado con « dos palitos con horqueta ajustadas en el empeine « del pié, y se había vendado con sus propias ro- « pas, no había tomado alimento alguno; solo había « mascado un poco de yerba-mate que por casua- « lidad cargaba sobre sí: pásmense todos de tanto « sufrimiento y tanta resistencia: ya no queda con « vida ninguno de los caballos heridos extendidos « en el campo de batalla, y este hombre ha conserva- « do la vida, y más aun exasperado se arrastró hasta « cerca de un puesto nuestro avanzado, desde « donde pidió auxilio, que le fué prestado inmedia- « tamente por la guardia brasilera del puesto, man- « dándolo en brazos de dos soldados al alojamiento « del Gobernador, (1) que lo ha metido en su pro- « pia barraca, donde lo hace curar con el mayor « esmero. » (Carta 58 diario de Campaña).

Pero nada es esto: once días después, el 4 de Junio, los aliados encontraron todavía un herido paraguayo, según el mismo Palleja! Lo que francamente parece inverosímil, aunque en estos tiempos algunos *ayunadores*, como Tanner, han estado 40 días sin comer, pero en el estado normal y en plena salud. Y no, como nuestros heridos, debilitados por el hambre y la pérdida de sangre y la consiguiente fiebre.

(1) General Flores.

El 26 fuí al hospital, instalado en algunos ranchos en el camino de Humaitá, á visitar á los heridos, de orden de López. Entre tantos estaba allí el Mayor Yegros, antiguo edecán del Mariscal, que había caído preso junto con el padre Maíz y otros cuando la elección de aquel á la presidencia de la República. Estaba gravemente herido, habiendo peleado con el grado de sargento. Me llamó para encargarme que dijera de su parte al Mariscal, que estaba satisfecho porque le había proporcionado la ocasión de derramar su sangre por la patria, cumpliendo así con su juramento de ciudadano. Pocos días después, murió. Cuando hice presente á López su recado, éste guardó silencio. También el Mayor Rojas y el Capitán Corbalan, ayudantes de campo del Mariscal que habían estado presos con una barra de grillo cada uno, sin saberse nunca la causa de su prisión, fueron puestos en libertad y dados de alta en clase de sargentos en uno de los batallones. Ambos murieron el 24.

El Coronel Palleja asegura en una de sus correspondencias que el Mariscal López había embriagado á sus tropas con *aguardiente* y *pólvora!* para hacerlas pelear como pelearon! Nada es más incierto. El soldado paraguayo, imbuído en los sentimientos más puros de patriotismo, era naturalmente valiente hasta el heroísmo y resignado; pues, apenas recibía una ración de carne antes de entrar en

acción, y á veces entraba en pelea con el estómago vacío! No comprendo en militares tan bravos é ilustrados ese afán de denigrar, con tendencia de disminuir los méritos que distinguían á nuestros paisanos como defensores del suelo que los vió nacer.

Las bajas del enemigo han sido calculadas entre muertos y heridos, en 8.000 hombres. Sus pérdidas en gefes y oficiales han sido considerables, encontrándose entre los primeros el General Sampaio.

En la víspera de la batalla, á la prima noche, estuve conversando á solas con mi amigo y condiscípulo D. Natalicio Talavera, corresponsal de *El Semanario*, y recuerdo que me dijo con marcado apocamiento de ánimo: «Dicen que mañana se va á atacar al enemigo con todas las fuerzas que tenemos. Y si fracasamos? De dónde sacaremos hombres para reponer el ejército? De modo que, amigo, si perdemos la batalla ¿qué será de nosotros? —Efectivamente, le contesté, las observaciones suyas me parecen oportunas; pero debemos tener en cuenta que recién entramos á pelear, y puede suceder que sobrevenga de aquí allá alguna transacción».

—«Qué hombre! me replicó, no hay que pensar en semejante cosa; menos esperarlo»!...

Con esto nos separamos. Pasé así toda la noche pensando en las observaciones de Talavera,

hechas así bruscamente. Me llamaron tanto más la atención, cuanto que había observado que á medida que aquel joven iba ganando la confianza del Mariscal, iba siendo más reservado y menos comunicativo conmigo. Atribuí el hecho á mi decadencia en el concepto de aquél desde nuestro regreso de Corrientes. Su conducta conmigo estaba ajustada á la práctica de entonces. En cuanto caía uno en desgracia, ó había merecidó la *bolilla negra* (*Santo-hú*) del Mariscal, ya todo el mundo le huía, y doquier echaba una mirada, no encontraba sino frialdad, y gente dispuesta á contribuir á su completa ruina; pero nunca á ayudarle á levantarse. Fruto natural del despotismo y de la tiranía que pesaba sobre todo el mundo.

¡El pobre Talavera, tan inteligente y laborioso, hizo, como decirse suele, de tripas corazón, para disfrasar sus verdaderos sentimientos en la correspondencia que dirijió al *Semanario* sobre la batalla del 24 de Mayo! «El enemigo», dijo en uno de sus párrafos, «queda completamente destrozado, y con « una debilidad, que no ha podido ocultar á nues- « tros ojos. Un nuevo esfuerzo, uno solo, y no ha- « brá ya invasores en nuestro suelo»!...

¡Ah! ¡Ojalá fuera así! Por más que los aliados hayan sufrido, por lo menos siempre les quedaba un ejército; mientras que nuestro descalabro fué tan extruordinario, que puede decirse que perdimos el

único que tuvimos, que era precisamente lo que presentía Talavera, antes de darse la batalla. Pero luego va á verse, cómo el Mariscal, dotado de energía y de talento organizador, improvisa otro ejército gracias al tiempo y descanso que le dieron los aliados.

Si el Mariscal López se hubiese mantenido á la defensiva, hubiera dado prueba de buen criterio militar, que le hubiera dado triunfos tan espléndidos y poco costosos, repito, como el de *Curupayty*. Para la ofensiva, se requiere otras condiciones militares de que él carecía, según han comprobado los hechos durante aquella prolongada y sangrienta guerra.

Los aliados enterraron sus muertos; pero los cadáveres paraguayos fueron quemados, colocados en capas alternadas con leña, por piras de 50 á 100 hombres.

Después del 24, sobrevino una paralización en ambos ejércitos. López aprovechó esa tregua para remontar ó más bien reorganizar su ejército, tomando todas las medidas tendentes á levantar el espíritu y la moral de las tropas, como se verá mas adelante.

CAPÍTULO V

Cuartel General.—Maestranza—El Capitán Cabañas.—La *caña* paraguaya y el General Roa.—Divisiones y telégrafos.—La escuadra brasilera.—*Tamandaré*.—Nuevos aparatos telegráficos.—Wisner y López con motivo de esta invención.—Plan de los gefes aliados acordado el 18 de Mayo.—Curupayty y los torpedos.—Reorganización del Ejército.—Nuevos contingentes.—Bombardeo en Junio del campo enemigo,—Nuestras avanzadas.—Prisioneros y pasados.—Rectificación.—Porto Alegre.

Con la ocupación de *Tuyutí* por el ejército aliado, el cuartel general en *Rojas*, quedaba expuesto á los tiros de los cañones enemigos, y, sin duda, debido á esta circunstancia, aparte tal vez de otras consideraciones relativas á probables operaciones de parte de los aliados, el Mariscal lo trasladó sobre una pequeña elevación al otro lado del paso de un estero, llamado *Paso-pucú* (paso largo), por donde cruza el camino á Humaitá; instalándolo en una casa pajiza rodeada de un magnífico naranjal de forma cuadrada.

Este estaba á su vez, rodeado de un palenque, dentro del cual, en el ángulo sudeste, se encontraban la casita de pajas del Obispo Palacios y la del General Barrios; en el del Nordeste, la del Coronel Toledo y la de algunos ayudantes; al costado Este, la de Don Benigno y Venancio López, hermanos del Mariscal; al costado Sud, las de los comandantes Fleitas y Martínez, y en el mismo costado, pero fuera del palenque, la del General Resquín. Más al Sud, a distancia de unos 40 metros de la casa de Resquín, se encontraba la Mayoría, compuesta de un grupo de ranchos ó casitas de pajas en hileras, formando calles.

Más tarde, fué gradualmente aumentándose el número de las casitas hacia el Este del naranjal, de tal modo que formaba una verdadera población ó aldea. Las casitas eran bastante bien hechas, todas de pajas, techos y paredes. Nuestras tropas tenían una habilidad especial para improvisarlas, dejándolas terminadas y listas en unas cuantas horas.

A unas dos cuadras y media de la Mayoría, hacia el Sudeste, había un cementerio con su correspondiente capilla, perteneciente al distrito de Curupayty, donde el Mariscal solía oir misa en los días de fiesta. Desde este mismo punto, acostumbraba observar con telescopio los bombardeos del centro sobre el campo enemigo y algunas otras operaciones que se llevaban á cabo.

El Batallón de rifleros, que á más del escuadrón *Acàcarayá*, le servía al Mariscal de escolta, estaba acampado á la izquierda distante unas dos cuadras del Cuartel General ó sea del naranjal. Había otros cuerpos de infantería y caballería acampados á las inmediaciones, y que constituían una rererva para acudir en un momento dado al punto que fuese necesario en caso de un ataque.

Hacia la dirección de *Humaitá* á la orilla de un bosque ó isla grande, á unas 25 ó 30 cuadras del Cuartel general, había una gran maestranza bajo la dirección del Capitán Cabañas, uno de los más hábiles armeros paraguayos que tenía el Mariscal á su servicio. Era hombre simpático y de buen natural. Su conversación chispeaba con anécdotas curiosas y picantes. A todos los saludos, contestaba: «*bien, primera clase!...y pronto á romper fuego*»!... Siempre estaba de buen humor y su establecimiento era muy frecuentado, porque allí nunca faltaba la *panacea* del ejército: *un traguito de caña!* para consolar nuestro famélico estómago! La caña, según el General Roa, ha prestado tan importantes servicios al ejército, que debería, en justicia, ser honrada después de la guerra, con los honores de la jubilación! — Cuando tenemos hambre (decía), *caña;* cuando estamos enfermos del cólera ó diarrea, *caña;* cuando estamos tristes, *caña*; y cuando, finalmente, queremos aumentar ó exitar nuestro espíritu gue-

rrero, *caña!* Muchos se acostumbraron durante la campaña á esa bebida, á tal extremo, que después de la guerra, no la han podido abandonar más, por el gran *cariño* que le profesaban, y por los recuerdos que simbolizaba.

El Cuartel General, por su situación central en el cuadrilátero, era el corazón del ejército, á donde afluían por medio de hilos telegráficos los partes de las diferentes divisiones, y de donde, del mismo modo, partían las órdenes y disposiciones del Mariscal para aquellas. Esas divisiones eran las siguientes: *Humaitá*, *Curupayty*, la *Izquierda*, *Chichí*, el *Angulo*, *Espinillo*, *Yasy* y *Benítez*, y estaban, por supuesto, unidas al Cuartel General por hílos ó alambres telegráficos. Los telégrafos funcionaban, sin cesar, de día y de noche, porque los gefes de división estaban obligados de dar á López noticia de los más insignificantes incidentes que ocurrían en sus cuerpos, y de los movimientos del enemigo que observaban. De modo que él ocupaba todo el día recibiendo esos despachos. Había ayudantes que creo que no hacían otro servicio que llevar al Mariscal esos telegramas.

El General Bruguez mandaba el centro y la derecha, desde *Paso Fernández* hasta *Potrero Sauce*, y el General Barrios, la izquierda desde *Paso Fernández* al *Paso Vaí*. El General Díaz, que con su bravura y energía, llegó á conquistar la mayor sim-

patía y confianza del Mariscal, no tenía hasta entonces mando fijo; pero hacía el papel de una especie de inspector del ejército, yendo casi todos los dias á recorrer las divisiones, con el objeto de saber si faltaba algo.

El mismo día 20, obedeciendo á acuerdo del Consejo de guerra que celebraron los gefes aliados antes de ponerse en movimiento su ejército del campo donde tuvo lugar la acción del 2 de Mayo, la escuadra brasilera, compuesta de 16 cañoneras y corbetas y 4 encorazados, penetró en el río Paraguay, y haciendo un reconocimiento *telescópico* desde la distancia sobre *Curupayty*, echó ancla, más abajo del Piquete de las *Palmas*.

El Mariscal, en previsión de este movimiento había mandado echar á pique el vaporcito *Piraguyrá* y dos bergantines cargados de piedras en medio del canal del río entre la isla de *Curuzú* y el Chaco, con miras de impedir el paso; pero no dió ningún resultado; porque, como era natural, en un río tan caudaloso y grande, las fuertes corrientes se encargaron de limpiar el canal, removiéndolos á otros puntos.

El almirante Tamandaré(1), mandó instalar una gran maestranza naval en la isla del Cerrito, situada en la boca del río Paraguay, y, á la vez, mandó

(1) Su frase favorita era la siguiente: *Em duas horas descangalharéi tudo isto*, refiriéndose á Curupayty. Y nunca hizo nada!

explorar la Laguna Piris, para ver si era navegable. Descubrió que podía hacerlo con pequeños vapores y bombardear el campamento de López desde allí.

Es probable que el movimiento de la escuadra haya despertado en el ánimo del Mariscal la vehemente sospecha de que el enemigo tuviese la intención de forzar por la derecha nuestra posición, ó sea por *Curupayty*, que, hasta entonces, estaba desprovista de defensa para resistir un ataque del enemigo; tanto más cuanto que en el sistema de guerra que habían inaugurado — guerra de sitio — no cabía pensar que operasen sin la cooperación inmediata de la escuadra.

El aparato telegráfico en uso era el del sistema Morse. Los alambres estaban colocados en postes de madera, y como ultimamente el número de aparatos que había no era suficiente para satisfacer la exigencia del servicio, el telegrafista paraguayo. Sarturio Ríos, inventó un sencillísimo aparato de trasmisión que fué trabajado bajo la dirección del maestro Cabañas en su maestranza ó armería de campaña. Cuando el Coronel Wisner vió en el Cuartel General aquel aparato, exclamó. «*¡Oh, pero esto había sido muy sencillo!*,—como diciendo: muy fácil, y de consiguiente no tiene gran mérito la invención. López, comprendiendo el fondo de la exclamación, le contestó: «Sí... ahora que está hecho,

aparece muy sencillo; pero Vd. no fué capaz de inventarlo; es la repetición del huevo de Colon». Wisner que no era lerdo, sintetizó su réplica con una gran reverencia, reconociendo la justicia de la observación.

Volviendo ahora al enemigo, conviene consignar que en la conferencia que celebraron los Gefes aliados el 18 de Mayo, á la que también asistió el Almirante Tamandaré, se acordó que al mismo tiempo que el ejército avanzase contra las posiciones paraguayas, la escuadra batiría y tomaría la batería de Curupayty, y que sólo después de esta operación combinada, se ocuparían del ataque de Humaitá. (1) Así se acordó, porque el Almirante Tamandaré manifestó que, según reconocimiento practicado por él (que sea dicho de paso hasta entonces no había hecho ninguno) era fácil destruir y apoderarse de *Curupayty*; pero conforme queda más arriba constatado no hizo nada, dando como fundamento de su inacción, los buques sumergidos, una débil estacada que se había colocado al través del canal para obstaculizar el paso y algunos otros objetos como damajuanas que flotaban y que él suponía que eran señales que indicaban la posición de los torpedos. Sin embargo, hostigado por el disgusto del ejército y la acerba

(1) Palleja

crítica que le dirijía el público, al fin se resolvió á mover el 15 de Junio, y empezó, desde la distancia, un terrible bombardeo sobre *Curupayty*, retirándose luego, sin haber matado ni una mosca, y con algunas bajas que le causaron los tiros de nuestra batería.

Curupayty está situado en una curva del río Paraguay. En aquel entonces no estaba todavía fortificada sino la barranca, para impedir un desembarco que era fácil en ese punto.

Los torpedos que fueron colocados en el río el día 20, no dieron ningún resultado á causa de su mala construcción; dos de ellos se escaparon de sus amarras y se fueron aguas abajo, dando el uno contra el *Bahía* y el otro contra el *Belmonte*; pero no explotaron porque tenían sus espoletas mojadas. La construcción de estos torpedos consistía en tres cajas metidas una dentro de otra, siendo la última, que formaba el corazón, de zinc, cargada de pólvora. La espoleta era una cápsula de vidrio, conteniendo ácido sulfúrico con una mezcla de clorato de potasa y azúcar blanca, cubierta con lana y algodón. (1)

Desde el 15 de Junio, la escuadra no dejaba de atronar el aire con sus bombardeos todos los días,

(1) Thompson.

tarde y mañana, á veces á la madrugada y hasta de noche!

López, después del 24, se preocupó asiduamente de la reorganización del ejército. De los restos de los cuerpos que entraron en acción aquel día, de los heridos que sanaron y de las gentes traídas de la Capital, de Cerro León, de la Encarnación y del Paso del Tebicuary, formó 8 batallones de infantería y 4 regimientos de caballería. Además, hizo venir de las estancias del Estado y establecimientos particulares 6 mil esclavos que los distribuyó en los diferentes cuerpos para reemplazar las bajas. Los que bajaron de las estancias de su propiedad y de las de su familia, estuvieron algún tiempo acampados cerca del Cuartel general; pero muy luego acabaron de enfermarse por el cambio de agua y de alimentación.

Por ese mismo tiempo se presentaron también unos 200 *payaguaes*, que fueron destinados á la artillería pesada de *Curupayty*. Estos indios se portaron muy bien y fueron tan animosos como las demás tropas. Nuestras fortificaciones en toda la línea fueron terminadas y perfeccionadas. En el centro fueron colocadas 3 piezas de á 68, y el número de las que ya había allí, fué aumentado con 37 piezas de todos calibres, desde 18 á 24. Estas últimas eran de hierro muy largas y blanquizcas, razón por la que las llamaron *apeti*, y tenían buen

alcance. La trinchera del *Sauce* fué también artillada. Cuando ya todo estuvo listo ordenó el Mariscal á mediado de Junio un bombardeo sobre el campo enemigo; pero debe advertirse que solo la vanguardia de Flores estaba al alcance de nuestros cañones. A fín de aprovechar mejor los tiros, Lopez trató de obligar á los aliados á mantenerse firmes en sus posiciones, mandando asomar á derecha é izquierda, algunos cuerpos ó columnas de infantería y caballería en actitud de ataque. El primer día, las bombas de á 68 produjeron algunos efectos, causando á los aliados una baja de 80 hombres entre muertos y heridos. La carpa del General Flores fué volada dos veces. Desde entonces siguieron los bombardeos casi todos los días.

Los aliados contestaban á nuestros tiros con sus piezas de á 9, 12 y 24 *Lahitte* pero causaban muy poco daño. La mayor parte de sus bombas reventaban antes de llegar á nuestras trincheras. Los que más se lucieron como buenos tiradores con la pieza de á 68 en el centro, fueron los oficiales de marina Sres. José M. Mazó y Fariña; echaban sus bombas donde ellos querían, lo que hizo sospechar á los aliados de que teníamos artilleros europeos en nuestro ejército.

Como en esos bombardeos, nunca dejaba de haber algún accidente ó pérdida de vida por descuido, indiferencia y abandono de la tropa, el Mariscal or-

denó, bajo severa pena, que cada vez que hubiese bombardeo, las tropas permaneciesen atrás de los parapetos, de manera á evitar los accidentes. Y francamente, morir de una bala tirada desde la distancia, es una muerte triste; es una muerte á seca y por consiguiente estéril.

Nuestras grandes avanzadas eran numerosas, y se encontraban muy retiradas de nuestras líneas y muy próximas á las de los aliados. La de *Punta Carapá*, por ejemplo, solo distaba de la de estos unos 50 metros más ó menos, y se hostilizaban constantemente de día y de noche. Solo podía ser montada á altas horas de la noche, guardando un profundo silencio mientras se atravesaba un estero siguiendo un estrecho carril. En cuanto se sentía el menor movimiento en una ú otra guardia, empezaba un nutrido tiroteo, que desde la distancia los fogonazos parecían relámpagos en una noche de tempestad.

A principios de Junio, le tocó el turno en esa avanzada á mi hermano el Alférez Fernando Centurión. Al aclarar el día, estaba sentado al borde del foso interior de la trinchera, dando las espaldas hacia el enemigo. De repente se sintió sacudir un poncho en el piquete enemigo; entonces dijo: «*tiren á ese que sacude el poncho*»! volviendo al mismo tiempo la cara hacia el enemigo, pero, ¡oh desgracia! al hacer este movimiento, vino una bala

de esas llamadas *descarriadas*, del naranjal frente á la posición de Flores, y le tocó en la nuca, dejándolo muerto en el acto. . .

Así terminó sus dias, aquel decidido defensor de la patria. Nunca esperó que fuese compelido por un enrolamiento á sentar plaza, sino espontaneamente junto con otros compañeros, se había presentado ofreciendo su pecho en defensa del suelo patrio.

El Mariscal López, en cuanto recibió el parte de su muerte, me mandó llamar para darme esa triste noticia, agregando que había ordenado que su cuerpo fuese conducido á *Paso-pacú* y enterrado en el Cementerio de que ya hice mención. Así se hizo.

¡Pobre hermano mío! tan querido por todo el mundo, por su carácter pacífico y agradable. Muchas personas y algunas familias de la Asunción que se encontraban en esos momentos en el campamento, asistieron á su entierro. Cuando me encontré en presencia de su inanimado cuerpo, embargado por el dolor, derramé abundantes lágrimas, como el último tributo á la afección y al cariño fraternal que le profesaba. Él, que tanto me había ayudado para seguir mis estudios; él, que tanto se afanaba por atender á la familia, remediando sus necesidades más urgentes con sus recursos; él, que con su carácter dulce y agradable sabía

captarse la simpatía y estimación de cuantos lo han conocido en la sociedad.

Nuestras guardias avanzadas, con frecuencia, sorprendían, mataban ó robaban los centinelas de los piquetes enemigos, y sin duda, con el propósito de prevenir este género de hostilización que tenía á los contrarios en constante alarma y sobresalto, tomaron los brasileros la medida de mantener durante la noche un tiroteo incesante, con el objeto de impedir que se durmieran sus centinelas, que, aunque muy próximos al enemigo, rendidos por la fatiga diaria, amén de la indiferencia glacial que suele caracterizar á los soldados respecto á los mayores peligros, quedaban dormidos y no sentían las más de las veces á los que cautelosamente se les aproximaban.

Además, un escuadrón de caballería iba todas las mañanas á hacer el servicio de reconocimiento por la derecha enemiga, y regresaba á veces trayendo prisioneros, caballos, hacienda, etc.

Los pasados y prisioneros aliados eran examinados minuciosamente sobre el número del Ejército aliado; su espíritu, sus gefes y pérdidas en los diferentes combates. Muchos de ellos pertenecían á distintas nacionalidades, y no sabían una jota del español.

Por esta razón, poseedor de algunos idiomas extranjeros, después del 24 de Mayo, en que había

quedado rahabilitado, era con frecuencia designado por el Mariscal para tomarles declaración; pero cuando eran varios, nombraba á otros á fin de abreviar el trabajo y de saber lo más pronto posible las noticias de que eran portadores. En los primeros tiempos eran tratados con bastante consideración; pero más tarde, es decir, por el año 1868, el Mariscal no quedaba satisfecho hasta que no declarase bajo apercibimiento aquello que él suponía ser la verdad. Pero nunca se aplicaba ningún castigo que no fuese ordenado directamente por él; ¿ni quién se iba á atrever á arrogarse una facultad de la exclusiva prerogativa de un hombre tan terriblemente celoso de su poder? Mucho menos lo haría una persona que obraba en una escala muy subalterna y que no podía gozar sinó de limitadísima confianza. Y el que diga lo contrario falta á la verdad.

Oportunamente volveré sobre este punto, para rectificar los errores y falsedades en que habían incurrido determinadas personas influyentes en aquella época, que inmediatamente después de la guerra, bajo la presión del momento en que imperaban las bayonetas enemigas y en un estado psicológico especialísimo por las amenazas de fusilamiento con que se les acariciaba el oído, se han visto obligadas á prestar declaraciones ó á escribir exposiciones, que, por esa misma circunstancia, no

podían ser tenidas como la expresión de la verdad, sino como documentos nulos y sin valor histórico por los vicios de que adolecen.

Aparte de esta consideración, no es lógico ni natural que personas que estuviesen en la plenitud de su libertad y de su acuerdo hagan exposiciones que, por los términos de humillación y cobardía en que están concebidas, son tan contrarias al propio decoro, á la propia dignidad y al honor militar.

Y el Sr. Conde d'Eu, cuyo nombre y mandato se invocaba, ha descendido de su alta alcurnia, al adoptar semejante procedimiento con prisioneros de guerra que no han tenido otra culpa que la de haber defendido á su patria con todo el ardor y entusiasmo que exige el deber del patriotismo.

¡Cómo! ¿Arrancar daclaraciones para la historia cuando aún el fuego de las pasiones estaba vivo, cuando el rescoldo de esa hoguera que se llama *guerra*, aún ardía, cuando de una parte no podía haber sinó temor y humillación, y de otra venganza y burla?

¡Cómo! ¿Levantar ó crear documentos para la historia, arreando, rodeados de bayonetas, á los prisioneros para que, quieran ó no quieran, los autoricen con sus firmas, (1) sin respeto ni consideración

(1) Como sucedió en el Chaco, frente a la Villa Concepción, siendo uno de tantos el autor, qué por poco no fué bayoneteado.

á la desgracia, ya que no, á la dignidad humana?

La historia que debe ser, según el Dr. Quintana, espejo fiel del pasado y lección para el futuro, no se escribe así. Para que ella sea fiel reflejo de los acontecimientos y su juicio un veredicto inapelable, es menester que el que contribuya á formarla, no se ponga á delatar á fuer de verídico, movido quizá de envidia y con marcada intensión de denigrar, de mancillar la honra y la reputación de su semejante en la vana y triste esperanza de establecer la suya, ó de obtener una pronta rehabilitación en el concepto público; porque eso es odioso y vil, porque eso es indigno de todo caballero y de todo pecho generoso y noble, y si para algo sirve una exposición de esta naturaleza, sería únicamente para promover el resentimiento, el odio, la venganza y todo género de malas pasiones.

Todos los hombres que viven bajo la bóveda celeste, están en la sagrada obligación de protejerse mutuamente, de ejercer el sentimiento de la caridad uno hacia otro en todas las circunstancias de la vida, y nunca deben propender á edificar su casa á costa de la ruina del edificio ajeno.

De cualquier modo que se defienda la patria, es noble y plausible, según Tácito y Machiavello.

Volviendo ahora á las operaciones bélicas, debo consignar que el 30 de Mayo subieron el Paraná algunos buques á ponerse en contacto con el barón

de Porto-Alegre que venía, como ya se ha dicho, á la cabeza de un poderoso ejército, conduciendo á la vez unos 14,000 caballos para la caballería brasilera. En efecto, el 12 de Julio llegaron al Paso de la Patria 2.000 hombres de caballería, habiendo llegado el resto de esas fuerzas poco después. Los aliados aguardaban la llegada de ese importante contingente para emprender nuevas operaciones.

Los aliados luchaban hasta esa fecha con el mismo inconveniente que los paraguayos: la falta de caballos.

Esta ha sido constantemente la razón invocada por éllos para no tomar la iniciativa de una operación ó movimiento ofensivo, inmediatamente después del 24 de Mayo.

Sea de ello como fuese, la verdad de las cosas es, que si entonces hubieran avanzado, hubieran llevado por delante todo, y se hubiera evitado los males que azotaron á uno y otro ejército á causa de la excesiva prolongación de la campaña. Pero lejos de esto, ellos, á imitación de los paraguayos, trabajaban activamente haciendo trincheras en toda la extensión de sus líneas; es decir, en vez de avanzar, se fortificaban; poniéndose completamente á la defensiva.

Á la verdad, hasta entonces los ataques han sido siempre iniciados por los paraguayos, y los aliados no avanzaban sino cuando se les abandonaba

el campo, bien que en esto anduvieron más cuerdos que nuestro Mariscal, que sacrificó la flor de nuestro ejército en pequeños combates campales y en asaltos descabellados al campamento enemigo.

Las vacilaciones de los jefes aliados para activar sus operaciones, no eran enteramente debidas á la carencia de elementos de movilidad, sino principalmente, á la falta de conocimiento exacto del estado de nuestro ejército y del terreno donde se desarrollaban las operaciones bélicas. Sin embargo, esta última escusa desapareció muy pronto, porque con los prisioneros y pasados de nuestro ejército, llegaron á adquirir tan perfecto conocimiento de esa región, como lo tenían los paraguayos. Por agua y por tierra han tenido los mejores prácticos y vaqueanos paraguayos que les han servido con tanta fidelidad, como si lo hiciesen á su propio país.

A fines de Junio, el Mariscal había conseguido remontar su ejército á 20 000 hombres, gracias á la inacción de los aliados, y tenía el pleno convencimiento de derrotarlos en caso de un ataque. Sin embargo, aquellos no daban señal de mover un paso adelante, y el Mariscal devorado por una impaciencia febril, resolvió buscar medios para obligarlos á traerle un ataque, como se verá en el capítulo siguiente.

Puede afirmarse, sin riesgo de apartarse mucho

de la verdad, que estaba en la conciencia de cuantos han estudiado con imparcialidad aquella guerra, que su excesiva prolongación ha sido exclusivamente debida á la morosidad de los generales aliados, cuya manera lenta de operar era notable, al grado, que algunos la calificaban de ineptitud.

Iré notando oportunamente, las ocasiones que se les habían presentado para destruir al ejército paraguayo y concluir la guerra. Por de pronto, ¿por qué los aliados no impidieron el pasage del ejército paraguayo que, á vista y paciencia de la escuadra brasilera se verificó de Corrales al Paso de la Patria, á su retirada de la campaña de Corrientes?

Un solo hombre no hubiera podido pasar el Paraná, si hubiese habido disposiciones previsoras y enérgicas, cual correspondía á los generales de un ejército poderoso, acostumbrados á la guerra. Si el pasage del ejército aliado al territorio paraguayo en presencia de nuestro ejército que no podía operar por la naturaleza del terreno, es conceptuado como una gloria apesar de los inmensos elementos con que contaba, el pasage del ejército paraguayo en presencia de la poderosa escuadra enemiga, sin contar con esos elementos, cansado y estropeado como estaba después de tantas y tan penosas marchas y contra marchas, no ha sido por cierto, menos glorioso.

Verdad es que la escuadra no estaba bajo el mando inmediato del Generalísimo para que este pudiese dar un giro rápido y enérgico al desarrollo de sus planes, lo cual era sencillamente una anomalía incomprensible, por más que así se haya estipulado en el Tratado Secreto. Este hecho era hasta cierto punto deprimente á la dignidad de la República Argentina y perjudicial al General Mitre personalmente, si se reflexiona que la responsabilidad moral por las operaciones llevadas á cabo, ó por las que se han dejado de realizar, estaba encarnada en el *Generalísimo*, y no puede menos que conceptuarse como extraño que este haya consentido asumir esa responsabilidad, sin disponer ó tener á su mano todos los elementos de dicho ejército, lo cual presentaba un grandísimo inconveniente, como ya hemos tenido ocasión de observar antes. Esta circunstancia ha sido la que ha obligado amenudo á sus partidarios ó amigos (y á él mismo) á hacer publicaciones con mira de salvar su responsabilidad, explicando las causas que habían concurrido para haberse cometido tal error, ó para haber dado como resultado el mal éxito de las operaciones, como sucedió el 18 de Julio y cuando *Curupayty*.

Por estas razones, no es fácil la apreciación justa é imparcial del giro que se ha dado á la dirección de la campaña, por aquella tendencia natural de

querer atribuir todo en absoluto al que manda en gefe un ejército. Se vé el historiador, si quiere ser verídico y justo, obligado á entrar en una porción de detalles complicados y secundarios para poder dar un juicio ó un fallo sobre las operaciones realizadas — todo consecuencia de esa anomalía.

CAPÍTULO VI

El Mariscal López termina la reorganización de su ejército, y provoca á los aliados á un ataque—Yataity-Corá—Reflexiones.

Ya hemos visto que el Mariscal López ha empleado todo el tiempo que transcurrió desde el 24 de Mayo hasta principios de Julio en remontar, ó más bien, en crear un nuevo ejército.

Hay que reconocer que en esta tarea ha desplegado el hombre actividad y energía, dando prueba de un indisputable talento organizador. El revés que sufrió el ejército paraguayo el 24, era capaz de conmover y abatir al más fuerte espíritu; pero él se mantuvo inalterable, conservando la más absoluta igualdad en su modo de ser habitual: la misma calma, la misma imperturbabilidad, la misma constancia y laboriosidad de siempre en todo el complicado manejo de la administración militar, sin descuidar el más mínimo detalle, é infundiendo áni-

mo y valor á sus subordinados que hacían á su vez los mayores esfuerzos por llevar á cabo sus ordenes.

Una vez organizados los nuevos cuerpos, comen zaron á hacer ejercicios doctrinales y de fuego, como medio de adiestrar á los reclutas para nuevos combates.

Sin embargo, hay que confesar que el nuevo ejército era muy inferior al que había sucumbido el 24; se componía, en su mayor parte, de niños, viejos y heridos convalecientes, y no podía esperar que tuviese la misma solidez, el mismo arrojo y empuje arrastrador que tanto había distinguido al anterior. En cuanto á aguante en el fuego y bravura, era digno sucesor de los héroes del 2 y 24 de mayo.

Uno de los mayores inconvenientes con que se ha tenido que luchar en la reorganización del ejército, fué la falta de caballos y el mal estado de los que había en el campamento. El soldado paraguayo manifiesta una grande decidia para cuidar su montado, á tal extremo que se vé uno inclinado á suponer que desconoce por completo la importancia del caballo como elemento de guerra. Cuando la alianza con Corrientes contra el tirano Rosas en 1844, á la que contribuyó el Paraguay con 4,000 hombres, el general Paz que mandaba en gefe las fuerzas aliadas, observó que debido al descuido ó

negligencia de los paraguayos para cuidar sus montados, nunca habían podido prestar servicios de avanzada, y que todas las veces que se requería contingente para algún reconocimiento urgente á vanguardia, contestaba su gefe que no le era posible por el mal estado de los caballos.

Los que montaban los gefes y ayudantes de cuerpo eran verdaderos esqueletos ambulantes, y á poco andar se cansaban y se paraban en el camino por no poder moverse más. Los ginetes entonces se veían obligados á hacer el resto del trayecto á pié con más prontitud. Lo que hacía doblemente indispensable el caballo, era la naturaleza del terreno en esa región, compuesta en su mayor parte de lagunas y esteros profundos. que no era fácil atravesarlos á pie.

Los aliados, á pesar de haber llegado ya partes del importante refuerzo que conducía el Barón de Porto Alegre, continuaban en su inacción, sin dar señal alguna de prepararse para un ataque á nuestras posiciones.

El mariscal, impaciente por tanta demora, y deseoso de conseguir alguna ventaja que sostuviera la moral algo quebrantada de su ejército después del 24, tomó como siempre la iniciativa de provocar á los aliados, tratando de obligarlos á traerle un ataque.

Con este intento y el de guerrillar á los nuevos

cuerpos, ordenó el 10 de Julio que los batallones 8 comandado por el mayor Cándido Mora y 30 al mando en gefe del capitán Casimiro Báez, llevasen un ataque falso ó simulado sobre un batallón argentino que se encontraba de vanguardia al norte del *Paso Leguizamón*, cuyas avanzadas llegaban en sus corridas hasta el palmar conocido con el nombre de *Yataity-Corá* (círculo de palmas ó palmar redondo).

A eso de las tres de la tarde se presentó primero el batallón 8 frente al enemigo, y desplegando algunas compañías en guerrilla empezó una escaramuza, dando tiempo á que el batallón núm. 30, avanzase lo bastante para hacer un movimiento envolvente y tomar entre dos fuegos al adversario.

Pero antes de poder verificar esta maniobra, llegaron dos batallones á dar protección al que estaba lidiando con nuestra fuerza, el cual era el *Catamarca*.

Entonces, los paraguayos se retiraron en perfecto orden, escaramuzando hasta una corta distancia.

Las pérdidas de una y otra parte eran insignificantes; pero siempre fueron más las del enemigo por el terrible fuego que tuvo que soportar el *Catamarca*, cuya posición llegó á ser crítica en los primeros momentos. El mayor Julián Godoy, que fué enviado por el Mariscal para dirigir la descubierta,

como operación previa, salió levemente herido de una bala de fusil en la espalda.

El general Garmendia, con alguna tendencia de desestimar, y á veces ridiculizar, las operaciones militares de los paraguayos, apartándose á menudo de la seriedad que debe revestir el criterio de un historiador imparcial, dice, hablando de este combate, (1) que las instrucciones que recibieron aquellos sería *combatir*, pues que nunca se les había visto hacer otra cosa salvo raras excepciones como aconteció ese día; pero que de lo que él estaba seguro que no estaban en las instrucciones, era la *derrota!* el *desorden* y la *dispersión*, perdiendo todas las ventajas que pudiesen haber cosechado en un combate bien ordenado.

Una fuerza que escaramuza y se retira en buen orden obedeciendo á sus instrucciones, no va huido ni derrotado.

El respeto á los vivos impone una restricción al historiador contemporáneo, y el que es debido al gefe al lado de quien uno se haya formado, debe imponer aun mayor restricción. Esto se nota en la indulgente apreciación que hace el ilustrado escritor argentino respecto al general Mitre á quien excusa de culpa y pena por no haber aprovechado la oportunidad de alcanzar esa ocasión un bri-

(1) Recuerdos de la Guerra del Paraguay—1883 P. 65.

llante triunfo, diciendo que sabía por experiencia que era muy fácil criticar las operaciones de la guerra y muy difícil llevar á cabo el más simple movimiento frente del enemigo.

Por esta misma razón, pudiera haber sido más indulgente respecto á los paraguayos que fueron á echarle el guante casi en su mismo campamento, procurando sacudirles ese marasmo inexplicable que se había apoderado de ellos, atento á que era la primera vez que se encontraban en una guerra regular, y que de consiguiente había motivo para suponer que no tuviesen tanta experiencia del arte de hacerla, como sus adversarios.

Es llegado el caso de preguntar, ¿por qué dejaron escapar á aquellos *audaces* paraguayos, tan reducidos en número, y que de *yapa* no sabían hacer otra cosa que combatir? ¿Por qué no lograron esa magnífica oportunidad de cosechar un ruidoso triunfo, castigando la audacia de aquel puñado de *bárbaros* atrevidos que osaron provocarlos en su mismo campo?

Queremos suponer que no habrá sido por un exceso de prudencia, ni tampoco por *ignorancia* de la topografía del terreno á dos pasos de sus trincheras después de dos meses de permanencia allí en medio de la ostentación de un formidable poder—*ignorancia* que con frecuencia se invoca para justificar unas veces los desaciertos y otras veces la inacción del

ejército aliado; cuya inacción, según opinión muy general en la época, entraba por mucho en las conveniencias particulares de los gefes aliados.

En otro párrafo de la obra (núm. II p. 70), entra el ilustrado autor en largas consideraciones sobre la educación del pueblo paraguayo, que, á nuestro humilde juicio, no vienen al caso tratándose de la descripción de un combate de avanzada de poca importancia, y entre otras cosas nos hace saber que el pueblo paraguayo era « un pueblo acampado pronto « á formar á la primera orden, dispuesto con sus « grandes cualidades de sobriedad, sumisión y valor, « á la vida del soldado, pero del soldado *ignorante* « que combate sin una idea y se sacrifica estérilmen- « te sin la esperanza de una victoria! »

Este párrafo lleva una nota que dice: «como sucedió en el último tiempo de la guerra.»

¡Cómo! el soldado del 2 de Mayo, *Sauce* y *Curupayty*, combatía sin esperanza de una victoria? Y aunque no haya esperanza de victoria ¿no era preferible mil veces la muerte á la deshonra?

Además, ¿puede racionalmente decir el que conozca la historia de esta parte de América, que la causa que defendía el Paraguay no envolvía una idea? ¿No era la causa americana, la causa de la libertad de los pueblos contra las aspiraciones absorbentes del Imperio del Brasil?

Siendo esto así, el soldado paraguayo no comba-

tía sin una idea. ¿Y qué idea de civilización tenía el soldado argentino que, cuando vió por primera vez en su vida en el Paso de la Patria nuestros alambres telegráficos, exclamaba azorado, con su acento provincial, preguntando qué significaba aquel *alambrado* en el aire?...

Aquellos provincianos, conducidos á la guerra por la fuerza para luego llamarlos *voluntarios*, ¿eran los hijos de un pueblo acostumbrado á gozar de los beneficios de las instituciones de la libertad? ¿Y son dignos de la civilización de nuestro siglo, aquellos que distribuyeron los prisioneros paraguayos á las familias para servirles como esclavos, y que los obligaron á entrar en las filas aliadas para llevar la guerra á su patria, haciéndolos así traidores á la fuerza?

La primera condición que debe adornar el carácter del historiador es la imparcialidad, sin perder nunca de vista la circunstancia de que la guerra de parte de la alianza era poco hidalga:—era tres contra uno!

Para que el criterio en las apreciaciones sobre la guerra, no adolezca de injusto, conviene no olvidar este hecho.—Y el que quiera evitar la aplicación del proverbio bíblico de *ver la paja en el ojo ajeno, y no ver la viga que tiene en el suyo*, debe salir de los estrechos límites de Buenos Aires, (foco de la civilización argentina) y extender la vista

hacia los Andes! Por ahí hay aún muchos restos de *barbarie* como los hay en el Paraguay.

Las miserias que soportaron los paraguayos en defensa del sagrado suelo de la patria, lejos de merecer la *sonrisa*, son dignas del respeto de adversarios leales, y precisamente esa cualidad fué la que más ha llamado la admiración del mundo. Esas miserias no fueron suficientes para quebrantar su valor, su constancia y su lealtad en el cumplimiento de sus deberes; dando así un ejemplo, á propios y extraños, de la decisión y abnegación con que debe defenderse á la patria cuando ella sea atacada.

La crítica es útil y provechosa, cuando ella es hecha con moderación y mesura, sujetando el juicio á la razón y á la justicia; pero subleva é irrita, cuando ella es apasionada y sacrifica la verdad para reconocer mérito, allí donde no hay propiamente hablando, sino nulidad ó mediocridad.

El criterio con que debe juzgàr los sucesos de la guerra, no debe ser el mismo que prevalecía durante ésta, bajo la atmósfera candente que producía el choque de las armas y el predominio de las pasiones. Los apuntes hechos durante la campaña, á esta virtud, si bien son verídicos, llevan siempre la impresión del momento con sus ribetes de exageración en menoscabo de la verdad, de la razón y de la justicia. Hay necesidad de la calma, de la fría refle-

xión, para apreciar los hechos y los hombres con imparcialidad, colocando á cada uno en el lugar que le corresponde.

Pero *retournons á notre mouton*, y prosigamos.

Al día siguiente de la primera refriega, es decir, el 11 de Julio, el Mariscal envió al mismo paraje del *Paso Leguizamón* 4 batallones de infantería (el 8, el 30, el 13 y el 20), un regimiento de caballería, el 10, al mando del mayor Mendoza, y dos coheteras á la dirección del alférez Amarilla.

Toda esta fuerza iba al mando en jefe inmediato del coronel Elizardo Aquino, llevando como segundo al mayor Juan Fernández. Representaban dicha columna más ó menos 2.500 hombres, y el General Díaz fué el que corrió con la dirección en jefe de toda la columna.

Esta, si mal no recuerdo, se puso en marcha por la madrugada, á fin de llegar con tiempo y descansar sobre la línea de nuestra avanzada en la proximidad de *Yataity-Corá*, y prepararse para el avance; tomando las precauciones que creían necesarias para que el enemigo no se apercibiese tan pronto de sus movimientos.

Toda idea de sorpresa era una locura, pues se comprende que después de la escaramuza del día anterior, el enemigo estaría sobre aviso, y no se dejaría sorprender tan facilmente. En efecto, este notó desde las primeras horas de la mañana el mo-

vimiento de nuestra gente en la avanzada cubierta de un palmar de forma irregular, y distinguieron perfectamente desde sus *mangrullos* cuando se pusieron en marcha de ese punto á *Yataity-Corá*, salvando un espacio abierto bastante ancho que media entre los dos palmares.

Más ó menos á la misma hora del día anterior, (las 3 p. m.) se presentó el batallón núm. 13 frente al *Correntino* que era el que en esos momentos hacía el servicio de avanzada al Norte del *Paso Leguizamón*, llevando por delante una guerrilla, y á sus flancos formando alas una pequeña fuerza de caballería y las coheteras bajo la dirección del valiente y jovial alférez Hilario Amarilla. Más atrás iba el batallón núm. 20. El 13 avanzó á pasos rápidos sobre la fuerza argentina que se vió obligada á repasar el *Paso Leguizamón* precipitadamente, acosado por el 13 que bayoneteaba á los que alcanzaba en los pasos del estero.

Unido el 13 con el 20, el primero á las órdenes del Teniente Matías Villalba y el último á las del Capitán José Elizalde, y desplegados en batalla, continuaron persiguiendo al Correntino lentamente, sin que el fuego de éste consiguiera detenerlos. Habiendo penetrado en la línea exterior del campo enemigo, calculaban que aquella retirada haciendo fuego, pudiese envolver la intención siniestra de hacerlos caer en una celada.

El *Correntino* que se había reorganizado después de pasar el paso *Leguizamón*, gracias á la energía de su gefe, el Comandante Sosa, continuó su retirada en bastante buen orden hasta que llegaron en su protección algunos gruesos batallones; entonces hizo alto, y se inició de una y otra parte un fuego vivísimo, que cada vez iba en aumento á medida que tomaban parte en el combate los cuerpos enemigos que venían llegando de refuerzo, y los batallones 8 y 30 que también habian conseguido incorporarse ya con los otros dos. De esta manera quedaban más ó menos igualadas las fuerzas combatientes de una y otra parte, porque la caballería solo hizo acto de presencia, pero sin tomar parte en la lucha: era un espectro para imponer, nada más.

El fuego de fusilería de los paraguayos era terrible, y las coheteras que esa vez funcionaron con una actividad espantosa, causaban extragos en las filas enemigas. La tremenda cola de palo que llevaba cada cohete, con el movimiento peculiar que hacía, pegando de un lado á otro, desorganizaba á las tropas formadas, produciendo entre ellas el espanto y el terror, porque á las que alcanzaba las tendía en el suelo contusas, heridas ó muertas.

Los pajonales que mediaban entre los combatientes fueron incendiados por los cohetes á la *congrève*, y vinieron á dar un colorido especial á aquel cuadro de sangre.

En efecto, el relampagueo de la fusilería de una y otra parte, al son de los cohetes que describían en su trayectoria curbas ígneas, atronaban la atmósfera con sus ruidosos estrépitos, las llamas que se levantaban envueltas en un humazo amarillo-verdoso que giraban de un lado á otro á impulso del movimiento del viento que arremolinaba levantando polvos y hojas de pajas carbonizadas que cubrían a los combatientes, formaban un cuadro espantosamente lúgubre como para impresionar y conmover al corazón mas indiferente que lo contemplase. Había música, pero infernal, para el oído; colorido y movimiento para la vista; horror y muerte para el sentimiento; y materia á contemplar para el filósofo.

La caballería que no se despegaba de los costados de nuestra infantería, al empezar el combate, hizo un movimiento de amago sobre el 1° de línea argentino, hasta encontrar un paso del estero á la derecha, donde se detuvo.

Fué bastante este movimiento para que el mencionado batallón, á precaución, se pusiese á la defensa, formando cuadro. En esta posición continuó haciendo fuego, y soportando la mosquetería de toda nuestra infantería y los tiros de las coheteras que hacían extragos en sus filas. Era una especie de panteon formado de seres humanos,

dentro del cual iban apilándose los cadáveres de muertos en defensa de su bandera.

Tal era el respeto que nuestra caballería impuso al enemigo el 2 y 24 de mayo, que desde entonces, donde quiera que hacía su aparición, su vista sola ejercía sobre aquel una influencia moral tan grande, que en seguida, sin esperar su avance ó carga, ya se ponía en guardia, recordando la audacia y el coraje de aquellos bravos ginetes.

Como se vé, esa ocasión, el brillo desde la distancia de sus afilados sables, obligó á sus adversarios á ponerse á la defensa, y cuando el Comandante del 1° de línea, Coronel Roseti, uno de los más valientes gefes argentinos, recibió orden de retirarse del General Rivas (entonces Coronel) que mandaba en gefe las fuerzas argentinas bajo la dirección inmediata del Generalísimo que honraba el combate con su presencia, no quiso obedecer manifestando el temor que tenía de que en cuanto su cuerpo iniciase la retirada, le cayese la caballería paraguaya que se conservaba inmóvil pero amenazante al flanco de su batallón.—Fué necesario que la orden fuese reiterada; recién entonces fué puesta en ejecución, dejando abandonados sus heridos en aquel campo de fuego.

Los paraguayos, lanzando vivas de entusiasmo, se precipitaron sobre aquel cuadro en retirada, cuya cuarta cara ostigada, dando media vuelta, hizo

frente á las nuestras á la bayoneta, empeñándose entre ambos una lucha terrible, hasta que se separaron á la voz de mando de sus respectivos gefes. La carnicería fué grande de una y otra parte; pero mayor el extrago entre los nuestros porque los argentinos después de haber estado recibiendo tan continuados golpes, cargaron con rabia destrozando á los que encontraban por delante.

Las columnas paraguayas habían avanzado demasiado lejos, poniéndose al alcance de las baterías enemigas, que hacían llover sobre éllas una lluvia de bombas y metrallas, que aunque á la verdad no les causaban mucho daño porque eran tirados por elevación, y en lugar de caer entre las tropas, iban á explotar lejos de éllas.

Entonces los paraguayos encontraron prudente hacer retirada, que la ejecutaron con rapidez, pero en buen orden. La hacían con rapidez, porque observaron que todo el ejército argentino se ponía en movimiento, saliendo de su campo nuevos gruesos batallones de la división Arredondo para reforzar á los que estaban combatiendo, con los cuales se iba á alterar enormemente y de una manera muy desventajosa el equilibrio de las fuerzas. Cuando llegaron al sitio del combate, ya todo había terminado; el silencio había reemplazado al ruido estridente de las armas de fuego. Eran las 7 p. m.

Si los argentinos hubiesen emprendido la perse-

cución de los paraguayos, hubieran logrado la oportunidad de cerrar aquella jornada con un brillante triunfo, tomando prisionera toda la columna nuestra que tenía que recorrer dos millas antes de llegar á su línea de avanzada.

El General Mitre, como he dicho, presenció aquel combate de avanzada, y es indudable que los gefes que dirijían la operación, obraban de acuerdo con las instrucciones dadas por aquel, siendo de extrañar que no haya tomado las disposiciones necesarias para cortar la retirada á aquel puñado de paraguayos, castigando así la osadía de su avance á las barbas del campamento aliado. (1)

Se alega, sin embargo, á su favor, que la operación había sido llevada á cabo sin cumplir sus instrucciones debidamente, sin decirnos en qué consistían estas, y que, viendo la necesidad de mantener la influencia moral de su superioridad (de las tropas argentinas se entiende) sobre la paraguaya, y que su tenacidad no iba en zaga á la del audaz enemigo, había ordenado, después que terminó todo, la nueva ocupación de *Yataity Corá* con dos batallones (el 3 de línea y la Legión Militar).

Efectivamente, la orden fué cumplida, y en cuanto los nuestros vieron eso, á pesar de las bajas que han tenido y del cansancio de tanto pelear, carga-

(1) Es fama que el General Mitre sobre el campo de batalla no toma disposiciones.

ron de nuevo. Entonces el valiente General Rivas, con ese ardor é ímpetu que le distinguían, avanzó al sitio de acción á la cabeza de los batallones 6 y 4 de línea, el 1º de línea, el San Nicolás, el Correntino, el Riojano, el 5 de línea, 2 de voluntarios y el Santafecino. Todos estos cuerpos formaron en columnas y algunos en batalla sobre la línea.

Esta vez se prolongó el combate con un fuego horroroso hasta las 9 de la noche, hora en que se retiraron los paraguayos, en la imposibilidad de poder continuar la lucha por la oscuridad que solo era interrumpida de vez en cuando por la luz intermitente del incendio que se apagaba; pero que todavía lanzaba llamaradas aquí y allá, y por la inmensa superioridad numérica de los adversarios: 11 batallones contra 4 batallones reclutas y mal armados !

En presencia de este hecho notorio consignado en los partes oficiales de los generales argentinos, ¿podrá afirmarse, en menoscabo de la verdad histórica, que las tropas argentinas, esa ocasión, se batieron gallardamente contra *fuerzas superiores*?

No hay que exagerar las cosas; porque todo lo que sale de los límites de la moderación, peca de apasionado. Las tropas argentinas, ¿quién lo duda? valen mucho; su intrepidez y valentía, las tienen acreditadas en mil combates; pero en justicia, y equilibradas las circunstancias, no valen más que

las paraguayas. Cámbiense los papeles, y póngase al soldado argentino en lugar del paraguayo, con fusil de chispa, descalzo, desnudo y hambriento, peleando siempre en razón de 1 contra 3 y en ocasiones en mayor desproporción, y recién entonces podrá juzgarse, sobre base segura, de su superioridad ó inferioridad.

Los aliados, según Thompson, tuvieron esa vez fuera de combate 500 hombres inclusives 3 oficiales superiores, y los paraguayos 400, incluyendo entre los muertos al Capitán Casimiro Báez, comandante del batallón N°. 8.

Yataity Cora, como bien observa Thompson, es otro de tantos pequeños combates en que el Mariscal López ha debilitado sus fuerzas, sin ninguna ventaja. La idea era provocar al enemigo para traerle un ataque; pero semejante idea era ridícula, porque bien se comprende que si aquel no estaba dispuesto á atacar, no habría medios que lo obliguen á realizar empresa tan aventurada. Pero si censurable fué la conducta de López por el sacrificio estéril que hacía de sus tropas, no lo fué menos esa vez la del General Mitre, que incurrió en la misma falta, pudiendo haberla evitado. Esa censura se la hicieron los mismos gefes aliados, y en prueba de la verdad de mi aserto, voy á citar las palabras del Coronel Palleja al hacer referencia en una de sus cartas del combate de que se trata:

« Perdóneme la indiscreción el Presidente Mitre, « según mi corto entender, no debíamos exponer « á nuestras tropas á combates serios fuera de nues- « tras líneas, sinó el gran día de la batalla, que todos « anhelamos y para el cual deberíamos conservar « nuestras tropas; se presenta el enemigo á guerri- « llar, replegar nuestros cazadores adentro de « líneas, y que vengan á atacarnos á ellas, donde « probarán una vez más el efecto de nuestros ca- « ñones y fusiles. A que conquistar un pedazo de « terreno á rigor de sangre y vidas preciosas para « abandonarlo por la noche. ¿Duda alguien acaso « del brío y valor de las bizarras tropas argentinas « No, nadie se atreve á dudarlo, por consiguiente « dejemos al enemigo que venga á foguear sus « soldados al alcance de nuestros cañones y ahorre- « mos las víctimas, máxime cuando parece cosa « acordada en no mandar reemplazos á los cuerpos orientales y argentinos (1).

Mientras tenían lugar los combates que quedan mencionados, el centro de nuestra posición hacía un nutrido bombardeo contra la posición enemiga ocupada por los orientales y brasileros, y estos se la contestaban con igual actividad.

El General Flores hubo de ser víctima esa vez de una bomba de á 68, que bandeó la zapa á me-

(1) Diario de la Campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay.

dia vara de distancia donde se encontraba aquel, dejándolo cubierto de tierra durante algunos segundos. Otra del mismo calibre cayó también muy cerca de él y de un grupo de los que le acompañaban; la bomba estuvo algunos segundos con la mecha ardiendo, hasta que hizo explosión, haciendo pedazos á un sirviente del General.

Cuando nuestros artilleros llegaban á saber los efectos de sus tiros, redoblaban su empeño en afinar sus punterías con la esperanza de lograr la desaparición tan siquiera de uno de los magnates aliados, sobre todo la de Flores, á quien se consideraba como el causante de la guerra, y como el más dócil instrumento del Brasil.

No hubo vez en que nuestras bombas no causasen algún daño á los aliados, no así las tiradas por estos porque muy rara vez alcanzaban nuestras posiciones; la mayor parte explotaban en el aire antes de llegar á ellas.

El Mariscal López, contrariado por el resultado de la batalla de *Yataity-Corá*, trató de buscar otro medio para obligar á los aliados á llevar un ataque á nuestras trincheras, como se verá en el Capítulo siguiente.

CAPITULO VII

Comisión exploradora para establecer una trinchera con artillería en *Punta Ñaró*—Combates en los días 16 y 17—Batalla del *Sauce* el día 18 de Julio de 1866—Triunfo de los paraguayos —Reflexiones.

El gran problema, cuya solución preocupaba de día y de noche al Mariscal por ese tiempo, era encontrar un medio para obligar á los aliados á salir de su apatía; es decir, un medio que los colocase en la dura alternativa de tener que retroceder, abandonando el terreno que ocupaban; ó de avanzar, cumpliendo con su rol de invasores, atacando nuestras posiciones.

Uno de los planes que para el efecto concibió, fué el de colocar una pieza de á 68 en el monte del *Sauce* en el paraje denominado *Punta Ñaró*, que quedaba á muy corta distancia del campa-

mento aliado, y desde donde se enfilaba la división de Flores.

Dicha posición tenía la ventaja de poder montar y parapetar la pieza que allí se colocase, sin que el enemigo sospechase siquiera. Y cuando éste, incomodado por sus tiros, hubiese tratado de apoderarse de ella, hubiera sido ventajosamente defendido por el fuego de las baterías del *Centro* y del *Sauce* en cooperación del suyo propio.

Pero ese plan fué abandonado, sin que se sepa cuales fueron los motivos que el Mariscal tuvo para ello, ordenando que en su lugar se procediera á hacer un minucioso reconocimiento en el terreno comprendido entre el *Sauce* y el *Potrero Piris* con el propósito de mandar abrir durante la noche una trinchera que abrazando el espacio situado entre la *Punta Ñaró* y el *Potrero Piris* comprometiese el flanco izquierdo de los brasileros y la retaguardia de la posición oriental.

Este plan indudablemente era superior al anterior por cuanto respondía mejor á la idea de López, que consistía en crear al enemigo una situación insoportable que le obligase á retroceder ó á avanzar.

Hay que reconocer que el plan era hábil y audaz á la vez. Para llevarlo á cabo, se procedió á verificar el reconocimiento mencionado, por una comisión compuesta del General Díaz, Coronel

Aquino (1) y el mayor de ingenieros Don Jorge Thompson.

Como la relación que hace este último en su obra titulada *La Guerra del Paraguay* sobre la ejecución del plan del Mariscal, se ajusta exactamente á los hechos, voy á permitirme transcribirla aquí:

« Las selvas que mediaban entre Sauce y Piris, « no estaban ocupadas por ninguno de los ejérci- « tos; pero los paraguayos tenían siempre en « ellas hombres que las exploraban. Estos mon- « tes y los espacios que las dividían estaban sem- « brados con los cadáveres del 24 de Mayo.

« Estos cadáveres no estaban descompuestos « sinó completamente momificados; el cutis se « había secado sobre los huesos, los cuerpos te- « nían un color amarillento y estaban sumamen- « te enjutos. El campo estaba cubierto literal- « mente de balas, cartuchos y proyectiles de « toda especie; y los árboles de las selvas acri- « billados de balas de rifle. Atravesamos la « selva hasta llegar al Potrero Piris, en cuyo « centro estaba un *bombero* brasilero montado á « caballo; pero no vió absolutamente nada; se- « guimos el curso del *Yuruí* hasta llegar nueva-

(1) El Coronel Aquino por mucho tiempo fué inspector de la ejecución de los trabajos del Ferro Carril de la Asunción á Paraguarí, y al lado de los ingenieros ingleses, adquirió algún conocimiento práctico de ingeniería.

« mente á un punto del monte, desde el cual po-
« díamos ver todo perfectamente y que solo dis-
« taba 500 yardas de las trincheras brasileras.
« Los brasileros notaron algún síntoma raro en
« la selva, y reunieron sus ganados sin demora,
« recelando probablemente alguna nueva sorpresa
« como las que habían sufrido varias veces. Sin
« embargo no nos hicieron fuego, y la comitiva
« entre las que se hallaban los Generales Díaz y
« Aquino, volvió por el campo abierto. Los
« *bomberos* enemigos no dejaron de vigilarnos,
« pero no nos hicieron fuego, porque teníamos una
« escolta de 50 rifleros. Dí parte que la trinche-
« ra era practicable, y López determinó abrirla
« inmediatamente (1). Con ese motivo todas
« las azadas, palas y picos (que llegaban á 700)
« fueron enviados al Sauce y los batallones 6 y
« 7 (que habían hecho los terraplenes y trincheras
« de Humaitá), (2) fueron escogidos para realizar
« la obra. Se encargó á los soldados el ma-
« yor silencio y las mayores precauciones para
« que el enemigo no oyera el choque de los
« instrumentos y de las armas. A veinte varas
« de la línea de trabajadores se tendieron cien
« hombres en guerrilla, para cubrir á los zapa-

(1) En la prima noche de ese mismo día. (Nota mía,)
(2) Y los terraplenes de la via férrea de la Asunción á Paraguarí. (Iden.)

« dores, los que para divisar mejor si alguno se « acercaba, se echaron de barriga. En algu- « nos puntos estaban tan mezclados con los ca- « dáveres, que era imposible distinguir á los vivos « de los muertos. Hice trazar la línea á la luz « de una linterna que estaba á la extremidad « opuesta, y oculta al enemigo por un cuero; los « zapadores fueron enfilados en línea con ella. « Entonces los hombres pusieron su fusil en tierra « al frente de su puesto de trabajo y empeza- « ron á abrir una trinchera de una vara de an- « cho y otra de profundidad arrojando la tierra « hacia el frente, para ponerse á cubierto lo más « pronto posible.

« Las líneas enemigas estaban tan cerca, que « oíamos claramente el alerta de sus centinelas « y hasta la risa y la tos de su campamento. « Aunque se tomaron todas las precauciones po- « sibles para no ser sentidos, las azadas y los « picos debieron chocarse algunas veces en aquella « tenebrosa noche; pero lo sorprendente es que « los aliados no se apercibieron de nada hasta « la salida del sol, hora en que toda la extensión « de la trinchera (900 yardas) estaba tan avanzada « que los trabajadores se hallaban á cubierto del « enemigo y empezaban á arrojar la tierra al lado « opuesto para hacer el parapeto. Se colocaron « 4 cañones pequeños en la Punta Ñaró, situados

« de manera que, en caso necesario, pudieran ser « retirados».

A media noche, cuando, los zapadores lanzaban desde el fozo paladas de tierras con la mayor actividad y el mayor entusiasmo, de repente se iluminó todo el horizonte, seguido luego de un prolongado y espantoso trueno que hacía extremecer la tierra. Estupefactos los trabajadores suspendieron su tarea por algunos segundos y enseguida continuaron en medio de una manifestación de alegría en la suposición de que la escuadra enemiga se había disminuído con la pérdida de uno ó dos buques!—Era, pues, la explosión de un torpedo cargado de 1.500 libras de pólvora, el mayor de cuantos hasta entonces se habían lanzado aguas abajo en *Curupayty* contra aquella. El estrépito que produjo fué sentido hasta Corrientes y la luz que esparció alumbró con tanta claridad que había razón para presumir que los aliados hubiesen descubierto á favor de ella los trabajos que estaban haciendo los paraguayos.

Sin embargo, parece que no se apercibieron del peligro que les amenazaba, puesto que no hicieron nada para interrumpirlos. Recién al día siguiente, es decir, el 14, vieron distintamente una trinchera comenzada que flanqueaba la izquierda de los brasileros y la retaguardia de los orientales, é inmediatamente rompieron un nutrido fuego

de artillería rayada sobre los paraguayos, el cual continuó durante todo el día 15.

Así que el General Osorio tuvo conocimiento el día 14 de la obra en ejecución, participó al General Mitre y éste le indicó la urgencia de desalojar sin pérdida de tiempo á los paraguayos de aquel punto. El General Osorio contestó: que estando el General Polydoro en *Itapirú* que venía á relevarle en el comando en jefe del ejército imperial, no deseaba privarle del honor de ser el general de esa jornada. En seguida se presentó el general Polydoro é impuesto de lo que se trataba, manifestó:—que recién se recibía del ejército y que necesitaba conocer su situación. A lo que replicó el General Mitre: « Ayer dije al General Osorio « que la toma de la trinchera nos costaría 200 « hombres, y hoy 500; pues bien, ahora digo á « V. E. que mañana (16) perderemos más de « 1000» (1).

Esta observación exitativa determinó al General Polydoro á tomar la resolución de echar á los paraguayos de su nueva posición. La operación era tanto más urgente, cuanto que los nuestros iban de momento en momento perfeccionando su obra de defensa, y si se les daba tiempo, aquella impro-

(1) Recuerdos de la guerra del Paraguay por el General Garmemdia.

visada trinchera iba á comprometer gravemente la posición del Ejército Aliado.

Con el expresado propósito; el general Polydoro dispuso que el general Souza, con una división de infantería compuesta de 8 batallones, ó sea 3.500 hombres más ó menos y 4 piezas de artillería y una compañía de zapadores, á favor de la oscuridad de la noche y siguiendo cautelosamente la orilla del monte, se emboscara en el paraje más próximo á la trinchera menos extensa que cerraba el boquerón entre *Piris* y *Punta Ñaró*, (1) construída sobre una pequeña elevación, y que al día siguiente al romper el día, recorriendo rápidamente el trecho que faltaba para llegar á la posición paraguaya, cayera de improviso sobre ella.

Al mismo tiempo el general Mena Barreto recibió orden para ocupar el Potrero *Piris* con una brigada de infantería y 2 piezas de campaña como reserva de la división Souza, con instrucciones de resistir cualquier movimiento envolvente que intentasen los nuestros llevar sobre aquella división.

Cumplidas estas órdenes, los brasileros, á las 5 1|2 de la mañana, se lanzaron sobre los paraguayos con una gritería salvage. El avance fué vigo-

(1) La nueva trinchera estaba dividi la en dos segmentos: el primero cerraba el boqueron indicado, y el segundo, el camino que iba á la trinchera del *Potrero-Sauce*.

roso, cargando los batallones con bravura sobre nuestra pequeña trinchera; pero á la vez encontraron una resistencia tenaz de parte de los nuestros que defendían su puesto á pié firme. Esa resistencia fué inquebrantable durante una hora, al cabo de la cual, reforzados los batallones asaltantes por otros, y haciendo un enérgico esfuerzo, consiguieron conquistar la posición.

Durante el combate la artillería oriental en combinación con la infantería brasilera, hacía llover sus bombas y balas sólidas sobre los nuestros.

Tomada la trinchera (1er. segmento), los paraguayos se retiraron á los bosques de la izquierda y de la retaguardia de aquella, desde donde continuaron combatiendo.

El coronel Aquino, en esos momentos, recibió algunas compañías de refuerzo, y organizando las tropas que en desorden peleaban, atacó á los brasileros, haciendo los mayores esfuerzos para reconquistar la posición perdida. Sangrienta fué la lucha empeñada con raro encarnizamiento; los brasileros no podían resistir al empuje heroico de los paraguayos; pero reforzados, conseguían hacer retroceder á éstos. Tres veces fueron atacados los brasileros y tres veces fueron rechazados los paraguayos. Cuando cesaba el ataque á la bayoneta, recomenzaba y continuaba un tiroteo infernal de fusilería, que cubría con una espesa masa de humo

toda la parte del bosque donde tenía lugar tan terrible combate, que duró unas tres horas, haciéndose cada vez más sangriento. Hubo momentos en que el general Souza se encontraba en una situación verdaderamente crítica. Tan fué así, que á su pedido, fué reforzado con dos piezas de artillería y dos batallones al mando del teniente coronel Paranhos. Luego más tarde, vinieron á incorporársele otros tres batallones más. Y sin embargo, viéndose impotente para avanzar sobre el otro segmento, retrocedió, replegándose en la posición conquistada á costa de tanta sangre.

En uno de los avances de los paraguayos para reconquistar esta, arreando por delante á los brasileros en medio de gritos de entusiasmo, manifestó el coronel Aquino el deseo de matar por su propia mano algunos negros, y acto continuo con mirada alegre y sonrisa en los labios, picó espuelas al caballo overo que montaba, el cual pegó un salto lanzándose en medio del enemigo que se retiraba en desorden, encontró á su paso á un soldado africano retinto, cayó sobre él y lo mató; pero uno de los compañeros de éste, dando vuelta, apuntó con su rifle y le metió una bala en el vientre que lo bandeó destrozando las vísceras.

Antes de morir fué conducido al *Sauce*, y de allí en un carruaje abierto facilitado por el mariscal á *Paso-Pucú*, donde fué alojado en una de las

bonitas casitas de paja que había bajo el naranjal del Cuartel General. El Mariscal pasó á visitarlo, y después de algunos minutos de permanencia, salió y dando una palmadita dijo: «¡Viva el General Aquino!» Y todos los que le acompañaban, entre quienes también se encontraba el que escribe estas memorias, contestaron: ¡Viva!....

Hé aquí cómo ascendió Aquino á General. Tres días después falleció, es decir, el 19 de julio de 1866.

Los paraguayos trataban de aprovechar las ventajas que ofrecía el terreno para hacer asi menos sensible la desigualdad del número y arma. Peleaban bajo la protección del bosque, y de esta manera no habían sufrido tanto como el enemigo En vista de la resistencia tenaz con que se defendían, los generales aliados tuvieron la idea de aumentar la fuerza de Mena Barreto en el Potrero *Piris*, y haciendo un movimiento por la picada que se encontraba al borde del gran carrizal, envolver nuestro flanco derecho y atacarnos por la retaguardia. Pero abandonaron esa idea porque era irrealizable por las dificultades que ofrecía el terreno.

A las 9 1|2 fué relevada la división del General Souza, que había tenido ya una baja notable, por la del General Argollo.

El fuego de mosquetería de una y otra parte era incesante hasta las 10 a. m. hora en que había

disminuído algún tanto; es decir, en los momentos en que nuestras fuerzas se disponían á llevar un nuevo ataque bajo las inmediatas órdenes del bravo Comandante Giménez (*alias Cala-á*) que había sustituído al Coronel Aquino.

El General Díaz mandaba en jefe estas operaciones, y había recibido instrucciones terminantes para emplear los más enérgicos esfuerzos á fin de reconquistar la trinchera perdida.

En efecto, á eso de las 10 1|2 el Comandante Giménez á la cabeza de los batallones 6, 7 y 9, reforzados con algunas compañías sacadas de otros cuerpos, llevó un terrible ataque á los brasileros, que al principio fueron conmovidos por el empuje heroico de los nuestros; pero reforzados aquellos inmediatamente con 3 ó 4 batallones, con los que alcanzaban á 13 el número total, consiguieron repeler á los paraguayos, siguiendo después un tiroteo, incesante, que cubría con una espesa nube de humo toda la parte del bosque que ocupaban los combatientes.

En esta situación, y sin duda sintiéndose no muy seguro en su posición, el General Argollo, á pesar de tener á su mando una fuerza muy superior en número á la paraguaya, fué reforzado á su pedido, con la división Conesa qne se encontraba en el Potrero *Piris*. Dicha división se presentó con brío, y en seguida tomó parte en el combate que

continuaba encarnizado con la gente de Argollo, prolongándose sin descanso la lucha hasta las diez de la noche.

El fuego de fusilería parecía en sus efectos á fuegos de artificio, ó á relámpagos que unos tras otros se suceden rasgando el fondo oscuro de un cielo encapotado que anuncia una próxima tormenta. Pocos momentos después, cesó el combate; sucediéndole un profundo silencio, que los aliados aprovecharon para relevar la división Argollo con la 6ª al mando del General Victorino.

¡Qué lujo de generales, y cuánto honor para nuestros modestos coroneles y capitanes comandantes de batallones!

Los paraguayos se retiraron, dejando algunas pequeñas partidas en observación, las que para hacerse sentir, lanzaban, de vez en cuando, cohetes á la *congréve* y metrallas sobre el enemigo, que en seguida se las contestaba con sus ligeras y rápidas bombas.

En esa sangrienta jornada perdieron los argentinos un gefe, el coronel García, que peleó á la cabeza de un batallón brasilero y varios oficiales. De éstos salieron 4 heridos.

Los brasileros dejaron en el campo 160 oficiales y aproximadamente 2.000 individuos de tropa. Entre los primeros sucumbieron 3 gefes: Machado, Martini y Gómez, y salieron heridos 11

gefes entre tenientes coroneles y sargentos mayores.

Los brasileros en esta prolongada y reñida lucha acreditaron valor, arrojo y firmeza, y en nada desmerecieron á sus aliados los orientales y argentinos

Con la franqueza é imparcialidad con que trato de apreciar los sucesos de la guerra, debo manifestar aquí, que hasta entonces habíamos denigrado y tenido en menos á las tropas brasileras, pero ellas, esa vez, probaron lo contrario, conquistando el más elevado concepto como bravos y valientes.

Los diezmados batallones paraguayos (6, 7 y 9) pelearon sin descanso durante diez y siete horas, sin probar un bocado de alimento, y las compañías entresacadas de otros batallones, que concurrían al combate, no eran propiamente refuerzos, sino apenas pequeños contingentes para reemplazar á los muertos!

Al día siguiente, es decir, el 17, puede decirse que hubo una especie de tregua; pero no por eso faltaron unas que otras escaramuzas entre las avanzadas de ambas fuerzas combatientes.

Los paraguayos aprovechando la inacción de los aliados, y previendo por la acumulación de elementos de parte de estos, un próximo avance hacia nuestra línea principal, retiraron sus piezas del 2°

segmento de *Punta Carapá*, á la posición del *Sauce*. El bizarro comandante Roa, de artillería á caballo, era el que corria con esta operación, que llevó á cabo con felicidad y en menos tiempo de lo que se esperaba, dejando el batallón 9 y algunas coheteras á las órdenes del mayor Marcelino Coronel de guarnición en el segundo segmento de nuestra inconclusa trinchera que cerraba el boquerón del *Sauce*. Esa trinchera también estaba construída, como la primera ya mencionada, sobre una pequeña elevación.

El 18 amaneció el día claro, sin que interrumpiese la limpidez del cielo otra nube, que el humo blanquizco de la pólvora que se levantaba de la orilla del bosque donde se tiroteaban los combatientes desde los puntos avanzados.

Desde muy temprano, comenzó el bombardeo, lanzando sobre nuestro campo multitud de bombas con una rapidez que ensordecía y hacía retumbar la atmósfera. Los artilleros paraguayos de nuestra posición del Centro, no se dejaron esperar para contestárselas con los de á 68, que, sea dicho de paso, llegaron á tener fama en el ejército aliado, no solo por lo certeros que eran sus tiros como por los daños que ocasionaban. Los tiros enemigos esa vez fueron terribles, matando á algunos cuantos y haciendo volar los armones de las piezas en batería.

Breves momentos después, siguiendo una práctica invariable, empezó el avance de los aliados por fuera y por dentro del bosque sobre la trincherita inconclusa del segundo segmento, de que se ha hecho mención.

El ataque fué verificado á las inmediatas órdenes del general brasilero Victorino, que obedecía al general Flores, quien mandaba en gefe esas operaciones porque ellas tenían lugar en su propio terreno, ó porque así habría dispuesto el Generalísimo que tenía la dirección suprema de la guerra, cuya suposición es más correcta y lógica. La fuerza asaltante consistía en un batallón oriental y 7 brasileros, teniendo á retaguardia como reserva igual número de batallones de la división Souza.

El Mayor Coronel, después de una breve resistencia, obedeciendo á instrucciones superiores, hizo retirada con buen orden, haciendo un nutrido fuego de fusilería, siendo protejido por la artillería del general Bruguez, que causó grandes extragos á las fuerzas asaltantes que avanzaban por fuera del monte.

Envalentonados los aliados por este pequeño triunfo, y más que esto, dominados por el vértigo, llevaron el ataque á nuestra trinchera del *Sauce*, que defendía la entrada al Potrero. Los compactos batallones brasileros, que avanzaban por el boquerón y venían á vanguardia, al recibir el horro-

roso fuego de nuestra batería, remolineaban á veces encontrándose al dar vuelta, cara á cara con los que venían más atrás, y semejante á una de esas gruesas marejadas ante un obstáculo invencible, retrocedían y luego volvían; haciendo trabajar bastante en esta circunstancia á los gefes y oficiales que se veían obligados á recordar con sus espadas á las tropas el terrible deber de avanzar á la trinchera que, cual antro del infierno, vomitaba fuego lanzando balas y metrallas.

En uno de esos supremos esfuerzos que hicieron, consiguieron llegar en desorden hasta corta distancia de nuestra posición; pero fueron rechazados con grandes pérdidas, por el terrible fuego de enfilada de nuestra artillería que abría anchas brechas en aquellas masas de hombres, haciendo volar por el aire cuerpos horriblemente destrozados. El enemigo en su retroceso que lo hizo lo mejor que pudo, fué perseguido hasta corto trecho.

Frustrada esta primera tentativa, el general Flores impartió nuevas órdenes para que una división argentina (la del coronel Domínguez) unida á otra oriental, bajo las inmediatas órdenes del aguerrido coronel Pallejas, llevara otro ataque á nuestra trinchera.

El mayor Coronel, mientras tanto había penetrado en el monte con órdenes de observar el movimiento del enemigo que parecía querer tentar

un avance envolvente por nuestra derecha, ó sea por el lado de Chichí. Su avanzada tuvo un encuentro con una descubierta argentina, la que atacada vigorosamente, cedió terreno; pero apoyada oportunamente con gentes desprendidas del Potrero *Piris*, los nuestros se retiraron, obedeciendo á sus instrucciones, trayendo en pos á los argentinos hasta el boquerón que conduce á nuestra posición, habiendo venido costeando la orilla del bosque. Durante este trayecto, han tenido que soportar los espantosos extragos de la artillería de Bruguez del Paso Gómez, hasta que penetraron y tomaron abrigo en una de las abras del boquerón.

En vista de este atrevido avance, que indicaba á las claras el propósito de un nuevo ataque, las pequeñas fuerzas que permanecieron fuera de trincheras se replegaron todas dentro de ella á esperar al enemigo.

El mayor Coronel fué muerto en uno de esos combates referidos, que tenían por objeto disminuir el número de las fuerzas enemigas disputándole el terreno montuoso frente á nuestra línea. Coronel ha sido uno de los gefes que más se han distinguido por su valor y decisión habiendo tomado parte en casi todos los combates que se han sucedido desde el principio de la guerra. La lealtad y patriotismo de aquel modesto y honrado oficial, se han manifestado con rasgos de heroísmo des-

pués del 24 de Mayo, que recordarán su nombre con gratitud en el corazón de las generaciones futuras de su país.

El boquerón que debía seguir la columna de ataque tenía á su entrada unos 40 metros de ancho, y de largo hasta nuestra trinchera, unos 400 metros. De uno y otro lado estaba poblado de un bosque tupido y enmarañado, á guisa de paredones.

Con el primer ataque de los brasileros y orientales, adquirieron la experiencia de que el único medio posible de conseguir que los proyectiles de la batería nuestra hiciera menos estragos, era dejando el centro libre y haciendo marchar las tropas asaltantes por ambas orillas del callejón.

Así efectuaron el ataque los batallones argentinos. Pero una vez que salieron de su abrigo y enfrentaron nuestra trinchera, fueron recibidos por una lluvia de fusilería y de metrallas lanzadas por los cañones. Los cuerpos que venían á vanguardia sufrieron horriblemente, en cuyas filas se abrían inmensos claros que volvían a cerrarse, siendo reemplazados los que caían con los otros que venían más atrás. Marchaban en confusión tropezando unos con otros sobre los cadáveres mutilados de los muertos y los heridos que exhalaban gritos de dolor; pero siempre venían avanzando con denuedo y brío hasta llegar á la trinchera.

Aquí cesaron los estampidos de los cañones, tras de que la mayor parte de éstos estaba desmontada por la rapidez de los tiros. Enmudeció también la fusilería que pocos momentos antes atronaba la atmósfera y ensordecía á los combatientes y se inició una lucha terrible á arma blanca. ¡Era cosa de ver como combatió aquel puñado de paraguayos! No eran hombres, eran leones enfurecidos que defendían la entrada de su cubil con los dientes y las garras! Suplían el número con su valor convirtiéndose cada uno en un Hércules ó un Aquiles que sembraba la desolación entre los que se le aproximaban hasta que caía exánime en tierra en brazos de la muerte! ¡Sin tiempo para cargar sus fusiles, peleaban á bayonetazos, á sablazos, á culatazos, hasta con piedras y paladas de tierra que arrojaban á los ojos de sus encarnizados y valientes adversarios! (1)

Estos por fin consiguieron penetrar dentro de nuestra trinchera clavando en ella su bandera, y matando al resto de los defensores de ella. Las tropas argentinas embriagadas por el frenesí del triunfo, se desparramaron en los ranchos en busca de botín, siendo impotentes los esfuerzos de sus gefes para reunirlos. Su bandera apenas tuvo tiempo de flamear, porque en seguida, el Mayor de

(1) Garmendia y relación de actores y testigos presenciales.

Jesús Páez á la cabeza de dos escuadrones desmontados del Regimiento N°. 21 que se hallaban á la orilla del monte dentro del Potrero, sable en mano, y con el grito de *viva la patria*! cargó con irresistible ímpetu y los desalojó reconquistando nuestra posición con sus cañones.

En ese momento venía llegando por el camino que conduce al Centro el importante refuerzo de 5 batallones de infantería (12, 13, 23, 36 y 40) encabezados por el intrépido General Díaz, que viene á tomar la revancha.

Estos salieron fuera de trinchera á perseguir al enemigo que se retiraba en desorden hasta una corta distancia. No entraba ya en el plan del Mariscal el propósito de iniciar nuevas operaciones, habiendo conseguido el objeto que se propuso en los tres días de combate, cual era obligar á los aliados á abandonar el terreno que ocupaban ó ejecutar un avance sobre nuestra posición como lo hicieron.

Los argentinos faltos de elementos ó de tiempo, dejaron nuestros cañones sin clavar, contentándose con arrojar al agua nuestras municiones.

El Coronel Pallejas, de nacionalidad español, al servicio de la Banda Oriental, su patria adoptiva, que era el que mandaba en gefe el asalto, murió antes de llegar á nuestra trinchera, legando

á sus compañeros sobrevivientes un ejemplo inmortal de bravura y de heroismo.

El General Souza con sus fuerzas se mantenían dentro del monte, dando protección á los que se retiraban del asalto.

El General Emilio Mitre, obedeciendo instrucciones de su hermano el Generalísimo, acudió al sitio del combate á la cabeza de la 4ª división del 2° Cuerpo del Ejército Argentino, con objeto de protejer á la división Domínguez que, después de apoderarse de nuestra trinchera por unos minutos, fué rechazada con enormes pérdidas.

Cuando llegó á donde estaba la trinchera de *Punta Ñaró*, se acercó al General Flores, pidiéndole instrucciones.

Este dispuso que se llevara un nuevo ataque á nuestra trinchera, manifestando que había fuerzas comprometidas que era necesario salvarlas, refiriéndose sin duda á la división Souza, que, esparcida, seguía tiroteando en el monte, porque en ese momento ya todas las fuerzas argentinas y orientales se habían retirado de nuestra posición, y se encontraban fuera del boquerón.

El General E. Mitre ordenó entonces al Coronel Agüero que cargase de nuevo con los batallones 2 de línea y 1° del 3° de la 7ª brigada mandada por el Teniente Coronel Orma, quedando de reserva la 8ª brigada á las órdenes del Coman

dante Calvete, (1) en el boquerón donde tuvo lugar el combate del 16.

Esta columna siguió el mismo trayecto que la anterior á las órdenes del Coronel Pallejas; es decir, recorrió primero la orilla exterior del bosque, en lugar de marchar por el varadero interior, sufriendo los certeros tiros de Fariña y Mazó con sus piezas de á 68 desde el *Centro* ó sea *Paso-Gómez*, que les causaron estragos, hasta que se ocultaron, como antes, en el recodo de la entrada al boquerón, donde se reorganizaron.

Luego, emprendieron el asalto en columna cerrada, procurando seguir uno y otro costado del callejón; pero así que salieron á la vista de nuestra trinchera del *Sauce*, empezaron á sufrir los efectos de un fuego horroroso que abría anchos claros en sus filas, sembrando la desolación y la muerte en ellas en medio de los gritos de dolor de los que rodaban por el suelo, muchos de estos hechos pedazos, volviendo á cerrarse á la voz de mando de sus oficiales que los empujaban hacia adelante sin permitirles mirar para atrás ni entretenerse con los que caían muertos ó heridos. De modo que aquel boquerón llegó á ser una vorágine que tragaba masas de carne humana semejante á un monstruo insaciable.

(1) Garmendia.

Pero aquellos dos batallones, apesar de los terribles estragos de que fueron víctimas, no cesaron de avanzar hasta llegar al pié de nuestra trinchera deshechos. Empujados por el entusiasmo de sus gefes, hicieron esfuerzos desesperados por reconquistar nuestra posición; pero todo fué en vano. El abanderado del 1° de línea, subteniente Dantas saltó á la zapa con pretensión de clavar allí su bandera, cayendo al pié derribado de un balazo que le hizo pedazos la mandíbula, pero sin soltar la enseña que llevaba, la que fué arrancada de su mano en seguida por otros cómpañeros suyos.

En los primeros momentos del asalto fué herido el Comandante Orma, reemplazándole en el momento el de igual clase Martínez; y antes de llegar á la trinchera fué muerto el Coronel Agüero, que á pesar de su edad se distinguió por su valor y arrojo.

Aquello fué un sacrificio estéril mandado ejecutar sin ninguna perspectiva de un éxito favorable, el cual da una pésima idea de las inteligencias dirigentes de las operaciones enemigas de ese día.

La columna asaltante destrozada por la mosquetería paraguaya, sufrió, como era consiguiente, una fea derrota, retirándose en desorden. Ni era posible que lo hiciera de otra manera, dada la situación crítica en que se encontraba, que no les per-

mitía escuchar ya á la voz de la disciplina, manejándose según Dios les daba á entender. ¡ No era para menos el fuego graneado que se les hacía desde que hicieron su aparición, y algunas que otras descargas por compañía cuando se aproximavan á nuestra trinchera !

El cuadro que presentaba aquel ancho callejón después de los sucesivos ataques desde por la mañana temprano hasta la dos de la tarde que terminó la lucha, era horrible.

Todo el suelo estaba manchado de sangre. Montones de cadáveres, donde se hallaban mezclados y confundidos en su común desgracia argentinos, brasileros, orientales y también paraguayos con una variedad curiosa de las diferentes posiciones en que cayeron y fueron sorprendidos por la muerte, cubrían toda aquella faja encajonada de terreno hasta llegar al pié de la trinchera. Los que aún estaban vivos se agitaban desesperados, con el dolor de los últimos extertores de la agonía. Las distintas contracciones musculares que se notaban en sus pálidos rostros, reflejaban las últimas impresiones recibidas antes de espirar. ¡Oh, cruel destino ! Á cuántas reflecciones no se presta tan terrible desgracia!

A la verdad; es preciso presenciar una guerra para saber lo que es; no basta leer descripciones que no dan de ella sino una imperfecta idea; es

preciso comprobar con la vista sus horripilantes huellás; es preciso oir los quejidos y ayes de los heridos y moribundos que quedan tendidos, en el campo de acción, para poder apreciar las espantosas consecuencias de la guerra. ¡Y cuántos de ellos lanzan quejumbrosos lamentos, revolcándose en sangre, agua, cieno ó lodo, y á veces entre matorrales y zarzales, en medio de la más angustiosa desesperación, clamando por sus queridos deudos antes de exhalar el postrer aliento de la vida!

De entre la pila de muertos al pié de la trinchera, fué recogido vivo después de la retirada de sus compañeros, el teniente Villalón, que tenía varias heridas. Fué conducido á *Paso pucú*, y de allí al hospital de sangre en el camino de Humaitá, con especial recomendación del Mariscal para que fuese bien atendido por los médicos. Pero apesar de los cuidados que se le prodigaron, tres días después murió.—Recuerdo que á su llegada temblaba por la fiebre que le devoraba; y para que no se atribuyese esta circunstancia á otra cosa, dijo á los que curiosos le rodeaban: «Señores, no vayan á figurarse que tiemblo de miedo; no es sino efecto de la mucha fiebre que tengo.» Con lo que daba á entender que tenía empeño en evitar toda apreciación desdorosa para su honor como militar.

En esos tres días de lucha sin descanso, los alia-

dos tuvieron una baja de cerca de 5.000 hombres, y los paraguayos 2.500. Dos fueron los gefes de importancia que murieron de nuestra parte: el coronel Aquino y el Sargento Mayor Marcelino Coronel. El comandantc Giménez, uno de los más valientes de nuestros oficiales, salió herido de una bala que le atravesó el pié izquierdo; pero apesar de su herida, continuó peleando hasta el fin de la jornada.

Uno de los más gallardos gefes de nuestro, ejército, el comandante Roa, (después general) gefe de la artillería, se distinguió más que ninguno en aquella memorable jornada por su inteligente cooperación en la defensa y la bravura que desplegó peleando personalmente contra los numerosos asaltantes de nuestra posición.

Cuéntase que cuando el ataque de los argentinos y orientales, fué cortado solo y rodeado por el enemigo que le intimaba rendición; pero aunque tenía su espada rota, no quiso obedecer á tan *amable* invitación! Entonces dos oficiales enemigos le atacaron; pero cada vez que se le aproximaban, les arrojaba á los ojos puñados de tierra. De esta manera consiguió escaparse de sus adversarios volviendo entre los suyos, sin haber recibido una sola herida.

¿Y qué diré de los comandantes Luis y Francisco González, Giménez y el mayor Viveros, que en esa

ocasión no desmintieron la fama bien adquirida de que gozaban, como los más bravos y decididos de nuestro ejército?

El Mariscal López, que por medio del hilo telegráfico estaba al corriente de los menores detalles de los combates, estuvo muy contento y satisfecho por el resultado que había alcanzado su plan. No se puede negar que el rechazo sucesivo del enemigo, en *Sauce*, ha sido un triunfo importante por su efecto moral, pudiendo haber sido menos costoso, si no hubiese habido tanto empeño en reconquistar la primera trinchera de punta Ñaró. (1)

Los Generales Díaz y Bruguez fueron muy felicitados con frases honrosas por el Mariscal, celebrando al mismo tiempo mucho el bizarro comportamiento del comandante Roa. Deploró la muerte de Aquino, á quien calificó como uno de los brazos más pujantes y decididos de los defensores de la Patria.

Además de los gefes aliados ya mencionados que murieron en esos combates, hubo muchos oficiales muertos y heridos; entre esos últimos el más caracterizado el General brasilero Victorino Monteiro.

---

(1) Este empeño se explica: si los paraguayos conseguían quedarse en dicha posición con las correspondientes piezas de artillería, los ejércitos aliados no hubieran podido continuar en su campamento, y el abandono de ésta, importaba moralmente un triunfo más importante, que la derrota que sufrieron en *Sauce* con grandes pérdidas.

Al mismo tiempo que los aliados atacaron nuestra posición del *Sauce*, tuvo lugar un pequeño combate en el *Palmar* á vanguardia de la derecha de la línea enemiga, entre unos 200 hombres de infantería y dos escuadrones de caballería y la guerrilla del Comandante Ayala, que luego fué apoyada por el 12 de línea, al mando interino del Mayor Lucio Mansilla. Este, á la vista de nuestra caballería que avanzaba por dos pasos del estero amagando con una carga, formó precipitadamente cuadro. En esta situación se inició un tiroteo entre ambas partes desde la distancia, haciendo las nuestras uso de una cohetera que tenían con la que causó al enemigo bastante daño. En seguida, nuestra brava caballería, con su arrojo y audacia de costumbre, cargó por dos costados; pero no logró convulsionar el cuadro.

Después de una baja de 25 ó 30 hombres de nuestra parte y otros tantos de parte del enemigo, se recogieron nuestras gentes dentro de nuestra línea. El avance de esta fuerza contra la avanzada enemiga, supongo que habrá tenido por objeto llamar la atención del enemigo por ese lado, mientras este realizaba su asalto á nuestra trinchera del *Sauce*.

La infantería iba al mando del Capitán Osorio, y la caballería á las órdenes del Capitán Caba-

llero, (1) uno de los más bravos de nuestros oficiales de esa arma.

Los tres ataques sucesivos a nuestra posición de *Sauce* fueron obra exclusiva del General Flores,que sin casi acuerdo de los demás Generales aliados, llevado por el entusiasmo del combate los ordenó. Esto es lo que resulta de la relación de los escritores de la alianza. Pero estos son detalles de poca importancia para nosotros del bando opuesto, que solo vemos que el director en gefe de los ejércitos aliados en campaña era el Generalísimo D. Bartolomé Mitre. Y por más que este no haya sido absoluto é irresponsable como el Mariscal López en el comando en gefe que ejercía, no por eso dejará de ser responsable ante la historia por los errores cometidos en las operaciones realizadas durante su mando, así como á él debe atribuirse el honor y la gloria de los triunfos y victorias ganadas. La verdad en resumen es, que esa vez, los generales aliados, Mitre, Polydoro y Flores, incurrieron en los mismos errores que el Mariscal López, haciendo matar estérilmente sus mejores gefes y miles de sus tropas en ataques que nó estaban justificados por ninguna razón estratégica.

Además, no deja de ser extraño, que tratándose

(1) Hoy General.

de un movimiento ofensivo en *Sauce*, los argentinos hayan dejado tranquilo nuestro flanco izquierdo. Toda la atención de López se concentraba en *Sauce* y si el Ejército argentino en esa circunstancia hubiese llevado un ataque formal á nuestros atrincheramientos, es muy posible que hubieran conseguido apoderarse de ellas, dado lo recio que era el combate á nuestra derecha. Pero lejos de eso, se mantuvo inactivo, sin hacer ningún movimiento estratégico, esperando, sin duda, que también, esa vez, tomaran la iniciativa los paraguayos.

Sea, finalmente, ello como fuere, el 18 de Julio es una de las fechas más gloriosas en los fastos guerreros de la Nación paraguaya, porque fué el día en que las numerosas legiones aliadas que avanzaron sobre nuestra línea principal, tuvieron que retroceder destrozadas ante el antemural inquebrantable que les opuso la intrepidez de nuestros soldados. (1)

Por ese tiempo, comenzaban á surgir entre los aliados ciertas desavenencias que dificultaban la ejecución de los planes estratégicos del Generalísimo.

---

(1) Thompson, al mencionar los gefes aliados muertos, por equivoción escribió *Martínez* en lugar de *Martini*, comandante del batallón brasilero 14 de línea. Ademas ha equivocado la fecha y la ocasión en que fué herido el Coronel Aquino. Y ha guardado silencio respecto al tercer ataque que realizaron los dos batallones argentinos sobre nuestra posición del *Sauce*, dando por terminada la lucha después del segundo ataque de argentinos y orientales.

Los generales brasileros manifestaban tendencia á maniobrar solos, y parecía que no estaban dispuestos á mantenerse en los puestos avanzados conquistados; querían abandonarlos reconcentrando nuevamente sus fuerzas dentro de su antiguo atrincheramiento, alegando que no valían la pena los sacrificios que exigiría su sostenimiento.

Cuando el General Mitre supo esa disposición se manifestó enérgicamente contra ella, amenazando embarcarse con todo el ejército argentino, en caso que insistiesen aquellos en su propósito. En presencia de esta circunstancia mandó recabar la opinión del General Flores, sin participarle lo que estaba pasando, y este dijo que primero sacrificaría el último soldado oriental á su mando antes que hacer un paso atrás. Apoyado así el General Mitre, consiguió que los Generales brasileros abandonasen su idea, y continuasen en la posesión del terreno ganado á costa de tanta sangre; explicando éstos que sus palabras fueron mal interpretadas y que no habían alimentado semejante idea.

CAPÍTULO VIII

Recriminaciones entre la Escuadra brasilera y el Ejército aliado en *Tuyutí*--Toma de Curuzú—Entrevista de Yataity-Corá entre el Mariscal López y el General Mitre—Tregua ó paralización de las operaciones—Escuela bajo el naranjal del Cuartel General—Mis discípulos.

La inacción del Almirante Tamandaré, Gefe de la Escuadra brasilera, causaba grandes disgustos en el Ejército aliado en *Tuyutí*, y llegó á ser una materia fecunda de crítica para los diarios de Buenos Aires, que la explotaban de mil maneras, dirijiendo sus más punzantes dardos contra aquel personaje.

En el campamento de *Tuyutí* se sostenía que el Ejército había llenado su deber avanzando hasta el punto donde se hallaba, y que tocaba su turno á la Escuadra hacer lo mismo abriendo sus operaciones contra *Curupayty* y *Humaitá*.

Pero á esto replicaba Tamandaré: que la Escuadra no era sinó un auxiliar del Ejército de tierra,

y que cuando éste atacara por tierra á *Curupayty*, entonces sería llegada la oportunidad de prestar su cooperación forzando el paso de la fortaleza paraguaya; agregando que no era justo censurar la demora de la Escuadra frente á *Curupayty*, mientras que el Ejército por su parte permanecía inactivo frente á las líneas de *Rojas*. Que por otra parte, mientras no recibiese los otros encorazados que se le habían prometido para aumentar el número de los que poseía á 6, que, á juicio de los peritos, eran necesarios para llevar á cabo la operación, no podía exponer de un modo justificable los otros buques á una pérdida casi segura.

Aún cuando estos argumentos parezcan incontestables, no fueron éstos los motivos sinó otros muy distintos á que obedecía la inacción ó inactividad por que se hizo notable la Escuadra brasilera. Según el distinguido anotador de la obra de Schneider, señor Paranhos, Tamandaré veía siempre con repugnancia la cláusula del Tratado secreto de Alianza relativa al mando en gefe de los ejércitos aliados, y que tanto fué así, que á fines de 1865, llegó hasta aconsejar al Gobierno presidido por el Gabinete Olinda, que le entregase la *dirección general de la guerra*, prometiendo acelerar las operaciones y abreviar así la terminación de la lucha. Que por esta circunstancia, y para satisfacer el espíritu público que le abrumaba con sus acerbas y

punzantes críticas, esperaba la llegada del 2° Cuerpo de ejército al mando del Barón de Porto Alegre, que era amigo y pariente suyo, para efectuar por tierra y por el río el asalto de *Curuzú* y en seguida el de *Curupayty*; de manera que, si la operación tuviese éxito, la victoria fuese exclusivamente brasilera, realizando así tan siquiera en parte sus deseos.

En efecto, en cuanto el 2° Cuerpo del ejército brasilero, se presentó en el teatro de las operaciones, no se dejó esperar sinó el tiempo absolutamente necesario, para dar comienzo al ataque de *Curuzú* y luego al de *Carupayty*.

No cabe duda alguna, que ningún provecho se sacaría del bombardeo de nuestras baterías sobre la barranca del río, si un cuerpo de ejército no ocupase esas posiciones en cooperación con la fuerza naval. Pero lo que principalmente se reprochaba á la Escuadra, era esa timidez excesiva con que procedía, abultando los peligros donde nó había sinó muy insignificantes para tan poderosas máquinas de guerra. Forzando los pasos de *Curupayty* y *Humaitá*, lo que pudo haberse hecho desde el principio, dominaba el río hasta la Asunción. El efecto moral del triunfo hubiera sido inmenso, sin perjuicio de llevar á cabo después cualquier operación conjuntamente con la fuerza de tierra. Los trabajos posteriores de fortificación de *Curupayty*,

llevados á cabo después de la toma de *Curuzú,* no se hubieran podido hacer con tranquilidad, si la Escuadra hubiese cruzado sus fuegos sobre ese punto, por arriba y por abajo. El arrojo y la intrepidez imponen al enemigo y anonadan su fuerza moral; del mismo modo que la timidez ó prudencia excesiva, da pábulo á su entusiasmo y aumenta su ardor, mirando con desprecio al adversario que con tan poderosos elementos, no era capaz de romper y llevar por delante cuantos obstáculos se le oponían.

El único peligro serio á que los encorazados estaban expuestos, eran los torpedos que los paraguayos lanzaban aguas abajo; pero eran tan imperfectas esas máquinas, que, ó no hacían explosión, ó la hacían fuera de tiempo. Uno de 1,000 libras, voló á 300 metros de la proa de una de sus cañoneras y otro de 1,500 libras, á que hice referencia en el capítulo precedente, produjo un estremecimiento que se sintió hasta la ciudad de Corrientes que dista unas 14 leguas, causando una gran alarma entre sus habitantes. Otro hizo volar á uno de los botes de ronda de la Escuadra con toda su tripulación. Las corridas ó ronda que hacían estos botes eran de rigor, pues según los partes de nuestros *bomberos*, la hacían todas las noches sin falta, y cuando descubrían á la distancia algún torpedo que bajaba á son de camalote, gritaban: *¡Paraguá! ¡Paraguá!* que según parece era la voz

de alarma, porque ella producía en los buques un alboroto infernal.

A propósito de torpedos, voy á referir el fin trágico que tuvieron un norte-americano llamado Kruger y el paraguayo Escolástico Ramos que estudió la ingeniería en Inglaterra en el establecimiento de Mr. Blyth. El primero fué uno de los que le acompañaron en su viaje por el *Pilcomayo* al Dr. Arce (últimamente Presidente de la República de Bolivia) en misión diplomática cerca de los gobiernos paraguayo y argentino por el año 1864. La embarcación que era una *piragua* ó *jangada* en que bajaban, fué varias veces hostilizada por los salvajes, y en una de las luchas que los tripulantes sostuvieron con ellos, Mr. Kruger recibió una herida de flecha en la mano derecha. El Dr. Arce permaneció breves días en la Asunción, y en seguida se trasladó á Buenos Aires en uno de los paquetes de la carrera; pero Mr. Kruger se quedó acá. Lo conocí en Humaitá, en la Mayoría, formando parte del cuadro pasivo de esta repartición. Era de buen natural y de genio alegre. Más tarde, en compañía del polaco Myskowsky, hacía el papel de ingeniero y se ocupaba en la construcción y preparación de *torpedos*.

Un día estando en *Paso-pucú* y antes de la toma de *Curuzú*, vino á proponer al Mariscal el proyecto de conducir de noche un torpedo en la punta de una

larga caña colocada á la proa de una canoa, y hacerlo chocar contra el encorazado que hacía la vanguardia de la Escuadra brasilera. El Mariscal, previendo el peligro de tan atrevido proyecto, se negó á dar su consentimiento, manifestando que le parecía demasiado arriesgado. Kruger, dejó pasar unos días, y luego volvió á repetir con instancia su propuesta, asegurando que había de llevarlo á cabo con buen éxito. En vista de tanta insistencia, el Mariscal consintió. Entonces Kruger y Ramos hicieron los preparativos y subiendo en dos botes ó canoas tripuladas con el personal necesario, partieron del puerto, pero á corto trecho de haber andado, hizo explosión uno de los dos torpedos que conducían, haciendo volar por los aires hechos pedazos á embarcaciones y tripulantes!

El Mariscal, previendo con la llegada del Ejército aliado al Paso de la Patria á principios del año, que el teatro de las operaciones de la guerra se extendería probablemente en la región del territorio nacional comprendida sobre el Paraná hasta Villa Encarnación, ordenó á todos los vecinos de la costa de este río, que se retirasen á Misiones ó á cualquier otro punto al Norte del arroyo Hondo.

Estos vecinos, con el abandono precipitado de sus hogares, sin tiempo ni vehículos para llevar los muebles y útiles de sus casas, tuvieron que soportar en su consecuencia grandes necesidades y miserias.

Los aliados, después del 18 de Julio en *Sauce*, levantaron 4 nuevas baterías: una en *Piris*, otra en *Punta Carapá* y dos reductos avanzados, volteando los bosques y palmares que poblaban antes el frente de su campamento desde su derecha hasta el *Potrero Piris*.

El Mariscal, calculando posible un ataque por ese lado bajo la cooperación de la escuadra, mandó abrir también una nueva trinchera, continuando la de *Paso-Gómez* en dirección á su derecha hasta salir al *Potrero-Sauce*, y de allí formando ángulo se prolongó hasta *Chichí*.

Con motivo de la frecuencia de las deserciones al enemigo, el Mariscal para cortar el mal, mandó tomar severas precauciones, y á la vez hacer imposible la entrada de espías dentro de nuestras líneas.—Con ese fin, se estableció en todo el frente de éstas, un cordón de centinelas, colocados á diez pasos unos de otros, con instrucciones de hacer el requerimiento en voz baja á los que pasaban por delante como por la retaguardia. El centinela de cada pieza de cañón, hacía la misma cosa, dando un golpecito con la mano en la vaina de su sable, á cuya señal el que pasaba paraba hasta que hubiese sido reconocido por el cabo de guardia.

Por este tiempo nos llegó la noticia de que las Repúblicas del Pacífico habían protestado contra el Tratado Secreto de la Alianza—Más tarde llegó á

nuestras manos la protesta del Perú.—Es un documento notable por la energía y lucidez con que expone los argumentos de refutación con que desbarata las cláusulas contradictorias é inmorales del referido tratado.—Quiero suponer que ese luminoso documento que honra altamente á la cancillería del Perú, así como al personage que lo redactó, por los nobles sentimientos de americanismo que prevalecen en todo él, ha contribuído poderosamente á impedir que los aliados llevasen á cabo su inícuo propósito de borrar al Paraguay del mapa de las naciones independientes de Sud-América. (1)

La publicación del texto del Tratado Secreto de la Triple Alianza en el *Semanario* (11 de Agosto de 1866) con el comentario del inteligente joven publicista D. Natalio Talavera, produjo en el pueblo paraguayo, una profunda indignación, y de consiguiente, tanto los extranjeros como los hijos del país, quedaron convencidos de la justicia de la causa que defendía el Paraguay, siendo ella desde entonces, mirada y considerada, como americana.

No puede haber dos opiniones sobre las miras de los aliados. El texto de aquel diabólico pacto, contiene dos tratados:—uno ostensible para el público y otro oculto ó encubierto incrustado también en el texto. Pero hay que saber leerlo para descubrir la intención que envuelve y encierra.

(1) Véase dicha *protesta* en el *Apéndice*.

El tratado, sin ambajes ni rodeos, declara que el fin de la Alianza es *derrocar al Gobierno actual del Paraguay*.

¿Con qué derecho?

Supongo que será con el de la fuerza que en nuestro siglo es crimen de lesa civilización.—Si los aliados tenían el *derecho* de destruir el gobierno legal de una nación, dedúcese lógicamente el *deber* de imponer otro en su lugar, lo que equivale á la negación de la soberanía nacional que ellos aparentaban respetar. Invocaban ellos á su favor como justificación de su abusivo proceder, el motivo de que mientras durara el *actual Gobierno* del Paraguay, sería imposible la *paz*, *la seguridad y el bienestar de los aliados*; pero no explican en qué sentido haría *imposible* todas estas cosas el *actual Gobierno* del Paraguay, siendo ridículo suponer que la *seguridad tranquila* de su *bienestar* resida en la persona del Mariscal López colocado á la cabeza de una pequeña República como lo era el Paraguay.—¡Imposible la *paz y bienestar* en todo un imperio y dos repúblicas!

Los aliados garantizan la *independencia, soberanía é integridad territorial* del Paraguay (art. 8 y 9); pero á la vez, ¡cosa estupenda! se encargan de darle un gobierno, reglamentar la navegación de sus ríos, demoler sus fortificaciones, quitarle todas sus armas y buques de guerra, en una palabra, no

dejarle ni un cuchillo para defenderse. A la verdad: ¿para qué necesita él armas, desde que los aliados toman á su cargo el sostenimiento de su independencia?

Garantizan la *integridad territorial*, y sin embargo, el Brasil le arrebata una tercera parte de sus territorios con los mejores yerbales por el Norte, y la República Argentina una inmensa porción por el Sud (art. 16).

La guerra, según ellos, es hecha á nombre de la *civilización*; es decir, tenía por mira extirpar del suelo paraguayo la barbarie y redimir al Paraguay del yugo del despotismo. ¿Quién les ha pedido tan bonito servicio? ¿Y cómo se concilian estas manifestaciones *generosas* con la disposición del art. 3 del Protocolo que forma parte del Tratado, que admite que el Paraguay puede ser saqueado y devastado, estableciendo reglas que deben observarse en la distribución de los *botines*, es decir, del robo y pillage de la propiedad privada de los paraguayos? Y, los que consagraron en un tratado semejante principio, ¿pueden decir que emprenden una *cruzada de civilización*? En presencia de este hecho, ¿con qué derecho podrían quejarse de la conducta de los paraguayos que en concepto de ellos son *bárbaros*?

La historia, á nuestro juicio, no registra en sus páginas un tratado más monstruosamente inícuo y

por eso ha sublevado la conciencia pública contra él en todo el continente sud americano. El texto de él llegó á conocimiento del público, gracias al Parlamento británico.

Espero que no se hallará esta digresión inoportuna ó fuera de lugar; ella se impuso desde el momento en que se hacía mención de la publicación del texto del Tratado Secreto de la Triple Alianza, de que recién entonces se tenía conocimiento.

Volviendo á mi relato, debo mencionar que el 18 de Agosto de 1866 fué celebrado en el Cuartel General de Mitre, en *Tuyutí*, un consejo de guerra, al que asistieron—los generales en gefe brasileros, el Vice Almirante Vizconde de Tamandaré y el General Flores. Después de una larga discusión en que costó trabajo inducir al General Mitre á operar sobre nuestra derecha, se resolvió llevar á cabo la idea de asaltar y tomar *Curuzú* y luego *Curupayty*. Quién propone con calor ese plan, fué el Vizconde de Tamandaré, apoyado por Porto Alegre. Los Generales Mitre, Flores y Polydoro Jordáo, aceptaron esa combinación (1) habiendo hecho antes este último, grandes esfuerzos para convencer á Porto-Alegre de la conveniencia y necesidad de la reunión de los dos cuerpos de ejército en *Tuyutí*.—Se resolvió también en dicha junta que

(1) Notas de Paranhos á la otra de Schneider.

el ataque de *Curuzú* fuese efectuado el 29 del mismo mes.

Aún cuando, según dejé consignado, la idea de llevar el ataque por nuestra derecha, fué propuesta y sostenida por el Vice Almirante Tamandaré, se atribuye al Barón de Porto-Alegre como autor de ella.

Los anotadores de la obra de Thompson (edición de 1869) señores Lewis y Estrada afirman á este respecto que el General Mitre fué siempre de parecer que debería de flanquearse la izquierda de la línea de *Rojas*, y que esta operación que, practicada dos años después, determinó la caída de Humaitá, ha sido el sueño constante de aquel General.

Pero el distinguido anotador de la obra de Schneider, sin negar que haya sido el *sueño* constante del ilustre general argentino, manifiesta que en las juntas de generales celebradas desde la batalla del 24 de Mayo hasta el asalto de *Curupayty*, ni en particular, jamás había propuesto una sola vez siquiera á los generales brasileros semejante movimiento, ni que tampoco había ordenado por nuestra izquierda ningún reconocimiento, y que recién el 4 y 22 de Septiembre, cuando ya se operaba por la parte opuesta, es decir, por *Curupayty*, el general Flores había explorado las inmediaciones de *Pasa-Yvaí*, la primera vez, y las de *Tuyucué* la segunda vez.

En efecto, el general Mitre no hizo ningún esfuerzo en el último consejo de guerra para hacer triunfar su idea, mientras que Tamandaré sostenía con ardor el ataque por la margen del río, porque de esa manera salía su escuadra de la inacción á que estaba condenada.

Al referir estos hechos, bien se comprende que no me anima otro propósito que procurar establecer la verdad histórica, en cuanto sea posible.

A mediados de Agosto, el 2° Cuerpo del Ejército brasilero compuesto de 10,000 hombres se hallaba reunido en *Itapirú*. Dicha fuerza se componía de 4,500 hombres de infantería, 790 de artillería y 4,800 de caballería. De allí fué transportada embarcada á las Palmas, donde desembarcó protejida por la escuadra, el 2 de Septiembre, sin oposición alguna, y subiendo por la margen izquierda del río Paraguay, acampó frente á *Curuzú*.

En el referido consejo de guerra, fué también resuelto de común acuerdo que 5 á 6,000 hombres del ejército al mando de Porto-Alegre, en combinación con la fuerza naval, atacaría *Curuzú* y luego *Curupayty*, cuya operación debía ejecutarse dentro de 15 días á contar desde aquella fecha.

A mayor abundamiento y para más claridad, voy á permitirme reproducir íntegra aquí la nota que el general Mitre dirijió al Barón de Porto-Alegre,

comunicándole la resolución de la junta de guerra, y la contestación de éste.

«El general en Gefe de los Ejércitos aliados—
« Cuartel General en *Tuyutí*, Agosto 18 de 1866.

«Al Ilmo. y Excmo, señor Teniente General Ba
« rón de Porto-Alegre, Comandante en gefe del 2°
« cuerpo del Ejército brasilero.

« De conformidad con lo acordado en la junta de
« guerra de los generales aliados á que concurrió
« V. E. hallándose presente el Excmo. Sr. Almiran-
« te de Tamandaré, tengo el honor de dirijirme á
« V. E. á fin de munirlo de todos los conocimientos
« y demás que en tales casos son de regla.

« Habiéndose acordado que durante los 15 días
« que se calculan necesarios para reunir los elemen-
« tos de movilidad del ejército, se haga un ataque
« sobre las posiciones de *Curuzú y Curupayty* para
« cuyo efecto *se ha establecido que bastarán de 5 á*
« *6,000 hombres del ejército de tierra* unidos á la
« escuadra, y habiéndose determinado que el cuer-
« po de ejército al mando de V. E. sea el que dé el
« contingente, la operación que V. E. vá á ejecutar
« es por consecuencia una operación combinada del
« ejército de tierra con la escuadra, de duración li-
« mitada, siendo conveniente por lo tanto que V. E.
« mantenga los elementos de que dispone prontos á
« incorporarse al ejército cuando sea necesario, así

« los que emplée en la operación indicada como los « que deje por ahora en *Itapirú*.

« Para el lleno de la importante operación confia- « da á su valor y á su inteligencia militar, V. E. debe « según lo convenido ya, obrar de acuerdo con el « Excmo. Sr. Almirante Tamandaré bajo su di- « rección.

« V. E. se servirá avisar oportunamente del nú « mero y calidad de tropas que emplée en esa « operación, ásí como de los que deje en *Itapirú* « para que los generales aliados puedan proceder « con conocimiento perfecto en cualquier eventua- « lidad; del mismo modo que el día en que haya « de emprenderla, y su resultado luego que ella « tenga lugar.

« Realizada que sea la operación acordada den- « tro del término de los indicados 15 días y en pre- « sencia del parte oficial de V. E. sobre su resulta- « do, será el caso acordar en una nueva junta de « guerra la dirección que se ha de dar á las opera- » ciones generales de la guerra, ya sea para aprove- « char cualquier oportunidad que se presente, ya « sea para verificar la incorporación de V. E. al « ejército aliado, ó la continuación de las opera- « ciones combinadas con la escuadra de las tropas « bajo su inmediato mando si así lo considerase « más conveniente.

« Fiado al valor, á la experiencia adquirida y á

« la inteligencia militar reconocida de V. E. la « importante operación combinada que debe reali- « zar de acuerdo con el Sr. Almirante Tamandaré « y bajo su inmediata dirección, los generales de « los ejércitos aliados confían en su éxito, y, por « mi parte, como general en gefe de esos ejércitos, « confio igualmente que V. E. en unión con la es- « cuadra del Imperio, sabrá conquistar una nueva « gloria para las armas aliadas.

« Dios guarde á V. E.»

« (Firmado) BARTOLOMÉ MITRE.»

El Barón de Porto-Alegre contestó al general Mitre con la siguiente nota:

« Comando en gefe del 2° cuerpo del ejército « brasilero en operaciones contra el Paraguay, cuar- « tel general junto á las ruinas del fuerte de *Itapirú*, « 20 de Agosto de 1866.

« Ilmo. y Excmo. Señor:

« Tengo la honra de acusar recibo á la nota « que V. E. creyó conveniente pasarme, con fecha « 18 del corriente, para munirme de todos los co- « nocimientos que parecían necesarios de acuerdo « con lo que fué decidido en la junta de guerra de « los generales aliados á que asistí.

« Para precisar bien la naturaleza de la opera- « ción, que me fué tan honrosamente confiada en « consejo de generales, debo recordar á V. E. « que el Sr. Almirante Vizconde de Tamandaré

« declaró *que no debe ser menos de 7,000 hombres el* « *número de plazas que tuviesen que operar con* « *la escuadra.* La objeción hecha entonces por « V. E. nos confirmó lo acertada que era aquella « opinión, por cuanto V. E. recelaba que el ene- « migo, cargando con todo ímpetu y con grandes « masas sobre la columna de desembarco, pudiese « destrozar á ésta antes de ser socorrida por los « ejércitos aliados. Quedamos entonces convenci- « dos, en la posibilidad de esa hipótesis, y por « otras razones dadas, que la columna de desembar- « co debía ser fuerte, para evitar un choque atrevido « del enemigo, y poder sostener la posición, toda « vez que se trata de obligar al enemigo á dislo- « carse de modo á facilitar los movimientos de los « ejércitos aliados, dislocamiento que no tendría « lugar si la columna que va á amagar por *Curu-* « *payty* fuese insignificante, y no pudiese soste- « nerse.

« *Así, pues, marcharé con 8,391 plazas de las* « *tres armas*, dejando aquí á las órdenes del Sr. « Mariscal de Campo Polydoro una brigada de caba- « llería de 900 plazas, y para no embarazar los « movimientos de los ejércitos, no dejaré objeto al- « guno que precise de guardia ó defensa.

« Me recomienda V. E. que yo obre de acuerdo « con el Sr. Almirante, procediendo bajo su di- « rección.

« En cuanto á la primera parte, es esa mi firme « intención, y en eso tengo sumo placer, porque « reconozco en el almirante la mayor lealtad y cir- « cunspección; más, en cuanto á la segunda parte: « —aceptar la dirección del almirante, militarmen- « te hablando,—no lo puedo hacer, porque la « antigüedad de mi patente, igual á la de él, me « prohibe semejante posición.

« Efectuado el desembarco, solo yo tengo la « competencia y la responsabilidad, como V. E. « no ignora, para conocer la ventaja ó desventaja « de un movimiento que deba hacerse. Concluída « la operación, daré inmediatamente conocimiento « de sus resultados á V. E., y no veo razón que « se oponga á una nueva reunión de generales, co- « mo V.E. me indica, á menos que las consecuencias « probables de la operación que voy á emprender « de acuerdo con el Sr. Almirante no exijan ope- « raciones complementarias, que, demoradas, trai- « gan irreparable trastorno para la consecusión del « gran fin que tenemos en vista como representan- « tes de las tres naciones aliadas.

« Por último, agradezco á V. E. las expresio- « nes honrosas con que se digna tratarme, tanto « más honrosas cuanto que parten de una inteli- « gencia militar tan respetable, y del digno gefe « de una nacionalidad justamente altiva.

« Haré lo posible en cumplir mi deber, y por

« corresponder á la confianza de mi gobierno; y,
« procediendo así, satisfaré también la esperanza
« de V. E. y de los generales aliados.
« Dios guarde á V. E. (1)

(fir) BARON DE PORTO-ALEGRE.

"Ilmo. y Excmo. Sr. General D. Bartolomé Mitre comandante en gefe de los ejércitos aliados.

Por estos documentos se vé que los anotadores de la obra de Thompson, Srs. Lewis y Estrada, han estado mal informados al asegurar en sus extensas notas sobre *Curupayty*, de que el Barón de Porto-Alegre había pedido 5,000 hombres para la operación; pero que el general Mitre le había ordenado llevara 8,000.

No se le ocultaba al mariscal López el hecho de la vulnerabilidad de nuestra posición por el lado de *Curupayty*; porque si bien por la margen del río estaba defendida por una batería, el enemigo podía burlarse de ésta, desembarcando sus fuerzas al sud, es decir, en el terreno que se extiende más abajo frente á *Curupayty*. Para precaverse contra un caso semejante, cuya probabilidad era poco ménos que indudable, el Mariscal halló conveniente mandar abrir una trinchera en *Curuzú* que sirviera de vanguardia á *Curupayty*.

(1) Traducida por mí del original en portugués.

Aquella distaba de ésta, más ó menos, unos 3,000 metros, y se extendía desde la orilla de una laguna sobre la izquierda hasta el río Paraguay por la derecha. A fin de dar una idea más perfecta de la posición de la batería de *Curuzú*, transcribiré aquí la descripción del comandante Thompson, que fué el ingeniero que estudió el terreno y delineó la trinchera arreglada á las instrucciones de López.

« Al frente y al sud de la trinchera, el único cami-
« no posible, tenía que hacerse á través de un monte
« de cañas, en el cual los paraguayos habían prac-
« ticado ya una extensa picada. Este camino se vá
« ensanchando hasta terminar en un descampado
« casi cuadrado como de 400 yardas, al terminar
« la trinchera. La picada era enfilada por la bate-
» ría; esta no podía ser atacada de plano por tierra,
« y aún cuando estaba expuesta al fuego enfilado
« de la escuadra, no podía ser vista porque un
« monte la ocultaba.

« El terreno entre *Curuzú y Curupayty*, está
« cortado por muchas lagunas, que nacen de la
« continuación de aquella en que se apoyaba la
« trinchera de *Curuzú*, y que se extiende casi hasta
« el río Paraguay. Por consiguiente, el único ca-
« mino entre *Curuzú* y *Curupayty* es á lo largo del
« río. Entre las lagunas ya mencionadas, se ha-
« llan pequeñas alturas cubiertas de cortaderas (1)

(1) Las mismas lagunas estaban llenas de una planta llamada *huybá*. Nota mía).

« y árboles espinosos llamados *arcmitas* cuyas « flores exhalan un perfume delicioso. Las lagunas « tienen como 4 pies de profundidad, y su fondo « es movedizo, de manera que el terreno entre *Cu-* « *ruzú y Curupayty* puede decirse que es intran- « sitable, excepto por el camino de la costa, que « en sus puntos más estrechos solo admite cuatro « hombres de frente, siendo mucho más ancho « frente á *Curupayty*, que está situado en una lla- « nura perfectamente plana, en la cual lo están « también *Humaitá* y *Tuyucué*. Su altura sobre « el nivel del carrizal es de 20 piés y de 30 sobre « el del río» (1).

Curuzú tenía sobre el río una pieza de á 68 y 2 de á 32, y sobre una trinchera con pozos profundos y *abatise* 10 piezas de diferentes calibres (2) Total 13 piezas. ¡Mal número!.

La guarnición se componía del batallón 10, mandado traer de Corumbá donde estuvo destacado, compuesto de 700 excelentes soldados, batallón 4 y el 27. La artillería estaba dirigida por el mayor Lugo y los capitanes de marina Domingo Antonio Ortiz y Pedro V. Gill. Además, había un regimiento desmontado al mando del Capitán

(1) La guerra del Paraguay—p. 187 edición de 1869.

(2) 1 de á 68, 2 de fierro de 32, 1 de bronce de á 12, 1 id. también de bronce de 4 pulgadas y 5 de fierro calibre 6.

Blás Montiel. Haciendo todas estas fuerzas un total de 2.500 hombres de las tres armas.

El Coronel Manuel A. Giménez (alias *Calaá)* era el comandante en jefe del fuerte, y no el General Díaz como equivocadamente dice Thompson. Díaz comandaba toda la derecha de nuestra línea, y de consiguiente Giménez estaba á sus órdenes. El 2° de éste, era el mayor Albertano Zayas.

El 1°. de Septiembre de 1866 la escuadra brasilera bombardeó á *Curuzú*, pero sin causar daño alguno. Nuestra batería contestó con viveza, matando algunos cuantos brasileros abordo de sus buques. El día 2 que fué cuando verificaron el desembarco del ejército de Porto Alegre, en las *Palmas*, hubo un bombardeo furioso. Algunos de los encorazados se presentaron frente á la batería de *Curuzú*. A uno de estos, el *Río Janeiro*, una bala de á 32 (1) le atravesó la coraza en dos partes cerca de la proa. Una de sus piezas de á 68 fué inutilizada por una bala que le golpeó bajo el muñón. A las 2 de la tarde, y cuando ya tenía medio reparadas sus averías, aquel encorazado se aproximó á la estacada de *Curupayty*, rozó con uno de nuestros torpedos, y explotando éste, fué echado á pique. Murieron su comandante, Sr. Silvado, 3 oficiales y 50 de tropa. La caldera del *Ibahy*

(1) No de á 68 como erróneamente dice Thompson. Véase nota de Faranhos en Schneider.

que se adelantó para dar protección á los náufragos fué atravesada por una bala de cañón de nuestra batería. Una pieza de á 68 de ésta fué desmontada por una bala que le llevó un muñon, vengando así la que tuvo igual suerte poco antes en el *Río Janeiro*. Fuera de un vigía colocado en un árbol y que fué hecho pedazos por una bala, no se tuvo que deplorar ninguna otra desgracia personal.

El mismo día 2 de Septiembre, Porto Alegre aprovechó la noche para atrincherarse, de manera que amanecieron los brasileros cubiertos con fuertes trincheras.

A las 6 de la mañana del 3, se repitió el bombardeo de la escuadra, y á las seis y media empezaron el ataque avanzando con intrepidez los brasileros bajo el terrible fuego enfilado de nuestros cañones. En este avance sobre nuestra posición, tuvieron una baja de 700 á 800 hombres entre muertos y heridos.

La infantería asaltante venía dividida en dos columnas: la primera compuesta de tres batallones (29, 47 y 34) al mando del General Albino de Carvalho, atacó el flanco derecho de nuestra batería, y la segunda compuesta igualmente de tres batallones (5, 8 y 11), el flanco derecho, al mando del General Gonzalves Fontes. En el centro venía el resto de la brigada de este general, es decir, los batallones 18 y 32 de voluntarios de la tercera bri-

gada (6ª 8ª y ligera) al mando del Coronel Lucas de Lima.

Uno de los batallones de la columna del General Albino (34°) fué el que metiéndose en la laguna en que se apoyaba nuestra izquierda, con el agua más arriba de la cintura, consiguió flanquear esa parte. Nuestra gente viéndose así repentinamente atacada por el flanco y por la retaguardia, se vió obligada á retirarse. El batallón 10 que hasta entonces no había entrado en fuego, sorprendido por aquel inesperado movimiento, huyó á la desbandada.

Pero apesar de esta vergonzosa defección, las trincheras fueron ocupadas por los brasileros en medio de la más horrorosa carnicería, porque el resto de la guarnición continuó combatiendo con tenaz resistencia hasta que abrumada por el número, se vió también compelido á efectuar la retirada, dejando en poder del enemigo toda la artillería.

En el momento en que los brasileros tomaron posesión de la batería, voló un polvorín, matando 12 hombres.

Uno de los raros episodios de ese combate fué, que un soldado paraguayo y otro brasilero, en lo más recio de la pelea, se habían arrojado uno contra otro con tanto ímpetu, que se traspasaron los dos simultáneamente con sus bayonetas.

El capitán Blas Montiel, con varias heridas, que-

dó por muerto en el campo; cuando volvió en sí, con sorpresa notó que se encontraba á retaguardia del enemigo que marchaba hacia *Curupayty*, y repugnándole la idea de quedarse prisionero de los enemigos de su país, formó la resolución de volver entre los suyos. Apesar del dolor desesperante que le causaban sus heridas, amén del hambre y la sed que le devoraban, emprendió su penosísimo viaje arrastrándose poco á poco por sobre aquel escabroso suelo, lleno de espinas, lagunatos y cortaderas, haciéndose el muerto cada vez que corría el riesgo de ser descubierto por el enemigo. De esta manera logró atravesar por medio de éste, y volver entre sus compañeros, lleno de satisfacción como si acabara de alcanzar una gran victoria. Casi no ha habido acción de alguna importancia en que no se haya ofrecido, como éste, ejemplos de lealtad y firmeza de sentimiento patrio por nuestros sufridos y valientes soldados, el cual arrancaba la admiración de los que los combatían, y de los que los contemplaban desde lejos.

Porto Alegre persiguió á nuestras tropas que venían en retirada con timidez hasta corto trecho, y luego volvió á acamparse en la parte Sud del fuerte en el espacio abierto de que se ha hecho mención más arriba.

Nuestra pérdida fué 700 muertos y como 1.500 heridos que lograron salvarse.

El ejército de Porto Alegre, después de este triunfo, quedó reducido á 7.500 hombres, número más que suficiente para continuar su avance y apoderarse de *Curupayty*. Pero su audacia no fué para tanto y se contentó con la toma de *Curuzú* que fué mirada como una victoria tanto más importante, cuanto que fué ganada exclusivamente por los brasileros, sin la cooperación de los aliados. Tan lejos estaba de su mente la idea de llevar adelante la operación de arrollar á los paraguayos hasta colocarse á retaguardia de López, que no considerándose seguro, pidió refuerzo á Mitre para *sostener su posición*; refuerzo que no le fué acordado por supuesto desde el momento que no había propósito de *atacar* al enemigo (1) Sin pérdida de tiempo, y como un medio de garantirse contra cualquier eventualidad de parte de los paraguayos, tan amigos de sorpresas y de ataques atrevidos, se ocupó en levantar trincheras á distancia de 300 metros al Norte de *Curuzú*, sobre la costa del río Paraguay.

Como se vé el ataque de *Curuzú* no se efectuó el 29 de Agosto, como se había dispuesto en el consejo de guerra del 18 del mismo mes, á consecuencia de la mucha lluvia que hubo aquel día, y también porque así se convino en otra junta de gue-

(1) Thompson está mal informado al decir que dicho refuerzo fuè pedido para *atacar*.

rra convocada por el General Mitre el día 27 del mismo mes, á objeto de pedir algunas aclaraciones respecto á las operaciones bélicas del 3er. cuerpo en relación á los ejércitos; las que le fueron dadas por Porto Alegre manifestando que las instrucciones que tenía del gobierno imperial era obrar siempre de acuerdo con los mismos ejércitos, junto con ellos ó auxiliando á la escuadra. (1)

Parece que el General Mitre sospechaba de la existencia del propósito del Almirante Tamandaré, de sustraerse á su mando en lo que es muy probable que no haya andado descaminado.

Después del abandono de *Curuzú*, los paraguayos se retiraron á refugiarse atrás de una pequeña trinchera que había á una distancia igual de *Curuzú* y de *Curupayty*; dicha posición fué indudablemente improvisada para ponerse á cubierto en caso de una persecución; pues fuera de este objeto, era insostenible desde que estaba enteramente expuesta á los terribles fuegos de la escuadra brasilera.

El Mariscal, indignado por la conducta de una parte de la guarnición de *Curuzú*, cuya pérdida comprometía seriamente la posición que sostenía como vanguardia de Humaitá, hizo severos cargos al General Díaz; pero éste muy cuerdamente le

(1) Shneider, p. 83.

contestó, que él no podía impedir la fuga de los soldados!...

El Mariscal le ordenó entonces que en castigo de su mal comportamiento, diezmara al batallón n.° 10, y que los comandantes en jefe Coronel Manuel Antonio Giménez y mayor Albertano Záyas (1) hicieran en los cuerpos que guarnecían *Curupayty* servicio en clase de Sargentos.—Diezmado que fué el batallón, todos aquellos á quienes había tocado el n.° 10, (2) fueron pasados por las armas en presencia de toda la división. Los oficiales fueron sorteados por medio de pajas largas y cortas: los que sacaban las largas eran inmediatamente fusilados. Los que escaparon fueron degradados á la clase de tropa; y todo el personal del batallón, fué distribuído en los otros que componían la guarnición, quedando así borrado del Ejército el batallón 10 para escarmiento propio y ejemplo moral de los demás.

Thompson, después de relacionar este hecho con la minuciosidad que le es tan característica, afirma en una nota que tal era el secreto que se guarda-

---

(1). Antiguo escribiente y ayudante de López.

(2) Al proceder á la operación del diezmo, se ofreció un caso de serenidad y de valor moral de parte de un sargento, cuyo nombre siento no poder citar. Le tocó el fatal núm. 10, y saltó fuera de la fila, y suplicó al General Díaz para que le permitiera una observación. El General le dijo que hablara. Entonces el sargento observó que el sorteo no estaba bien hecho, que deberia de practicarse por la lista del cuerpo. El General halló razonable la observación. Ordenó que se hiciera por la lista del cuerpo, y el sargento se salvó!..

ba sobre todo en nuestro ejército, que el castigo que sufrió el batallón 10 no se supo sinó dos años después, lo cual no es cierto. Desde el día siguiente se supo; pero como la práctica de *oir* y *callar*, era entonces rigurosamente de regla, los comentarios solo eran permitidos en voz baja y con las reservas del caso.

En cuanto á la cooperación de la escuadra brasilera en la toma de *Curuzú*, fué sin ninguna importancia; bombardeó esta posición, como ya queda consignado, durante dos días escasos; es decir, parte del día 1° todo el día 2. y una ó dos horas de la mañana del día 3 de Septiembre.

Algunos de los buques de la escuadra bombardearon también *Curupayty* en los días 2, 3 y 4; pero sin causar más daños, como ya se ha dicho, que desmontar una pieza de á 68 y matar un soldado que estaba de vigía en las ramas de un árbol, y dos soldados en *Curupayty*.

Las contestaciones de nuestras baterías fueron vigorosas, y causaron á los buques de la escuadra considerables daños que los obligaron a pasar el día 4 al arsenal del Cerrito á reparar sus averías.

En el *Lima Barros* fué muerto un maquinista y un contramaestre. Recibió más de 10 balazos; las balas de á 80 y 68 causaron grandes aboyaduras en su casco.

El *Bahia* recibió 38 balas en el espacio de 4

días, de las cuales 4 acertaron la torre. La coraza fué perforada en dos partes—Murió el teniente 1º Bernardo de Queiroz y fueron heridos cuatro marineros.

El *Barroso*, recibió 15 balazos, uno de estos inutilizó su cabrestante. (1)

Algunas de las balas tiradas por la escuadra sobre *Curupayty*, vinieron por elevación á caer en *Paso pacú* á las inmediaciones del Cuartel General, y aun más allá, hacia *Tuyucué*, pasando por encima de aquel; esas balas mataron á un soldado del batallón riflero, á una mujer y á una criatura.

El Mariscal, en vista de esto, y haciendo extensivo al cuartel general lo que por su orden hicieron los jefes de las divisiones para resguardarse de las balas tiradas del campo enemigo, en razón de que no era de ningún provecho el sacrificio de vida de esta manera, mandó levantar un paredón de 90 piés de largo, 15 de altura y 36 de ancho en la base y 12 en la parte superior, cubriendo así por el lado de *Curupayty* la casita de pajas que le servía de habitación.

Thompson dice, hablando sobre estos detalles que cuando empezaron á caer las bombas de la escuadra en *Paso pacú* «*López partió como un rayo*

(1) Parte del Almirante á su gobierno y notas de Paranhos á Schneider.

retirándose á un punto, 200 yardas más lejos; sin que nadie supiera dónde se había metido.

Esta frase, aparte de ser un embuste, manifiesta el decidido empeño que tiene el escritor inglés en ridiculizar á su antiguo protector. Efecto del despecho de que estaba dominado al saber que López (en Ascurra) lo había declarado cobarde por no haber sabido salvar en Angostura el honor de la bandera paraguaya que, por una rara excepción, le había sido confiada.

¡*Angostura* y *Uruguayana* corren parejas!

Y la conducta del Sr. Thompson es tanto más extraña, si se tiene en cuenta que, en el prefacio de su obra «*Guerra del Paraguay*», dice: que los términos del protocolo del Tratado Secreto de Alianza le hicieron creer que el Paraguay debía *combatir* ó *sucumbir*!... Más adelante y en el mismo prefacio afirma con todo aplomo, que, López había sacrificado á sus conciudadanos con el solo objeto de satisfacer su *egoismo* y su *ambición personal.*

¿Cómo se concilia esta afirmación con la otra de que el Paraguay debía pelear hasta sucumbir? ¿No es esta una manifiesta contradicción, en una misma página y casi á renglón seguido? Hijo todo de la pasión que no ha sabido disfrazarla, ciego con el afán de desacreditar á su antiguo bienhechor y congraciarse con el pueblo paraguayo, para quien profesa tener los sentimientos *más amistosos*!—Al que se

fué palos, y al que queda, miel! Moralidad utilitaria, que para la vida práctica suele dar buenos resultados! El Sr. Thompson en esto no anduvo lerdo.

En cuanto al *egoismo* y *ambición personal* de que le acusa al Mariscal, responda por éste su tumba en *Cerro Corá.*

Es cierto, ¿quién lo puede negar? que el Mariscal rara vez exponía su persona á las balas enemigas; pero de esto á atribuirle, como hace Thompson, una pusilanimidad vergonzosa delante de sus tropas á quienes constantemente enardecía con sus palabras de fuego para arrojarse ciegas al combate, hay una gran distancia.

No hay necesidad de mistificar los hechos, y el historiador está en el deber de hacerse cargo de éstos, explicarlos y apreciarlos; pero nunca estará justificado que recurra á la invención de otros nuevos con detrimento de la verdad y de su honor.

La pérdida de *Curuzú* fué un golpe, tanto más rudo cuanto inesperado, á nuestra posición, y si los brasileros, apesar de su fatiga, hubiesen avanzado inmediatamente sobre *Curupayty*, también hubiera caído en poder de ellos y con mucho menos sacrificio de vidas que aquella, y el golpe de gracia á nuestro ejército estaba dado.

El Mariscal comprendió perfectamente el inminente peligro que corrían nuestras posiciones del

centro y de la izquierda una vez conseguida por los aliados la toma de *Curupayty*. En vista de ello, resolvió, sin pérdida de tiempo y aprovechando la tregua que le daba la inacción del enemigo, llevar á cabo la fortificación de *Curupayty* por el lado de tierra, con la construcción de una trinchera, que arrancando su línea, por la derecha, de la batería que defendía el paso del río, y, siguiendo la orilla ó elevación de una barranca ó antiguo lecho del río, iba á apoyarse su izquierda en un lago conocido con el nombre de *laguna López* ó *laguna Mendez*, describiendo una pequeña curba que permitía cruzar los fuegos de artillería sobre el enemigo que tenía que recorrer en su avance un terreno cortado de zanjas y cubierto de malezas y pequeños bosques que impedían á la escuadra la vista de nuestras líneas.

Tompson se atribuye el honor de haber sugerido al Mariscal esta idea, de la que dice no haber éste hecho caso al principio; pero esta aseveración, sin negar del todo que sea cierta, no me parece verosímil, si se tiene en cuenta que el mariscal era antiguo conocedor de esos lugares, y por los informes que le daban Díaz y otros gefes, estaba muy penetrado de la necesidad de completar la fortificación de *Curupayty*, — necesidad que á su juicio apremiaba cada vez más, porque supo que en *Itapiru* se habían reunido algunos cuerpos del

ejército argentino preparándose á embarcarse para ir á reforzar á la división de Porto-Alegre en *Curuzú*.

La resolución de concentrar los aliados de 18 á 20.000 hombres en esta posición, fué discutida el 4 y el 6, y acordada definitivamente el día 8; partiendo los primeros refuerzos de *Itapirú* el 11.

Los trabajos de la nueva trinchera empezaron el 8 de Septiembre por la tarde; su delineamiento fué hecho por el ingeniero mayor Thompson. La guarnición de *Curupayty* fué aumentada á 5.000 hombres. Una división de caballería compuesta de los regimientos 6, 8, 9 y 36, al mando del entonces capitán Bernardino Caballero, concurrió allí también y comenzó á desmontar desde el día 4, colocando las ramas sobre la cresta de la barranca en forma de *abatis* á precaución de un ataque repentino del enemigo. Esto fué un trabajo provisorio antes de dar comienzo á la escavación de la nueva trinchera. Esta empezó en el bosque, tan pronto como fué posible derribar los árboles, sin ocuparse de otra cosa que de concluir su perfil general. Al mismo tiempo que esto se hacía, se construían nuevas plataformas para los cañones, empleándose para ellas maderas recién cortadas en el mismo bosque. Los trabajos se hacían de noche lo mismo que de día, y eran ciclópeos, si se tiene en cuenta la dureza de la arcilla que los picos

apenas podían penetrar y los muchos arbolones que se tuvieron que voltear.

El Mariscal, temiendo que no estuviesen prontos los trabajos antes que el enemigo trajese un nuevo ataque, á pesar de que se trabajaba con todo el personal de la guarnición de día y de noche, recurrió hábilmente á un ardid, que revelaba su sagacidad y astucia, á fin de ganar tiempo para llevar á cabo la nueva fortificación de *Curupayty*, proponiendo al General Mitre una conferencia con el objeto ostensible de procurar medios conciliatorios que pusiesen término á la lucha que se iba prolongando, con graves perjuicios de todos. (1)

Con este fin, el 10 de Septiembre, ya muy tarde dirigió una nota al General Mitre, siendo portador su ayudante de campo el coronel Martínez, bajo bandera de parlamento y acompañado de un trompa.

El parlamentario paraguayo á pesar de la bandera blanca que llevaba y el toque de atención por el trompa, fué hostilizado á balazos por las avanzadas argentinas. (2) En su consecuencia, Martínez

(1) De antemano sabía que toda tentativa en este sentido había de fracazar, siendo para él inadmisible la exigencia en los aliados de su retiro del Gobierno, como base para tratar.

(2) Los anotadores de la obra de Tompson dicen que el parlamento fué rechazado porque se presentó sin las formalidades de ordenanza y media hora después de entrado el sol. Que en estas condiciones no se reciben parlamentos en ningún ejército.

regresó sin entregar la nota. Ignoro cómo habrá apreciado el Mariscal este hecho, pero supongo que no habría tomado á mal, porque al día siguiente (11) por la mañana, volvió á mandar al mismo ayudante, y entonces fué bien recibido, y como satisfacción por lo que había ocurrido en el anterior, se le manifestó que el oficial que mandó hacer fuego había sido castigado.

A estar á la opinión de los anotadores de la obra de Thompson, Sres. Lewis, y Estrada, este castigo, si es que efectivamente haya sido aplicado, fué injusto, puesto que el oficial no hizo sino cumplir con su deber según aquellos.

La nota de la referencia era del tenor siguiente:

«Cuartel General en Paso-pucú, 11 de Septiembre de 1866.

«*Al Excmo. Sr. Brigadier General D. Bartolomé*
« *Mitre, Presidente de la República Argentina,*
« *y General en Gefe del Ejército Aliado.*

«Tengo el honor de invitar á V. E. á una en-
« trevista personal entre nuestras líneas, el día
« y hora que V. E. señale.
«Dios guarde á V. E.»

(fir.) FRANCISCO S. LÓPEZ.

Entregada que fué la nota al general Mitre, éste se trasladó en seguida á la carpa del General Po-

lydoro, donde también concurrió el General Flores. Hubo una breve deliberación entre los tres generales. El General Mitre desde luego opinó decididamente por la aceptación de la entrevista propuesta; y Flores, sin discrepar con esta opinión, manifestó que era conveniente oir lo que deseaba ó proponía el Presidente del Paraguay, debiendo presumirse que sus palabras fueran de conciliación, desde que él mismo en persona venía á hacerlas presentes. Polydoro, por su parte, tampoco hizo ninguna objeción, concretándose á manifestar que no tratándose sinó apenas de una entrevista de López con el General Mitre, convenía aceptar la invitación (1).

Después de esto, el General Mitre contestó la nota de López aceptando la invitación de éste, en los términos siguientes:

«Cuartel General del Ejército Aliado, 11 de Septiembre de 1866.

«Al Excmo Sr. Mariscal Don Francisco S. Lópe-
« pez, Presidente de la República del Paraguay,
« y General en Jefe de su Ejército.

« Tuve la honra de recibir la comunicación de
« V. E. fecha de hoy, invitándome á una entrevista
« personal entre nuestras líneas, el día y la hora
« que se conviniese; y, respondiendo, debo decir á
« V. E. que acepto la entrevista propuesta, y me

(1) Oficio de Polydoro al gobierno imperial, dando parte de este hecho.

« hallaré mañana á las 9 de la mañana, en el « punto de nuestras respectivas líneas, en el Paso « de *Yataity Corá*, llevando una escolta de veinte « hombres, que, dejaré á la altura de mis avan- « zadas, adelantándome en persona en el terreno « intermediario para el fin indicado, si V. E. se « conforma con eso.

« Dios guarde á V. E. muchos años»

(fir) BARTOLOMÉ MITRE

Esta nota fué entregada a Martinez en el Cuartel General brasilero, donde fué llamado.

En la tarde de ese mismo día se envió la respuesta con el mismo parlamentario, el ayudante Coronel Martínez, que fué también entregada en las avanzadas argentinas, concebida en estos términos:

« Cuartel General en Paso-pucú, 11 de Septiembre de 1866.

« *Al Excmo. Sr. Brigadier General don Bartolo-* « *mé Mitre Presidente de la República Argenti-* « *na y General en Jefe del Ejército Aliado.*

« Acabo de tener el honor de recibir la res- « puesta que V. E. se ha dignado dar á mi pro- « puesta de entrevista de esta mañana. y agrade- « ciendo á V. E. la aceptación que de ella hace, « me conformaré con el proceder que V. E. se pro-

« pone y cumpliré el deber de no faltar á la hora
« indicada.

« Dios guarde á V. E. muchos años »

(fir) FRANCISCO S. LÓPEZ

Arreglada así la entrevista, el Mariscal se preparó para concurrir, con la esperanza, sin duda, de que sus propósitos serían coronados de éxito, sino en todo, en parte.

El traje diario que acostumbraba á llevar el Mariscal, consistía en una blusa de paño azul oscuro con vivos colorados, y la estrellita de caballero de la O. Nacional del Mérito, pendiente del pecho izquierdo, pantalones de paño de idem con franjas de galón de oro, botas granaderas con espuelas que no abandonaba nunca desde que salió á campaña; pero quiero suponer que no sería con la pueril idea de imitar á Napoleón 1°. como asegura Thompson, y un sombrero chileno fino de alas grandes.

Al día siguiente, 12 de Septiembre de 1866, por la mañana temprano, se mudó este traje, y se puso de uniforme militar, consistente en una levita de paño oscuro sin charrateras con entorchados de general de división en el cuello y en las bocamangas, botas granaderas nuevas con espolines de plata y un kepí con bordados igualmente de general de división,—traje que usaba antes de ser pro-

movido á Mariscal (1). Sobre este uniforme se puso su poncho redondo favorito de vicuña forrado de paño grana muy fino con flecos de oro, teniendo en el cuello una coronita imperial del Brasil bordada en realce con hilos de oro. Este poncho fué regalo del ministro Pimenta Bueno al Presidente Carlos Antonio López y á la muerte de este, se quedó el hijo con él. No dejaba de admirarme que teniendo tanta predisposición contra el imperio, no haya mandado sacar la corona imperial que tenía en el cuello el mencionado poncho.

Hasta la trinchera fué conducido en un carruage americano con cuatro ruedas, y de allí continuó montado en su caballo melado favorito llamado *mandyyú*. Llevaba una escolta ostensible de 24 hombres del escuadrón de dragones, sin uniforme de parada, y simplemente con las camisetas coloradas que usaban en campaña. Además de esto, dió orden para que anticipadamente muy temprano se emboscase el batallón de rifleros en un pajonal en nuestra línea avanzada no á mucha distancia del lugar de la entrevista. No creo cuerdo juzgar fatalmente de que esa precaución haya sido una inspiración del miedo; por el hecho de haber solici

(1) Como su ascenso fué ya después del comienzo de la guerra, no tuvo tiempo para hacerse del traje correspondiente á su nueva graduación, sabiéndose que solo en Europa podía confeccionársele.

tado la entrevista supone que ello no ha existido; sin duda, fué una medida tomada por aquello de que el *hombre prevenido vale por dos.*

Fuera de esta fuerza ó escolta, la comitiva que le acompañaba se componía de unos 30 y tantos oficiales casi todos del cuartel general y de la mayoría, entre quienes me encontraba yo también. Formaban igualmente parte de ella su cuñado el general Barrios y sus dos hermanos el coronel Venancio y Benigno López.

Desde la trinchera el mariscal siguió su marcha á paso de camino sin ningún incidente (1) y minutos después de su llegada al lugar señalado se vió venir en un caballo oscuro al Generl Mitre acompañado de su estado mayor y una escolta de 20 hombres. El uniforme que vestía era una casaca negra con cinturón y tiros blancos y un chamberguito negro de fieltro con plumas negras. Su posición á caballo no era nada elegante: era más bien la de un domador con espuelas que acodilla adelante, es decir, con las puntas de los piés metidos hacia aden-

(1) Thompson asegura «que cuando pasó la línea 'divisoria de los dos campos, López se descompuso y hubo de *desmayarse*, pero que bebió un vaso de *cognac* y se repuso.—Todo esto es una grosera mentira, impropia de un escritor serio. Lo que efectivamente sucedio fué que al llegar al paso de un estero pidió agua, que se le trajo del mismo estero en una *guampa*, y ántes de beberla, mandó echar en ella algunas gotas de *cognac*. Hé ahí todo: y eso ha dado pié á la crítica de mal gusto del Sr. Thompson».

tro. El contraste que hacía resaltar su figura poco elegante al lado de la bizarra de López, era notable: eran dos adversarios con distintas ideas y distintos uniformes; pero con desmedidas ambiciones, cada uno por su estilo.

Las escoltas hicieron alto, y los dos Presidentes adelantaron hasta cruzar los pescuezos de sus caballos y se saludaron descubriéndose ligeramente y dándose las manos. En seguida se apearon, y adelantándose del sitio algunos pasos, dejando sus montados á cargo de los ordenanzas, empezaron á hablar, al aire libre, porque en ese lugar no había ninguna casa ó *rancho*.

Algunos minutos después, á pedido del Mariscal, el general Mitre mandó saludar á los generales Polydoro y Flores, invitándolos para que asistieran ellos también á la entrevista. El primero agradeció el saludo y se disculpó de no poder comparecer; pero el segundo concurrió y fué presentado por Mitre al Mariscal, quien le acusó como el causante de la guerra que aniquilaba á las dos repúblicas en provecho del Brasil, cuyo cargo rechazó Flores manifestando que nadie era más celoso que él por la independencia de su patria. Pocos minutos después se retiró.

El mariscal presentó al general Mitre su cuñado el general Vicente Barrios y sus dos ya mencionados hermanos; á su vez el general Mitre presentó

al Mariscal el general Hornos y varios otros gefes. (1). López manifestó el deseo de conocer personalmente al coronel (después general) Rivas; pero Mitre le dijo que estaba ocupado fuera del campamento en una comisión. Efectivamente, en esos momentos, estaba ocupado en embarcar en *Itapirú* los batallones argentinos destinados á reforzar la división de Porto Alegre para dar el ataque de *Curupayty*.

Después de estos cumplidos preliminares, quedaron los dos presidentes solos, y estuvieron conferenciando cinco horas seguidas, durante las cuales unas veces, permanecían sentados y otras se paseaban. Los dos fumaban, y López cada vez que se le apagaba el cigarro, hacía uso para encenderlo de una yesquera de oro muy bien cincelada; trabajo del platero Mugica, que llevaba siempre en el bolsillo derecho del chaleco.

Las sillas en que se sentaban fueron llevadas del cuartel general de López, y para finalizar la conferencia llamó á su Secretario el mayor Manuel Palacios, (2) y le ordenó que aproximara una mesita redonda que también fué llevada junto con las si-

(1) Don Silvano Godoy está mal informado al asegurar que el entonces Comandante Mansilla (hoy general) fué también presentado á López. Este tenía fuertes prevenciones contra aquel, á quien tachaba de *ingrato*! (Monografías históricas.)

(2) Vecino de Misiones, pero no era pariente del Obispo, antiguo telegrafista, no atrazado de instrución.

llas, y trajera tinta y papel para escribir. Cuando ya estuvo listo, dictó el siguiente protocolo ó memorandum:

« S. E. el Sr. Mariscal López, Presidente de la « República del Paraguay en su entrevista del 12 « de Setiembre invitó á S. E. el Presidente de la « República Argentina, General en Gefe del Ejér- « cito Aliado, á procurar medios consiliatorios é « igualmente honrosos para todos los beligerantes, « á fin de ver si la sangre hasta aquí derramada no « puede considerarse suficiente para lavar sus mu- « tuos agravios, poniendo término á la guerra más « sangrienta de Sud-América, por medio de satis- « facciones mútuas é igualmente honrosas y equita- « tivas, que garantan un estado permanente de paz « y sincera amistad entre los beligerantes.»

« El general Mitre, limitándose á oir, respondió que se refería á su gobierno y á la decisión de los aliados, según sus compromisos.»

Antes de separarse brindaron con *cognac* y cambiaron sus látigos en recuerdo de la entrevista. López, además obsequió al general Mitre con algunos cigarros criollos fuertes de los que él acostumbraba fumar. Mitre aseguró á López al despedirse que las operaciones de la guerra serían llevadas adelante con el mayor vigor.

Esta escena final, dice Paranhos, hacía recordar uno de esos episodios épicos de la antigüeda-

Y ello es verdad. La famosa entrevista referida por Homero (Lib. VII) entre Héctor y Ayax, acordando los dos campeones á postergar el combate para otro día, termina con este discurso del primero:

« Y antes démonos ambos uno al otro
« brillantes dones, porque alguno diga
« así de los Aquivos y Troyanos:
« *Estos dos combatieron rencorosos*
« *en terrible batalla*; *pero unidos*
« *en amistad al fin se retiraron*».

Y al terminar estas palabras, Héctor ofreció á Ayax su espada, cuyo pomo adornaban clavos de fina plata y estaba pendiente de un bien labrado tahalí. Ayax á su vez regaló á su rival un vistoso ceñidor color de púrpura con que sujetaba la chaquetilla. Después de lo cual los dos se retiraron.

Es cierto que aquí no existe una completa paridad: no hubo combate singular á arma blanca como en la antigüedad; todo se concretaba á más ó menos acalorada discusión sobre los motivos que dieron lugar á la guerra y las responsabilidades que sobre cada uno pesaban como gobernantes.

La lucha fué indudablemente una de las más sangrientas conocidas en el mundo, y el carácter típico de su encarnizamiento es solo comparable con la de los tiempos heróicos de Homero.

El Mariscal, al ser interrogado por Mitre, durante la entrevista, si creía posible entrar en arreglo de paz bajo las bases del Tratado de Alianza, contestó con energía que jamás podría aceptar las condiciones de ese tratado, que nunca podría servir de base á un arreglo de paz, y que si esas eran las únicas condiciones que se le hacían, las resistiría hasta el último extremo.

El asunto de la conferencia se dió por terminado definitivamente con las dos notas siguientes:

«Cuartel General en Curuzú, 14 de Septiembre de 1866.

« *A S. E el Sr. Mariscal D. Francisco S. López*
« *Presidente de la República del Paraguay y Ge-*
« *neral en Gefe de su Ejército.*

« Tengo el honor de trasmitir al conocimiento « de V. E., conforme habíamos convenido, que ha- « biendo comunicado á los aliados, cual era de mi « deber, la invitación conciliatoria que V. E. se sir- « vió hacerme el día 12 del corriente en nuestra « entrevista de *Yataity-Corá*, resolvimos de con- « formidad con lo ya declarado por mí aquella oca- « sión, referir todo á la decisión de los respectivos « gobiernos, sin hacer modificación alguna en la « situación de los beligerantes.

« Dios guarde á V. E. muchos años».

(fir) BARTOLOME MITRE.

Cuartel General en Paso-pucú, 15 de Septiembre de 1866.

« *Al Excmo. Señor Brigadier General D. Bartolomé*
« *Mitre, Presidente de la República Argentina y*
« *General en Gefe del Ejército Aliado.*

« Acuso recibo de la nota que ayer tarde V. E.
« me hizo el honor de dirijir de su Cuartel Gene-
« ral en Curuzú, diciéndome que había acordado
« con sus aliados referir á sus respectivos gobier-
« nos el asunto de nuestra entrevista del 12 en
« *Yataity-Corá*. Nada me detuvo ante la idea de
« ofrecer por mi parte la última tentativa de con-
« ciliación, que pusiese término al torrente de sangre
« que derramamos en la presente guerra, y me
« asiste la satisfacción de haber dado así la más
« alta prueba de patriotismo, ante mi país y la
« humanidad, y ante el mundo imparcial que nos
« observa.

« Dios guarde á V. E.»

(fir) Francisco Solano López. (1)

En honor á la entrevista, los bombardeos de una y otra parte cesaron aquel día y el siguiente, estableciéndose una especie de armisticio tácito, en la presunción de que ya estaban iniciados los pre-

(1) Todos estos documentos son sacados del apéndice de la obra de Shneider, y han sido traducidos por mí del portugués, así no sería extraño que los términos no correspondan exactamente á los de los originales que deben obrar en el archivo de guerra de la República Argentina

liminares de la paz tan anhelada por ambos bandos. Los soldados y algunos oficiales aliados, aprovechándose de esa circunstancia, se acercaron á conversar con nuestras tropas y oficiales de la vanguardia; pero las conversaciones de aquellos no eran enteramente inocentes, sino con espíritu y tendencia á debilitar la lealtad de los nuestros al cumplimiento de sus deberes hacia la patria; y á destruir su adhesión al Gobierno de la República.

En vista de esto, el Mariscal tomó sus medidas para impedir la desmoralización de las tropas por incidiosas propagandas, y como no había nada acordado al respecto, dió orden para que fuesen tomados prisioneros á los que se acercasen á nuestras avanzadas. De esta manera cayeron en su poder el mayor Díaz y un alférez que le acompañaba, pertenecientes al ejército argentino.

Don Pedro Recalde, uno de los que formaban la titulada Legión paraguaya, de cuya organización y admisión en el ejército aliado ya hemos tenido ocasión de hacer mensión en el primer Tomo de estas memorias, acompañado de otros, cometió la injustificable imprudencia de acercarse, durante la entrevista á nuestras avanzadas, con la evidente intención de procurar la deserción de nuestras tropas mediante una propaganda hecha con sutileza y astucia, enmascarándola con frases destinadas á halagar su orgullo nacional.

Como fueron bien recibidos y tratados con la simpatía propia de paisanos, quedaron muy complacidos y contentos, y un tal Ruiz, vecino de Limpio prometió volver al día siguiente con Recalde y algunos otros, á tomar mate y á charlar con los de nuestra guardia avanzada.

El Mariscal que tenía un odio mortal á todos los de la Lejión paraguaya como los peores enemigos de su autoridad y de la patria, en cuanto supo, mandó preparar una celada para apoderarse de todos ellos. Al efecto, ordenó al Teniente Samaniego de la escolta de dragones, un hombre de una fuerza hercúlea, se disfrazase de sargento, y al capitán Juan Manuel Montiel (después coronel) se pusiese una camiseta de tropa con divisa de cabo, y acompañados de dos ó tres más, se trasladasen á la guardia avanzada é hiciesen el papel de formar parte de ella, y que cuando apareciesen los paraguayos legionarios del ejército aliado, los recibiesen con amabilidad y luego se apoderasen de ellos conduciéndolos en seguida á *Paso-pucú*.

Así se hizo, y cuando se presentaron los esperados huéspedes, fueron recibidos con demostraciones de amistad y de cariño. Samaniego se apresuró á dar un afectuoso abrazo acompañado de dulces palabras fraternales á Ruiz, y este por más esfuerzos que hizo para librarse de tan incó-

moda caricia, fué vano su esfuerzo y se quedó no más ahí prensado como una palomita sin poder moverse más, apesar de las más encarecidas súplicas de que no le apretara tanto. En vista de este agazajo tan original, Recalde que desde luego recelaba algo, se echó á correr y tuvo la suerte de escaparse; pero un tal Surián que recurrió también á la ligereza de sus piernas, fué alcanzado por el *cabo* Montiel y de atrás le dió por la cabeza un tremendo hachazo, dejándolo tendido en el suelo.

Ambos fueron conducidos á *Paso-pucú* maniatados. A su llegada Ruiz manifestó el vivo deseo de ver al General Díaz, que, según decía, tenía fama entre los aliados, como uno de los más valientes de los gefes paraguayos.

El Mariscal, informado por el oficial conductor del preso, del deseo que este tenía, telegrafió á Díaz que estaba en *Curupayty*, que viniera en seguida. En cuanto se presentó al cuartel general y después de una breve conversación sobre los trabajos de *Curupayty*, le dijo que pasara donde estaba Ruiz que deseaba verle. Díaz obedeció en el acto, y llegado al sitio donde estaba Ruiz, éste quizo dirijirle algunas palabras de felicitación; pero Díaz las rechazó, mandándole aplicar en pago de su indiscreta curiosidad, cien *lazazos*!—Un castigo tan bárbaro dejó á Ruiz á la miseria, como fácilmente podrá imajinarse el lector.

Al día siguiente, el Mariscal designó á don Carlos Riveros que, á la sazón se encontraba en *Pasopucú*, para que asociado conmigo, tomara declaración jurada á Ruiz y á Surián, debiendo actuar en calidad de Secretario el sargento Perina (alias *Merimac)* vecino de la Capital.

Aquellos individuos confesaron que habían recibido instrucciones del General Flores, en cuyo campo habían estado, para acercarse á nuestras avanzadas al amparo de la tolerancia en esos momentos, y procurasen con sutileza á excitar á nuestras tropas á pasar al enemigo, donde recibirían buenas recompensas y serían tratadas con todo género de consideraciones.

El General Flores en cuanto supo lo que les había sucedido á sus enviados, rompió un furioso bombardeo sobre nuestra trinchera del *Paso Gómez*; y el General Mitre algunos días después dirijió una nota al Mariscal reclamando la libertad de Ruiz y Surián, como soldados del ejército aliado. López por toda contestación, le adjuntó testimonios de sus respectivas declaraciones que constataban la misión con que habían venido á visitar á nuestras avanzadas.

Terminado el sumario, hicimos entrega de él al General Resquín, y no supimos más de ellos, ignorando la clase de muerte que les habrá tocado á los reos.

La relación de Thompson al respecto es deficiente y apasionada.

Ruiz, entre otras cosas, confesó que una ocasión había sido comisionado por los aliados al interior del país, á objeto de desparramar por la campaña una proclama incendiaria firmada por los conspicuos de la Legión paraguaya, conjurando al pueblo que se sublevara contra el Gobierno del Mariscal López. Que sin ningún tropiezo ni dificultad cumplió su comisión, llegando hasta Limpio, lugar de su nacimiento, y que por todo el trayecto que recorría, de noche más que de día, iba echando las proclamas impresas que llevaba.

López se retiró de la entrevista algo preocupado; en el camino se detuvo á comer en una casita, donde lo esperaban Mme. Lynch y el obispo Palacios. En el cuartel general se manifestó más expansivo y alegre. Refirió parte de su conversación con Mitre, de quien se había quedado prendado, admirando su capacidad é inteligencia, y deplorando no haberlo tratado personalmente antes de la guerra.

El Mariscal, teniendo presente aquello de que la ociosidad es madre de todos los vicios, quizo que se aprovechara en algo útil el tiempo de ocio á que

daba lugar la paralización de las operaciones de guerra.

Con esta mira, me ordenó que estableciese bajo el naranjal una especie de escuela ó academia, y enseñara gramática castellana, geografía y los idiomas francés é inglés teórica y practicamente, á todos los ayudantes jóvenes y otros individuos del cuartel general y de la mayoría que quisiesen estudiar.

La idea no podía ser más feliz. Con ella dió á comprender el Mariscal, que poseía un elevado espíritu progresista, penetrado sin duda de que contra la ignorancia no hay otro antídoto que la ciencia, y que, finalmente, las preocupaciones del momento no obstaban del todo para ejercitar la inteligencia en algo útil y provechoso.

Inauguré mi clase con un breve discurso sobre la importancia del estudio de la lengua que uno habla y de las de las otras naciones con las cuales se cultivan relaciones de comercio y de industria. Que la palabra era el don más precioso con que Dios había dotado al hombre, haciéndolo superior á todos los demás seres; que era el elemento más poderoso para la difusión de la luz entre los pueblos del mundo —más poderoso aún que la espada y el cañón; y que la gramática enseñaba las reglas para hacer uso de ella correctamente.

Mis discípulos ó alumnos eran, por decirlo así,

jóvenes formados sobre el yunque de Marte, pero se conocía en su fisonomía, que estaban igualmente dispuestos, tan siquiera por intervalos, á rendir culto á Apolo. Algunos de ellos lucían galones de alta graduación, ganados en acciones heróicas en defensa del sagrado suelo de la patria. En circunstancia tan anormal, en medio de la atmósfera candente de las armas, no era de esperar que nuestra escuela pudiese continuar sus tareas sin interrupción, ni pudiese alcanzar un alto grado de prosperidad. Sin embargo, tal fué la aplicación que desplegaron y el deseo de aprender de que estaban animados, que consiguieron vencer, en breve tiempo, las primeras dificultades, y traducían algunos de un idioma á otro bastante bien.

Semejante á un grupo de pájaros que al sentir cualquier novedad, alzan el vuelo, siguiendo distintas direcciones, así eran mis alumnos cada vez que tenía lugar alguna acción de guerra con el enemigo. De repente se desparramaban llevando diferentes comisiones: algunos regresaban sanos, otros heridos, y los más quedaban tendidos en el campo, víctimas de las metrallas ó balas enemigas. ¡Qué horror! Y sin embargo, todo eso pasaba como la cosa más natural del mundo!... Todos corríamos envueltos, como decía un distinguido escritor argentino (1) refiriéndose á la época calamitosa de la

(1) D. José T. Guido (hijo).

tiranía de Rosas, en ese torbellino alternativamente sombrío ó brillante que arrebata al entendimiento el tiempo apacible de la paz y de la libertad tan necesaria para dedicarse al estudio de las letras.

CAPITULO IX

Batalla de *Curupayty*—Derrota de los aliados con inmensas pérdidas—Desinteligencia entre los Gefes aliados—

Curupayty, por más de una circunstancia, es la batalla más trascendental que ha tenido lugar en la pasada guerra.—Es la victoria más positiva, más ruidosa y gloriosa que han alcanzado las armas paraguayas; y por su consecuencia pesará eternamente en la conciencia de los aliados, y en particular, en la de los argentinos, que han tenido que lamentar la pérdida de muchos jóvenes aventajados pertenecientes á las familias más distinguidas de su sociedad. Es, sin embargo, por otro lado, una hecatombe gloriosa para brasileros y argentinos, porque representa el heroísmo de los dos, que sin arredrarse ante el peligro y

fieles á sus antecedentes, se lanzaron al asalto con intrepidez y valentía.

Curupayty constituye un gran recuerdo para el Paraguay, porque sintetiza las virtudes sublimes de que dieron pruebas sus hijos en defensa de su derecho; es un foco luminoso de inspiración donde podrán ocurrir las generaciones venideras para retemplar su espíritu, mantener vivo el sentimiento del deber y robustecer su patriotismo; es una gloria indiscutible, cuya aureola irá en aumento á medida que pasen los tiempos atestiguando la pujanza, el valor y el heroísmo de la nación paraguaya.

Pero....séame permitido hacer la relación de los detalles que son indispensables para darse cuenta de la importancia del combate y de su resultado.

Los trabajos de la nueva trinchera continuaron de día y de noche, cada vez, por supuesto, con más tezón á medida que los preparativos del enemigo aumentaban la probabilidad de un pronto ataque, y á pesar de las bombas que arrojaban sobre los trabajadores los buques de la escuadra enemiga.—Esos trabajos ocupaban, como ya se dijo toda la guarnición que consistía en unos 5.000 hombres, más ó menos, que se turnaban cada 8 horas por terceras partes.

El 16, el enemigo estableció una batería en una

pequeña altura á distancia de unos 400 metros de nuestra línea. Al día siguiente temprano á eso de las 7, el General Díaz mandó practicar con una partida sacada del Batallón 27 un reconocimiento sobre la nueva batería, y después de cambiar algunos tiros con el enemigo, regresó.

El 18, se repitió la misma operación, sin más incidente que el cambio de tiros.

El 21, después de medio día, el General Díaz participó al Mariscal, que las trincheras estaban listas para recibir al enemigo. Entonces ordenó al ingeniero Thompson que pasara á *Curupayty* á hacer una inspección detenida de las nuevas fortificaciones y le diera cuenta de su estado. Thompson dió parte al Mariscal ese mismo día: «que la posición era fuertísima y podría ser defendida con ventaja.»

Esa misma tarde, á eso de las 6, vino el general Díaz á *Paso-pucú*, y, ratificando la opinión de Thompson, manifestó con entusiasmo, que si todo el ejército aliado le trajese el ataque, todo el ejército aliado quedaría sepultado al pié de las trincheras. —Lo dijo esto con un tono de confianza tan grande que el Mariscal, que por ese tiempo andaba indispuesto, se sintió reanimado, se puso contento, y esperó al enemigo con la casi seguridad de conseguir un gran triunfo.

El foso (1) tenía dos varas de profundidad y cuatro de ancho, y en toda su extensión se había colocado un lijero *abattis* formado de árboles con las ramas para fuera y los troncos hacia adentro. La línea tenía ángulos salientes y estaba artillada por 49 piezas de posición, (2) 13 de estas estaban colocadas sobre el río y las demás en la nueva trinchera. Entre ellas había 8 piezas de á 68, de las que dos estaban colocadas para defender el frente por tierra, y 4 exclusivamente sobre el río para hostilizar á las corazas, y las otras dos sobre el flanco derecho, ó sea en el mismo ángulo, de manera á barrer igualmente su frente por tierra y por el río, haciéndolas girar un poco de uno á otro lado.

La guarnición se componía de las tres armas. La infantería estaba compuesta de los siguientes batallones, según el orden de su colocación en la trinchera nueva de derecha á izquierda: el 4, al mando del capitán Insaurralde colocado en el ángulo sobre el río; el 36, al mando del mayor Fernández; el 38, al mando del mayor Escurra; el 27, al mando del mayor Juan González; *(pyárasy)*; el 9

(1) El general Garmendia, en sus *Recuerdos de la G. del Paraguay*, dice que el foso tenía 4 metros de profundidad y otro tanto de ancho—lo cual no es exacto.

(2) Jourdan calcula 58 sobre la nueva línea y 32 sobre la del río, que hacen un total de 90 piezas! El número que dejo consignado es exacto y está confirmado por Thompson, que es autoridad en la materia, por que más que nadie tenía motivo para saberlo.

al mando del mayor Olmedo; el 7, al mando del teniente coronel Luís González y el 40, al mando del mayor Duarte. El personal de estos cuerpos variaba mucho en esa época. El 40 por ejemplo tendría entonces próximamente 800 plazas; el 36, 600 plazas, y los demás, 500 y 400 y pico.

El comandante Luís González era el gefe inmediato de toda esa infantería.

La división de caballería que ocupaba la extrema izquierda hacia *Chichí*, se componía de los regimientos nº 6, al mando del capitán Gregorio Escobar; nº 8, al mando del capitán Bernardino Caballero; nº 9, al mando del capitán Peralta, y el 36 al mando del capitán Avalos.—El capitán Bernardino Caballero (1) (hoy general), como el más antiguo, era el gefe inmediato de esta división, y durante el combate, estaba situado con su regimiento atrás de la batería del ángulo, para reemplazar con su gente á los artilleros muertos ó heridos, en razón de que uno de sus escuadrones había recibido instrucciones de artillería para prestar servicio en esta arma en los casos ofrecidos.

Las baterías sobre el río hasta el ángulo eran mandadas por el bravo capitán de marina Domin-

(1) Este valiente y distinguido oficial fué llamado por el Mariscal el día 3 de Septiembre, y diciéndole que *Curuzú* había sido tomado, le ordenó que pasase con su regimiento á reforzar á Díaz á fin de contener al enemigo en caso que avanzase. Así lo hizo y desde entonces quedó allí á prestar su servicio.

go A. Ortiz y el mayor Albertano Zayas, (1) que fué dado de alta para desempeñar ese puesto en la acción.

En la nueva línea, la batería de la derecha era mandada por el capitán de marina Pedro V. Gill; la del Centro por el capitán de artillería Adolfo Saguier, y la de la izquierda por el mayor Pedro Hermosa (hoy Coronel).

El general Díaz mandaba en gefe toda la fortificación.

El general Mitre, según hemos visto, aceptó con frialdad la idea de operar por nuestra derecha antes de la toma de *Curuzú*, y la prueba más palpable de que no había tenido predilección por ese plan, es que se llevó á la práctica, sin que en la operación hubiese tomado parte un solo argentino. Más; después del triunfo de los brasileros, parece haberse operado en su ánimo una reacción, que le hizo cambiar de idea, alimentando la convicción de que no era por nuestra *izquierda* sino por *Curupayty* que podía obligar al Mariscal López á refugiarse con su ejército en la fortaleza de *Humaytá*, suprema aspiración de los aliados para concluir la guerra. Y la prueba de este hecho es, que se marchó con todo el ejército argentino á

(1) Este fué un joven que comenzó su carrera siendo escribiente al lado del Mariscal, de quien llegó á ser ayudante. Era joven inteligente y de exterior agradable, descendiente de un porteño.

Curuzú, (1) para dirijir en persona el día señalado el ataque de *Curupayty*.

Lo hizo todo esto con estusiasmo, en la creencia de que la iniciativa del Mariscal para la conferencia de *Yataity-corá*, importaba un acto de desfallecimiento, y por eso, sin duda, no tuvo inconveniente en declarar espontáneamente á aquel al separarse, que antes que transcurriese la semana, se llevaría adelante con vigor las operaciones; se entiende, en combinación con la escuadra, según indicaban los movimientos preparatorios.

El ataque de *Curupayty* fué discutido en junta de guerra celebrada el día 7, pero recién en la que tuvo lugar el 8 de Septiembre fué resuelto definitivamente; determinando:—1° Que el General en gefe con una fuerte columna argentina, se trasladara á *Curuzú* para reforzar al ejército de Porto-Alegre, y con el nuevo ejército así combinado practicar el ataque—2° Que el General Flores con la caballería aliada, amenazara la retaguardia del punto asaltado, cortando el camino de *Humaitá*, y 3° Mantener mientras tanto el general Polydoro á la defensiva el campo atrincherado de los aliados en *Tuyutí*, pudiendo en caso dado y oportunamente prevenido, concurrir á operar por la derecha ó por el frente de las líneas paraguayas. (2)—Estas re-

(1) Véase protocolo de la junta de guerra del día 8 de Setiembre de 1866.

(2) Solo 1.000 hombres quedaron en *Tuyutí*.

soluciones fueron llevadas á cabo sin pérdida de tiempo.

Las fuerzas con las que se iba á practicar la operación estuvieron reunidas el 14, y se dispuso que el ataque tuviese lugar el 17.—En otra reunión y creo que fué la última, acordaron los generales que la escuadra comenzaría el bombardeo al amanecer, á cuyo efecto deberían colocarse los buques de nuestras baterías del río á tiro de metralla. Que una vez destruídas estas, tomarían posición en un punto conveniente para barrer de enfilada las de tierra, y que, cuando tanto la artillería como la guarnición, estuviesen reducidas á *polvo*, enarbolaría una bandera roja y blanca, que sería la señal para que las columnas argentinas y brasileras se lanzasen al asalto.

El día señalado (17), las fuerzas argentinas y brasileras se aprestaron para el ataque, tomando las posiciones convenientes; pero el bombardeo, con extrañeza de los generales, no se dejó oir. Entonces, mandaron averiguar la causa del silencio que constituía una falta á lo convenido y acordado.

El Almirante Tamandaré contestó, manifestando que la escuadra de su mando no bombardeaba *porque el tiempo amenazaba lluvia!*

Efectivamente, á medio día del 17 sobrevino una copiosa lluvia que duró tres días, es decir, hasta el 20, haciendo imposible el ataque hasta el 22.—Del

21 al 22, el tiempo estaba completamente despejado; el cielo claro y los rayos solares llevaban el calor hasta el suelo por los intersticios de los árboles y de los juncales.

El día 22, por la mañana, de 7 1/2 á 8, empezó la escuadra un gran bombardeo, que anunciaba que había llegado por fin el momento de iniciar la gran batalla.—La escuadra estaba entonces compuesta de 22 buques; 5 encorazados y los demás de madera de diferentes tamaños, que hacían vomitar sobre nuestras posiciones 101 piezas de artillería de todos calibres. A las 12, los encorazados Barroso, Brasil y Tamandaré levaron ancla y siguieron aguas arriba, á fin de barrer la retaguardia de nuestra trinchera; pero debido á la altura de la barranca, aquélla no era visible, de suerte que la mayor parte de sus tiros fueron por elevación, excepto unos que otros que causaron unas cuantas bajas á nuestra gente.—Una bala de 150 pegó en una pieza de á 68 colocada sobre el río y la dividió en dos desmontándola. (1) Esa misma bala mató al mayor Zayas, cuyo cuerpo fué hecho pedazos, y las astillas de la cureña hirieron á todos los artilleros que la guarnecían.

La pequeña trinchera que servía de avanzada para defender los trabajos de la línea principal, fué

(1) Esta pieza tronchada de esta manera fué usada después en las fortificaciones durante la guerra para arrojar metrallas.

abandonada á las 10 1/2 bajo el fuego de las baterías enemigas retirándose algunas piezas que tenía dentro de la línea principal. Al penetrar adentro las tropas, una bomba de morteró de á 150 derribó una parte del parapeto, y las tierras desprendidas voltearon y dejaron enterrado de bajo á un oficial. (1) Cuando fueron con palas á levantar las tierras caídas para componer el desperfecto, le sacaron de allí casi moribundo, sin que antes por algunos minutos, se haya podido dar razón de su repentina desaparición!

A las 12 1/2 las fuerzas aliadas que se habían formado al empezar el bombardeo, llevaron el ataque sobre nuestra posición en cuatro columnas: dos argentinas y dos brasileras que fueron distribuídas al llevar el ataque de la manera siguiente:

La 1ª columna brasilera se dirigió sobre nuestra derecha por el mejor camino que iba por entre el bosquecillo de la orilla del río. La 2ª brasilera constituía con la 3ª argentina una columna sobre el Centro; y la 4ª también argentina sobre la izquierda.

Las dos columnas del Centro eran dirigidas: la brasilera, por el general Albino Carvalho y la argentina por el General Paunero.

La de la derecha que marchaba por la orilla del río, iba al mando inmediato del Coronel Augusto

(1) Era el Subteniente Cesareo Cáceres del Batallon 36.

Caldas, y se componía de 6 batallones de infantería y 3 cuerpos de caballería á pié. La 2ª brasilera que formaba la columna central, se componía igualmente de 6 batallones de infantería y 3 cuerpos de caballería á pié.

La 3ª ó sea la argentina formando con la 2ª brasilera la columna central, al mando del General Paunero, se componía de 12 batallones de Infantería, ó sea de tres brigadas,—la de Susini á las órdenes del Coronel Rivas:—Batallón Santa Fé, 2ª Legión de voluntarios, batallón de Salta y 5° de línea: —la de Rivas, 1° de línea, 3° de línea, el San Nicolás y Legión Militar; y la de Arredondo, 4° y 6° de línea, 1ª Legión de voluntarios y el de la Rioja.

Y la 4ª ó sea la que se dirigió á nuestra extrema izquierda y que iba al mando del General Emilio Mitre, gefe del 2° cuerpo del Ejército argentino, se componía en el asalto de 5 batallones á las órdenes del Coronel Mateo Martínez: 9 y 12 de línea 3° de Entre-Ríos, 2° de línea y 1° y 3er regimiento de guardias nacionales.

La columna argentina bajo la dirección del General Emilio Mitre, estaba apoyada por una batería de 12 piezas al mando del Coronel Julio de Vedia; y las dos brasileras estaban igualmente apoyadas por una batería brasilera servida por un cuerpo de artillería á caballo con 8 piezas ra-

yadas, 2 obuses y 4 coheteras á la *congrève* y una sección de zapadores.

Además, uno ó dos batallones armados de rifles fueron colocados en el Chaco para hostilizar á la guarnición de nuestras posiciones.

Todas esas columnas se pusieron en movimiento á la hora ya indicada.... en perfecto orden, al son de los clarines y al toque marcial de las bandas de música. Las tropas todas bien uniformadas, cubiertas de vistosos trajes y los jefes y oficiales en su mayor parte con uniformes de gala. Avanzaron con gallardía y entereza, sostenidas por las descargas combinadas de sus respectivas baterías y de la escuadra.—En cuanto hicieron su aparición en el espacio libre, estallan nuestras baterías sucesivamente de derecha á izquierda con fragor espantoso que hacía temblar la tierra y conmover la atmósfera; cruzan sus fuegos convergentes sobre ellas, sembrando en sus filas confusión y muerte.—Un alarido salvaje de entusiasmo contesta á los primeros estragos, y se arrojan bravas las tropas aliadas al asalto, llegando bastante bien á la trinchera de vanguardia que se había improvisado para protejer los trabajos de la línea principal y que como ya se dijo, estaba abandonada; pero de allí en adelente las bombas, las balas rasas y metrallas que vomitaban sin cesar los cañones de nuestra posición, abrían sendos claros en sus columnas, cayendo al

suelo por compañías enteras como juguetes de plomo; se veían saltar por los aires en revuelta confusión, hombres hechos pedazos, armas, faginas y escaleras (1) de que iban provistas para el asalto, y telones de charcos de agua mezclada de sangre que hacían levantar los proyectiles como trombas á grandes alturas. Sin embargo; continuaban su marcha las columnas hasta llegar destrozadas cerca de nuestra trinchera principal, que parecía advertirles: habeis llegado al término á donde podeis llegar, de aquí no pasareis. *¡Non plus ultra!* Allí caían al borde del foso y algunos dentro de éste, víctimas de los fuegos cruzados de nuestros cañones y de las descargas certeras de los fusiles de chispa de la infantería colocada trás de los parapetos.— Algunos gefes argentinos de la columna del centro, montados en briosos corceles, llegaron hasta casi el borde de los fosos, donde permanecieron animando á sus tropas; pero casi todos perecieron.

¡Qué espectáculo! ¡Era horriblemente bello é interesante!

La imaginación del poeta no hubiera necesitado esforzarse para pintar un caos infernal con todos los tonos y rasgos característicos de tan singular y espantoso cuadro (2)! En efecto, aquel continuado

(1) Los soldados llevaban además cacerolas porque iban dispuestos á cenar en «Humaitá.» ¡El hombre propone y Dios dispone!

(2) Algunos enganchados del Ejército aliado se enloquecieron en presencia de aquel pavoroso cuadro. Uno de ellos aún exíste en el manicomio!

tronar de las armas de fuego, llenando la atmósfera de un espeso humo gris-negro que podría cortarse como una masa y que no permitía ver los objetos á cuatro metros, aquella sucesión no interrumpida de relámpagos que producían los disparos de los cañones y las curbas ígneas que describían los cohetes á la *Congréve* siguiendo diferentes direcciones, cuyas lívidas luces rasgaban la densa oscuridad, y aquel olor á pólvora, á sangre y á azufre que despedía todo—imprimía á ese fúnebre y horrible drama todos los distintivos de un verdadero *pandemonium!* En medio de aquel titánico encarnizamiento, de aquel bramido ensordecedor de los elementos bélicos, se oían las voces de los jefes paraguayos animando á sus soldados: *¡Neiquena los mitá! ¡Orporámaca los cambá!...* A los que respondían gritos estridentes de dolor que lanzaban los heridos y moribundos de los enemigos que caían víctimas de su valor y arrojo, la mayor parte para no levantarse más.

Conviene advertir que una hora después que la división del Coronel Rivas se aproximó á nuestras trincheras, fué reforzada por la del Coronel Arredondo, y por los batallones 9, 12 de línea y 3 de Entre-Rios, pertenecientes al 2° Cuerpo del Ejército Argentino.

Las columnas de ataque brasileras fueron igualmente reforzadas por la división del Coronel Lucas

de Lima, compuesta de 6 cuerpos de caballería á pié, y en los últimos momentos tomaron también parte los batallones 8, 20 y 46 de Voluntarios de la Patria, que al principio daban protección á la artillería. (1)

Los aliados dieron dos embestidas sucesivas, á cuales más heróicas á nuestra fortificación; en cada una de ellas, rivalizaron soldados, gefes y oficiales, en entusiasmo, valor é intrepidez, haciendo una verdadera ostentación de arrojo y desprecio de la vida.

El combate duró hasta las 4 de la tarde, hora en que el General Mitre, convencido de que todo esfuerzo era inútil para apoderarse de *Curupayty*, dió orden de retirada. Los que quedaron vivos se replegaron lentamente, llevando sus heridos, al campamento de *Curuzú*, sufriendo en esta retirada nuevos y terribles estragos como era consiguiente.

En el sitio donde se encontraba el batallón 9 que guarnecía la nueva trinchera, el *abatis* era más ralo y el foso más angosto y menos profundo; por esta razón y por vía de precaución para evitar cualquier incidente comprometedor, dicho batallón, así que se aproximaba el enemigo por ese lado, fué reforzado por el regimiento núm. 6 al mando del Capitán Gregorio Escobar.

(1) Schneider—Notas de Paranhos.

Schneider en su obra titulada «La Guerra de la Triple Alianza contra el Gobierno del Paraguay» (p. 120 Edición traducida 1876) guiado por el Relatorio del Ministro de la guerra brasilero, dice: que de la columna que atacó la derecha de nuestra fortificación, (izquierda brasilera) una compañía llegó á penetrar dentro de nuestra trinchera, y se apoderó de 4 piezas de artillería; pero que los paraguayos acudieron allí luego, los rodearon y mataron á cuantos no tuvieron tiempo para huir.

Toda esta relación es falsa. Ni un solo brasilero ni argentino penetró en *Curupayty*. Algunos de la columna brasilera, desesperados por el fuego mortífero que á quema ropa los trituraba en pedazos, se echaron en el foso, y esos cayeron prisioneros en nuestro poder.

El General Díaz se mantuvo á pié durante todo el tiempo que duró el combate atrás de la batería que comandaba el Capitán Ortiz, y recién cuando el enemigo se pronunció en retirada, montó á caballo y recorrió toda la trinchera, echando *vivas* y mandando tocar dianas con la banda militar que tenía, y con los tambores y cornetas. El entusiasmo fué inmenso. El bombardeo de la escuadra aún continuaba, pero ya no con tanta actividad.

El General Díaz quizo hacer perseguir con la caballería al enemigo; pero el Mariscal se lo prohibió terminantemente.

Las pérdidas de los aliados fueron enormes. Dejaron sobre el terreno más de cinco mil cadáveres, según cálculo aproximativo de los actores principales de aquel gran combate.

El batallón 12, á las órdenes del mayor Saturnino Viveros, fué llegando á *Curupayty*, como media hora después de haber terminado la acción; sin duda fué enviado allí para cuando fuese necesaria su cooperación. Y como no hubo esa necesidad, recibió orden para salir fuera de trinchera á recoger las armas y los despojos de que estaba sembrado el campo; volvieron de allí los soldados vestidos con los uniformes argentinos y brasileros que habían quitado á los muertos, y como habían recibido su paga poco antes, encontraron y trajeron muchas libras esterlinas, relojes y otras alhajas de oro y plata. Recogieron, además, algunos pocos heridos prisioneros y unas seis mil armas entre fusiles, carabinas á la *minié*, espadas y un porta estandarte de la Legión militar argentina, la bandera de uno de los rejimientos brasileros á pié, cajas de guerra, cornetas y varios instrumentos de banda militar.

De nuestra parte, las pérdidas fueron muy insignificantes: entre muertos y heridos no pasaron de 92 hombres, la mayor parte de ellos heridos por las balas del batallón brasilero (16 de voluntarios) que estaba colocado en el Chaco. El Teniente de marina José P. Urdapilleta fué herido en un

brazo por una de éllas, y el de igual clase de caballería, Jaime Lescano, ayudante del mariscal, fué muerto por otra que le atravesó el cuello. El ingeniero polaco, Myskowsky, con familia en el Paraguay, fué muerto por una bala de Whitworth de á 1 que le atravesó la cabeza. Esa fué la primera vez que los aliados hicieron uso de ese proyectil que por lo bonito se hacía servir para apretar papel en los escritorios de campaña. Las tropas que de todo se reían y á todo le ponían nombre, lo bautizaron con el de *fiú í*, pues había otro, el de 32, que lo llamaban simplemente *fiú*. Esta palabra expresa el ruído que hace dicha bala al pasar rápida por sobre ellos.

La escuadra en esa ocasión lanzó cinco mil bombas, y los paraguayos hicieron como 7 mil tiros de cañón. (1)

Los argentinos tuvieron 16 gefes fuera de combate, 6 muertos: Rosetti, Alejandro Díaz, Charlone, Olascoaga, Fraga y Salvadore, todos comandantes de batallones. Heridos: Rivas (comandante de una brigada), Calvete, Ayala, Gaspar Campos, R. Victorica, Giribone, Retolaza, Sotel, Lora, L. Mansilla, total 16.

El coronel Rivas, que se portó esa ocasión como siempre,—como un valiente—fué proclamado general sobre el campo de batalla.

---

(1) Thompson.

Los brasileros tuvieron fuera de combate 20 gefes:—muertos: Souza Barreto, Antune de Abreu, Fabricio de Mattos, Hypolito de Fonseca, Souza é Mello y Castillo dos Reis; Fiscales Machado, Lemos y Marciano L. da Rocha Medrado. Todos estos comandantes de batallones. Heridos:—Vasco de Alves, baron de Santa Ana de Libramento, Roque de Souza, Genuino de Sampaio, Rodriguez Liana, Aurelio de Andrade, Bento Gonzalves da Silva,—Fiscales Aniceto Voy, Cardoso da Costa, Olinto de Carvalho, Estevão da Cunha y Baptista de Moura. A bordo de la escuadra, fué herido el comandante de división, Elisario dos Santos (barón de Angra). (1)

Las bajas que tuvo el batallón brasilero que estaba en el Chaco fueron 3 muertos y 15 heridos.

Según el parte de Tamandaré la escuadra tuvo aquel día una baja de 21 hombres entre muertos y heridos, y que varias chapas habían sido rotas y muchos pernos arrancados por las balas y que, sobre todo, la madera interior había sufrido mucho. Al encorazado *Brasil* y no *Barroso*, como equivocadamente dice Thompson, se le desmontaron dos piezas de á 68, y las balas que penetraron por las troneras de los buques, que fueron muchas, no solo

(1) Notas de Paranhos á la obra de Schneider y Garmendia sobre *Curupayty*.

mataban y herían, sino que producían una alarma infernal entre los tripulantes.

Èl mismo día por la noche el General Díaz se presentó en el Cuartel General, donde el Mariscal le ofreció una expléndida cena, á la que asistieron Mrs. Lynch, el Obispo, los generales Barrios y Resquín, varias personalidades civiles y muchos otros militares del ejército de alta graduación.

Èl Mariscal López, gozó esa ocasión, tal vez única en su vida, una de las más puras satisfacciones. Altamente complacido con el resultado de àquella importante batalla, estuvo locuaz, y tuvo sus momentos de inspiración, llegando á expresar sus ideas y pensamientos, no solo con entusiasmo, sinó con verdadera elocuencia, en los postres cuando sirvieron el *champagne*. Felicitó al General Díaz, haciendo su elogio en términos adecuados y, á la vez de hacerle justicia, expresó que su nombre viviría eternamente en el corazón de sus conciudadanos, por haber merecido ese día bien de la patria.

Al día siguiente, 23, salieron fuera de la trinchera algunos batallones á enterrar los cadáveres de que estaba sembrado el campo. Cuando se hicieron los trabajos de la fortificación, se habían abierto pozos ó zanjas á lo largo de las orillas de las lagunas frente á *Curupayty* para impedir que los aliados pudieran pasarlos, como hicieron antes en *Curuzú*,

y los cadáveres fueron echados en esas zanjas hasta llenarse, y después el resto fué arrojado al río Paraguay. Uno de los batallones encargados de esa triste y pesada misión, fué el 36, compuesto de 600 plazas, y se calcula que él solo echó al río y enterró más de dos mil, es decir, de los que se encontraban dentro del terreno de nuestra posición; quedando abandonados aquéllos que se encontraban más lejos para ser, como en los tiempos de Homero, *presa de las aves de rapiña.*

Thompson afirma en su obra (1) que el General Polydoro tenía orden de asaltar el centro de nuestra posicion en *Paso Gómez*, lo cual no es cierto. Según lo resuelto en la junta de generales del día 8 que queda consignada más arriba, su deber era sencillamente mantener mientras el ataque á la defensiva el campo atrincherado de *Tuyutí*, y que cuando *oportunamente* fuese *prevenido*, concurriese á operar por la derecha ó por el frente de nuestra línea fortificada de *Paso Gómez*. Para el efecto había quedado á la cabeza de 18 á 20 mil hombres. El General Polydoro tuvo su gente durante el ataque de *Curupayty* en formación un poco á fuera de sus trincheras, para hacer creer á los nuestros que iban á avanzar, con lo que quedó llenado su deber, no constando haber

(1) Pagina 208. Edición de 1869, sobre *Curupayty*.

sido prevenido ó haber recibido orden para ejecutar ninguna operación.

En eso los aliados anduvieron acertadísimos; porque si hubiese atacado nuestra posición en *Paso Gómez*, hubieran sufrido una pérdida tan enorme ó más que en *Curupayty*, porque el terreno que hubieran tenido que atravesar, era peor que en éste punto, y hubieran estado expuestos á los fuegos de las baterías del centro y de los flancos.

El General Flores, cumpliendo con el rol que le estaba asignado en la referida junta, á la cabeza de 3.000 hombres de caballería—2.500 brasileros y 500 argentinos y orientales—se internó por nuestra izquierda, pasando el Bellaco del Norte ó sea el Estero Rojas, en *Paso Canoa*. Allí mató y tomó prisioneros á unos 20 hombres que estaban de guardia en ese punto. Uno de sus regimientos avanzó hasta San Solano; pero el grueso de su columna se mantuvo próximo al *Paso Canoa*.

Después de la victoria de *Curupayty*, el mariscal mandó dos regimientos de caballería con órdenes de cargar á Flores; pero éste prevenido del fracaso de las armas aliadas, se retiró á tiempo.

El 24 del mismo mes, Flores realizó su proyectado viaje para Montevideo, donde reclamaban su presencia los asuntos políticos de su país.

Los batallones argentinos, después del asalto se embarcaron en *Curuzú* para volver á *Tuyutí*,

quedando el 2° cuerpo del ejército brasilero siempre á las órdenes de Porto Alegre. Los brasileros en seguida trabajaron grandes trincheras, de manera á garantirse contra cualquier sorpresa.

Antes del ataque de *Curupayty*, habían sufrido algún tanto las relaciones de amistad entre el General Mitre, Porto Alegre y el almirante Tamandaré. Estos dos últimos se disgustaron por la demora que hubo en el envío de los refuerzos y con la ida del general argentino á *Curuzú* á asumir el mando ó dirección de las operaciones en persona.

Después del ataque, se agravaron esas desintelijencias, y surgieron nuevas entre el Almirante y el General Porto Alegre por un lado, y el mariscal Polydoro, por otro.

Razón tenía el *Semanario* para las observaciones que hizo al respecto el 27 de Octubre en el siguiente párrafo:

« Porto Alegre no obedece las órdenes de Po-
« lydoro, y Tamandaré, el Soberano de la armada
« imperial, no quiere tampoco entenderse para
« nada con Polydoro, formando de consiguiente
« una alianza contra Polydoro, sin admitir en
« ésta á Mitre á quien desprecia altamente. Re
« sulta de aquí que hay un ejército sin cabeza, ó
« más bien dicho, con muchas cabezas, haciendo
« imposible una operación cualquiera. Mitre, gefe

« *in nomine* del ejército, está haciendo el papel « más ridículo del mundo. »

Esta pintura que de la situación del ejército aliado hizo el *Semanario*, era exacta, y en prueba de esta verdad el General Mitre decía en una carta dirijida después de *Curupayty* al Vice-Presidente de la República Argentina, D. Marcos Paz, lo siguiente:

« Nuevos contingentes, remontarán nuestros ba- « tallones; pero la pérdida de beneméritos gefes y « oficiales, no se repone con igual facilidad. Las « sombras, que hace algún tiempo vienen dibuján- « dose en el cielo de la alianza, se condensan por « los hechos de *Curupayty*, y forman amenazado- « res nubarrones; pero confío en que, con bue- « na voluntad y alguna abnegación para silenciar « cargos que dejarían alguna responsabilidad para « todos, conseguiré despejar sus horizontes. » (1)

En nuestro ejército, donde se tenían noticias por los espías de la existencia de estas desinteligencias que, de día en día iban agravándose, se alimentaba la creencia en que no tardaría de suceder la completa ruptura de la alianza. Desgraciadamente no ha sucedido así, gracias á la habilidad y astucia del General Mitre, que consiguió salvar la alianza, respondiendo á los severos cargos que le hicieron con un profundo silencio. Sus

(1) Notas de Lewis y Estrada, á la obra de Thompson, sobre *Curupayty*.

apologistas dan mucha importancia á este silencio, y nos aseguran, que el día que el General Mitre lo rompa, quedarán sus detractores confundidos.

El descalabro de *Curupayty* tuvo una dolorosa repercusión en el Río de la Plata: indignación, llanto é inculpaciones, fueron los primeros efectos que produjo tan terrible noticia. Los aliados duramente aleccionados, resolvieron proceder con más prudencia, entregándose al estudio de nuevos planes de operaciones sobre nuestras posiciones. Transcurrieron 14 meses, durante los cuales, no hubo ningún encuentro de importancia, hasta que el Mariscal López, como siempre, sacó á los aliados de su apatía el 3 de Noviembre de 1866 con el asalto del campamento de *Tuyutí*.

Durante la batalla de *Curupayty*, el Mariscal permaneció en su cuartel general de *Paso-pucú*, y á más de las comunicaciones telegráficas que le ponían al corriente de cuanto ocurría, enviaba allí sus ayudantes que á cada rato le traían informes verbales de las peripecias de aquel gran combate. Las balas y bombas mal dirijidas de la escuadra, unas caían cerca, y otras, pasaban por encima del cuartel general silbando, yendo de rebote hasta las inmediaciones de *Tuyucué*.

Nos asegura Thompson, con mucho aplomo que el Mariscal, distrayéndose un poco, salió fuera de su terraplén, y que en ese momento sintió el

silbido de una bala, y que *ganó su casa corriendo como un gamo!*

Sigue por lo visto el Sr. Thompson en su empeño de ridiculizar al Mariscal. Con la *mentira* no se escribe la historia. Y quien se ha hecho ridículo con tan poco noble afán, es él. ¿Hay quien crea que un hombre tan corpulento como era el Mariscal, pudiese correr como un *gamo*?... Era suponerle desprovisto completamente de toda dignidad y pundonor para dar semejante ejemplo á sus subordinados. El *defensor* de Angostura, no tiene derecho de maltratar así á su antiguo protector, cuya talla, á pesar de sus defectos como militar y de los errores que ha cometido, se encuentra muy arriba de la de su detractor y de la de muchos en igualdad de circunstancias.

¡Cosa rara! La victoria de *Curupayty*, no fué conmemorada con grandes ascensos, ó con recompensas especiales de honor. Solo hubo algunos ascensos entre las clases subalternas en su mayor parte: el del mayor Fernández á teniente coronel; el del sargento Escobar del batallón 36 (hoy general), á alférez, el del sargento Agustín Cañete del batallón 7 (actual Ministro de Hacienda), á alférez; el del sargento Gorgoño Rojas, á alférez y de otros cuyos nombres no tengo presente. (1)

(1) D. Silvano Godoy se ha equivocado. ó ha estado mal informado, para asegurar en la nota á la página 36 de sus *Monografías*, que no se había acordado *un solo ascenso*.

Parecía justo que el general Díaz, el héroe de aquella gloriosa jornada, hubiese merecido alguna recompensa; pero el Mariscal se limitó á hacer su elogio en la cena que queda más arriba mencionada y de allí no pasó.

CAPÍTULO X

Inacción de los aliados—Perfeccionamiento de las fortificaciones de Curupayty y otros puntos—Fundición de cañones de diferentes calibres—El cólera--El Mariscal enfermo—Lo salva su médico Dr. Cirilo Solalinde.

Ya hemos observado que el descalabro de *Curupayty*, produjo a las naciones aliadas una impresión penosa, tanto más cuanto que después de la toma de *Curuzú* y de la entrevista de *Yataity-Corá* atribuída á una posición desesperante en que se suponía que se encontraba el Mariscal, alimentaban la viva esperanza,—casi la seguridad,—de alcanzar un espléndido triunfo.

El fracaso desastroso de *Curupayty*, que al fin no era sinó una vanguardia de *Humaitá*, hizo presagiar que esta fortaleza, objetivo de las próximas operaciones del ejército aliado, sería poco menos que inexpugnable. Los comentarios fueron numerosos y severos para los gefes aliados, cuya reputación como militares, sufrió una mengua considera-

ble en la opinión pública; mereciendo juicios lisonjeros la pericia militar de los paraguayos, quienes eran mirados como muy capaces de entorpecer cualquier nueva combinación que pensasen aquéllos llevar á la práctica.

En tales circunstancias, los aliados se mantuvieron en una prolongada inacción, procurando reponerse de tan rudo golpe; y mientras empleaban sus esfuerzos en este sentido, los paraguayos retemplaban su espíritu, saboreando con entusiasmo la satisfacción moral que les proporcionaba una victoria ganada con tan poco sacrificio.

Es de admirar que el Mariscal, como suele ser de regla, no haya ofrecido la paz á los aliados después de tan importante triunfo. Este paso, aunque no fuera más que una repetición de lo que días antes había hecho en *Yataity-Corá*, no por eso hubiera sido menos honroso, porque con ello hubiera dado una prueba más de las consideraciones que le merecía la humanidad.

Por otra parte, el rechazo de *Curupayty*, hacía suponer que los aliados tratarían de buscar la realización de una revancha. El mariscal López á cuya perspicacia no se ocultaban las intenciones que pudiesen tener aquéllos, no perdió tampoco su tiempo. Mientras los aliados se ocupaban durante aquella inacción prolongada en recuperar las fuerzas perdidas y meditar con calma una nueva com-

binación que diese el resultado apetecido, cual era la caída de Humaitá, el Mariscal mandó hacer nuevas trincheras, una de ellas, siguiendo el borde del carrizal de Piris, unió casi *Curupayty* al *Sauce*. Esta nueva línea pasaba por *Chichi*, donde estaba una división con algunas piezas de artillería al mando del entonces Teniente Coronel José M. Delgado. Esta fuerza tenía por objeto impedir que los brasileros acampados en *Curuzú*, quisiesen abrirse paso por los esteros y penetrar por ahí dentro de nuestra posición.

La guarnición de *Curupayty*, en previsión de una nueva tentativa, trabajaba sin descanso en profundizar y ensanchar los fosos. Los parapetos y las escarpas fueron perfeccionados. Se construyeron detrás de ellos *bohios* de cueros á fin de que los soldados estuviesen resguardados contra la intemperie, sin que les sirviesen de obstáculos para hacer fuego. Las baterías sobre el río fueron aumentadas con piezas llevadas de *Humaitá*, donde no quedaron sino tres cañones de á 68 y unos cuantos de á 32 y 24. Había, pues, en esta parte, 35 cañones para combatir la escuadra cuando intentase forzar el paso de *Curupayty*.

Se fundieron en el establecimiento de *Ibycuy* y fueron horadados en el Arsenal de la Asunción, muchos cañones, algunos de ellos de gruesos cali-

bres,—tales como el *Cristiano*, (1) el *Criollo*, el *General Díaz* y el *Acá-berá*.

El primero que tenía 12 toneladas de peso, y arrojaba balas de 10 pulgadas, fué fundido en *Ibicuy* y taladrado en el Arsenal de la Asunción. Fué hecho de las campanas de todas las iglesias de la República, y esta circunstancia explica la razón de su nombre.

El segundo era un cañón de 10 toneladas de peso; fué taladrado, rayado y montado en el Arsenal de la Asunción, para arrojar balas de Whitworth de 150, de las cuales se habían recogido miles lanzadas por la escuadra enemiga. También fué fundido de las campanas de las iglesias, contribuyendo á aumentar el material los tachos y sartenes de cobre que había en el país.

El tercero era también de bronce de 7 toneladas de peso, que fué taladrado en la Asunción expresamente para devolver al enemigo la enorme cantidad de balas de á 32, que se habían recojido del campo que estaba cubierto de ellas. Esta pieza fué bautizada con el nombre de *General Díaz*. Su fundición, según los inteligentes, dejaba mucho que desear; así fué que después de unos 60 tiros, su ánima se estropeó tanto que las bombas que lan-

(1) Este cañón fué más tarde colocado también en Curupayty.

zaba salían hechas pedazos. Por este motivo fué enviada á la Asunción para ser refundida.

Y el cuarto, era un cañón viejo de hierro, de 56, que fué llevado de *Humaitá* á la Asunción, donde fué taladrado y rayado para arrojar balas de 150, á cuyo efecto fué necesario tornear y reforzar la culata con anillos de hierro. Las balas eran trozos de hierro con las extremidades cuadradas, con un anillo de bronce elástico, semejante al que llevaba alrededor de la copa el morrión de la Escolta del Mariscal, llamado *Acá-berá* De ahí el nombre—Fué colocado en Humaitá, pero después de algún tiempo, reventó la culata. Las mencionadas balas, con su cortadura cuadrada y el borde filoso, eran calculadas para cortar las corazas de los buquses brasileros y penetrar adentro.

También algunos cañones viejos fueron convertidos en morteros. Y se fundieron igualmente 3 baterías de obuses rayados para arrojar granadas.

Thompson, en su obra «*La Guerra del Paraguay,*» dá una relación detallada de la fabricación de cañones en esa ocasión, con las condiciones especiales de cada uno; es decir, su calibre, su peso y su alcance. Si nosotros lo mencionamos, es simplemente para que el lector tenga una idea de la actividad desplegada por el Mariscal para reforzar y perfeccionar, en lo posible, la defensa de nuestras posiciones, y también para que se vea cuánto

pueden la voluntad y el patriotismo, haciendo surgir de en medio de la escasez general de todo, elementos poderosos de defensa, que han dejado atónito al mundo y sorprendido al enemigo.

El día 3 de Octubre llegó á *Curuzú* una cañonera Norte-Americana, conduciendo á su bordo al Ministro de los Estados Unidos, Mr. Washburn, quién solicitó del Mariscal permiso para subir en la misma cañonera hasta *Curupaity*; cuyo permiso fué concedido, en cuya virtud dicho buque de guerra subió hasta este punto el día 4. Como un acto de deferencia al representante de una nación amiga de ambos beligerantes, se suspendieron las hostilidades hasta las 8 de la noche del día 5. El Ministro de los Estados Unidos en Río Janeiro, Mr. Webb, casi llegó á una ruptura con el Gobierno imperial, por razón de haberse negado éste á permitir que dicha cañonera pasase más arriba de la escuadra.

Después de la retirada de los Argentinos de *Curuzú*, la escuadra continuó bombardeando á *Curupayty*, durante diez y ocho meses. *Curuzú*, dotada de una batería de piezas de á 32 y 12 Whitworth y Lahitte, hacían también fuego sobre *Curupayty*, cooperando con la escuadra; pero todos esos bombardeos diarios, arrojando cientos de bombas, causaban muy poco daño. Thompson dice que, según los partes oficiales de los brasileros, arrojaban estos 4000 bombas al día. Esta es

una exageración monstruosa de todo punto inadmisible. En los bombardeos más recios que hicieron, por ejemplo, en los días 8 de Enero y 2 de Febrero de 1867, no pasaron de unas 600 á 700 en cada una de las expresadas fechas.

Nuestras tropas, de genio sarcástico, se burlaban de las bombas enemigas, que, muy rara vez, les hacían daño, y para manifestarles su desprecio de una manera ostensible fabricaron de astas de buey unos instrumentos, especie de cornetas rústicas, llamadas *Turututus*, con las que cada vez que los brasileros empezaban sus bombardeos, rompían en una música infernal de una extremidad á otra haciendo rabiar á los gefes aliados.

La vanguardia de la escuadra se encontraba atrás de una punta saliente poblada de una espesa selva, y se relevaba cada 15 días.

Cuando el Gobierno imperial tuvo conocimiento del desastre de *Curupayty*, y de las desinteligencias que reinaban entre los gefes aliados, tomó la resolución de concentrar en manos del marqués de Caxias el mando en gefe del ejército brasilero en operaciones en el Paraguay, incluyendo también en dicho mando la escuadra, que, hasta entonces obraba independientemente. El nombramiento del marqués fué hecho por decreto del 10 de Octubre, y en este mismo mes se puso en marcha para el ejército, cuyo mando asumió en Tuyutí el 18 de Noviembre de 1866.

A mediados del mismo mes de Octubre, el General Díaz, por indicación del Mariscal, mandó levantar una trinchera avanzada, á fin de hostilizar mejor el campamento de *Curuzú*; pero Porto-Alegre comprendiendo que su posición se haría muy difícil con la existencia de una nueva batería en frente, mandó una fuerza de algunos batallones contra los paraguayos, que, en presencia de una fuerza muy superior en número, se replegaron haciendo fuego, causando algunas bajas al enemigo. Continuó el bombardeo el 22 sin resultado conocido.

Esa misma noche, el Mariscal, deseando tener noticias frescas del campo enemigo en *Tuyutí*, mandó arrebatar uno de los centinelas avanzados de los brasileros á la izquierda de ellos. Hubo con este motivo una terrible descarga, cuyos fogonazos parodiaban fuegos artificiales. Debe advertirse que los tiroteos de una y otra avanzada, eran incesantes tanto de día como de noche. Al día siguiente, ávidos de vengar la jugada, un batallón atacó á una pequeña fuerza exploradora nuestra. Hubo un recio cambio de tiros, retirándose después de haber sufrido algunas bajas.

El 30 del mismo, las baterías de *Paso-Gómez* y del *Sauce* bombardearon el campamento de *Tuyuti* en la parte ocupada por la división del General Argollo, causando al enemigo algunas bajas entre

muertos y heridos, contándose entre los primeros el Teniente Cardoso Pinto. Las baterías enemigas contestaban á las nuestras vigorosamente, causando también algunas que otras bajas.

En el mes de Noviembre, las baterías de *Curupayty* continuaron bombardeando casi diariamente á *Curuzú*, y sus fuegos eran contestados por los de esta fortaleza y la escuadra. Esos bombardeos fueron más activos en los días 17, 18 y 20.

Los bombardeos de una y otra parte hacían mucho ruído, pero como ya dije, causaban muy poco daño. Por ejemplo los de *Curupayty* contra *Curuzú*, en todo el mes de Noviembre, no produjeron mas daños que tres oficiales y 16 soldados muertos.

En los tiroteos de avanzadas, siempre había de una y otra parte muertos y heridos.

En el mismo mes de Octubre, el visconde de Beaumont, Secretario de la Legación francesa en la República Argentina, se presentó bajo bandera de parlamento en nuestras líneas de *Curupayty*, solicitando pasar á *Paso pucú* á saludar al Mariscal y entregar en propias manos á Mr. Cochelet, Cónsul de Francia en la Asunción, unos despachos que traía de la Legación para éste. Fué muy bien recibido por el Mariscal en su cuartel general, y después de una larga conferencia, le mandó dar alojamiento en una de las mejores casitas de paja que había á la

inmediación del cuartel general. En conversaciones que tuve con él, manifestaba mucha simpatía por los paraguayos, cuyo valor y espíritu no acababa de admirar. Refirió que había presenciado subido en un árbol el ataque de *Curupayty*. Y cuando le dije que si no había tenido miedo, me contestó: *Je suis français, monsieur!*

Los parlamentarios que venían de las avanzadas del enemigo, se detenían en la mitad del camino entre ambas líneas, hasta que una comisión compuesta de varios oficiales, generalmente todos ayudantes del Mariscal, iba á recibirlos. Estos llevaban instrucciones para conversar con los del enemigo, tratándo de adquirir algunos datos que pudieran interesar al Mariscal. A su regreso cada uno tenía que referir minuciosamente la conversación, ó más propia mente el debate, que había sostenido durante el parlamento. En uno de los que tuvieron lugar, cuando el ejército aliado se encontraba ya en *Tuyucué*, el Coronel Montiel (Manuel José) tuvo un cambio de palabras con un oficial oriental, á quien desafió, aplazando el duelo para después de la guerra. Era un nuevo *casus belli*, bajo distinta forma, hallándose de por medio un mar embravecido, que probablemente tragaría á uno de los dos adversarios antes que se realizara el lance. Así sucedió. Montiel sucumbió en la lucha magna, peleando como bueno y como valiente;

su adversario fué uno de los pocos orientales que sobrevivieron á tan terrible tempestad! ¡El hombre propone y Dios dispone! ....

En Diciembre de 1866, el Barón de Porto-Alegre que participaba de las mismas ideas de Tamandaré, es decir, obrar independientemente sin someterse del todo á la dirección en gefe del Ejército aliado en *Tuyutí*, disgustado con los cambios de mando que se iban verificando, se ausentó con licencia para la Corte, asumiendo el mando en *Curuzú*, durante su ausencia, el General Argollo.

En nuestra posición del Centro había un gran sótano, cuyo techo estaba hecho de fuertes vigas cubiertos de un gran espesor de tierra en forma de un gran horno, á prueba de las balas sólidas y huecas que tiraban los aliados. Dicho sótano servía de depósito de pólvora, y á la vez, era un laboratorio de espoletas y un taller para colocar éstas en las bombas, bajo la dirección del inteligente Mayor Alvarenga, que al par de ser un buen artillero, era un pirotécnico de primera clase. El 9 de Diciembre de 1866, ese depósito voló sin saberse la causa, produciendo un estruendo que hizo estremecer la tierra, desparramando en diferentes direcciones las vigas y cuantos elementos del taller existían dentro. El mayor Alvarenga y 45 hombres más fueron muertos. La explosión levantó una enorme columna de

humo negro, espeso, que se elevaba hasta unirse con las nubes que flotaban en el espacio.

El perjuicio fué bastante serio para el ejército, porque se perdió una gran cantidad de municiones, que en aquellos momentos de lucha diaria eran inapreciables y de imprescindible necesidad, casi tanto como el alimento para conservar la vida.

El enemigo, así que se produjo la explosión, rompió el fuego sobre *Paso-Gómez*, que fué contestado vigorosamente por el General Bruguez, quien, para prevenirse contra un ataque repentino del enemigo al amparo de la confusión, mandó formar sus tropas en orden de batalla. (1)

El 22 de Diciembre, el Vice-Almirante Joaquín José Ignacio, asumió el mando en gefe de la escuadra brasilera en operaciones, en reemplazo del Almirante Tamandaré. Con el relevo de este gefe en el mando de la escuadra imperial, se puso término á las desinteligencias que tenían al ejército aliado en lastimosa inacción.

El Marqués de Caxías, en cuanto se hizo cargo del comando en gefe de las fuerzas navales y terrestres, mandó una expedición á las órdenes del Gefe Alvim compuesta de las cañoneras *Mearim*,

(1) El ilustre anotador de la obra de Schneider, pretende y afirma que la explosión fué producida por una bomba lanzada de las baterías de *Tuyutí*; lo cual no es cierto, tanto más cuanto que dicho depósito era inaccesible á todo proyectil.

Ibahy é Iguatemy á objeto de hacer la policía del Alto Paraná.

El nombramiento del Marqués de Caxías, como generalísimo de las fuerzas terrestres y navales del Brasil, tuvo por efecto inmediato la vuelta del General Osorio al teatro de la guerra, de donde se había retirado con pretexto de enfermedad, pero en realidad disgustado por los actos militares del Generalísimo. Como amigo personal del marqués, convino al General Osorio en realizar el plan de invadir al Paraguay por Itapúa, penetrando en el centro del país por este punto hasta la Asunción, el mismo que fué antes abandonado por Porto-Alegre y Mitre. Esta operación, llevada á cabo con felicidad, pudiera haber dado el resultado de la pronta terminación de la guerra; pero era muy arriesgada, porque alejado el ejército invasor de la línea que le servía de base, podría ser cortado fácilmente y obligado á tener el mismo fin que tuvo la expedición de Camiçao al Norte ó de Estigarribia en la Uruguayana.

Pero sea de ello como fuese, Osorio comenzó á organizar el tercer Cuerpo de ejército en Enero de 1867 en Orqueta, cerca de Pelotas, y de allí se puso en marcha con dirección á la Encarnación á la cabeza de 5.400 hombres, según Paranhos, y de 12.000 hombres, según Thompson; pero al llegar á este punto, recibió orden para dirigirse al Paso de

la Patria, lo que indicaba que se había abandonado también esta vez el proyecto de invasión por la Villa Encarnación. En cambio se embarcaron en *Ytapirú* 2.000 brasileros con el objeto de marchar aguas arriba á incorporarse con Osorio, y luego desembarcar en algún punto entre aquella Villa y el Paso de la Patria. Pero abandonada también esta última idea, el General Osorio, adelantándose á su ejército, fué á encontrar al Marqués de Caxías en Ytatí á principios de Mayo.

Después de esta entrevista, Osorio se volvió y condujo su ejército al Paso de la Patria, de donde, atravesando el Paraná, efectuó su reunión al ejército aliado en *Tuyutí* en el mes de Julio de 1867.

El almirante Ignacio, en vista de la impresión desagradable que había dejado en el ánimo de todo el mundo la inacción de Tamandaré, y convencido ya por la experiencia de que los encorazados podían exponerse al fuego de nuestras baterías sin gran riesgo, se señaló al iniciar su mando por una gran actividad, redoblando el vigor y la intensidad del bombardeo.

En efecto, el 24 de Diciembre, los encorazados *Barroso*, *Brasil* y *Tamandaré*, y la cañonera *Iguatemy* rompieron sobre *Curupayty* en cooperación de la batería de *Curuzú*, un terrible bombardeo, haciendo cerca de 200 tiros.

El 25 continuaron el cañoneo los mismos buques, más el *Pedro Alfonso* y el *Fuerte* de *Coimbra*, lanzando sobre nuestro campo una lluvia de bombas en mayor cantidad que el día anterior.

Nuestras baterías no quedaron en zaga en vigor y energía en su contestación: una bala partió en pedazos la verga de trinquete del *Yguatemy*, y otra, echó abajo el combés en el *Tamandaré*.

Los bombardeos efectuados por nuestras baterías de *Curupayty*, que pueden ser considerados como los más vigorosos, fueron indudablemente los de los días 23, 24, 25 y 29 de Diciembre, en contestación á la escuadra y á *Curuzú*.

Durante el mes de Enero de 1867 continuaron los combates de artillería desde la distancia entre *Curupayty* y *Curuzú* y la escuadra, atronando diariamente la atmósfera de una manera espantosa.

El 6 de Enero, fué devorado por las llamas el vapor brasilero *Eponïna* que servía de hospital á los enfermos del campamento de *Curuzú*; pero no nos consta ni hay dato de que el fuego haya sido producido por bomba lanzada de nuestras baterías.

El 8 del mismo mes, el Vice-Almirante Ignacio, ávido de distinguirse de su antecesor que andaba á paso de tortuga, se propuso hacer un reconocimiento de las baterías de *Curupayty*. Con este

objeto, hizo adelantar la división naval á las órdenes del Capitán de mar y guerra, Rodríguez da Costa, compuesta de los encorazados *Bahía*, *Tamandaré*, *Barroso* y *Colombo*, abriendo un terrible y furioso bombardeo sobre nuestras baterías. Aquellos buques soportaron el fuego de éstas, colocándose no á mucha distancia de las mismas.

Este mismo día nuestros *espías* hicieron llegar la noticia al Cuartel General de que por primera vez penetraban en la laguna Piris algunos buques de la escuadra brasilera, que fueron las cañoneras *Araguay* é *Yguatemy*, la bombardera *Fuerte* de *Coimbra* y la *chata* y *lancha* á vapor *Joao das Botas*. El gefe de esta escuadrilla era el Capitán Mamede Simoes, y á eso de las 8 a. m. ocuparon las posiciones escojidas y rompieron fuego contra nuestra posición juntamente con la batería del Potrero Piris. Se contentaron con hacer mucho ruído sin causar ningún daño. Aquella operación fué completamente sin éxito, como no podía suceder de otro modo, en razón de que desde aquel punto no se veía nada, excepto los bosques que rodeaban la posición que ocupaban nuestras fuerzas.

La división frente á nuestras baterías de *Curupayty* lanzó más de 200 proyectiles y la escuadrilla de la laguna Piris cerca de 400; total 600 y tantos, sin haber matado una rata! Mientras que el fuego

de *Curupayty* hizo sufrir serias averías al *Brasil*, al *Bahia* le hizo dos rumbos, al *Colombo* le partió un cabrestante y al *Tamandaré* algunas bajas en su dotación. (1)

La escuadra brasilera en operaciones en el Paraguay, se componía en el mes de Enero de 1867 de 38 barcos, con 186 cañones y 4.037 hombres.

El 12 de Enero, la cañonera *Henrique Martins* remontó el Paraná hasta *Itatí*, con el objeto de practicar un reconocimiento. Había en ese pueblito una guardia paraguaya de 30 hombres más ó menos. En cuanto se hizo anunciar la cañonera con algunos tiros de cañón á bomba y bala sólida, los paraguayos para no dejarse matar inútilmente tomaron abrigo en los montes inmediatos, y la tripulación del buqne, en número de 40, se desembarcó, entró en la casa y se puso á recoger el maíz que había cerca de ella. Mientras se entretenía en esto, los paraguayos que desde el monte estaban espiando, cayeron sobre los brasileros de improviso, matando al Teniente 1° Salles Werneck Ribeiro de Aguilar y 4 compañeros más. El resto tuvo tiempo de escaparse, poniendo pié en polvorosa.

Nuestras tropas que vivían bajo una atmósfera de pólvora y acostumbradas al tronar incesante de

(1) Véase á Paranhos notas á la obra de Schneider.

los cañones, llegaron á familiarizarse con los proyectiles que cruzaban zumbando minuto por minuto, mirándolos con la mayor indiferencia. En cuanto al General Díaz, este decía que no había que temerles, porque no eran sino bostezos inofensivos de los *negros*, y que parecía que la pólvora que los arrojaba, de día en día iba perdiendo su fuerza, circunstancia que le hacía esperar poder encender en breve su cigarro en su mal ardida mecha al pasar al alcance de la mano. Y para probar á sus soldados lo poco que le importaba la *fiesta diaria de los negros* (1) solía montar á caballo por *Curupaity* durante el bombardeo recorriendo los distintos cuerpos que la guarnecían, dirijiendo á las tropas palabras de aliento para avivar su espíritu y enardecer su valor y patriotismo.

Tenía una voluntad de hierro, y tratándose del cumplimiento de su deber, no había obstáculo ni dificultad que lo detuviese. Las órdenes del Mariscal para él eran sagradas, y había de hacer los moyores empeños por complacerlo respecto á algún dato que precisase para formular algún plan de acción, aún cuando tuviese que correr los más inminentes peligros para conseguirlo. Mandaba espiar con los *bomberos* de su mayor confianza la vanguardia de la escuadra, á fin de tener un conoci-

(Expresión de Díaz.

miento exacto del número de buques que la componían, y á la vez, de la posición que ocupaba cada uno de ellos; porque era el deseo del Mariscal, y como notara que éste no quedaba enteramente satisfecho de la relación que daban los *bomberos* al respecto, Díaz, llevado del anhelo de poner al Mariscal en posesión de la verdad, se resolvió él mismo en persona á verificar una inspección ocular sobre la vanguardia naval del enemigo.

Con este propósito, el 26 de Enero de 1867, á las 9 de la mañana, (1) acompañado del Teniente Alvarez y otros de sus ayudantes, se embarcó en una canoa de tabla y salió al medio del río Paraguay á pescar, no á mucha distancia de la escuadra.

Acababa de fondear, y mientras se disponía á echar la liñada al agua, una bomba de 150, disparada de uno de los buques que se encontraba más próximo, cayó á unos 30 metros de la canoa, y explotó de rebote sobre la misma embarcación, hiriendo á dos de los oficiales ayudantes y arrojando á Díaz en la corriente con la pierna casi dividida en dos. El Sargento *Cuti* (2) que sentado en la popa gobernaba la canoa, al ver á su padrino en el

(1) No hubo en ese momento bombardeo, como pretenden y afirman los Señores Thonpsom y Godoy.

(2) Este era un indio *payaguá*, uno de los de esta raza que había sentado plaza en el ejército, y había sido bautizado saliéndole de padrino el General Díaz.

agua, se largó trás de él, y levantándolo, lo condujo á la playa, y de allí á su casa.

En seguida Díaz dirigió al Mariscal un telegrama, participándole que se encontraba herido en la pierna, y que si bién no la reputaba de gravedad, tal vez sería necesaria la amputación de la pierna. Inmediatamente el Dr. Skiner recibió orden para transportarse á *Curupayty*, y así que llegó allí procedió á amputarle la pierna. Mrs. Lynch pasó á verlo, y hacia la tarde, lo condujo en su carruage al Cuartel General, donde fué alojado en la casa del General Barrios. Allí fué atendido con esmero, siendo diariamente visitado por el Mariscal que pasaba horas enteras en la cabecera de su cama. La pierna amputada fué embalsamada y colocada en una cajita hecha expresamente de palo santo, y guardada en su cuarto. A pesar de los cuidados que en presencia del Mariscal fueron prodigados al ilustre enfermo, el 7 de Febrero, dejó de existir, y sus restos fueron conducidos á hombros á *Humaitá*, custodiados por una guardia del batallón 40 que fué organizado por él á principios de la guerra de los ciudadanos más conspicuos de la Capital. En *Humaitá* se les hicieron los honores militares correspondientes á su categoría, y fueron depositados y velados en la expléndida iglesia de la misma mientras llegaba el vapor *Olympo*, que los condujo á la Asunción. Allí se les hicieron

las más suntuosas exequias fúnebres conocidas hasta entonces después de las del finado Presidente D. Carlos Antonio López; siendo acompañados á su última morada por todo el pueblo en masa de la Capital y sus distritos. Numerosos fueron los discursos pronunciados sobre sus restos en el acto del sepelio. Muchas señoras se despojaron de sus joyas, depositándolas dentro del féretro, el cual fué colocado en el panteón que le fué erijido por la Nación.

Todos los discursos pronunciados en esa ocasión, fueron reunidos y agregados á un folleto que contenía los rasgos biográficos más notables del vencedor de *Curupayty*, escrito y publicado expresamente en su honor.

Díaz era el brazo fuerte del ejército. Desde que sentó plaza en sus filas se había distinguido por su consagración al cumplimiento de sus deberes. Su vida militar de esta manera era toda ella una abnegación. Hijo del pueblo, no pensaba sino en la gloria y engrandecimiento del Paraguay, y era el representante genuino en el ejército de los días venturosos que dieron nombre y fama á su heroísmo. Poseía todas las condiciones para ser un gran militar, solo le faltaba instrucción; pero sus facultades intelectuales, asimismo, alcanzaron un gran desarrollo en la guerra, y las ideas surgían de ellas como chispas de una gran disposición natural.

Llegó á ser favorito del Mariscal López por sus méritos personales en la carrera de las armas; pero no por ningún otro título que rebaje la dignidad de un hombre.

Adolecía de los defectos comunes á todos los militares de aquella época,—defectos de escuela, de sistema y nada más, que con el roce con gentes de más cultura y de espíritu más ilustrado, hubieran desaparecido.

Cuando el ejército aliado llegó á *Tuyucué*, estableciendo el cerco de Humaitá y de nuestras posiciones, el Mariscal preguntó al Coronel Wisner: ¿Y?.... qué hay que hacer ahora?....—Forzar el paso con todo el ejército por entre las filas enemigas, contestó.—Sí, eso lo hubiera hecho si hubiese estado vivo Díaz; pero yo ya no tengo á Díaz para tentar con probabilidad de éxito tan ardua empresa!....

Era el mayor y más elocuente elogio póstumo que ha podido discernirse á aquel esforzado adalid de la defensa nacional.

El tiempo podrá secar los caudalosos ríos que fertilizan el suelo patrio con su riego; pero será impotente para borrar de la memoria del pueblo paraguayo el nombre de este modesto hijo de Pirayú. que llegó á ser el terror de los aliados por su incontrastable valor y bravura.

Después de la muerte de Díaz, puede decirse que

la defensa nacional entró en su período de decadencia.

Su nombre sintetizaba el ardor y entusiasmo del ejército por la causa que defendía; una vez desaparecido, sobrevino una especie de abatimiento moral que hacía perder á la lucha el carácter serio é imponente en presencia de un enemigo que hasta entonces no había podido adelantar un paso.

El único oficial á quien Díaz, en su lecho de muerte, recomendó al Mariscal, fué el entonces Capitán Bernardino Caballero, hoy General de División. Su recomendación no fué desatendida y el Mariscal, en el curso de la campaña, tuvo ocasión para constatar la razón que le había asisti. do para ello al ínclito extinto.

El Coronel Paulino Alén le sucedió en el mando de *Curupayty*.

En la Provincia de Mendoza había estallado una revolución que poco á poco iba tomando incremento. Decíase que ella había sido promovida por instigaciones de Chile y de Bolivia, con el intento de paralizar las operaciones de los aliados contra el Paraguay. Ignoramos hasta qué punto ésto fuera verdad; pero lo único innegable es que con el objeto de impedir su propagación, partió el General Paunero de *Tuyutí*, á fines del año 1866, después de la batalla de *Curupayty*, llevando cerca de

1.000 hombres. Más tarde, el mismo General Mitre, en vista de que la revolución tomaba proporciones alarmantes, vióse obligado á marcharse para Buenos Aires, dejando de gefe del ejército aliado al Marqués de Caxías. Partió el 9 de Febrero de 1867, llevando consigo 4.000 hombres de su ejército, que después de esta merma, quedó reducido á 4.000 para continuar contribuyendo á las operaciones de la guerra.

Las noticias recibidas en nuestro campamento por prisioneros y pasados de estas contrariedades, que hasta cierto punto aumentaban las dificultades con que luchaba la alianza para llevar adelante la guerra, producían una impresión favorable en el ánimo de las tropas, haciendo vislumbrar la esperanza de que en breve todo el ejército argentino se vería obligado á abandonar el teatro de la guerra.

El 2 de Febrero, el Almirante Ignacio hizo un nuevo y vigoroso bombardeo sobre *Curupayty* con 8 encorazados, dos corbetas ó cañoneras de madera, una bombardera y dos chatas. Las baterías de *Curuzú* cooperaron, como de costumbre así como un batallón de fusileros colocado en el Chaco. Al mismo tiempo volvió á penetrar en la laguna Piris una escuadrilla con el objeto de bombardear, sin efecto como antes, nuestra posición del *Sauce*. Lanzaron los buques brasileros sobre *Curupayty* esa ocasión 582 bombas, y la flotilla que operó

en la laguna Piris, 292, haciendo un total de 874 bombas! La escuadra tuvo unos 20 hombres de baja entre heridos y muertos, entre estos últimos el Comandante del Silvado, Capitan Vital de Oliveira y entre los primeros el Teniente Cordovil Maurity. Después de 5 días de descanso, es decir, el 7, Ignacio rompió otro furioso bombardeo sobre *Curupayty*, siempre con el mismo resultado negativo, excepto algunos desperfectos de nuestras fortificaciones, los cuales eran prontamente reparados.

El ejército aliado por este tiempo constaba próximamente de 40.000 hombres. A pesar de los poderosos elementos con que contaba la alianza, y de tantos generales experimentados en la guerra que dirigían sus operaciones, y la inferioridad é imperfección de los de que disponía el mariscal López, sin decir nada de su inexperiencia é impericia, el Ejército aliado desde el 20 de Mayo de 1866 no había dado un paso adelante. Y las dos ocasiones que había tratado de ganar terreno sobre nuestras posiciones, el 18 de Julio y 22 de Septiembre; fué rechazado con tan enormes pérdidas que pusieron en peligro á la alianza, haciendo dudar de que las futuras combinaciones diesen resultados que restablecieran la moral tan profundamente afectada en el ejército aliado, después de los últimos descalabros.

La consecuencia inmediata de una larga campaña es siempre la indisciplina y la desmoralización;—dos males que atacan directamente la vitalidad de un ejército, y todo esfuerzo para combatirlos llega á ser ineficaz, cuando ellos se presentan agravados con otros de carácter físico: las enfermedades. Sin embargo, los gefes aliados procuraron de mil maneras animar á las tropas que habían caído en un gran abatimiento; llegando en su empeño hasta valerse de la mentira: hicieron circular la noticia de que debía estallar en breve una revolución contra el mariscal López; que ya 300 hombres se habían levantado en armas y se hallaban fortificados en Bobí; que López había mandado del ejército 600 hombres para perseguirlos; pero que, por otro lado, el General Mitre había dado orden al General Osorio para que les diera protección. En la forma en que estaba dada esta noticia, no podía ser considerada sinó como falsa. Sin embargo, no sería extraño que haya sido el eco lejano de *algo* que se preparaba en la Asunción en el sentido de establecer un gobierno provisorio que reemplazase al del Mariscal, que era mirado poco menos que perdido, por la situación difícil en que se encontraban él y su ejército en frente de un enemigo poderoso. La idea ha existido, como se verá más adelante en su oportunidad.

En el Paso de la Patria se había instalado un

gran comercio, donde había con abundancia de todo. En el mismo campamento de *Tuyutí* se habían establecido barracas ó almacenes donde podía uno proveerse de cuanto quisiera por dinero. Había mucha escasez de monedas para facilitar el cambio, y á fin de remediar este mal, se adoptó el sistema de dividir en dos ó cuatro partes el peso fuerte de plata, haciendo circular las fracciones como plata menuda. Y para complemento de todo, había teatros, y hasta se estableció una sucursal del Banco Mauá en el Paso de la Patria.

Como se vé, mientras que en el Ejército aliado reinaba la abundancia, para satisfacer aún los deseos y apetitos más extravagantes, entre nosotros había una escasez espantosa de todo: escaseaban bastimentos, ropas para las tropas, papel de escribir y otras muchas cosas que por brevedad no mencionamos.

Con objeto de hacer frente á las dos primeras necesidades, las mujeres reemplazaron á los hombres en la agricultura, y en la manufactura de telas del país para cubrir la desnudez de las tropas. Hacía tiempo que la provisión de telas de algodón para ropa de soldados, se había agotado, no solo en los almacenes ó depósitos del Estado, sino en el comercio, y á fin de suplir esta escasez, las pobres mujeres, tan sufridas y heróicas en el trabajo, volvieron

á tomar los husos que habían abandonado hacía tiempo por la baratura de los artículos de algodón que se importaban del extranjero, para hilar y luego tejer la tela necesaria para camisas y calzoncillos de los soldados. Del mismo modo hilaban y tejían lana para ponchos, que se teñían de diferentes colores. También se aprovechó la hebra de la *malla* ó *caraguatá* y la del *coco* para tejer una tela de mucha consistencia, de que se hacían también camisas y calzoncillos.

A fin de subvenir la escasez del papel, se estableció una fábrica, bajo la dirección de Mr. Treuenfeld, gefe de la oficina telegráfica, empleando al efecto como materia prima el *algodón* y el *caraguatá*. El papel producido en esta fábrica era bastante bueno, no podía exigirse mejor, dados los elementos imperfectos empleados en su fabricación. También los archivos públicos contribuyeron para facilitar papel de escribir, sacando de ellos los pedazos en blanco utilizables que había. Las correspondencias para el exterior que se remitían cada vez que se presentaba una oportunidad,así como los estados personales del Ejército y demás documentos, se escribían, por razón de esta misma escasez de papel, con letras muy menuditas, casi microscópicas, y había escribientes sobresalientes en esta manera de escribir.

La tinta se hacía de una haba negra de que se

extraía la sustancia ó principio colorante por medio de cenizas. Cada división fabricaba el jabón para su propio consumo, empleando en su fabricación la conocida ceniza del *Yoyby*, que se considera excelente por ser la más fuerte. Tres hombres se empleaban constantemente en los bosques en preparar cenizas del mencionado árbol.

La fabricación de sal en Lambaré, había quedado paralizada por la escasez de brazos; pues á las mujeres, ocupándose casi exclusivamente en los trabajos de sementera, no les quedaba tiempo para dedicarse á ella. Sin embargo, y á pesar de su escasez, los hospitales estaban siempre provistos de ese artículo, y mientras el ejército permanecía en *Paso-pucú*, me consta que se daba una reducida ración quincenal de sal á las tropas, que apenas era suficiente para salar una sola comida. Algunos meses después, y cuando el ejército venía en retirada por el Chaco, los soldados descubrieron en los bosques un arbusto de hojas gruesas, algo parecido al *candelon*, las que hervidas en una olla producían una sustancia blanca como azúcar muy semejante á la sal, y aunque de un sabor algo penetrante tirando á amargo, la emplearon en sustitución de ésta, para condimentar sus tristes pucheros y asados.

También descubrieron esa vez en el Chaco un árbol ó arbusto, cuya fruta, que decían ser bastante

agradable, producía á los que la comían la sordera. ¿Quién sabe, la importancia que tendría en la ciencia médica el descubrimiento de fruta tan rara por su efecto?

Por último, se hacía el pergamino de piel de carnero, de una calidad tan buena como la del mejor trabajado en Europa. Se hacía uso de él, en lugar del papel, para los despachos de los jefes y oficiales.

La fabricación de la pólvora no era cosa nacida por la fuerza de la necesidad durante la guerra; era ya conocida desde la época del Dr. Francia. Los elementos ó substancias componentes de ese mixto se extraían de la pirita de hierro que abunda en el país y del orín ó excrementos de animales, descompuestos en el establo.

Las divisiones, además de la fábrica de jabón de que se ha hecho mención más arriba, tenían su tanería, donde se curtían los cueros necesarios para los arreos y atalajes de la artillería.

No hay ni puede haber motivos más poderosos de desaliento en un ejército que el hambre y la miseria máxime cuando en nuestro caso no se columbraba en el horizonte señal alguna que indique un término más ó menos próximo de tan dura campaña. El Mariscal López empleaba todos los medios á su alcance para fortalecer el espíritu y mejorar en lo posible la moral del ejército. A este

fin, á más del *Semanario*, que no sólo registraba en sus columnas los sucesos de la guerra, sinó que hacía una propaganda tenaz contra los aliados en el sentido de desacreditar su causa ante la opinión, mandó fundar un periodiquín llamado *El Centinela*, cuyo director y redactor en jefe era el boliviano Dr. Roca, y otro llamado el *Lambaré*, que se redactaba en guaraní, bajo la dirección del Padre Espinosa. Estos dos periódicos veían la luz en la capital, y se distribuían profusamente en la campaña y en el ejército. En *Paso pucú* se estableció una imprenta, y por indicación del Mariscal se fundó un periódico satírico de caricaturas. El que escribe estas memorias fué encargado de la dirección y redacción del mismo, contando con la poderosa colaboración de varias personas de reconocida competencia. (1) Durante dos ó tres días fué vivamente discutido el título que debía llevar dicho periodiquín, así como el dibujo que debía servirle de frontispicio ó portada. Por fin, fué aceptada la idea mía de que fuese llamado *Cabichuí*, nombre de una avispita negra muy brava, que construye su colmena en los árboles y en los aleros de las casas; igualmente fué aprobado el dibujo de la portada, consistente en un negro acosado por una multitud de esas avispas.

(1) Los Padres D. Fidel Maíz, D. Gerónimo Becchi, D. Víctor Silvero, etc., etc.

El *Cabichuí* era redactado en español, y no *puramente en guaraní*, como equivocadamente aseguran, en sus respectivas obras, Thompson y Schneider.

D. Benigno López, hermano menor del Mariscal, no estaba conforme con la idea de la aparición de un periódico satírico, manifestando que una publicación de este género difícilmente podía sostenerse, no contando para su desenvolvimiento con más campo que el estrechísimo del ejército aliado, y que, de consiguiente, tendría vida corta.

Pero esta observación, por más fundada que fuese, no podía prevalecer ante las miras que tenía el Mariscal para sugerir su fundación; y así, á pesar de todo, se llevó adelante la idea, y salió el primer número el lunes 13 de Mayo de 1867.

Thompson, hablando de esta publicación, dice que sus chistes eran *groseros* y *estúpidos*.

Efectivamente, su estílo estaba calculado para entretener á los soldados de un campamento frente al enemigo, y ya se sabe que los *gustos* de los soldados nunca pueden compararse con los de una sociedad culta y civilizada. Por esta razón, el estilo de la redacción tuvo que adaptarse á esa circunstancia especial, á fin de llenar el objeto que se tenía en vista; y á fé que á este respecto su triunfo fué completo. Se leía con avidez en todo el país, y su fama se extendió hasta el campamento

enemigo, donde se mandaban echar algunos ejemplares de cada número, produciendo allá, como entre nosotros, la risa y la carcajada.

El dibujante era un sargento Godoy, vecino de la capital, y los grabadores eran los soldados J. Aquino, B. Acosta, G. Cáceres, F. Bargas y Francisco Velazco de oficio carpinteros, que ejecutaban sus trabajos en pedacitos de madera bien cepillados y con puntas de cuchillitos viejos que afilaban y preparaban en piedras de amolar. Con tan escasos é imperfectos instrumentos, no era de esperar que los grabados fuesen hechos con la perfección que exigen el arte y el buen gusto.

Además de los ya mencionados colaboradores, tenía también sus corresponsales en la vanguardia y en todas las divisiones de nuestra extensa posición, bajo los nombres de *cabytá*, *cahú*. *mamangá* y *caba-aguará*, nombres guaraníes de avispas muy bravas.

Estos corresponsales hincaban sus *popias* ó aguijones terriblemente en los aliados, y daban noticias de las ocurrencias diarias entre los nuestros y el enemigo, llegando á servir al *Cabichuí* de tema esos hechos para escribir sus artículos.

Tanto el *Cabichuí* como los otros periodiquines no habían dejado de ejercer una gran influencia sobre las tropas y el pueblo, que comprendían que dichas publicaciones se hacían bajo las inme-

diatas inspiraciones ó censuras del Mariscal, y de esta manera se consiguió lograr el mejoramiento del elemento moral del ejército, conservando la disciplina en medio de tantas privaciones y miserias.

El Mariscal, á la vez de ocuparse de fortalecer el espíritu de la tropa, no cesaba de mandar perfeccionar las obras de defensa de nuestra posición por el frente. Terminadas las de Curupayty, mandó abrir una trinchera, en Marzo, en el Potrero Sauce, donde mandaba el bravo coronel Roa, trazada con más regularidad que la antigua y á mayor distancia del monte, que, á fuerza de sacar leñas y maderas de él, se había puesto ralo. Los fosos de la antigua trinchera fueron profundizados para dar salida á las aguas del Bellaco, que estaban estancadas en el punto donde penetran en el bosque formándose así un nuevo canal para su corriente. La profundidad y anchura de ese nuevo canal constituía en frente de la nueva trinchera un gran obstáculo para el enemigo que intentase asaltar esa posición.

Terminados esos trabajos en el *Sauce*, se dió principio á un foso que ligaba el Paso Baí con *Humaitá*, quedando de esta manera todo el ejército paraguayo atrincherado, sin que pudiera ser atacado impunemente por ningún costado.

También se mandó hacer una batería en el Paso de *Yataity-Corá*, con el objeto de hostilizar con

ventaja al enemigo y de enfilar sus nuevos reductos avanzados. Los trabajos de esta nueva batería se tuvieron que hacer bajo el fuego constante del enemigo, que tiraba sus bombas desde dos puntos, con piezas de Whitworth de á 32 (*fiu*) y de Krupp rayada de á 12, pertenecientes á los argentinos. Los tiros eran admirablemente bien dirigidos, y casi siempre penetraban las bombas lanzadas allí donde los hombres trabajaban. Sin embargo la distancia, que era de unos 2500 metros, permitía á nuestros hombres evitar muchos desastres; para el efecto había un centinela que no hacía otra cosa que vigilar esas piezas; en cuanto veía el fogonazo, daba el alerta á los trabajadores, y estos entonces se cubrían con el parapeto, saludando desde allí con estrepitosos gritos la explosión de la bomba, cuyas fracciones se exparcían silbando con estridor, como buscando vidas para exterminar.

No á mucha distancia de *Yataity-Corá*, había un piquete avanzado de caballería, llamado *Piquete-Bomba*. Se le había bautizado con este nombre por haberse producido allí un incidente casual que por lo curioso, voy á permitirme referir.

Se les había roto á los soldados una de las tres patas de su olla, y á fin de sostenerla sobre el fuego, buscaron algo que pudiese servir de piedra de fogón. En lugar de un cascote ó piedra, hallaron una bomba de á 9, que había lanzado el

enemigo, pero que no había explotado, y la colocaron bajo la olla para suplir la pata rota y sostenerla en equilibrio con las otras que le habían quedado. Minutos después se calentó lo bastante y explotó, haciendo volar olla, comida y tizones, en medio de los gritos de entusiasmo de los soldados, que no habían previsto el caso, sin duda porque no notaron que la bomba estaba aun cargada y porque eran de caballería. A menudo, esas bombas no reventaban, y sin embargo, quedaban vacías, por habérseles saltado fuera las espoletas.

Los aliados tampoco quedaban en zaga al Mariscal, en cuanto á trabajos de fortificación. En Tuyutí abrieron una doble fila de trincheras con muchos reductos. En el Paso de la Patria hicieron una fortaleza, colocando en ella cañones Whitworth de á 32; otro tanto hicieron en el Potrero-Piris, aumentando la artillería con morteros, en la persuación de hacer más efectivos sus bombardeos diarios sobre el *Sauce*.

Una de las más dolorosas consecuencias de la guerra, es indudablemente la pérdida de vidas, privando á la sociedad de numerosos brazos útiles. Y cuando esta desgracia viene á agravarse con una nueva calamidad, aumentando en enormes proporciones los estragos de la guerra en la destrucción de seres humanos, entonces puede decirse que el mal ha llegado á adquirir el revestimiento de un cuadro

horrible que desafía toda descripción por los terribles y conmovedores efectos que su vista produce sobre el corazón, la imaginación y la conciencia.

Nos referimos á la aparición del cólera en los ejércitos beligerantes durante el año 1867 Primero apareció el flajelo en Río Janeiro en el mes de Febrero, y luego en el Paso de la Patria el 26 de Marzo del mismo año, causando un estrago horroroso en los tres ó cuatro primeros días. En *Curuzú*, donde la gente estaba apiñada, en razón de la estrechez del terreno, hizo una devastación aún en mayor escala. De golpe fueron atacados 4.000 hombres, de los cuales murieron 2.400, inclusos 47 oficiales. Tan extraordinaria mortandad impuso la necesidad de emplear 50 hombres que se turnaban de día y de noche en los trabajos de abrir sepulturas para enterrar los muertos. Porto-Alegre, que había vuelto á asumir el mando de su ejército el 2 de Marzo, se condujo muy bien, visitando á los enfermos día y noche.

En *Tuyutí*, donde no se presentó el mal con carácter tan devastador, hubo en el mes de Mayo 11.000 atacados! El campamento de *Curuzú* fué evacuado el 29 de Mayo, so pretexto de la gran creciente del río Paraguay, que amenazaba inundarlo con sus aguas; pero la causa real fué incuestionablemente la gran mortandad que causaba el cólera entre las tropas. Por ese tiempo, el Marqués

de Caxias empezaba á prepararse para llevar á la práctica el movimiento de flanco que comenzó á realizar en Julio, y recién en este mes tuvo lugar el abandono completo de *Curuzú*, trasladándose á *Tuyutí* el resto de la guarnición, que había quedado, con todos los materiales de guerra.

En nuestro ejército apareció el cólera en Mayo de 1867. El primer caso de ese terrible flajelo tuvo lugar en *Paso Gómez*. En seguida cundió en todo el campamento, haciendo numerosas víctimas. El bizarro coronel Pereira, jefe de la caballería de vanguardia y el coronel Francisco González (*Mangú*) del batallón nº 6, y muchos otros oficiales y soldados fueron víctimas de tan cruel y espantosa epidemia. Entre los que fueron atacados del mal se encontraba también el mismo Mariscal.

El agua cruda, como se sabe, es un veneno para esa enfermedad, siendo por otro lado uno de los síntomas característicos de ella, una sed devoradora. Por esta circunstancia, los médicos prohibían en absoluto á los atacados que tomaran un trago de agua, porque el que la bebía, no se escapaba de la muerte.

El Mariscal, desesperado por la sed, no pudo contenerse más, y en un momento de descuído del facultativo que le asistía, (1) agarró una cantarilla de

(1) Don Cirilo Solalinda.

agua que había sobre la mesa, llevándola rápidamente á la boca; pero el médico lo vió y se la arrebató de las manos con violencia. El Mariscal, furioso, le increpó duramente al discípulo de *Galeno*. El Sr. Obispo que se encontraba en la pieza contigua al sentir la voz airada del mariscal, entró precipitadamente en la que ocupaba éste; y empezó á hacer severos cargos al médico por su crueldad en privar á S. E. hasta de un trago de agua, sin parar mientes en que si la hubiese bebido, en seguida hubiera quedado cadáver.

Puede asegurarse, sin quebranto de la verdad, que el mariscal, esa vez, se salvó debido á la honradez y fidelidad de su médico, cuyas virtudes, sin dejar de constituir para éste un mérito personal, desgraciadamente redundaron en contra de los intereses de la nación; pues, no cabe duda que con la muerte del mariscal, la tremenda calamidad de la guerra, hubiera llegado al día siguiente á su término, salvándose así las vidas de innumerables ciu dadanos que perecierón después.

Como un medio de combatir el flajelo, á falta de otro más eficaz, se adoptó la fumigación con hojas de laurel y pasto. Como esto se hacía en todas las divisiones, estaba todo el campamento completamente envuelto en humos! La mortalidad diaria en los primeros tiempos de la aparición del cólera no bajaba de 50 hombres. Los soldados,

siempre listos á poner apodos y á dar nombres á las cosas, observando que la enfermedad estaba caracterizada por diarrea ó deyecciones de bilis y de calambres, la bautizaron con el nombre de *chaín*, que quiere decir, encogido ó crispado.

La peste, de salto en salto, fué propagándose en el país, matando á muchas personas del pueblo. Su desarrollo fué favorecido por el estado de miseria en que se encontraban las familias, que habían tenido que abandonar sus casas, emigrando de un punto á otro, formando grandes agrupaciones ambulantes, parecidas á un *caravan-serail*, circunstancia que hacía imposible atender á la higiene más elemental.

No habiendo podido verificar un reconocimiento satisfactorio de nuestras posiciones, el marqués de Caxías resolvió emplear globos aereostáticos. La primera tentativa fué hecha por un francés, mediante la suma de 15.000 pesos oro; pero no tuvo éxito, incendiándose el globo. Los brasileros atribuyeron este incidente á una traición del francés, á quien se suponía la perversa intención de poner fuego á los polvorines del campamento y mandarse mudar al ejército paraguayo. Pero dicho incidente no fué bastante para hacer al marqués cambiar de resolución. Firme en su propósito, mandó traer de Río Janeiro dos globos aereostáticos, cuyo manejo fué confiado á un norte americano. La

primera ascensión tuvo lugar el 9 de Julio de 1867, teniendo sujeto el globo con cuerdas de 600 piés de extensión, y no dejó de causar alguna sensación, por la facilidad que ofrecía a los aliados para enterarse de los elementos dc defensa con que contaba nuestro campamento. El Mariscal mandó hostilizar al globo con rifles; pero viendo que era un esfuerzo estéril, ordenó que los tiros fuesen dirijidos contra las cuerdas. Si bien no dieron el resultado apetecido, fueron heridos algunos de los que las sujetaban, pero como para ese caso tenían soldados de reserva, aquellos fueron inmediatamente reemplazados, evitándose así que fuese interrumpido el reconocimiento.

Entonces, el Mariscal tentó otro expediente: cada vez que el globo hacía su ascención, mandaba hacer grandes humazos con pajas secas delante de las trincheras, á fin de impedir que pudiesen contar el número de cañones y morteros que había en batería y examinar la naturaleza del terreno dentro de nuestra posición hasta *Paso-pucú*.

Ultimamente, pasada la novedad, ya nadie le hacía caso; todo el mundo lo miraba con indiferencia. El mismo marqués de Caxias, cuando vió que como medio de reconocimiento no le había dado el resultado que esperaba, lo abandonó. (1)

(1) Todo lo que Thompson refiere respecto á los efectos que las primeras ascensiones del globo habían causado al obispo y al mismo mariscal, es falso é indigno de la seriedad de un historiador.

Vamos ahora á abandonar por un momento el teatro de la guerra en *Paso pucú*. Otro suceso inesperado nos llama la atención á otro punto, distante lo menos 300 millas.

Después de la campaña de Matto-Grosso, nadie se había imaginado, que las fuerzas paraguayas tuviesen nada más que hacer allí, por la inmensa distancia en que aquella provincia se encuentra del Centro de acción del Imperio y por los malos caminos, circunstancias que hacían suponer que era poco menos que imposible á primera vista, el envío de alguna protección por tierra. No hay dificultad invencible para los esfuerzos de un pueblo en guerra, y por esta razón debe uno estar siempre prevenido contra el enemigo, porque de donde menos se espera, puede recibirse un golpe. ¡Y no hay peor cosa que la sorpresa!

Hacía dos años, sin que nadie supiera, que una expedición brasilera marchaba sobre Matto-Grosso con el objeto de reconquistarla. Pero sea porque la fuerza expedicionaria no era suficiente para emprender una campaña activa y enérgica, ó sea porque militase alguna otra razón que ignoramos, el caso fué que se concretó á ocupar las ciudades del interior que habían sido abandonadas por los paraguayos, pues estos se habían contentado con la posesión del río.

Sin embargo, en mayo de 1867, dicha columna

compuesta de 5.000 hombres, á las órdenes del Coronel Camiçao, se puso en marcha sobre el Paraguay, informado de que al Norte no había ninguna fuerza paraguaya que interrumpiese con su oposición el progreso de su movimiento.

Noticioso el Mariscal López de tan audaces propósitos, mandó embarcar dos compañías del Batallón 12 de infantería y el Regimiento 21 de caballería al mando del Teniente Coronel Blas Montiel y el mayor Medina, con instrucciones de dirijirse á la Villa-Concepción, donde les esperaba un refuerzo de 200 hombres de caballería. Llegados á aquella Villa se organizaron, y sin pérdida de tiempo, se pusieron en marcha hacia el Norte encontrando al Coronel Camiçao con su fuerza ya al Sud del Río Apa.

Los gefes paraguayos, fieles á sus instrucciones, no libraron ningún combate. Se concretaron en rodear en su marcha á los brasileros, sin darles un momento de descanso. A veces los rodeaban de fuego, incendiando el campo en su derredor. De esta manera acabaron de quitarles sus provisiones y el poco ganado que tenían. Y para colmo de infortunio de aquella desgraciada expedición, estalló en sus filas el cólera, y como los soldados se alimentaban con cogollos frescos de palmeras y naranjas verdes, la peste hizo un extrago horroroso entre ellos. Camiçao y la mayor parte de sus

tropas perecieron víctimas de la peste y del hambre. El resto fué atacado por los nuestros matando á la mayor parte. Pocos fueron los escapados que volvieron á Matto-Grosso á dar noticia del fin desastroso que tuvo aquella malhadada expedición.

La campaña contra Camiçao fué corta; solo duró unos 30 días, al cabo de los cuales nuestras fuerzas regresaron á *Paso-pucú*. Thompson afirma que el Mariscal había guardado sigilo sobre esta operación. No había necesidad, ni conveniencia, de dar cuenta al ejército ó al público, de la misión que llevaban las fuerzas expedicionarias. Pero una vez terminada la campaña, se dió de ella una noticia detallada al ejército en las columnas del *Cabichui*.

Otra expedición brasilera organizada en Cuyabá, vino en dos vapores á desembarcarse en Corumbá, tomando posesión de esta ciudad, el 13 de Julio de 1867. Al día siguiente hostilizados por los enfermos del hospital, se vieron obligados á embarcarse, volviendo á Cuyabá, llevando algunas famílias brasileras. Los paraguayos perdieron 100 hombres, inclusive su gefe el Teniente Coronel Cabral. Los dos vapores brasileros fueron seguidos y alcanzados por el vapor nacional «*Salto*» comandado por el capitán Romualdo Nuñez. Echó á pique al vapor brasilero «*Jaurú*», quedando él herido y casi toda su tripulación fuera de combate. (1)

(1) Thompson.

El Mariscal López, hablando sobre la sorpresa de los brasileros en Corumbá, aseguraba que el comandante había vendido la plaza, y en prueba de la defección que le atribuía, aducía la circunstancia de haber hecho retirar de la trinchera dos piezas de artillería y que había mandado á los montes á todos los hombres sanos de la guarnición; que todo esto lo hizo el mismo día, pero momentos antes del asalto.

He querido averiguar lo que hubiera de verdad en este asunto, y un antiguo oficial de marina, me ha asegurado que Cabral había tenido la debilidad de ceder á las insinuaciones de una bonita joven brasilera con quien tenía relaciones íntimas, la que obraba bajo las sugestiones de personas altamente colocadas en la provincia. A mi juicio, para que el hecho pueda revestirse de una verdad histórica, necesita de una prueba más tangible, algo más sustancial que pueda llevar al ánimo la convicción. Y mientras no se haga la luz sobre el particular, no hay razón para que el nombre de Cabral merezca la lacra con que se le ha querido manchar.

Volviendo ahora al teatro de la guerra, y continuando la ilación de mi relato, debo consignar que en el curso del año 1866 se estableció un gran hospital en la mitad del camino entre *Humaitá y Paso pucó*, donde se alojaban á veces más de dos mil enfermos. Además, había en cada división lo

que llamaban una *enfermería*, donde entraban los indispuestos, es decir, enfermos que podían formar en caso de necesidad, y cuya curación no necesitaba sinó pocos días de asistencia. Llegó el tiempo en que se agotaron las drogas de botica, y entonces los médicos recurrieron al uso de las plantas medicinales que abundan felizmente en el país. Cerca del cuartel general se mandaron construir unas 12 casitas pajizas muy bien hechas, que fueron destinadas á servir de hospital para los oficiales superiores.

La enfermedad reinante, á medida que escaseaban las provisiones de boca, era el hambre! Los atacados de este mal que iban á los hospitales, por supuesto, se sanaban en pocos días con la mejora de alimentación. Los médicos no se atrevían á manifestar al Mariscal esta verdad. Sin embargo, un día en que éste se azoraba al ver el gran aumento de enfermos que ingresaban en los hospitales, uno de aquellos, creyendo honradamente hacer una obra buena, le declaró la verdad. El Mariscal, irritado, le ofreció cuatro balazos! previniéndole que en adelante se guardara muy bien en repetirle semejante cosa!

Tenemos aquí el raro ejemplo de un mandatario que no quería saber la verdad; de donde se infiere toda la dificultad con que uno tenía que luchar para poder complacer á un hombre que no

tenía otra guía, otra norma de conducta en el mando que el capricho egoista que prefería ocultar la verdad á reconocer su evidencia y tratar de remediar el mal en consecuencia.

El hecho se presta á una profunda meditación; pues la moral que se desprende de él, enseña una vez más, ¡cuán perjudicial es un gobierno personal, en tiempo de paz como en tiempo de guerra, para la administración y buena marcha de los intereses de una nación! Fusilar al que habla la verdad, es asesinar la virtud; equivale á protejer la mentira y enseñar la inmoralidad; es el vicio en acción que relaja, que corrompe y mata todo lo que es bueno, útil, agradable y bello; es condenar á perpétua esterilidad, el germen de la prosperidad y de la civilización!

El bálsamo que cura el mal y robustece la salud es la verdad. Y el que se niega á adoptar medio curativo tan eficaz, ó es un loco ó un tonto.

El egoísmo del Mariscal era tan grande que no quería escuchar la verdad cuando ella no era favorable á su amor propio ó á su vanidad: Ejemplo: los hombres que debían servir de *bomberos*, eran elejidos de los diferentes cuerpos según su buena conducta y su conocimiento del terreno. Nunca iban solos sino en grupos de tres ó cuatro cuando menos. Este sistema respondía á evitar la deserción, y también, para que en caso de algún per-

cance, quedase siempre quien diese noticias del suceso. El Mariscal los trataba muy bien, y les mandaba dar doble ración de yerba, maíz, caña, etc., etc., á fin de tenerlos contentos. A menudo recibían orden para introducirse en el campo enemigo, debiendo entonces traer de allí algo que comprobase haber cumplido con su misión. Pero si en la relación que hacían de las cosas que habían visto, daban alguna noticia que le desagradaba se molestaba, y los bomberos, en vista de esto, no se preocupaban de decir más la verdad, sino todo aquello que sabían que le había de agradar al Mariscal.

El 24 de Julio de cada año se celebraba el natalicio del Mariscal López, y el 16 de Octubre, su advenimiento á la presidencia de la República. En *Paso pucú* se festejaban ambos días con fiesta religiosa y luego con grandes recepciones, á las que se presentaban los gefes y oficiales de uniforme de gala. El Sr. obispo Palacios generalmente llevaba en esas ocasiones la palabra de felicitación, á la que el Mariscal contestaba con alguna extensión en términos elocuentes, pues era buen orador. Después de las recepciones se servían bebidas y macitas bajo los naranjales, y se brindaba por las glorias del Paraguay y por el Mariscal, sin que ninguno se atreviese á brindar por ninguna otra persona.

Recuerdo que en uno de esos días, en 1866, las señoras de la Asunción, como testimonio de

sus sentimientos de patriotismo, le presentaron una bandera de seda, bordada en realce con hilos de oro, diamantes y rubíes colocada en un asta de plata, y además un álbum con gruesas tapas de plata, adornadas de magníficos paisajes tallados en estas, y acomodada en una caja, con una estatua ecuestre encima, todo de oro macizo.

No sé el grado de espontaneidad que hayan tenido esas manifestaciones. Thompson dice que las insinuaciones é ideas para ellas, habían partido del cuartel general y eran sugeridas por una señora amiga del Mariscal. Nada me consta al respecto, y por esta razón dejo este punto á la apreciación de mis lectores.

En cuanto el Mariscal supo que el General Osorio había desistido de la idea de cruzar el Paraná en la Villa Encarnación, dió orden al Mayor Núñez para que se retirara con las fuerzas de su mando, dejando una pequeña guarnición en observación. Nuñez á su llegada á Paso-pucú, fué promovido á Teniente Coronel y pasó á mandar como segundo en la División del General Barrios en el ángulo, ó sea extremo izquierdo de nuestro cuadrilátero.

La gran extensión de éste y el pequeño número de hombres encargados de su defensa, podían hacer acariciar al enemigo la idea de un ataque de improviso por donde creyese más accesible, y de consi-

guiente había necesidad de prevenirse contra ese peligro ó exposición. Con este motivo se formó una reserva que acampó en los alrededores de *Pasopucú*, compuesta de 7 batallones de infantería, 2 regimientos de caballería y 40 piezas de campaña, casi todas rayadas. Como el paraje ocupado por esta reserva se hallaba equidistante de todos los puntos del cuadrilátero, los cuerpos podían fácilmente acudir allí donde fuese requerida su cooperación en caso de un ataque.

Dicha reserva ya existía antes de esta época, conforme se ha hecho referencia de ella en el Capítulo V; pero esta vez ha sido aumentada considerablemente, y por esta razón, he creído conveniente volver á hablar de ella.

Las mujeres prestaban al ejército importantísimos servicios. Asistían á los hospitales cuidando á los enfermos como si fueran madres, esposas ó hermanas de ellos. No se les daba raciones y tenían que vivir de las que les daban los soldados. En cada división vivían á corta distancia en una aldea de ranchos, y tenían sargentas nombradas por ellas mismas para hacer guardar el orden.

CAPITULO XI

Intervención diplomática á favor de la paz—Ofrecimientos de mediación del ministro americano, Mr. Washburn y del Secretario de la Legación británica en Buenos Aires, Mr. Gould—Reflexiones.

Serían incompletos estos apuntes, si no se hiciera mención, tan siquiera solamente de la parte que ha tenido la diplomacia durante esa larga inacción con el noble y loable propósito de procurar poner término á tan sangrienta y cruel lucha.

Desde el principio de la guerra, se ha ejercido la acción diplomática con más ó menos intensidad, pero sin conseguir ningún resultado. Entraba en el cálculo de los aliados el exterminio del Paraguay, tomando por pretexto la tiranía de López y en prosecución de este fin, la política brasilera, con una habilidad y sagacidad digna de mejor causa, ha desviado y anulado toda acción directa ó indirecta de parte de las naciones neutrales, que tuviesen la tendencia de interrumpir la continuación de la guerra. La República Argentina, cuyo Gobierno

estaba de completa conformidad con aquella política, armonizaba su conducta con la del Gobierno brasilero.

La nación que se ha manifestado con mayor energía para cortar la guerra ha sido el Perú. Ofreció su mediación en Río Janeiro en el mes de Junio de 1866. El Ministro de Relaciones Exteriores del Imperio contestó, que sólo podría haber paz con el Presidente López cuando fuese vengada la honra nacional del pueblo brasilero, y que las prematuras negociaciones de paz no servirían sinó a acarrear nuevos sacrificios y más graves complicaciones. El representante diplomático del Perú, al verificar su ofrecimiento, hablaba de una acción colectiva de las otras repúblicas del Pacífico: Chile, Bolivia (1) y Ecuador; pero sólo la primera dirigió una comunicación en el mismo sentido á la República Argentina.

Cuando salió á luz el célebre Tratado secreto de Alianza, el Gobierno del Perú envió una enérgica protesta al Gabinete imperial del Brasil, en cuyo documento declaró que las otras Repúblicas del

(1) Por esa época el Presidente Melgarejo de Bolivia escribía al Mariscal López por conducto del ciudadano argentino D. Juan Padilla, enviado particular del General Saa cerca de López, diciéndole: Que el mismo Padilla explicaría á éste su adhesión á la justa causa que sostenía el Paraguay contra tres naciones que enarbolaban la bandera de conquista y exterminio; que acababan de protestar contra tan vandálico avance cuatro importantes Repúblicas del Pacifico, y en caso que no llevasen á efecto su protesta hecha á la faz del mundo, él (Melgarejo) con su ejército iría á ayudar al Mariscal, que para ello contaba con una columna de 12.000 bolivianos.

Pacífico participaban de las mismas ideas enunciadas, y que estaban dispuestas á presentar la misma reclamación. En vista de que los otros gobiernos no se pronunciaban, el Encargado de Negocios del Perú en Montevideo, protestó ante el Gobierno imperial contra las consecuencias del Tratado de la Triple Alianza, en el supuesto de que su texto hubiese sido reproducido fielmente en el relatorio del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña. Pero el Gobierno imperial del Brasil, ó el Ministro del ramo, Sr. Sa y Alburquerque, se hizo el sordo, y dejó sin contestar la referida protesta. A la verdad que no hubiera sido lícito al Ministro imperial declarar que la aludida transcripción del Tratado en el relatorio inglés, era una copia fiel del original, sin incurrir en la tacha de indiscreto, en violación de lo estipulado en el artículo 18 del mismo.

Las protestas de Chile y de los Estados Unidos de Colombia en Septiembre de 1866 y Junio de 1867 contra la continuación de la guerra y las cláusulas del Tratado de la Alianza, fueron igualmente sin ningún resultado.

En Enero de 1867 el Gobierno de los Estados Unidos presentó una nota al Gobierno imperial por intermedio de su Ministro en Río Janeiro, el general Watson Webb, proponiendo la instalación de una conferencia en Washington, para reconciliar

á los beligerantes, y en caso de que no se consiguiese ese resultado, proponía el nombramiento de un árbitro.

El Gobierno imperial, receloso de la influencia que ejercería en la resolución de la cuestión que se debatía con las armas en la mano, una nación poderosa y preparada para la lucha como los Estados Unidos de Norte América, y que tal vez ella no fuese á su satisfacción, trató de eludir el ofrecimiento del Gobierno americano.

El Gobierno imperial, para ganar tiempo, y con la idea de postergar las negociaciones, acusó recibo diciendo que, no siéndole lícito decidir por sí solo, acerca de tan benévolo ofrecimiento, iba, sin demora, á conferenciar previamente con sus aliados.

El Gobierno imperial sospechaba que la intención del Gobierno de los Estados Unidos al dar el paso fuese buscar un compromiso que, como se comprende, daría lugar á muy graves complicaciones. Reconociendo el Gobierno imperial que la intención de los Estados Unidos, en cualquier forma que fuese, envolvía un verdadero peligro, atendió el ofrecimiento con delicado esmero y prudencia. El emperador D. Pedro II, cuya voluntad en la marcha política era decisiva, por nada quería que se aceptase el ofrecimiento americano, porque en su opinión, si el Brasil cedía al Paraguay, peligraba la realización de su porvenir!

En el mes de Abril de 1867 fué contestada la nota del Gobierno, rechazando en términos comedidos y decorosos la mediación ofrecida. La nota era una especie de *memorandum* en que se daba una relación de todos los hechos que á juicio del Gobierno brasilero, hacían imposible toda reconciliación con el Mariscal López, asegurando á la vez haber rechazado idéntica proposición ofrecida por el Gobierno del Perú.

Si bien esta contestación no dejó del todo satisfecho al Gobierno de los Estados Unidos, sin embargo guardó silencio, bajo una aparente tranquilidad, durante nueve meses.

Como se ve, todas esas generosas tentativas fueron rechazadas por el Gobierno imperial, porque contrariaban los fines que se proponía la política imperial, ó sea la Alianza.

Con todo, después del transcurso de algunos meses, la acción diplomática, incansable en procurar evitar la destrucción completa de cuatro estados sudamericanos, volvió á dejarse sentir, ya de una manera más directa, es decir, sobre el teatro mismo de los sucesos sangrientos.

Ya hemos visto que Mr. Washburn, el Ministro norteamericano en el Paraguay, después de una larga ausencia, regresó á la Asunción en el mes de Octubre de 1866, habiendo tenido que luchar

con la oposición de Tamandaré para subir en la cañonera americana hasta *Curupayty*.

Traía instrucciones de su Gobierno para interponer sus buenos oficios á favor de la paz ante el Gobierno paraguayo y los aliados. Idénticas instrucciones parece haber sido impartidas al general Ashboth, Ministro de los Estados Unidos en la República Argentina.

Este último, en virtud de dichas instrucciones, ofreció su mediación en la guerra del Paraguay al Gobierno argentino. La primera nota no fué contestada. Entonces el Ministro americano dirigió otra en el mismo sentido acompañando copia de la primera. Esta vez, el Gobierno argentino contestó manifestando que quedaba sumamente agradecido por los buenos deseos, y que cuando lo creyera oportuno haría uso de ellos. Así terminó aquella débil tentativa á favor de la paz y de la humanidad.

En Marzo de 1867 bajó de la Asunción Mr. Washburn al cuartel general de López en *Paso Pucú*, á objeto de ofrecer, como efectivamente ofreció, su mediación á favor de López. Después de una larga conferencia con el Mariscal, en que indudablemente se habrá impuesto de las ideas de éste sobre ese asunto, Mr. Washburn pasó el 11 del mismo mes al campamento de los aliados á conferenciar con el Marqués de Caxias, que era, á

la sazón, el general en jefe interino de todas las fuerzas aliadas.

El Mariscal le facilitó para el efecto un carruaje tirado á la cincha de cuatro ginetes de la escolta nacional, y así que llegó á las avanzadas de los aliados, fué recibido por el coronel Fonseca, jefe de estado mayor brasilero, haciendo el resto del viaje á caballo.

Mr. Washburn permaneció tres días en el campamento aliado, al cabo de los cuales volvió al nuestro, sin haber adelantado nada á favor de la paz, pues Caxias le declaró terminantemente que no se aceptaría ninguna negociación que no tuviese por base la separación del Mariscal del Gobierno del Paraguay. El Mariscal no quería ni oir hablar de esto, tal era la repugnancia que le causaba, porque lo consideraba como una humillación ofensiva á su persona y á la dignidad nacional.

De modo que la mediación de Washburn fracasó. Hasta entonces éste gozaba de las simpatías del Mariscal; pero después, ya sea porque había adquirido noticias de que no había procedido con toda la honorabilidad y buena fé en el desempeño de su noble misión, ó ya sea porque su conducta en la Asunción le haya infundido sospechas respecto á *algo* que allí se fraguaba, lo cierto es que el Mariscal empezó á cobrarle una aversión muy marcada.

Hasta se dijo que se había dejado sobornar por Caxías, á fin de que sirviera de órgano de comunicación entre éste y los hombres de la Asunción que trataban de establecer allí un Gobierno provisorio en substitución del del Mariscal, que debía responder á las miras del enemigo. Más tarde, cuando se descubrió esa trama, salió á luz la parte activa que el Ministro americano había tenido en esos trabajos. En su oportunidad volveré sobre ese tópico más detalladamente. Lo que por de pronto se deduce de todo esto es, que el Sr. Washburn no era trigo limpio! y que el ofrecimiento de sus buenos oficios á favor de la paz, no lo hizo con todo el desinterés que exigía su posición como representante diplomático de los Estados Unidos.

En Agosto de 1867, Mr. Gould, Secretario de la Legación Británica en el Río de la Plata, vino al Paraguay con el objeto de facilitar medios de salir fuera del país á los súbditos ingleses que quisiesen. La mayor parte de éstos estaban en servicio del Gobierno del Paraguay.

Después de visitar el campamento enemigo, pasó al nuestro. Al llegar á *Paso-pucú* fué alojado en una de las casitas de paja de la Mayoría. Los ingleses del campamento tenían permiso para comunicarse con él libremente, y enterarle de la situación de sus demás compatriotas residentes en el país. La

mayor parte de estos no quisieron salir del interior; excepto unas cuantas viudas con sus hijos.

Don Luis Caminos, Secretario General del Mariscal, fué designado á comunicarse con él, celebrando ambos largas conferencias. Apesar de que no había venido munido de suficiente autorización, Mr Gould inició negociación para cortar la continuación de la guerra; á cuyo efecto redactó las condiciones que él sabía que los aliados habían de aceptar. (1)

Dichas condiciones consistían en las siguientes: 1ª La previa garantía dada por acuerdo secreto á los gobiernos aliados, de la aceptación por parte del Gobierno del Paraguay, respecto de las proposiciones que estuviesen dispuestos á hacerle.

2ª Los poderes aliados reconocerían de la manera más formal, la independencia é integridad de la República del Paraguay.

3ª Todas las cuestiones relativas á territorios y límites, pendientes antes de la guerra, serían aplazadas ó sometidas al arbitrage de poderes neutrales.

4ª Los ejércitos aliados se retirarían del territorio paraguayo y las fuerzas paraguayas desalojarían los puntos ocupados por ellas en el territorio

(1) Ignoramos que contsstación habrá dado el Mariscal á tan espontáneo y generoso ofrecimiento.

brasilero, tan pronto como estuviera asegurada la conclusión del tratado de paz.

5ª No se demandará indemnización alguna por los gastos de la guerra.

6ª Los prisioneros de guerra de ambas partes serían puestos en libertad inmediatamente.

7ª Las fuerzas del Paraguay serían licenciadas en su totalidad, excepto las necesarias para el mantenimiento del orden en el interior de la República.

8ª S. E. el mariscal Presidente, apenas concluído el tratado de paz ó sus preliminares, se retiraría á Europa, dejando el Gobierno en manos de S. E. el vice-presidente, quien según las prescripciones de la constitución de la República queda con el mando en casos análogos.

Aceptadas por el Mariscal estas bases, Mr. Gould las llevó al campamento aliado el 11 de Septiembre de 1867. Allí también fueron favorablemente recibidas y puestas en conocimiento de los gobiernos Aliados. El Coronel Fonseca, gefe del estado mayor brasilero, fué despachado en un vapor expreso á Río Janeiro para recabar la aprobación del Emperador.

Pero, ¡oh fatalidad! mientras Mr. Gould estuvo en el campamento enemigo, el Mariscal recibió entre varias comunicaciones del exterior una carta dirijida de Buenos Aires por un amigo de confianza del partido contrario á Mitre, en la que daba

la noticia de que una nueva revolución había estallado en la República Argentina, aconsejándole que no hiciese la paz, porque en breve los aliados se verían obligados á entrar en negociaciones de paz bajo cualesquiera condiciones. El Mariscal prestó oído á esta insinuación, y cuando, dos días después, regresó Mr. Gould para informarle del estado de la negociación, sin duda, con sorpresa, recibió una nota del Secretario Caminos, diciéndole que él había *previamente* declarado que el Art. 8°. de las bases no podía ser ni discutido por él; agregando: que la República del Paraguay nunca mancharía su honor y su gloria, consintiendo que su presidente y defensor bajase de su puesto, y menos aún que fuera expatriado del teatro de su heroísmo y sacrificios. (1)

No podía haberse presentado al Mariscal López una coyuntura más feliz para dar ante el mundo una elocuente prueba de desprendimiento y patriotismo que esa ocasión. Siendo la guerra una calamidad para cualquier pueblo, y para la misma humanidad, un patriotismo ilustrado le aconsejaba dejar el mando á fin de salvar al pueblo paraguayo de sus crueles consecuencias. Ridículo fué el papel que hizo esa vez, tanto más cuanto que la contestación de Caminos, concebida en términos bombásticos, fué dictada por él mismo.

(1) Véase á Thompson, p. 249. Ed. 1869.

No es, por cierto, el primer caso en la historia que el capricho y el orgullo de un mandatario absoluto, hayan sido causa de la destrucción de una nación.

La paz, bajo las condiciones establecidas, no podía haber sido más honorable para el Mariscal, puesto que aparecía como suya la iniciativa para su conclusión.

¡Cuánta sangre no se hubiera ahorrado, cuántas vidas no se hubieran salvado, cuantas miserias, cuántos sufrimientos crueles no se hubieran evitado, si una mala inspiración de aquel hombre no hubiese hecho fracasar aquella oportuna negociación!

¡Oh, cuánta desgracia!

Mr. Gould, después de tan nobles esfuerzos para el arreglo de las mencionadas condiciones, visiblemente contrariado, se despidió sin contestar la nota de Don Luis Caminos, partiendo el mismo día en la cañonera inglesa, *Dotterel*. El comandante de este buque fué condecorado por el Mariscal con la estrella de caballero de la Orden nacional del Mérito.

«El egoísmo desplegado, por López en esta ocasión, no tiene ejemplo», dice Thompson. Y á la verdad que en esto tiene muchísima razón.

Como en esa época todo el mundo en el Río de la Plata estaba cansado de la guerra, la noticia de la negociación de Mr Gould, produjo en el público

un gran entusiasmo á favor de la paz. La prensa consideraba suficiente que López dejase el país y fuese por algún tiempo á Europa á descansar de las fatigas de la campaña.

En Enero de 1868, el Ministro de los Estados-Unidos en Río Janeiro, renovó sus buenos oficios para la terminación de una guerra, cuya continuación no ofrecía hasta entonces resultado decisivo alguno. En su nota, además del ofrecimiento de mediación, el Ministro hizo presente el disgusto con que habían visto el Presidente y el pueblo de los Estados-Unidos la no aceptación de su mediación ofrecida el año pasado, declarando al mismo tiempo que la continuación de la guerra era tanto más desagradable á la Unión, cuanto que paralizaba el comercio en las aguas del Plata y ponía en peligro á las instituciones republicanas.

El Gobierno Imperial, lo mismo que antes, trató de ganar tiempo, bajo el pretexto de conferenciar con sus aliados. La nota recién en el mes de Abril fué contestada negativamente, manifestando que no era posible hacer la paz con López, que había ultrajado tanto al Brasil, y que solo con su deposición la Triple Alianza dejaría las armas (1)

¡Cuán cierto es lo aseverado como un hecho que resulta del estudio detenido del Tratado Secreto

(1) Véase á Schneider T. 2° p. 143.

de Alianza, que la intención de las partes era la desaparición del Paraguay de entre las naciones libres y soberanas de Sud-América!

El rechazo repetido de los ofrecimientos de mediación pacífica y amistosa de que hemos venido haciendo mención, no importaba otra cosa que el *delenda Carthago* del Brasil y sus aliados; era la idea fija de su aspiración, cuya realización perseguían con un encarnizamiento poco común en la historia.

Me dirán que el Paraguay existe.

Eso prueba que la influencia de las protestas ha hecho variar el programa, porque no tan impunemente puede llevarse á cabo una inmoralidad internacional de esa naturaleza sin conmover los principios fundamentales de la existencia de los demás pueblos.

El Paraguay existe; pero ha quedado de tal modo aniquilado, de tal modo postrado, que su independencia es poco menos que nominal, y su acción en el concierto general de los pueblos, en la lucha por la civilización y el progreso, es hasta ahora nula. Gracias al patriotismo de sus hijos, el cadáver se ha reanimado y ha dado señales de vida en estos últimos diez años. En caso de una guerra entre las naciones que constituyeron la alianza para destruirlo, no cuenta con elementos para sostener y hacer respetar su neutralidad, y alguna de ellas

tendrá tal vez que sentir la consecuencia del desequilibrio posible que pueda resultar de esa circunstancia. Recién entonces se habrán convencido del grave error que han cometido los que se prestaron á formar la alianza para llevar una guerra de exterminio á una república hermana. No es aventurado creer, y casi puede decirse que existe ese convencimiento en la conciencia pública, que si el Imperio no hubiese contado con el concurso del General Mitre, no hubiera hecho la guerra.

con la oposición de Tamandaré para subir en la cañonera americana hasta *Curupayty*.

Traía instrucciones de su Gobierno para interponer sus buenos oficios á favor de la paz ante el Gobierno paraguayo y los aliados. Idénticas instrucciones parece haber sido impartidas al general Ashboth, Ministro de los Estados Unidos en la República Argentina.

Este último, en virtud de dichas instrucciones, ofreció su mediación en la guerra del Paraguay al Gobierno argentino. La primera nota no fué contestada. Entonces el Ministro americano dirigió otra en el mismo sentido acompañando copia de la primera. Esta vez, el Gobierno argentino contestó manifestando que quedaba sumamente agradecido por los buenos deseos, y que cuando lo creyera oportuno haría uso de ellos. Así terminó aquella débil tentativa á favor de la paz y de la humanidad.

En Marzo de 1867 bajó de la Asunción Mr. Washburn al cuartel general de López en *Paso Pucú*, á objeto de ofrecer, como efectivamente ofreció, su mediación á favor de López. Después de una larga conferencia con el Mariscal, en que indudablemente se habrá impuesto de las ideas de éste sobre ese asunto, Mr. Washburn pasó el 11 del mismo mes al campamento de los aliados á conferenciar con el Marqués de Caxias, que era, á

la sazón, el general en jefe interino de todas las fuerzas aliadas.

El Mariscal le facilitó para el efecto un carruaje tirado á la cincha de cuatro ginetes de la escolta nacional, y así que llegó á las avanzadas de los aliados, fué recibido por el coronel Fonseca, jefe de estado mayor brasilero, haciendo el resto del viaje á caballo.

Mr. Washburn permaneció tres días en el campamento aliado, al cabo de los cuales volvió al nuestro, sin haber adelantado nada á favor de la paz, pues Caxias le declaró terminantemente que no se aceptaría ninguna negociación que no tuviese por base la separación del Mariscal del Gobierno del Paraguay. El Mariscal no quería ni oir hablar de esto, tal era la repugnancia que le causaba, porque lo consideraba como una humillación ofensiva á su persona y á la dignidad nacional.

De modo que la mediación de Washburn fracasó. Hasta entonces éste gozaba de las simpatías del Mariscal; pero después, ya sea porque había adquirido noticias de que no había procedido con toda la honorabilidad y buena fé en el desempeño de su noble misión, ó ya sea porque su conducta en la Asunción le haya infundido sospechas respecto á *algo* que allí se fraguaba, lo cierto es que el Mariscal empezó á cobrarle una aversión muy marcada.

Proclama del Mariscal López á la División del Sud

Soldados: mi ánimo y mis esperanzas fueron saludaros en la víspera de una batalla lejos de nuestras fronteras. No pude hacerlo porque no habeis encontrado enemigos que combatir.

En vano fuisteis á buscar en su propio territorio aquellos que tanto y por tantos años os habían provocado, y en vano fueron vuestras largas marchas, vuestras fatigas y vuestros sufrimientos. El enemigo nunca se presentó á vuestra vista sino para huir con más rapidez que los avestruces de sus campos.

En una campaña de más de medio año habeis buscado un día de gloria para la Patria, y de escarmiento para los tradicionales enemigos de la tranquilidad de vuestro hogar; pero los que tan osados y vituperadores se habían mostrado, cuando con el arado y la azada os veían ocupados en vuestras pacíficas labores, respetuosos y cobardes

se mostraron cuando con las armas en la mano fuisteis á pedirles cuenta de sus atentados.

La triple alianza á quien impusisteis respeto en su propio país, ahora se siente envalentonada con la villana rendición de la Uruguayana, y con vuestra retirada; os cree débiles, y viene en pos de vosotros.

¿Y ese enemigo que nunca osó molestaros espera triunfar de vosotros?

Viene á ofreceros en el suelo querido de la Patria la corona de laurel que no pudisteis recoger en vuestra campaña.

Yo me congratulo con la Patria y con vosotros porque siempre hayais probado al enemigo vuestra moralidad y disciplina cuando pisabais sus territorios y poblaciones, y confío que pronto dareis al mundo exuberantes pruebas de vuestra bravura y decisión en el combate, como hasta aquí lo habeis hecho de vuestra abnegación y constancia.

Cuartel General en el Paso de la Patria, Diciembre 1º de 1865.

(fir) FRANCISCO S. LOPEZ.

Protesta del Perú y de sus Aliados del Pacífico contra la Triple Alianza

Lima, 9 de Julio de 1866. (1)

Sr. Encargado de Negocios de la República cerca de los Gobiernos de Buenos Aires, de Montevideo y de Río Janeiro.

El actual gobierno provisorio, apesar de las graves preocupaciones de que se halla rodeado constantemente desde su instalación, ha seguido con gran interés el curso de los sucesos que se desarrollaban en los Estados del Plata, y no ha cesado de hacer los más fervientes votos por la terminación de una lucha que necesariamente ha de ocasionar deplorables males, no sólo á los Estados en ella comprometidos, sino también á toda la América del Sud. El Gefe Supremo se ha abstenido de analizar las causas que han motivado esa lucha, porque solo los Estados belijerantes pueden ser jueces competentes para juzgar de su justicia y necesidad; pero ha tenido que prestar su

(1) Traducida de la versión francesa publicada en París, en un folleto el 1° de Octubre de 1866.

atención á los resultados desastrosos que tendría, máxime cuando se hace la guerra en momento en que la parte occidental del continente es víctima de una inícua agresión europea, que en la hipótesis de que ella haya sido coronada de éxito, podía muy bien repetirse sobre sus costas orientales. Le bastó al Gefe Supremo considerar que la guerra se hacía entre Estados Americanos para que desease con la más viva solicitud ver la terminación de ella. Esta solicitud tiene que ser mayor, si se tiene en cuenta la circunstancia de que, hallándose amenazada toda la América por un enemigo común, era de necesidad concentrar las fuerzas de todos sus Estados para sostener en cualquier evento la libertad é independencia que todas reunidas conquistaron hace cuarenta años.

El Gobierno peruano veía con pena que al mismo tiempo que se formaba una alianza ofensiva y defensiva entre las Repúblicas del Pacífico, para rechazar los violentos ataques y las arrogantes pretensiones de España, existiese otra alianza entre naciones americanas del Atlántico para combatir no contra una potencia extranjera, sino contra una nación igualmente americana, ligada á las naciones aliadas por vínculos tan caros y extrechos, que en una época no lejana, ella formaba parte integrante de uno de los mismos Estados con quienes se encuentra actualmente en guerra....

Estas consideraciones, y otras fáciles de imaginar, han decidido al Gobierno peruano á buscar los medios más propios para poner término á la querella entre los aliados y el Paraguay, y se había apresurado, en efecto, á dirijiros, con fecha 20 de Diciembre de 1865, las instrucciones necesarias para ofrecer sus buenos oficios y aún la mediación del Perú. Posteriormente y después de realizada la alianza entre Bolivia, Chile, Ecuador y el Perú, fué celebrada una convención entre el ministro de relaciones exteriores del gobierno chileno y los representantes de Bolivia y del Perú en Santiago, fortalecidos todos tres, con el asentimiento del Gobierno de Quito, para ofrecer de nuevo la mediación colectiva de los cuatro Estados, acuerdo que obtuvo la aprobación de todos los gobiernos.

Pero antes que el Gobierno de Lima supiese el resultado producido por las proposiciones que debían hacerse en las márgenes del Plata á nombre de los cuatro gobiernos, ha tenido conocimiento del texto del tratado de 1° de Mayo de 1865 que hasta últimamente ha permanecido secreto.

No es mi ánimo entrar á estudiar los motivos que hayan podido tener las naciones aliadas contra el Paraguay para guardar secreto dicho pacto; esos motivos sin duda serán muy poderosos, puesto que la revelación de ese secreto ha dado lugar á sucesos que demuestran de una manera palpable

que no convenía á los gobiernos aliados que las estipulaciones que ellos habían formulado fuesen conocidas. Si el derecho que cada nación tiene de declarar y hacer la guerra y de concluir pactos de alianza con otras naciones, es indiscutible, no se comprende por qué los Estados Aliados que, de hecho, habían declarado la guerra al Paraguay, y la habían llevado al propio territorio del mismo, y que no ocultan que ellos han procedido así en virtud de una alianza, no se comprende, digo, que hayan tenido el cuidado de conservar secreto el pacto en el que esa alianza había sido formulada, y cuya existencia no era ni podía ser desde entonces desconocida.

Es costumbre guardar silencio sobre los tratados de alianza hasta que llegue la época de ponerlos en ejecución; pero siempre se les han dado á la publicidad cuando comienza la alianza á surtir sus efectos. Sin embargo, en el art. 18 del tratado del 1° de Marzo de 1865 se ha estipulado expresamente que *el tratado quedaría secreto hasta que el objeto principal de la alianza se haya obtenido*; y como del preámbulo y de otras cláusulas del mismo tratado se deduce que el principal objeto de la alianza es hacer desaparecer el Gobierno del Paraguay, el tratado debía, pues, quedar secreto hasta la conclusión definitiva de la querella, y hasta que el Paraguay, vencido quedase completamente á la

merced de los aliados victoriosos, porque la desaparición del Gobierno del Paraguay implicaría eso y no otra cosa.

De suerte que virtualmente el tratado de alianza debía quedar secreto por el tiempo que durase el conflicto, sin que las otras naciones y principalmente las de América, conociesen la suerte que estaba reservada al Paraguay si llegase á sucumbir.

Parece que el Gobierno de la Gran Bretaña había concebido á ese respecto algunos temores, que los manifestó por conducto de su representante en Montevideo. Para tranquilizarlo, el ministro de relaciones exteriores del Uruguay, dió una copia del tratado al ministro inglés; pero había que suponer que esos mismos temores tenían que despertarse un día entre los otros gobiernos, sobre todo entre los americanos, y era deber de los aliados publicar, no solo las causas de la guerra, sino las intenciones que los animaban y el objeto que ellos se proponían conseguir, á fin de disipar toda duda y de alejar todo motivo de miedo respecto á la independencia y soberanía de uno de los Estados americanos.

La declaración que hacen los aliados es ciertamente digna de elogio, cuando dicen en la primera parte del art. 8 que ellos se obligan á respetar la independencia, la soberanía y la integridad terri-

torial de la República del Paraguay; pero esa obligación está destruída por otras estipulaciones, tan explícitas como estas, como lo demostrará un breve análisis de las principales.

En el art. 7, los aliados establecen que la guerra no era contra el pueblo del Paraguay, sino contra su Gobierno. Por más plausible que pudiese ser en teoría, de que uno pueda hacer guerra al gobierno de una nación y no á la nación misma, en el terreno de la práctica, no es tan fácil separar la nación del gobierno que la representa, cuando se trata de una guerra exterior. El derecho de gentes no admite semejante distinción: lejos de ello, considera la nación y el gobierno que la rige como una sola entidad, como un todo inseparable, puesto que considera como hechos al gobierno los males ocasionados, no solamente á la nación en masa sino á uno ó á varios de sus súbditos ó ciudadanos. Si fuese admitido en toda su latitud el principio establecido en el art. 7 del tratado, la guerra sería en muchos casos difícil, y en algunos, imposible. Habría gobierno á quien no podrían alcanzar á dañar las represalias ú hostilidades del enemigo, porque ellas deberían ejercerse primero contra la nación reputada inocente.

Además: por legítimo que pudiese ser el derecho de los aliados para hacer la guerra al Paraguay, ese derecho puede unicamente extenderse

hasta obtener una completa victoria é imponer al vencido las condiciones necesarias para reparar las ofensas y los daños causados, y obtener, si se quiere, garantías para el porvenir; pero no es admisible que la alianza tenga por objeto principal derrocar al gobierno paraguayo, porque el derecho de deponer un gobierno, no pertenece sinó á la nación misma que lo ha erigido.

Aún admitiendo que la nación paraguaya tuviese que sufrir los pretendidos errores de su gobierno, mientras ella sostenga á ese gobierno, ninguna potencia extranjera podrá arrogarse la facultad de hacer, á favor de los paraguayos, lo que estos no hacen por sí mismos. Proceder de otra manera, sería minar los principios del derecho público moderno que son los de todos los Estados Americanos, y establecer una doctrina que, aplicada hoy al Paraguay.... pondría á los otros Estados de América á la merced de lo que una ó más potencias vecinas ó lejanas, quisiesen resolver sobre sus destinos presentes y futuros. ¿Y qué seguridad habría entonces para que una nación pueda conservar su soberanía, su independencia, su integridad territorial, sus instituciones, todos y cada uno de esos elementos que constituyen su autonomía? La existencia de los gobiernos y por consecuencia la de las naciones mismas, en adelante no dependería única y ex-

clusivamente de la voluntad del pueblo, sinó de los juicios, de las apreciaciones y quizá de las conveniencias de otros gobiernos y otras naciones. Admitir semejante doctrina, sería renunciar a los principios de la soberanía nacional que son el fundamento de los Estados Americanos; guardar silencio cuando uno ve ponerse en práctica esta doctrina por alguna ó algunas de las naciones americanas, sería aceptar para las otras un sistema que tarde ó temprano podría aplicárseles con buen derecho.

De la obligación de respetar la independencia, la soberanía y la integridad territorial de la República, los aliados deducen como consecuencia forzosa la facultad que tiene el pueblo paraguayo de elegir su gobierno y de darse las instituciones que le convengan, sin incorporación ni ningún protectorado por consecuencia de la guerra.

Aún cuando en esta estipulación, que es la del art. 8 del tratado, aparece la firme voluntad de los aliados de respetar la soberanía del Paraguay, no es menos evidente que esa soberanía sufre un gran detrimento, toda vez que se pretende imponer al pueblo paraguayo, como condición de la paz, la obligación de elegir un nuevo gobierno, por más conforme que estuviese con el que posee actualmente. Y en cuanto al cambio de

instituciones sugerido en el tratado, por más que en apariencia queda sujeto á la voluntad del pueblo paraguayo, no es menos cierto que, en la mente de los aliados, ese cambio es conveniente. Habiendo estos juzgado que las instituciones del Paraguay, apesar del asentimiento actual del pueblo, no deben subsistir sino que ellas deben ser sustituídas por otras, en cuya formación los aliados pondrían la parte legítima de influencia que les conceda la victoria.

Y que esa sea la mente de los gobiernos aliados, se deduce claramente del art. 9 del tratado, en cuya virtud, los tres gobiernos se comprometen á garantir colectivamente la soberanía é integridad territorial del Paraguay por el período de 5 años. Se comprende que esa garantía se refiere á un país regido por un nuevo gobierno, nombrado por la voluntad de los aliados con arreglo á la estipulación del art. 7, y sumiso á instituciones que se resentirían naturalmente de la influencia de la alianza.—Que uno celebre un tratado de alianza ofensiva y defensiva para hacer la guerra con el objeto de obtener por este medio la reparación de un agravio, nada más justo ni más razonable; pero que la alianza se proponga por objeto principal derrocar un gobierno para reemplazarlo con otro, agregando á este hecho el cambio de instituciones, es dar á la guerra

otro carácter; entonces ya no es una guerra para restablecer los derechos desconocidos y para reparar las injurias inferidas, es una guerra pura y simplemente de intervención, en presencia de la cual las otras naciones no pueden permanecer como meras expectadoras, sobre todo cuando esas naciones tienen que velar, no sólo por la conservación de los principios que forman su derecho público, sino por lá del equilibrio continental y también por su propia seguridad.

El respeto que los aliados prometen guardar á la soberanía, independencia é integridad territorial del Paraguay, declarando además que este país no se incorporaría á ninguno de los aliados ni se solicitaría su protectorado, se hace de todo punto ilusorio, por el compromiso que ellos han contradío de garantir colectivamente esa soberanía, independencia é integridad territorial por el período de cinco años. Según esto, el Paraguay no estará á la verdad sometido al protectorado de uno de los Estados aliados; pero lo estará al de los trés. La existencia del Paraguay, como nación, dependerá, á lo menos durante cinco años, del compromiso que han contraído los aliados, y no de la voluntad del pueblo paraguayo, que ha querido constituirse y desea ser por siempre estado soberano é independiente. Y si los aliados tenían la facultad de garantir la independencia y soberanía del Para-

guay, claro está que tendrían también la facultad de no prestar semejante garantía, y de disponer libremente de la nación. Por más sensible que nos sea decir, semejantes principios no podrán ser jamás aceptados por los otros Estados de América. Una vez vencidos los cinco años y terminada la garantía ¿qué llegará á ser del Paraguay?

Los aliados desligados del compromiso que han contraído, ¿pretenderán alguno de ellos ó todos conjuntamente absorber al Paraguay, anexándolo integramente, ó dividiéndolo en partes más ó menos proporcionales que se agregarían á los Estados vecinos? El tratado nada dice ciertamente á este respecto; pero cada una de estas hipótesis, es la consecuencia lógica de la cláusula que establece el triple protectorado, ofreciendo una garantía solidaria solo por cinco años.

Es de tal modo cierto que el tratado de alianza contiene el pensamiento de la desaparición posible de la nacionalidad paraguaya, al extremo que no se ha contado con ésta para nada en el establecimiento de los futuros límites de demarcación de los territorios respectivos. El tratado no dice que una vez terminada la guerra, las naciones aliadas y el Paraguay procederían de común acuerdo á fijar dichos límites, sino que ellos obligarían al nuevo gobierno á tomar por bases los límites que el tratado establece en su artículo 16.

En presencia de una estipulación tan perentoria, es indiscutible que, si el Gobierno paraguayo hiciese resistencia á esta exigencia, como estaría en su derecho de hacerlo, nacería infaliblemente un nuevo motivo de guerra, y que esta sería reputada más justa y legítima que aquélla que se emprende para derrocar un gobierno é introducir cambios en las instituciones de un país. Y el Paraguay no se vería nunca libre de las pretensiones de los aliados, pues éstos han tenido el cuidado de dar á la alianza, para la actual guerra ofensiva y defensiva, un carácter perpetuo y permanente, por el art. 17 del tratado, en el cual los aliados no se han reservado siquiera el derecho de examinar la justicia ó injusticia de las demandas que cada uno de ellos podría formular en el porvenir contra el Paraguay.

Para que no quedara duda sobre lo que la triple alianza se propone hacer del Paraguay, se ha agregado al tratado un Protocolo con cuatro artículos en los cuales, según parece, se ha querido disipar las incertidumbres que podrían nacer de las estipulaciones del tratado. Se ha establecido en estos artículos que, en cumplimiento del tratado de alianza, las fortificaciones de Humaitá serán demolidas, y que no se permitirá que otra ú otras de aquella naturaleza se levanten; que como condición, para garantir la paz con el nuevo gobierno del Paraguay, no se dejaría ni armas ni elementos

de guerra y que todos los que posea, seran divididos en partes iguales entre los aliados, etc.

Exigir de una nación que ella demuela sus fortificaciones y no levante otras en adelante; obligarla á que entregue todas sus armas y su material de guerra, para dejarla completamente desarmada, en la imposibilidad de proveerse á su seguridad exterior y á la conservación del orden interior, es una pretensión de que no hay tal vez ejemplo en la historia, y es el más explícito desconocimiento de la soberanía é independencia del Paraguay, que los aliados se comprometieron respetar, y no solo respetar, sinó garantir. Cuando la obra empren dida por los aliados estuviese consumada, ¿dirán los mismos aliados que el Paraguay continua siendo una nación soberana é independiente, dueña exclusiva de sus destinos?

Los aliados no han podido pensar por un momento que el sistema que se proponían adoptar respecto del Paraguay, obtendría la adquiescencia de los otros Estados de América. Hacer del Paraguay una Polonia Americana sería un escándalo que la América no podría presenciar sin cubrirse de vergüenza.

Los sentimientos y las ideas que acabo de exponer, no son únicamente de la nación peruana y de su gobierno; ellos son, estoy seguro, las ideas y los sentimientos de todas las naciones y de todos

los gobiernos de América. Finalmente, puedo afirmar que las reflexiones emitidas en esta Nota reproducen fielmente el pensamiento de las naciones del Pacífico que, para conservar su independencia y soberanía, se han aliado contra España, y desean hacer permanente su alianza, precisamente para garantir y asegurar en el porvenir la independencia y soberanía de todas las naciones de América. Por eso mismo las Repúblicas de Bolivia, de Chile, del Ecuador y del Perú no pueden consentir á los Estados Americanos que hagan lo que no consentirían á las naciones más poderosas del mundo que hiciesen, á menos que fuesen envueltas en la calamidad común y sus esfuerzos no fuesen suficientes para preservarlas de ella.

El gobierno peruano cuenta con el asentimiento de sus aliados, pues ya se le ha manifestado explícitamente por uno de sus respectivos representantes en Lima, á quienes ha dado conocimiento de esta Nota, y en breve, la voz de cada uno de los gobiernos se hará oir directamente en defensa de la soberanía y de la independencia del Paraguay.

Bolivia, Chile, Ecuador y Perú, no dirán una sola palabra, sinó en el sentido de la conciliación para cortar la guerra desastrosa que riega hoy con torrentes de sangre humana los campos del Paraguay; pero desde que esa guerra no se lí-

mita á reclamar un derecho, á vengar una injuria, á reparar un daño, y que se extienda hasta desconocer la soberanía y la independencia de una nación americana, á establecer sobre ella un protectorado y á disponer de su suerte futura, el Perú y sus aliados no pueden guardar silencio, y el más sagrado é imperioso de los deberes, les impelen á protestar de la manera más solemne contra la guerra que se hace con semejantes tendencias, y contra todos los actos que, en consecuencia de esta guerra, amengüen la soberanía, la independencia é integridad de la República del Paraguay.

Para que los gobiernos cerca de quienes V. S. está acreditado, y que son precisamente los que firmaron el tratado de 1° de Mayo de 1865, conozcan el juicio que el gobierno peruano ha formado respecto al tratado y sus tendencias, lo mismo que la protesta que se ha visto en la necesidad de formular contra uno y otros, el Gefe Supremo me ha encargado de ordenar á V. S. trasmita esta Nota á los gobiernos de Buenos Aires, de Montevideo y de Río Janeiro.

Dios guarde á V. S.

(fir.) T. PACHECO.

Carta del General Melgarejo al Mariscal López

La Paz, Agosto 30 de 1866.

De mi más alto aprecio:

Acredito ante V. E. como mi enviado particular y el del Sr. General Saa, al ciudadano argentino D. Juan Padilla.

El mismo Sr. Padilla explicará á V. E. mi adhesión á la justa causa que sostiene la República del Paraguay contra tres naciones aliadas que no enarbolan otra bandera sino la de conquista y exterminio.

Pero esa acción innoble jamás consentirán las demás naciones americanas.

En efecto, acaban de protestar contra el vandálico avance de conquista, cuatro importantes Repúblicas del Pacífico, como Chile, Perú, Bolivia y Colombia, y puedo asegurar á V. E. que en caso que no llevase á efecto la protesta hecha á la faz del mundo por las referidas naciones, yo con mi ejército iré en ayuda de V. E.

Estoy, pues, esperando noticias de V. E. para acudir presuroso á compartir al lado de V. E. las fatigas del soldado.

Tengo pronta una columna de 12.000 bolivianos, que, unidos á los heróicos paraguayos, harán proezas de valor.

Cualquier comunicación espero recibir de V. E. por conducto del caballero Padilla.

Mientras tanto, me es grato ofrecer á V. E. las seguridades de mi aprecio y distinguida consideración

(fir.) MELGAREJO.

Documentos que comprueban más ó menos la guarnición que tenía la fortaleza de Humaitá el 24 de Mayo de 1866.

Asunción, Noviembre 9 de 1894.

Señor Capitán de fragata Don Remigio Cabral.

Yaguarón

Distinguido amigo:

Ocupado en escribir algunos apuntes históricos sobre nuestra pasada guerra, me dirijo á Vd. pidiéndole quiera hacerme el servicio de contestarme á la siguiente pregunta:

¿Le consta ó ha sabido de qué número más ó menos se componía la fuerza que guarnecía Humaitá antes ó inmediatamente después de la batalla del 24 de Mayo de 1866?

Con disculpa por la molestia y anticipándole las gracias, me es grato saludarlo atentamente

Su afmo. amigo y at°. S. S.

(fir.) JUAN C. CENTURIÓN.

P. S. Agradeceré que su contestación sea al pié de la presente.

Yaguarón, Noviembre 13 de 1894.

Sr. D. Juan C. Centurión

Mi estimado amigo:

Contestando á la antecedente pregunta que Vd. se ha servido hacerme, debo decirle, aunque no estoy muy cierto, pero supongo que, inmediatamente después del 24 de Mayo habrá existido en Humaitá como *un mil y dos cientas plazas* de guarnición.

Es cuanto tiene que decir á Vd. su at°. y S. S.

(fir.) REMIGIO CABRAL. (1)

Asunción, Julio 23 de 1894.

Señor Coronel Don Julian Godoy

Presente

Distinguido compañero y amigo:

Teniendo conocimiento de que Vd. en su carácter de Ayudante del Mariscal López fué enviado á Humaitá, después de la batalla del 24 de Mayo, con la comisión de pasar una inspección á las

(1) Era 2° Comandante de Humaitá.

tropas que guarnecían entonces aquella fortificación, vengo á pedirle quiera decirme de qué número más ó menos se componía dicha guarnición en la referida época.

Anticipándole las gracias, me es grato ofrecerme como siempre su

at°. S. S. y amigo

(fir.) JUAN C. CENTURIÓN.

Sr. Coronel Don Juan C. Centurión

Muy Sr. mío y distinguido amigo:

Impuesto de la apreciable de Vd. que precede debo decirle, que tengo presente la comisión que el Mariscal López me dió después de la batalla del 24 de Mayo, para que pasara á Humaitá é hiciera una inspección general, como si fuera una revista á todos los cuerpos que componía la guarnición de aquel punto; y en efecto, lo hice tal cual como me había ordenado; más no puedo decirle ni asegurarle el número total de que componía la guarnición de aquel punto en aquella fecha; pero sí un cálculo aproximativo, pues tuve que estar en todos los cuerpos de las tres armas y recorrer todas las baterías, para poder contar

con alguna certeza la fuerza con que se podía contar en caso de necesidad, pronta para los combates, y conforme le tengo dicho más arriba para mi cálculo no podía pasar de *dos mil á dos mil y quinientos* hombres, poco más ó menos, inclusos los convalecientes, sin contar la porción de heridos que había.

Es cuanto al respecto puedo decirle.

Sin más, soy de Vd. invariable amigo y compañero.

(fir.) Luis N. Godoy (1)

Asunción, Enero 12 de 1895.

Sr. Comandante Don Justo Pastor Cándia

Presente

Distinguido amigo:

Ocupado en escribir algunos apuntes históricos sobre nuestra pasada guerra, me dirijo á Vd. pidiéndole quiera hacerme el servicio de contestarme al pié á la siguiente pregunta:

¿Le consta ó ha sabido de qué numero más ó menos se componía la fuerza que guarnecía

(1) En la época era ayudante de campo del Mariscal López.

Humaitá antes ó inmediatamente después de la batalla del 24 de Mayo de 1866?

Con gracias anticipadas y pidiendo disculpa por la molestia, lo saluda con su particular aprecio,

Su atº. S. S. y amigo

(fir.) JUAN C. CENTURIÓN.

Sr. Coronel Don Juan C. Centurión

Estimado amigo:

En contestación á la pregunta que Vd. me hace, cúmpleme decirle que efectivamente en la época á que se refiere Vd. me encontraba en Humaitá prestando servicio en mi profesión de médico cirujano, y la guarnición que tenía entonces aquella, más ó menos sería de unos 2.000 hombres de infantería y artillería.

Dejando así contestada su atenta carta, me es grato saludarlo con aprecio

Su atº. S. S. y amigo

Bancroft Library

(fir.) PASTOR CÁNDIA.

Fcha ut supra.

Acta celebrada entre los Generales de la Alianza, con motivo del Consejo de guerra en que se resolvió el asalto de Curupayty, así como otras operaciones al mismo tiempo.

Reunidos los señores generales del Ejército aliado que suscriben, á saber: General en Gefe del Ejército Aliado, Bartolomé Mitre; General en Gefe del Ejército de Vanguardia, Venancio Flores y General en Gefe del primer cuerpo del Ejército brasilero Polidoro da F. Q. Jordão, y constituídos en junta de guerra, este último expuso: Que en virtud del encargo de los demás Generales y en representación de ellos, había pasado hasta Curuzú para conferenciar con el señor Barón de Porto Alegre, General en Gefe del segundo cuerpo del Ejército brasilero, y con el Sr. Almirante Tamandaré, á fin de continuar operaciones llevando adelante el ataque de Curupayty anteriormente acordado y resuelto en las juntas de Guerra que tuvieron lugar en los días 18 y 28 del mes ppdo., y que en consecuencia de ello, el Sr. Barón de Porto Alegre había formulado su opinión por escrito en los términos siguientes: « Curuzú Banadaro Ge- « neral em 5 Setembro 12 h. 30 m. O Sr. Barão « de Porto Alegre é de opinão (não esige) que se

« deve fazer pela extrema directa da linha dos « aliados um movimento de cavallería com a maior « forza posivel, com a intencão de sustentarse caso « seja preciso ou de penetrar até Curuzú a fazer « Junção, havendo comunicação previa da certeza é « fará d'este movimento com au devidas cautelas, « sendo este movimento da cavalleria acompanhado « por um movimento geral em tuda a linha para « poderse successivamente tomar Curupayty e « Humaitá. Nesse caso o Barão fará una demos- « traçao contra Curupayty ou ira alem da demos- « traçao, si as circunstancias ó aconsellarem. »

Impuestos de esta comunicación, se concretó la discusión á los dos puntos siguientes:

1° Cooperación por parte de las fuerzas del Ejército aliado que se hallan al frente de las líneas de Rojas para concurrir al ataque de Curupayty, tomando en consideración la opinión del Sr. Barón de Porto Alegre.

2° Posibilidad, conveniencia y necesidad de dar mayor ensanche á las operaciones militares para estrechar y vencer al enemigo en el menor espacio posible de tiempo y del modo más completo, obrando en combinación con la *escuadra*.

Discutidos detenidamente estos dos puntos capitales, los tres Generales aliados convinieron unánimemente en lo siguiente:

1° Que por lo que respecta á lo propuesto por

el Sr. Barón de Porto Alegre, no hay inconveniente alguno en hacer con la caballería aliada el movimiento que él indica, no sólo por la izquierda del enemigo, sinó penetrando hasta su retaguardia por ese flanco según fuese posible, y no únicamente para sustentarse, sinó para dominar la campaña por esa parte y batir la caballería enemiga si se presentare, y aún buscándola si permaneciese fuera de sus líneas fortificadas.

En cuanto á la junción de que habla el señor Barón, no la creen posible ni conveniente por ahora, sinó en el caso de un ataque combinado de las tres fuerzas sobre las líneas de Rojas, operando á la vez por el frente y por la retaguardia de ellas.

Por lo que respecta al movimiento general en toda la línea, desde que éste no pueda ser por ahora un ataque parcial ó general sobre la línea enemiga, se comprende que debe limitarse á una demostración ó á una diversión, ó un reconocimiento, pues no es conveniente comprometer dos ataques divergentes.

2° Por lo que respecta á dar mayor ensanche á las operaciones aprovechando las ventajas adquiridas por el segundo cuerpo del Ejército Imperial, á la vez que la concurrencia de la Escuadra y los elementos de movibilidad que hemos reunido para nuestra caballería, consideran que podrá hacerse lo siguiente:

1° Formar un ejército de operaciones sobre la base del segundo cuerpo del Ejército Imperial elevándolo hasta el duplo de fuerza con nuevas tropas de los ejércitos aliados, es decir, de 18 á 20 mil hombres, trasladándose allí el General en Gefe si fuese conveniente. 2° Desprender oportunamente la caballería por nuestra derecha, llevándola por la retaguardia del enemigo hasta donde fuese posible á las órdenes del Sr. General Flores, con el objeto de cooperar á las operaciones del Ejército expedicionario por la parte del Paraguay. 3° Con el nuevo ejército así formado sobre la costa del Paraguay, atacar Curupayty en combinación con la escuadra y amagar al ejército enemigo por la retaguardia, interceptando el camino de Humaitá á efecto de provocarlo á una batalla tomando por la espalda, para lo cual deberá llevar todos los elementos, obrando según queda dicho en combinación con la caballería destacada. 4° Mantener mientras tanto á la defensiva el campo atrincherado de los aliados, frente á las líneas del enemigo, para lo cual pueden quedar con el Sr. Mariscal Polidoro de 18 á 20 mil hombres; que en un caso dado y oportunamente previsto, puedan concurrir á operar por la derecha ó por el frente de las líneas fortificadas del enemigo.

En consecuencia de todo esto, los expresados Generales acordaron que el Sr. General en Gefe

se trasladara personalmente hasta Curuzú para conferenciar con el Sr. Barón de Porto Alegre y Sr. Almirante Tamandaré á efecto de resolver definitivamente sobre el particular. Y habiéndose efectuado así en el día de ayer 7 de Septiembre, y reunidos nuevamente en el día de hoy 8 de Septiembre, el Sr. General en Gefe manifestó que había conferenciado con los referidos Generales, y que después de exponerles verbalmente lo ocurrido y leerles la opinión de la Junta formulada en los términos anteriores sobre los puntos capitales que ella comprende, tanto el Sr. Almirante Tamandaré como el Sr. Barón de Porto Alegre, habían aprobado el plan acordado para dar mayor ensanche á las operaciones, aceptándolo con empeño. Manifestó, además, que se había tratado de lo que mejor convendría hacer para atacar por la retaguardia las líneas y Ejército del enemigo, poniéndose en el caso de atacar previamente á Curupayty ó de prescindir de esta posición dejándola á la izquierda para marchar desde luego, y que prevaleció la opinión de que la ocupación de Curupayty era una ocupación previa é indispensable y muy importante, tanto para el desarrollo completo del plan acordado, como para proseguir sucesivamente las ventajas que nos ofrece la posición del enemigo. Manifestó igualmente que el Sr. Almirante Tamandaré había ofrecido la más eficaz cooperación de la Escuadra

para concurrir al ataque de Curupayty, para lo cual declaró tenía elementos suficientes, comprometiéndose en tal caso á obrar sobre esa posición desde el río, batiendo á tiro de metralla sus fortificaciones é inutilizando por este medio su artillería para facilitar el asalto con la menor efusión posible de sangre por parte de las tropas expedicionarias; las que una vez dueñas de Curupayty le permitirían seguir inmediatamente hasta Humaitá, mientras esas tropas obraban sobre la espalda del enemigo según queda ya explicado Por último expuso que el Sr. Barón de Porto Alegre le había manifestado que la cooperación que creía necesitar por parte de las fuerzas aliadas situadas en este punto, era un ataque general sobre las líneas fortificadas del enemigo para evitar que sus reservas acudiesen á Curupayty mientras él se empeñase en su ataque, pero que habiéndose hecho cargo de los motivos de los Generales Aliados para no poder hacer esto por el momento, había declarado que no era esa una condición indispensable para el ataque de Curupayty, sino una mera opinión fundada en la mayor conveniencia, pues de todos modos estaba dispuesto á ejercer lo que más conviniese al honor de las armas aliadas, con lo cual había quedado de perfecto acuerdo, esperando tan solo el aviso oportuno para mover los transportes y tomar todas las medidas necesarias al logro de la expedición.

Impuestos de todo, los Generales Aliados resolvieron definitivamente, como complemento de lo acordado anteriormente y del acuerdo subsiguiente con el Sr. Barón de Porto Alegre y Almirante Tamandaré, lo siguiente:

1° Que el General en Gefe del Ejército Aliado con nueve mil hombres de infantería y doce piezas de Artillería del Ejército Argentino, se trasladase á Curuzú para formar la columna expedicionaria por esa parte, abriendo operaciones según lo convenido, dándose un plazo de tres días para su ejecución. 2° Que el resto del Ejército quedase en este campo á órdenes del Sr. General Flores, hasta tanto que éste se moviese con la caballería en la oportunidad ya indicada, en cuyo caso el Sr. Mariscal Polidoro quedaría á cargo del Ejército.

Y así acordado lo firman en el campamento General de Tuyuty á ocho de Septiembre de mil ochocientos sesenta y seis.

(firmado.) BARTOLOMÉ MITRE.
VENANCIO FLORES
POLIDORO DA F. Q. JORDÃO. (1)

(1) Del Semanario Militar «*El Ejército Uruguayo*» N° 42. (Montevideo

INDICE

CAPÍTULO I

De Corrientes á Humaitá—Dispersión del personal de la Legación—Conjeturas sobre la causa probable de la mala voluntad de López hacia mí—Berges pasa á la Capital con licencia—Antonio Zajas de soldado á un batallón, y yo á la mayoría—Guarnición de Humaitá, y pérdidas de nuestro ejército al principio de la guerra—Bailes—Acusaciones de López á Mitre y contestación de éste—El *Pirabebé* y la escuadra brasilera—López se traslada al P. de la Patria—Mi enfermedad—Robles y sus cómplices—Entrevista con Mrs. Lynch—Miguel Rojas, calumniador—Carta á López—Expedición á Corrales y á Itatí—Apreciaciones..... Pág. 3

CAPÍTULO II

La escuadra brasilera—Sus combates con las *chatas* y el fuerte *Itapirú*—Operaciones preparatorias para realizar el pasaje del ejército aliado—Asalto de la Isla de *Itapirú* por los paraguayos—El General Osorio y el General Paunero se desembarcan con sus fuerzas una milla de las tres bocas á la costa del Paraguay—Bombardeo del campamento del Paso de la Patria—Retirada general del ejército—Cuartel General en Rojas—Porto Alegre—El combate de Fluvial—Discusiones y eclipse de luna. .... Pág. 47

CAPÍTULO III

Batalla del 2 de Mayo de 1866—Reflexiones..... Pág. 79

CAPITULO IV

Batalla del 24 de Mayo—La defensiva, el rol obligado y exclusivo del Mariscal López—Opinion del Coronel Wisner sobre la batalla del 24—Mi rehabilitación—Reflexiones y críticas sobre la misma batalla—Heridos—Talavera..... .... Pág. 95

CAPÍTULO V

Cuartel General.—Maestranza—El Capitán Cabañas.—La *caña* paraguaya y el General Roa.—Divisiones y telégrafos.—La escuadra brasilera —*Tamandaré*.—Nuevos aparatos telegráficos.—Wisner y López con motivo de esta invención.—Plan de los gefes aliados acordado el 18 de Mayo.—Curupayty y los torpedos.—Reorganización del Ejército.—Nuevos contingentes.—Bombardeo en Junio del campo enemigo.—Nuestras avanzadas.—Prisioneros y pasados.—Rectificación.—Porto Alegre. ..... Pág. 133

CAPÍTULO VI

El Mariscal López termina la reorganización de su ejército, y provoca á los aliados á un ataque—Yataity-Corá—Reflexiones.... Pág. 155

CAPÍTULO VII

Comision exploradora para establecer una trinchera con artillería en *Punta-Ñaró*—Combates en los dias 16 y 17—Batalla del *Sauce* el día 18 de Julio de 1866—Triunfo de los paraguayos—Reflexiones..... .... Pág. 175

CAPÍTULO VIII

Recriminaciones entre la Escuadra brasilera y el Ejército aliado en *Tuyutí*--Toma de Curuzú—Entrevista de Yataity-Corá entre el Mariscal López y el General Mitre—Tregua ó paralización de las operaciones—Escuela bajo el naranjal del Cuartel General—Mis discípulos..... Pág. 207

CAPITULO IX

Batalla de *Curupaity*--Derrota de los aliados con inmensas pérdidas—Desinteligencia entre los Gefes aliados..... Pág. 263

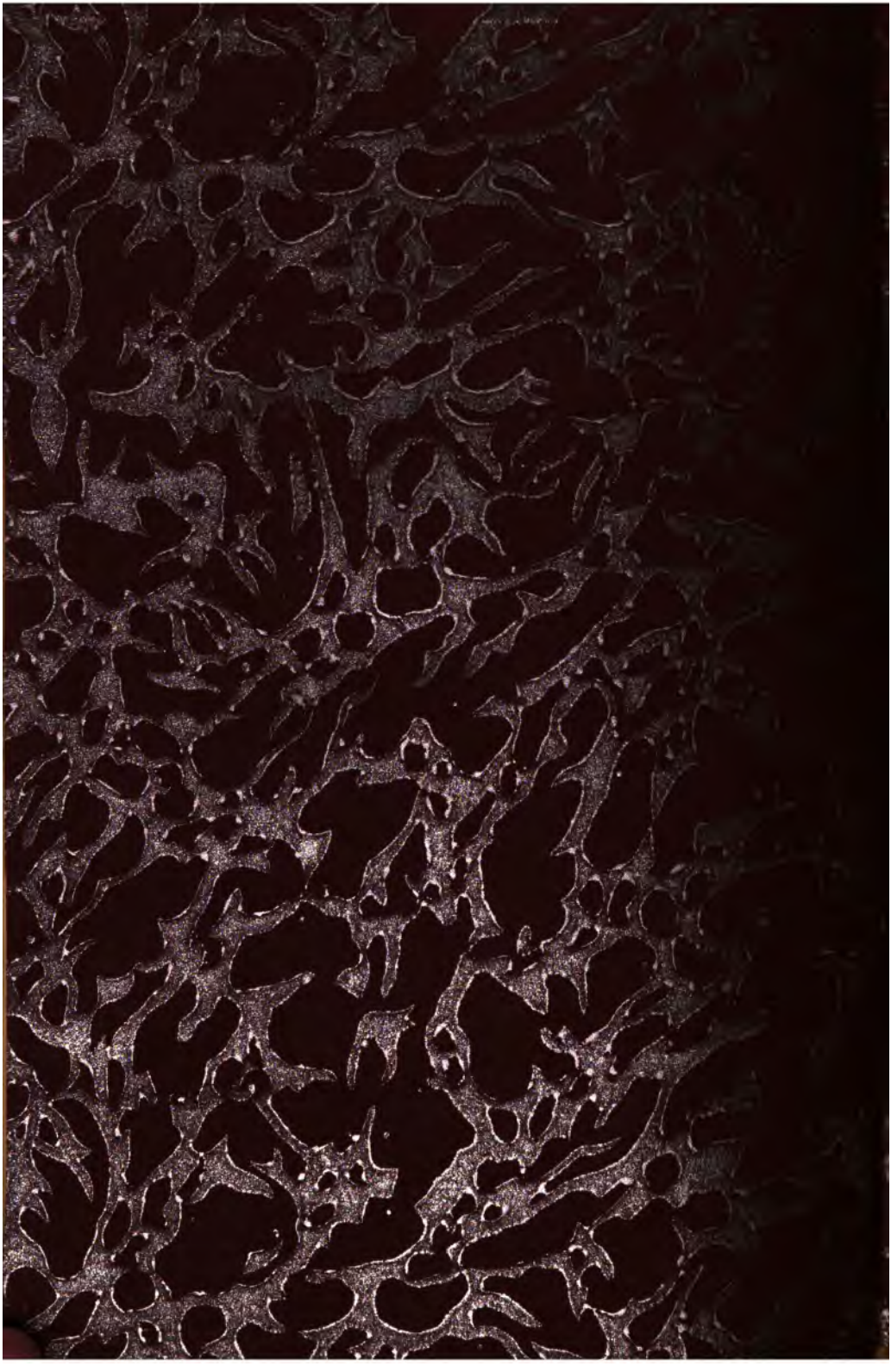
CAPÍTULO X

Inacción de los aliados—Perfeccionamiento de las fortificaciones de Curupayty y otros puntos—Fundición de cañones de diferentes calibres—El cólera--El Mariscal enfermo—Lo salva su médico Dr. Cirilo Solalinde..... Pág. 291

CAPÍTULO XI

Intervención diplomática á favor de la paz—Ofrecimientos de mediación del ministro americano, Mr. Washburn y del Secretario de la Legación británica en Buenos Aires, Mr. Gould—Reflexiones.... Pág. 341

APÉNDICE ..... Pág. 357



U.C. BERKELEY LIBRARIES
C039113550
YC137718